p.a.bellantonio

FILOMENA FERRER

cueste lo que cueste!...

FILOMENA FERRER

"Cueste lo que cueste!..."

P. ALFREDO BELLANTONIO

FILOMENA FERRER

"Cueste lo que cueste!..."

Historia de la vida y escritos de la Venerable Sierva de Dios
Sor Filomena de Santa Coloma
Religiosa Mínima

CONVENTO DE RELIGIOSAS MINIMAS
VALLS - 1977

Nihil obstat
AMADO PEDRO FRUTAZ
Subsecretario de la S. C. para las Causas de los Santos
Roma, 16 - X - 1976

Imprimi potest
Fr. ANDRÉS M. LIA
Superior General de la Orden de los Mínimos
Roma, 2 - X - 1976

Nihil obstat
Dr. VICENÇ NOLLA
Censor

IMPRIMATUR
JOSEP, Arzobispo de Tarragona.
Primado de las Españas
Tarragona, 7 de julio de 1977

Declaración del Autor

En sumisión a los Decretos del Papa Urbano VIII, se declara que todo lo que se contiene en esta biografía no pretende otra fe que la humana, ni se intenta prevenir en ningún modo el juicio de la Iglesia.

Una palabra del traductor

«Cuide mucho de mis queridas Mínimas» fue el primer mensaje escrito que recibí de mi Obispo, pocas semanas después de haber tomado la administración de la Parroquia de Mora de Ebro, en enero de 1947.

Y ciertamente, ellas sabrán y podrán decir si, durante mi permanencia en aquel lugar hasta setiembre de 1951, puse empeño en cumplir aquel mandato...

Hoy, son ya más de veintiséis años que me ausenté de allí, para otros cargos y ministerios que los Superiores me encomendaron. No obstante la ausencia, en ningún momento, ha significado ruptura o separación total. Son muchas las veces que he estado en contacto con «mis queridas Mínimas» de Mora de Ebro, frase que también hice mía, desde que la formuló mi Obispo.

Y ésta es la razón por qué hacer esta traducción de la biografía de la Venerable Sor Filomena de Santa Coloma, natural de aquella villa y Parroquia, y —formalmente— Fundadora de aquel Monasterio dedicado, con su templo adjunto expiatorio, al Sagrado Corazón de Jesús, compuesta en italiano por el P. Alfredo Bellantonio, Postulador de su Causa de Beatificación y Canonización, ha sido para mí un verdadero y muy grato regalo del Cielo. Por él se perpetuará a través de los años mi contacto espiritual y mis relaciones afectuosas con «mis queridas Mínimas de Mora de Ebro», incluso con irisaciones de eternidad.

No quiero, pues, terminar estos renglones, sin hacer

referencia, para ellas, con miras a su especial espiritualidad, a dos puntos de la biografía acerca de la fundación:

1. «Las religiosas del nuevo monasterio han de ser devotísimas del Sagrado Corazón y aumentarse en ellas este amor y devoción, porque así lo quiere el mismo Señor.»
2. «Ningún respeto humano en la observancia de la santa Regla, de los estatutos y de los usos de la Comunidad.»

Por este modo, el Monasterio de Mora de Ebro, el que Sor Filomena vaticinó, será, según ella mismo dijo a Sor Asunción y a Sor Rosa de San Narciso, «un convento muy fervoroso y muy bendecido por el Sagrado Corazón».

Es mi deseo y petición que El os lo conceda por intercesión de Sor Filomena.

A. MASCARÓ

Artá (Mallorca), 11 febrero 1977

Presentación

¡Filomena de Santa Coloma! Una joven religiosa Mínima catalana que, devorada por el amor de Dios, se consumió en breve en un martirio de fuego y de llamas, de cruz y de penas, de noche y de luces, que hacen de ella un testimonio estupendo de lo que sabe hacer la infinita Caridad de Dios, cuando encuentra un ser completamente dócil a Su acción. Es un testimonio extraordinariamente actual. Aunque ha pasado más de un siglo de su muerte, Filomena se presenta en la visual simple y limpia del Evangelio de Cristo, amado y seguido con extrema coherencia y linealidad, en clima de esencialismo y de absoluto, que puede hacer fuerza, y de manera potente, en el hombre de hoy, el cual no busca palabras, no quiere mensajes, no cree en espectáculos; sino que quiere la Palabra, a Jesucristo, reflejado concretamente y realísticamente en la imagen de dolor y de gozo, de vida y de muerte, de crucifixión y de resurrección, en quien dice creer, esperar y amar. Filomena Ferrer, la humilde hija de San Francisco de Paula de Mora de Ebro, es la creyente, la mujer de esperanza y la enamorada que vive el Evangelio hasta las últimas consecuencias, encarnando sus supremas exigencias con la fidelidad, la sencillez, la alegría que la convierten de manera viva en un evangelio, o mejor, en imagen de Cristo. El Cristo Jesús que nosotros buscamos con temblorosa ansia y que queremos amar con gozoso estupor en el rostro de los que se dicen sus amigos.

* * *

Filomena Ferrer, o de Santa Coloma —según su «nuevo nombre» de hábito monástico— es una figura que ya conocíamos. Más de un biógrafo había ya dibujado su imagen. Pero ninguno ha podido sobrepasar a Narciso Dalmau, el Padre Mínimo que en Valls fue el ángel espiritual de la joven religiosa, el custodio más calificado de su virtud, incluso en los Procesos Canónicos. Apoyándose sobre todo en él y enriqueciendo el entramado biográfico con los varios testimonios del Proceso, con datos tomados de otros documentos, con investigaciones de archivo y sobre todo, con las mismas palabras de Filomena llegadas hasta nosotros a través de sus escritos, el P. Alfredo Bellantonio, Postulador General de los Mínimos, nos ofrece ahora una obra que, en muchos aspectos, ha de ser juzgada indudablemente superior a la de Dalmau. Leyéndola, nos encontramos con una Filomena que brinca con toda la vivacidad de su carácter fresco como agua de manantial en la cornisa histórico-geográfica en la que desarrolló su breve aventura. Sobre todo, al margen de expresiones y de formas de religión, típicas del tiempo y del ambiente en que vivió la religiosa, nos encontramos frente a una espiritualidad robusta y recia, forzados a mirar sin recelos ni temores hacia una experiencia mística de alto nivel, sin la cual la existencia de Filomena es incomprensible; parecería esquivar el dato más notable, el que da un significado de fondo a toda una vida marcada extraordinariamente por la acción devoradora del Espíritu. Para repetir una imagen bíblica de Filomena misma, nos encontraremos ante la Zarza que arde y no se quema, sin comprender el misterio del fuego que arde.

El P. Bellantonio ha creído oportuno hablar de esta vida mística al final de su obra. Es como poner en la luz exacta la acción estupenda de Dios y de su vida que transforma todo el ser, coronando con su obra la acción tan

disponible de la criatura. Nosotros habríamos preferido ver fundidas en un maravilloso recíproco don de amor, poniendo el acento sobre la admirable iniciativa del Espíritu y la animosa «pasividad» de la criatura, toda la experiencia humano-divina de Filomena. Quizá se habría podido observar mejor y diagnosticar con más seguridad esta presencia prepotente de Dios-Amor en la humilde criatura, a través de la inserción concreta de gracias y dones en el tejido ordinario de una vida sencilla, contrapuntada, tremendamente probada en el cuerpo y en el espíritu. Van, sin embargo, honradamente anotados aquí y allí los elementos esenciales de la vida mística de nuestra «Venerable» en el contexto biográfico propiamente dicho, al menos cuanto es suficiente para no hacer una dicotomía entre la realidad humana de Filomena y el desbordamiento del amor en su existencia. Las últimas páginas, leídas y meditadas con atención, no harán otra cosa que iluminar más el aspecto vital más íntimo y profundo de aquella «gracia» que Dios ha querido regalar a Su Iglesia en Filomena de Santa Coloma.

¡Una gracia! Es el significado más verdadero de los «amigos de Dios» que el Espíritu va suscitando continuamente para alegría de la Esposa de Cristo, a requerimiento de los valores supremos de una fe que amorosamente se entregue sin condiciones a las misericordias de un Señor que pide mucho para dar siempre más, a la afirmación de la primacía ineludible de la caridad total, como expresión de plenitud de vida evangélica. Filomena es propiamente esta gracia. No hay más que augurar que muchos cristianos, encontrándola en este libro, encuentren una hermana que les empuje a ser, «cueste lo que cueste», de los verdaderos amigos de Cristo y de la Iglesia, criaturas que no se pertenecen ya para pertenecer exclusivamente, como ella, a Dios, seres que experimenten, para la alegría de todos sus hermanos, la inefable dulzura del «fuego» del amor divino.

* * *

Filomena Ferrer, hija de un famoso escultor, es hija de Cataluña, una región española que en el mil ochocientos aparece particularmente atormentada y al mismo tiempo especialmente bendecida. Precisamente en la zona en que se mueve nuestra Venerable, hay una primavera de santidad que surge potente, portadora de un fermento de vida nueva en Cristo. San Antonio M.ª Claret, Sta. Joaquina Vedruna de Mas, Sta. Teresa de Jesús Jornet Ibars, la Beata María Rosa Molas, el Ven. José Mañanet Vives, el Ven. Enrique de Osó y Cervelló, la Ven. Paula de San Luis Delpuig, el Ven. Francisco Coll, el Ven. Manuel Domingo y Sol, la Ven. Petra de San José Pérez Florida, el Siervo de Dios Francisco Palau y Quer, para no poner más que los primeros nombres que vienen a la memoria, son testimonios de una presencia de particular gracia de Cristo y de Su amor, en esta región que alegra la sonrisa de la Virgen de Montserrat. Entre estos hombres y mujeres de Cristo se alinea humildemente nuestra Filomena. Aquella que, nacida en Mora de Ebro (Tarragona), el 13 de abril de 1841, desde sus primeros años, será llamada «añagaza de corazones», poquito a poco llegará a robar también el Corazón de Cristo. Al menos si debemos creer a un testigo seguro como Dalmau, el cual asegura que (Filomena) «parecía sentir con el Corazón de Jesús y en el Corazón de Jesús más que con el suyo». Se trataba, explica el sabio Director, de una transfusión del fuego de Cristo en su espíritu, de aquel fuego que vino a traer Cristo a la tierra. Filomena, apenas conoció las exigencias devoradoras de este fuego, quiso ser, toda ella, presa de él. Y lo consiguió. «Me quemo, me quemo» gritará una noche la Venerable. «Dios mío, primero era fuego, ahora es incendio». La «herida» estaba ya consumada, la «llaga» hecha incurable. Nada de extraño que una Hermana la definiera «loca de amor».

Pero a esta estupenda locura había llegado Filomena poco a poco, con la fidelidad humilde y oscura a su deber de cada día, con la disponibilidad alegre para todos, con la sencillez de una vida entregada sin reserva al cumplimiento de la voluntad de Dios. Después del peregrinaje de los primeros años, que la verá con su familia en Maldá, Lérida, Palma de Ebro, Mora de Ebro, Plá de Cabra, hará su ingreso, laborioso y contrastado, en las Mínimas de Valls (Tarragona), donde consumirá su breve existencia. Entrará allí el 29 de enero de 1860, a sus diecinueve años, profesando la austera Regla de la Orden el 4 de abril de 1861, vigésimo aniversario de su primera consagración al Amor por su Bautismo. ¿Sus oficios? Maestra de canto, Ayudante de Guardarropera, Despensera, Enfermera, y... ¡enferma! Parece como si el Señor le haya confiado esta misión de sufrir precisamente en la enfermedad. El mal la invadió progresivamente, consumiéndola de modo misterioso. Se trataba de cosas que, a menudo, difícilmente lograba diagnosticar la medicina. ¿Incapacidad de la medicina u obra imposible de interpretar sino a la luz del Amor? Es claro que en contacto con una criatura que se deja escapar: «Oh mi amado Jesús, todo lo que es áspero y duro lo quiero para mí; todo lo que es dulce y agradable, para Ti», «No aplacéis mucho, Señor, el día de mi crucifixión; la espero con grande ansia», y todavía: «No quiero vivir sin cruz, y sé por qué.» «En mi vida, breve o larga, padecer siempre y no morir», aun la enfermedad, cuando es humanamente inexplicable, tiene que ser diagnosticada a la luz del amor de Dios, de aquel amor del cual Filomena deseaba ser una llama.

No debe creerse que se tratase de un juego de palabras o de diletantismo sentimental. El carácter de Filomena era a ello todo contrario. En la escuela del padre, había aprendido muy bien cómo se «trabajan» los Santos. La escultura consigue presentar la imagen querida a fuerza del martillo, la maza, el escalpelo, la lima y la raspa. Y es

con el realismo del arte del padre que Filomena concebía la perfección que buscaba sin medias medidas. «Quiero ser santa, quiero ser muy santa» se dejó decir en 1863, hablando con el P. Dalmau. Y es en esta línea que, a seguido de una explícita invitación a tomar más de verdad la cruz en seguimiento de Cristo, concretará en propósitos muy serios su compromiso de fidelidad al misterio pascual de muerte y de resurrección, se pondrá heróicamente en la vía de una «penitencia» iluminada por el amor a Cristo y a la Iglesia, trabajará por una nueva fundación de Mínimas —realizada después de su muerte— en Mora de Ebro, hará el voto de lo más perfecto (1866), iniciará la obra de retorno al espíritu de abnegación evangélica propio de los primeros tiempos de la Orden y, al final, consumará su holocausto, consumida por la tisis, siendo de edad de veintisiete años, el 13 de agosto de 1868.

Pero en todo este humilde entretejido de martirio de amor y de dolor, ¡qué plenitud de vida evangélica! ¡Qué ciega fe en Dios, buscado y visto en todo y en todos! ¡Qué dinamismo liberador de esperanza en la tendencia completa a Aquel a quien dirá: «Vos sois, Dios mío, para mí, todas las cosas»! ¡Qué desbordamiento de la caridad divina en el frágil ser, siempre a la presencia de Dios, permanentemente en comunión con El, contenta de vivir momento por momento Su voluntad, deseosa de consumirse por la Iglesia y por los hermanos, pronta sin cansancio ni debilidades al servicio generoso de los demás! La efusión de las gracias místicas, desde su primer «arrebatamiento» acaecido «con gran suavidad», cuando era aún niña, en Maldá, hasta la herida de amor y las grandes gracias de oración de los últimos tiempos, no harán otra cosa que volverla todavía más humilde, más sencilla, más deseosa de desaparecer, más obediente, ella que, amaestrada gustosamente con la sabiduría de Dios, se tenía como una pobre ignorante. ¡Feliz ignorancia de los pequeños para los cuales se abre de par en par el grande

único libro del Amor, como ocurrió para Teresa de Avila y se repitió para Filomena, de las llagas de Cristo, Sabiduría del Padre!

* * *

Filomena Ferrer de Santa Coloma se nos aparece en esta luz evangélica, en esta luz de Cristo. Lo amó con todo *su ser, fue poseída de El enteramente, ardió en El, fue consumida por El. Su heroísmo está en la fuerza de su caridad. La caridad extraordinaria de la que nos hablan estas páginas del P. Bellantonio, tan vivas, tan documentadas, tan incisivas, tan estimulantes para quien quiera seguir a Cristo de verdad, viviendo plenamente Su mensaje de amor. Que esta obra, al tiempo que ayuda a conocer e invocar la intercesión de Filomena, sirva para comunicar a todos los lectores un poco de aquel Fuego divino, suprema realidad de gracia que puede hacernos, en la Iglesia y en el mundo, testigos de Jesús y del poder de Su caridad.*

Fr. VALENTÍN MACCA, o.c.d.

Introducción

Filomena Ferrer, ya bien conocida en la línea de los Catalanes ilustres, lo es universalmente mucho más, en la categoría de los Siervos de Dios, por estar ya en camino la causa de su Beatificación. Se conoce de ella, además de su nombre y efigie, el contexto, al menos global, de sus eminentes virtudes y su dimensión carismática. España, Italia, Francia, se han interesado por ella; pero también en otras partes, dentro y fuera de los monasterios y centros de la triple familia de los Mínimos, llegó su eco con el testimonio de su vida y de su apostolado.

Para que no lo sea menos hoy, por falta de un compendio biográfico puesto al día en los criterios y en el método, en el estilo y en el revestimiento tipográfico, queremos presentarla a los lectores y críticos de nuestros días, en su luz auténtica y actual.

El lenguaje de los hechos de su vida, compulsados en las fuentes y en las actas de su causa, revelan el dinamismo ferviente de Filomena Ferrer, en su respuesta a la vocación a la santidad; dinamismo proponible particularmente a la juventud y a los varios miembros de la vida consagrada, sean seculares o religiosos o de vida claustral. El asunto es de verdad muy digno, por haber vivido ella en plenitud y haber propuesto ejemplarmente los valores humanos y cristianos de la «*sequela Christi*» —«*seguimiento de Cristo*»— en las modalidades contemplativa y «mínima», promoviendo su renovación de perenne actualidad.

De esta alumna escogida, a la par que maestra, del claustro, no se tienen hoy sino raros ejemplares de perfiles biográficos, más o menos extensos, pero inhallables los más. Por lo demás, en el decurso de cincuenta años, Filomena Ferrer tuvo al menos cinco biografías y varios compendios; se interesaron por ella numerosas revistas y boletines, preferentemente de carácter religioso, diarios y hojas de diverso formato y contenido informativo, e incluso la Radio de su ciudad natal.

La presente nueva biografía pretende llenar las expresadas lagunas y obviar los comprensibles inconvenientes de la hagiografía pasada. Se hace accesible la experiencia total de aquella que tiene una fascinación y un atractivo propio, en la línea de un testimonio evangélico eximio, un mensaje a comunicar en la de la renovación, una misión que continuar. Pero se pretende también por ella diferenciar los distintos aspectos, para presentarlos con claridad, a fin de que, en Filomena Ferrer, resalten netamente la obra de la naturaleza y la de la gracia, la fuerza de su voluntad en el empeño de activa colaboración en el plano de Dios sobre de ella, y las incidencias de los dones de El, sin confundir los medios extraordinarios (que también abundan en su vida y experiencia mística) con los valorizados y aportados por ella, según es obligado utilizar en el común camino y universal vocación a la santidad.

Esto está en la base del criterio metodológico preferido, al dividir la biografía en dos partes; refiriéndolas, la primera, al curso cronológico-biográfico de actos y de virtudes, incluso en el nivel más alto; la segunda, a la línea extraordinaria de los dones y de las experiencias místicas.

Cosa sabida es que, en el individuo, la persona es inescindible, y todo su contenido de vida y de experiencia constituye una unidad indivisible; mas, para interpretarla bien, y aun antes, para hacerla descifrable, especialmente

a los lectores menos avezados a ciertos aspectos de la experiencia de la Ferrer, ha parecido más que oportuna la mencionada división metodológica.

¿Se habrá conseguido eficazmente el intento? Lo dirá el lector. Mientras, urge informarlo sobre los criterios de estudio seguidos y sobre las fuentes utilizadas.

Criterios seguidos. Los criterios de estudio son los de la historia, de la investigación de la verdad objetiva y del sentido crítico. Nos hemos servido para ello de la búsqueda de documentos y del análisis crítico interno de los mismos. Actos y hechos, dichos y escritos, han sido analizados directamente en las mismas fuentes. En particular, ha sido estudiada la credibilidad, además de la historicidad y autenticidad de dichas fuentes; asimismo ha sido examinado su contenido interno y también el externo, con verificación de cada una de las afirmaciones, a la luz del sentido crítico, textual, contextual y comparativo.

Fuentes utilizadas. Las fuentes de que nos hemos servido son, por lo menos, de primera mano: actos, escritos y documentos de la misma protagonista; como también de los que estuvieron en su entorno inmediato, por vínculos de sangre o de convivencia religiosa, por necesidad o por causa de su formación escolar y sacramental, de dirección espiritual, de oficio o de trámite. Son personas de diferentes estrados sociales y en varios órdenes y grados relacionados con la Ferrer: familiares, allegados, condiscípulas y amigas, párrocos y maestras en el mundo, Hermanas, Superioras y Maestras de Postulantado o Noviciado, Capellanes y Médico de la Comunidad, Sacerdotes y otras personas que la trataron en ocasiones extraordinarias.

La abundancia de las fuentes directas y la documentación original han permitido la criba deseada de todo

el tiempo de la vida del sujeto protagonista. Las muchísimas referencias de autores de las precedentes biografías más acreditadas, especialmente la del primero y más autorizado —P. Dalmau, dado su continuo y prolongado trato de dirección— remontan a los protagonistas y a los testigos directos de los acontecimientos de su vida en el siglo y de su vida en el claustro, de modo que ninguno ha sido recibido de la sola y simple voz.

Al lector no interesará quizá la abundante acumulación de notas, pero la apreciará como exigencia científica, garantía de seriedad y respeto a él mismo y a la materia de que se trata. Muchísimas veces son notas históricas y explicativas, suplementarias o complementarias del texto, de no escaso interés y de no menos valor, y puestas al pie del mismo, con el único objeto de no hacerlo pesado, y dejando así, lo más posible, ágil y fluida su lectura.

En particular, han sido utilizados:

1) *Testimonios jurados y documentos procesales,* consignados en los procesos Ordinario y Apostólico de Tarragona, para la Causa de la Sierva de Dios. Por lo tanto las dos Deposiciones, respectivamente: la «Positio super introductione Causae» y la «Positio super virtutibus» de la Venerable Sierva de Dios Sor Filomena de Santa Coloma (en el siglo, Filomena Ferrer). Han sido las fuentes principales, especialmente la segunda. Como integrante, ha sido también consultada directamente la copia pública de los mencionados Procesos.

2) *Documentos extraprocesales de archivo.* Tales como:

— el Archivo del Monasterio de las Mínimas de Valls (AMMV)
— el Archivo de la Postulación General de los Mínimos (APGM).

3) *Escritos autógrafos de la Venerable Sierva de Dios Filomena Ferrer:* manuscrito autobiográfico y relaciones de las experiencias interiores dirigidos al Director espiritual, P. Narciso Dalmau; epistolario.

4) *Biografías* publicadas hasta el presente, de las cuales se dará información singular de cada una, comenzando por la fundamental, del mencionado P. Dalmau, y siguiendo con las de otros autores que se informaron directamente del mismo o de las Hermanas contemporáneas de ella, de sus familiares y de otras personas que la trataron, así como de cuantos estuvieron en una línea de tradición viva y directa. Tales como De Langogne y Sucona.

5) *Epistolario del P. Narciso Dalmau;* editado ya de tiempo por Sucona.

6) *Otras fuentes escritas,* publicadas e inéditas, concernientes a la Ferrer y a los personajes relacionados con ella; referencias históricas, geográficas, religiosas, sociales, etc., de todo su contexto.

7) *Informaciones directas del Postulador de la Causa,* alcanzadas por medio de visitas y entrevistas, sea en Mora de Ebro o en Valls o en cualquier otro sitio.

Por estas últimas y por las notas histórico-geográficas, etc., aunque inéditas, vaya nuestro más profundo agradecimiento por la colaboración prestada a las Hermanas Mínimas de la Sierva de Dios, tanto del Monasterio de Valls, como del de Mora de Ebro; al Canónigo Luis Casañas, Prefecto que fue de la Catedral Primada de Toledo; al Profesor Arturo Cot y al Ilmo. Pedro Aviñó Perelló, respectivamente ex-Alcalde de Mora de Ebro y estudioso de historia patria.

En fin, vaya nuestro público y especial agradecimiento también al Rvdo. Dr. Antonio Mascaró, ya párroco en

Mora de Ebro, y al Rvdo. Padre Florencio Rodríguez, Mínimo, como traductores, uno del texto, otro de las notas de esta biografía.

Realizada exhaustivamente la investigación y las consultas de estudio, nos hemos lanzado al trabajo con el máximo respeto a la plena verdad objetiva, impresionados por la cristalina limpidez de la vida de Filomena Ferrer; por su testimonio insigne en la línea de su consagración bautismal y en la de su consagración religiosa; por la transparencia edificantísima que presenta a las almas, y es apta para promocionar eficazmente la renovación en el espíritu de las fuentes auténticas de la vida cristiana y religiosa, «... Cueste lo que cueste».

¡Dios lo quiera!

PRINCIPALES DATOS CRONOLOGICOS
de la vida de
FILOMENA FERRER

1841 - 3 de abril: Nace en Mora de Ebro (Tarragona - España), en su casa paterna, sita en la calle de la Villa, 7.

1841 - 4 de abril: Es bautizada en la Parroquia de San Juan Bautista.

1845 - 1849: Experimenta los comunes exantemas de la infancia, muchos tumores fríos en los brazos, en los pies y en el costado.

1846: Asistencia escolar.

1851 - 10 diciembre: Confirmación.

1853 - 15 de octubre: Primera Comunión.

1853 - 30 de octubre (alrededor): Traslado a Maldá y primera Dirección Espiritual.

1854 - (en un día de Comunión): Primer éxtasis y voto de virginidad.

1854 - 1859: Quinquenio de pruebas.

1854 - (verano): Traslado a Lérida.

1854 - 1855: Traslado a Palma de Ebro. Es madrina en el bautismo de su hermana Manuela.

1855: Regreso a Mora de Ebro (por breve tiempo).

1855 - (agosto): Contrae la epidemia del cólera, pero se cura prodigiosamente.

1856 - 1857: Traslado a Bellmunt, después a Tivisa.

1856: Enferma de dispepsia aguda.

1857: Regreso a Mora de Ebro.

1858 - 1860: Traslado a Pla de Cabra. Entra a formar parte en el Coro de la Parroquia de Santa María.

1860 - 29 de enero: Ingreso en el Monasterio de la Inmaculada Concepción de las Mínimas de San Francisco de Paula en la ciudad de Valls (Tarragona). Postulantado.

1860 - 29 de marzo: Toma de hábito y comienzo del Noviciado, bajo el nombre de Sor Filomena de Santa Coloma.

1861 - 4 de abril: Profesión religiosa. Le es asignado el oficio de «maestra de canto»; y además, sucesivamente, el de Guardarropera, Despensera, Ayudante de enfermería.

1861 - 1862: Invitación a una más alta perfección: «El que quiera venir detrás de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y me siga».

1863: Propósito y empeño de santidad, «cueste lo que cueste...».

1863: Invitación a «mayor penitencia», a la pasión por la Pasión del Señor, al celo por el Divino Corazón de Jesús.

1863: Invitación a la fundación de un nuevo Monasterio de Mínimas y un anejo Templo expiatorio del Sagrado Corazón de Jesús, en Mora de Ebro.

1865: La «contradicción de los buenos».

1866 - 20 de mayo: El voto de lo más perfecto.

1866 - 25 de julio: Inicia el retorno de las Mínimas al espíritu de los orígenes; el ejemplo es seguido por sus Hermanas religiosas de Valls y de otros monasterios de la Orden.

1866 - (diciembre): El «triángulo estrellado».

1867 - (últimos meses): Ultima enfermedad prolongada y experiencias místicas: la «llama de amor viva», las «heridas de amor».

1868 - (marzo - agosto): Viático y Unción de los enfermos (varias veces).

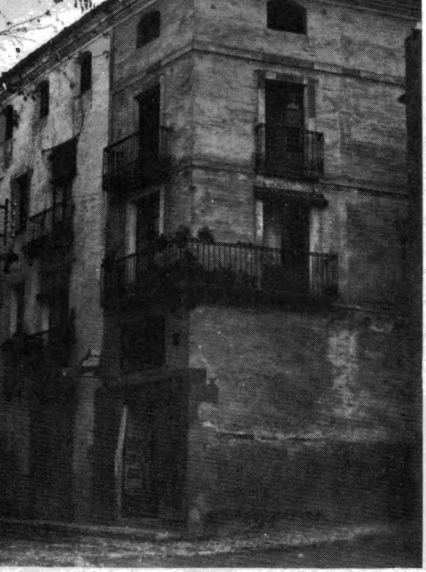
1868 - 13 de agosto: Piadosísima muerte.

(GIANNA ORSI - 1976): *La Venerable Sierva de Dios Sor Filomena de Sta. Coloma* (en el siglo Filomena Ferrer) - Monja Mínima (Mora de Ebro 1841 - Valls 1868) en el Monasterio de la Inmaculada Concepción de Religiosas Mínimas - VALLS

MORA DE EBRO: *Ruinas del antiguo castillo*

MORA DE EBRO: *Escorzo panorámico*

MORA DE EBRO (Tarragona): «...el trecho en el cual se espeja risueña en las aguas anchas del río, reflejando en ellas la imagen de sus casas»



MORA DE EBRO: *Casa natal de Filomena en la calle de la Villa*

Detalle de la casa natal en el piso que habitó Filomena (el bajo relieve, existía ya en 1865, luego fue substituido con una ventana)

MORA DE EBRO: *Parroquia de San Juan Bautista,* donde fue bautizada la pequeña Filomena Ferrer; en la parte anterior, la plaza de España

PARTE I

El curso cronológico-biográfico

1

LA VIDA EN SU CONTEXTO

Una barca sobre el río

Ribera derecha del Ebro: el trecho en el cual Mora se espeja risueña en las aguas anchas del río, reflejando en ellas la imagen de sus casas. Una fronda abundante hace de verde cornisa al cuadro multicolor, que ninguna tabla de pintor podrá jamás reproducir con fidelidad absoluta. Los ágiles álamos, cuyas típicas hojas argentinas hace tremolar la más leve brisa; los sauces esparcidos por la orilla y los haces de cañas y de juncos y los tamarindos y la exuberante indistinta vegetación que allí se extiende por doquier, forman matorrales acá y allá, ofreciendo sombra y refugio a las raras embarcaciones.

No existe todavía el puente con sus grandes luces de arco, en cuyos pilones se separan las aguas, para mezclarse de nuevo después y fluir de allí turgentes hacia Tortosa y el mar.[1]

---

[1] El actual gran puente sobre el Ebro, por el que se entra a Mora, sustituye al primero y más antiguo, de sólida estructura metálica. Este había sido inaugurado en 1915, pero fue destruido en la famosa «batalla del Ebro», que se prolongó con alternas vicisitudes entre ambas partes de la guerra civil de 1936-39, desde la noche del 24-25 julio hasta el 16 noviembre 1938, en el frente que desde Maquinenza llegaba hasta Cherta.

Sabido es que el Ebro antiguamente dividía Hispania Citerior de la Hispania Ulterior. Nace en los Montes Cántabros, en la provincia de Santander, y corre hacia el Mediterráneo, donde desem-

Esta también, en su núcleo central, es la imagen de una realidad que se convierte en historia vivida; pero deberán transcurrir todavía más de treinta años antes que cristalice en completa realidad externa.

¿Quién empuja a la valiente y a sus animosas compañeras? ¿Cómo las acogen en la orilla opuesta los ribereños? Lo iremos viendo y será de no pequeño interés. Antes, sin embargo, será oportuno conocer a la Morense de nacimiento y Vallense de vida, que ha dado nombre y vitalidad a un nido de vírgenes, y fervor de espíritu a la vida de otras.

Retrato de joven mujer

La que espera para conducir la barca a través del río es de agradable aspecto; de aquellas que te acarician el ánimo tal como son: sencillas, modestas, pudorosas, naturales y espontáneas, al propio tiempo que reservadas y honestas. Tiene una frente ancha sobre un rostro ovalado; sus cabellos están cubiertos por el velo, pero se sabe que son rubios; sus ojos, grandes y vivaces, ordinariamente dulces y expresivos, te penetran, aunque no quieras, cuando se vuelven para mirarte. El sobrecejo, abundante y casi unido, de un pelo oscuro. La nariz, fina y un poco aguileña. Dos labios delgados cierran su boca regular. Las mejillas, en cuyo centro, cuando sonríe, se forma una ligera cavidad asaz graciosa, pasan del rojo natural al pálido o al rojo de fuego, según sus reacciones emotivas, propio de quien no sabe fingir, sino que está siempre abierto con sinceridad a todo cambio de humor, interna y externamente. Una leve falta de estatura la hace ligeramente inferior a la media, aunque eso poco cuenta: Las mujeres, como los hombres, no se miden a palmos. Es delicada en su persona y de una sensibilidad exquisita. Su hablar, placentero y afable, es respetuoso y cortés; le

cede entorno.[9] Su sencillez y espontaneidad hacen que no se retraiga ni le condicione ningún complejo. Alrededor de sí admiración y alegría, incluso simpatía: los «tests» clave de una personalidad extrovertida y optimista. Tales dotes y aspectos, unidos a una cierta gracia natural y pureza, la hacen dulcemente atractiva. Se sabe por lo demás que, en familia, entre las amigas y las vecinas, se gana el afecto de todos, los cuales, por esta razón, llegan a llamarla «añagaza de corazones».[10]

Con prestancias tales que levantan chispa, si se añade la sana y cristiana formación que ha recibido entre casa, iglesia y escuela, se la denominaba «mujercita graciosa»; así, ya de hecho, en su misma adolescencia.[11]

Con todo eso no pretendemos llamarla perfecta ni adulta antes de tiempo en el juicio y en sus comportamientos, por más dosis de buen sentido y de virtud que posea y manifieste. Se trata de una niña que, en su desarrollo mental, moral y espiritual, no se destaca de sus compañeras, aun distinguiéndose entre ellas por su piedad, aplicación y disciplina, según se dirá en esta biografía, siguiendo la línea cronológica de los hechos. Así conoceremos también el proceder del Dador de todo don perfecto, que le sonrió, favoreciéndola con muy notable liberalidad, con dotes y virtudes humanas y cristianas.

---

[9] Si queremos clasificar índole y carácter, según los actuales niveles de la caracteriología, método Le Senne, Filomena Ferrer posee el mejor natural: emotivo, activo, secundario (EAS). El comportamiento a través de su breve vida lo demostrará.

[10] DALMAU, *Vida*, p. 7.

[11] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 21, § 19. Es el Rvdo. D. Mateo Auxachs, testigo 3 en el Proceso Apostólico, y entonces Párroco de Mora de Ebro, quien lo recoge de viva voz de sus fieles.

mente, en una y a ultranza, pero no se cristaliza en ella, como en una sola. Cualidades de estima, reconocidas a las gentes de España, así como sentido de lo absoluto, energía y tenacidad, se encuentran generalmente en todos; pero más acentuadas, si se quiere, en los individuos de más temple y tesón, lo que les da aquel estilo típicamente ardoroso y eficaz, que los hace ilustres.[12]

Para limitarnos sólo a algunas de las figuras más notables de Cataluña, en el campo eclesiástico y religioso, de ámbito muy cercano en el espacio y en el tiempo de la Ferrer, recordamos a Claret, Balmes, Osó y Domingo Sol.[13]

---

[12] En la bóveda del *Camarín viejo* de la Basílica de Montserrat, Filomena Ferrer figura entre los catalanes religiosos ilustres. En el aspecto político, civil y militar, una ilustre heroína de Mora de Ebro fue la baronesa Galbes de Entenza, bajo cuyo mando los morenses resistieron en el asedio que los Templarios y los Moncada (en agosto-setiembre de 1289), pusieron durante la guerra feudal en aquellas comarcas (Cf. ARTURO COT, *Sitio de Mora de Ebro de 1289 - Galbes d'Entença*, en «Fiesta Mayor 1975 - Mora de Ebro»).

[13] San ANTONIO M.ª CLARET (Sallent 1807 - Fontfroid 1869): estudió en el Seminario de Vich. Desde 1840 estuvo en Roma, en «Propaganda Fide». Regresó a su patria, y en 1849, dio vida, junto con otros sacerdotes, a la Congregación de Misioneros Hijos del Corazón Inmaculado de María. Arzobispo de La Habana, en Cuba, desde 1849 a 1857. Vuelve de nuevo a España, donde fue confesor y director espiritual de la reina Isabel II, a quien, desterrada en Francia, acompañó posteriormente en 1868. Fue orador sagrado muy distinguido (especialmente en las misiones populares), escritor de temas eclesiásticos, reformador de las costumbres.

JAIME BALMES (Vich 1810-1848): filósofo, sociólogo, publicista. Estudió en el Seminario de Vich y en Cervera. Ordenado sacerdote, se le encomendó la enseñanza. Desde 1839 a 1844, siguiendo a los franceses Ozanam y Lacordaire, publicó obras de carácter preferentemente apologético; desde 1845 a 1848 publicó otras de carácter político y social, que tuvieron extensa y rápida difusión. A fin de conseguir la paz de España propuso el matrimonio de la joven reina Isabel con don Carlos de Borbón (Carlos IV); matrimonio que no se realizó por la oposición de los liberales y de algunas potencias extranjeras.

ENRIQUE DE OSSÓ Y CERVELLÓ (Vinebre 1840 - Sancti Spiritus [Valencia] 1896): canónigo de la Catedral de Tortosa, apóstol incansable. En nombre y en la doctrina de Sta. Teresa de Avila, promovió la recristianización de las masas mediante las misiones populares, la prensa, la enseñanza, instituyendo a tal fin varias obras y asociaciones católicas, entre las cuales la Compañía de Sta. Te-

trazgo», Cabrera,[14] guía las brigadas Carlistas y mete el desconcierto en las tierras catalanas, llevando a ellas la agitación y el terror, son años penosos y turbulentos, como pocos otros. «Sangre, sangre, es lo que quiero» grita la fiera herida por la muerte de su madre, que había ordenado el feroz Nogueras; y a las numerosas víctimas de las frecuentes epidemias se suman las provocadas por las inútiles matanzas, muchas veces de personas inocentes.[15]

No pocas veces, en una misma casa, hay quien milita en un frente y quién en el otro, enfrentándose en campo contrario y sembrando ansiedades, temores y luchas. Las ideas sectarias y laicas, aireadas desde el otro lado de los Pirineos, alimentan la lucha contra la Iglesia. Cuando después, en setiembre de 1868, la situación caótica desemboca en la revolución, que destrona a Isabel II,[16] salta al

---

[14] MANUEL CABRERA ESTRADA (Tortosa 1806 - Wentworth [Inglaterra] 1877): general, conde de Morella. Diósele el título Carlos de Borbón después de la primera guerra carlista. Posteriormente, derrotado por dos veces, se refugió primero en Francia, después definitivamente en Inglaterra (1849). El «Maestrazgo» era la zona denominada de los «Maestres» o comandantes de las Ordenes Militares, situada en los límites de las actuales Provincias de Castellón de la Plana y Teruel.

[15] Cf. MARCELO GONZÁLEZ, *La forza del sacerdozio - Don Enrico de Ossó*, Milano 1963. El autor, actualmente Cardenal Arzobispo de Toledo, Primado de España, en la biografía de Ossó y Cervelló, con la competencia y claridad que le caracteriza, con frecuencia se refiere a estos hechos (cf. *ibidem*, pp. 21, 22, 28, 44, 46, 88, 89, etc.).

[16] ISABEL II [María Luisa], reina de España (Madrid 1830 - París 1904): hija del rey Fernando VII y María Cristina de Borbón-Nápoles. Subió al trono (1843) en fuerza a la «Sanción pragmática», promulgada por su padre en 1789, según la cual se abrogaba la ley sálica que excluía de la sucesión dinástica a las mujeres descendientes. Esto provocó la reacción del pretendiente don Carlos, su tío, y fue la causa de conflictos armados entre los defensores de ambas partes, y verdaderas guerras dinásticas entre carlistas y liberales, y también republicanos. Isabel se casó con su primo Francisco de Asís, duque de Cádiz. Mejoraron las relaciones diplomáticas con la Santa Sede. Sucesivas tentativas de sublevación, motines y manifestaciones (que más tarde acabaron en la revolución de 1868), la obligaron a refugiarse exiliada en Francia, donde, en 1870, abdicó en favor de su hijo Alfonso XII.

villa de 4.000 habitantes, situada a poco más de 50 km. de su capital de provincia, Tarragona, se asienta sobre la ribera derecha del río, entre éste y un plano inclinado que forma a sus espaldas un declive, con cavas de cal y de yeso en sus flancos, y casi en su cima, un castillo carlista, edificado sobre los cimientos de otro moruno, más antiguo.[20] La producción local es predominantemente agrícola; la vegetación permite rebaños de pasto. Colateralmente, se practican la caza y la pesca. Su clima es templado y sano, gozando la zona de buena aireación, que favorece los cultivos y actividades varias, entre las que figuran modernas industrias que tienen allí su asiento. La nueva central nuclear de Ascó ha incrementado la población con los muchos residentes actuales que allí trabajan. Viviendo Filomena Ferrer, el centro urbano superaba los 3.800 habitantes; las fincas eran más de 3.000.

Aquí, desde siempre, todo el movimiento civil y político de la región viene reflejado, con intensidad proporcional a su importancia de centro geográfico, dada su situación. Todo lo que ocurre en otros lugares encuentra aquí, no sólo eco, sino también partidarios y adversarios. Terrible y sangriento es, en la historia, el recuerdo del asedio al convento de San Antonio de Padua, del 29 de julio al 31 de agosto de 1837, durante la primera guerra dinástica; así como los excesos que siguieron a los primeros días de setiembre, entre los cuales hay que contar la muerte violenta de dos Hermanos Menores, Manuel Roca e Isidoro Franch.[21]

El que, en aquellos tiempos, como Filomena, abrazaba la vida religiosa, lo hacía por eso con verdadero riesgo.

---

[20] Estos datos y los anteriores, de la época de Filomena, se han tomado del «Diccionario geográfico estadístico, histórico de España y sus posesiones de ultramar» de PASCUAL MADOZ (Madrid 1848, tomo 11, pp. 579-580).

[21] Incendios y otros contratiempos añadiéronse a las varias destrucciones (cf. COT, *Historia de la Imagen del Santo Cristo de los Caballeros*, en «Vida Parroquial» del 10 y 23 abril 1972).

Habrá de tenerse en cuenta este frecuente peregrinar de la familia, para comprender hechos y comportamientos de la que le ha dado más lustre, en condiciones ambientales diversas, y al mismo tiempo uniformes, según que se refieran a las internas y a las externas de su casa. En los dieciocho años que Filomena vivió en familia, se conocen, al menos, una decena de desplazamientos, entre

---

1884): hermano del anterior y padre de Filomena. Dedicóse al arte sacro, trabajando sobre todo en retablos y estatuas. Trabajó en Maldá (1853), Lérida (1854), Palma de Falset (1855), Bellmunt y Tivisa (1856), Pla de Cabra (1858), Sarreal (1861), San Cristóbal de Calaceite, etc., lo cual le obligó a trasladarse sucesivamente a dichas poblaciones. Murió en Mora de Ebro, de donde era oriundo. Entre otras esculturas dejó los Misterios de la Pasión de N. Señor (1865-1867). Muchas de sus obras fueron destruidas durante la guerra civil de 1936-1939. Las pocas que se conservan son de propiedad privada y se tienen en gran estima por su arte y por la devoción que inspiran.

FÉLIX FERRER [*junior*] Y GALCERÁN (Mora de Ebro 1843 - finales del s. XIX): hijo del anterior y hermano de Filomena. Artista muy competente y de mucha inspiración. En la escuela de su padre aprendió las primeras lecciones de arte. Colaboró con él en varias obras, entre las que se encuentra el retablo del altar mayor de la iglesia parroquial de Juncosa (1858). Más tarde trabajó por propia cuenta en las iglesias parroquiales de Corbera, Serós, Sarreal, Pobla de Granadella, etc. Se perfeccionó en París, en la escuela de Drumont, Bonazieux y Tomás. Continuó aún los estudios en Italia, especialmente en Roma. Obtuvo numerosas distinciones, por ejemplo una medalla en la Exposición Universal Vaticana de 1888. Vuelto a su patria, esculpió el altar de la Asunción en el Seminario de Lérida, la decoración escultórica de la Universidad de Tarragona. Entre sus obras más apreciadas figuran: dos estatuas de Roger de Lauria, y una de Pedro III. Entre las de carácter sagrado o religioso, una Inmaculada en mármol, y el busto, también en mármol, de su hermana Filomena Ferrer, de «inspirada espontaneidad y perfección» (según Espasa Calpe, vol. XXIII); una estatua del beato Gil de Federich para la Catedral de Tortosa, un monumento para los cartujos, y un alto-relieve que ilustra la mediación del Papa en la cuestión de las Carolinas. Por encargo del Siervo de Dios don Enrique de Ossó y Cervelló, esculpió el altar y la estatua de San Antonio en la iglesia homónima de Tortosa.

MIGUEL FERRER Y GALCERÁN (siglo XIX - primeros del s. XX): otro hermano de Filomena. También él dedicóse a la escultura. Mientras el padre y el hermano mayor participaban en la causa de beatificación de la hermana, el primero como testigo 2 en el Proceso Ordinario de Tarragona, el segundo como testigo 15 (III de

2

PRIMAVERA DE LA VIDA

En el centro histórico

Hasta el año que comienza la historia que narramos, ya mucha agua había corrido por el río a lo largo de la barrera que lo separa de Mora de Ebro. Documentos que se remontan al siglo XII mencionan por primera vez este centro urbano y su comarca, a una y otra parte del río, entre las tierras que el Conde de Barcelona, Ramón Berenguer, donó a los Templarios en 1153,[1] por la ayuda que le habían prestado en la reconquista de Tortosa del poder de los Moros. Pero éstos permanecieron allí aún después, en una de sus demarcaciones, por otros cuatrocientos años; de modo que no resulta sorprendente que se perpetúe su memoria, después de una tan larga permanencia. Sin embargo, en cuanto al origen del nombre de Mora, se dan diversas conjeturas.[2]

---

[1] RAMÓN BERENGUER (n. 1115 aproximadamente - Borgo San Dalmazzo - Cuneo 1162): unió Aragón y Cataluña. Ayudó a Alfonso VII de Castilla en la reconquista contra los musulmanes. Reconoció la soberanía de Barbarroja. Con él terminó la antigua dinastía catalana, a la que siguió la del Reino de Aragón.

Los Templarios constituían una Orden religioso-militar (nacida en 1119), cuya clase de caballeros, reclutados entre los nobles, a los tres clásicos votos religiosos añadía el juramento de defender los Santos Lugares. Alternaron éxitos y derrotas, tanto en Occidente como en Oriente, hasta que el 3 de abril de 1312 fue suprimida por disposición del Papa Clemente V.

[2] Según algunos Mora tiene su origen de los «Moros» que la

oriunda de Tivisa, apenas a 9 km de Mora. El joven artista no había ido lejos a buscarla, a pesar de que lejos anduviese muchas veces, por razón de su trabajo, sino que prefirió conformarse al antiguo adagio: «mujer y bueyes de tus pueblos sean». Y fue ella digna de él, como mujer y como cristiana, amándolo y colaborando plenamente en la educación de los hijos y en el cuidado del hogar, a ella enteramente encomendado. Será la compañera fiel de los treinta años más fecundos de su arte, y aun después de su adiós a la tierra, le dejará de sí misma santa, feliz e inolvidable memoria.

> «No me cabe la menor duda —testimoniará de ella el marido, con juramento— que fue fiel guardadora de la Ley de Dios y en grado eminente, por lo cual mereció toda mi confianza en todo, y de un modo especial en lo que toca a la educación de mis hijas.»[7]

De otros testigos directos, igualmente seguros, se tiene confirmación de sus virtudes humanas y cristianas, por las cuales era de mucha y buena edificación. El P. Dalmau, en su primera y más autorizada biografía de Filomena Ferrer, así da de ello fe:

> «Fue muy caricativa, tanto, que los pobres la llamaban por el dulce nombre de *madre*. Andaba muy solícita en educar a sus hijos en el santo temor de Dios, y portándose con ellos *fortiter et suaviter*, según convenía a la edad e índole de cada uno, les hizo tomar afición a la

---

alquerías y casas de campo —en 1497 con sólo 17 «hogares» o familias—, pertenecientes a Mora de Ebro, aunque situadas a la otra parte del río, en la margen izquierda. Durante muchos años fue un arrabal de Mora, hasta que se hizo ayuntamiento en 1840. Hoy cuenta con poco más de 3.000 habitantes (cf. CASAÑAS, *Notas* [cit.], pp. 2-4).

[7] Así consta en el Proceso Ordinario de Tarragona para la causa de su hija Filomena (cf. «*Positio s. Introductione Causae*», *Summarium*, p. 20, § 36 y «*Positio s. Virtutibus*», *Summ.*, p. 41, § 103). «Yo —añade Ferrer— me cuido más de los hijos varones...» (cf. *Copia pública del Proc. Ord.*, vol. I, fol. 499).

la familia, y aún quedaba para los pobres que, en buen número, tocaban a sus puertas. Amor, trabajo y paz, en el interior de su hogar, acallaban el ruido del exterior, muchas veces poco tranquilizador, por causa de las agitadas coyunturas de los tiempos, en aquella parte de España.

Sin embargo, no todo fue tranquilidad y alegría. Cinco de sus hijos, comenzando por el primero, murieron en edad infantil, víctimas de afecciones epidémicas, entonces fáciles y frecuentes.[12] Mas la fe y la confianza en Dios, junto con su fortaleza cristiana, las hicieron superar aquellas pérdidas de sus niños y su prematura salida de la escena de este mundo. Los otros, Filomena, Félix, Miguel, Joaquina y Manuela sobrevivieron y llenaron los vacíos de las pequeñas cunas por aquellos que los precedieron o los siguieron, antes y no después de 1859.[13]

---

[12] De éstos no se conocen los nombres; de algunos ni siquiera la existencia era conocida por los anteriores autores de la biografía de la Ferrer, como tampoco por casi todos los testigos que depusieron en los Procesos de la misma. El mismo Dalmau, ordinariamente el mejor informado, habla de un total de siete hijos (cf. *Vida*, p. 6); el P. Pio de Langogne, de seis (cf. *La Vénérable*, p. 2); otros sólo de cinco o cuatro. El más fiel al respecto es Sucona (*Compendio*, p. 7, nota 1), que formó parte del tribunal eclesiástico para dicha causa. No podía pasarle inadvertido el testimonio del hermano de la Sierva de Dios, Félix (*junior*), el cual, interrogado sobre el caso, contestó con precisión: «Fuimos cuatro hermanos y seis hermanas; de los cuales cinco murieron muy pequeños.» («Positio s. V», *Summ.*, p. 27, § 46). Lo mismo había dicho ya el padre en el proceso Ordinario, al afirmar que Filomena era la segunda con relación a los otros nueve hijos... «de los cuales cinco murieron en la infancia y los otros cuatro viven todavía» (Cf. «Positio s. V.», *Summ.*, p. 41, § 104).

[13] De Félix Ferrer y su hermano Miguel ya se ha hablado como escultores que siguieron la profesión del padre. Hay que añadir que el primero prestó servicio militar en las filas de don Carlos, en la última guerra contra Isabel II. Capturado, se libró de la muerte; sin embargo fue procesado y condenado a diez años de cárcel, pero fue puesto en libertad apenas un día después de la sentencia. Además del busto marmóreo modeló otras imágenes de la hermana Filomena, conservadas después en el Monasterio de las Mínimas, como también varias pequeñas estatuas del Niño Jesús, una de las cuales se conserva en el Monasterio de Monjas Mínimas de Grottaferrata (Roma).

JOAQUINA FERRER, la primera de las hermanas menores de

al bautizo, en la iglesia parroquial prioral de San Juan Bautista.[16]

El nombre escogido para la recién nacida es sugerido a los padres por la devoción asaz corriente a la sazón, también en aquel rincón de España: FILOMENA; nombre que será del agrado de ella, cuando tome conciencia, y lo desplegará, relacionándolo con la Fe.[17] La madre terrena,

---

[16] Así consta en el acta de bautismo: «En la iglesia parroquial de Mora de Ebro a los cuatro días de Abril del año mil ochocientos cuarenta y uno: Yo el infra, Prior de ella bauticé solemnemente a Filomena Ferrer, hija legítima y natural de Félix y de Josefa Galcerán consortes y vecinos de la presente villa. Abuelos paternos Miguel e Inés Guasch. Maternos José y Francisca Brú. Naturales el padre de Benicarló, la madre de Mora la Nueva. Los abuelos paternos de Portell, el abuelo materno de la Espluga y la abuela de Tivisa. Fueron padrinos Francisco Lorant y Cándida Barceló advertidos del parentesco y obligaciones. Nació a las siete de la tarde del día anterior.—Juan Bautista Descarrega, Prior Curado.» (cf. «Positio s. V.», p. 52; DALMAU, Vida, p. 5, nota; DE LANGOGNE, *La Vénérable*, p. 2, nota 1).

Al final del siglo XVI, a petición del entonces Párroco D. Santiago Esteve, el Papa Sixto V declaró a la iglesia de S. Juan Bautista de Mora de Ebro priorado secular. De aquí el título de Priores dado a los párrocos posteriores. El edificio sagrado, en su primitiva fabricación, se remonta cuanto menos al siglo VII, cuando Mora se denominaba «Morale», y era límite de la diócesis de Hictosa. Con la invasión de los moros, fue convertida en mezquita, permaneciendo así hasta la Reconquista. Restituida al culto cristiano por Ramón Berenguer, fue reconstruida por éste en estilo románico. Entre los años 1400 y 1500 se transformó en estilo gótico, cuya planta se corresponde con la actual. Sufrió el incendio y saqueo de los liberales en agosto de 1837. Restaurada con anterioridad, en el siglo XVIII, se le habían añadido el ábside, la nueva fachada barroca —«Puerta Nueva»—, la nueva capilla octogonal del Ssmo. Sacramento (internamente en forma de cruz griega) con cúpula y linterna; también el campanario, primero neo-clásico, y después adaptado a románico. En la guerra de 1936-1939, sufrió nueva destrucción. Además del archivo parroquial se perdieron las imágenes muy veneradas del «Cristo de los Caballeros» y de S. Juan Bautista, esta última, de Fernando Saloni (cf. COT, «*Evolución histórico-artística de la iglesia parroquial de Mora de Ebro*», en «Vida parroquial», hoja dominical, del 22, 29 julio 1973 y del 10, 23 abril 1972, respectivamente).

[17] «Mi nombre quiere decir FE», dirá contenta («Positio s. V.», *Summ.*, p. 117, § 145). Propiamente quiere decir «mujer amada».

Las controvertidas «reliquias» de la joven «Philumena», halladas el 25 de mayo de 1802 en una tumba paleocristiana del Cementerio de Priscila en Roma, debido a la complicada decoración (una

Estas y semejantes expresiones de devoto afecto a la Señora, acompañan la primera infancia de Filomena.[20]

De la misma manera expresa tierno afecto a Jesús Niño. Al efecto, es también Dalmau quien lo refiere en su biografía, pero son también otros varios que lo testifican en el Proceso, la madre, nuevamente en espera de prole, ha preparado el roperito para el que había de nacer; y Filomena, que cuenta tres años o poco más, creyendo que se trata del Santo Niño, se da mañas de buscarlo, revisándolo todo hasta que logra encontrarlo, y tomándolo, muy feliz, acaricia los pañolitos.[21]

Aparte estas expresiones de piedad infantil, que, al madurar, nada perderán de su espontaneidad y frescura en la Filomena adulta, con su crecimiento en la primera edad, otras manifestaciones llevan ya un signo de calidad y aventajamiento que encantan, al mismo tiempo que edifican. Su padre, por ejemplo, percibiendo la prontitud y la precocidad de una inteligencia despierta, unida a una sumisión y docilidad casi instintiva a él y a la madre, informa:

> «Aun antes de hablar, con una sola mirada, señal o palabra, comprendía mis órdenes o insinuaciones, y, con admiración de todos, las cumplía.[22] Se mostró muy obediente a mí y a su madre —continúa—, de modo admirable, ya desde niña.»

De esta obediencia pronta todos se edifican. Después, incluso dejará la oración, para cumplir la obediencia a quien la deba.[23]

---

[20] Por los recuerdos que la madre comunicó a Dalmau, sabemos que, una vez, la sirvienta teniendo en brazos a la pequeña le mostró una estampa de la Virgen. Más ágil que ella, Filomena se la arrancó de la mano, y antes de que pudiese intervenir, se la llevó a la boca para tragarla (DALMAU, *Vida*, p. 8).

[21] DALMAU, op. cit., p. 9.

[22] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 41, § 105.

[23] «Positio s. V.», l. cit., § 109. Confirmado también por el hermano Félix (cf. *ibid.*, p. 28, § 47-48).

de, en su pequeñez. Al entregar los alimentos que se le encargan llevar a una pobre anciana y paralítica, le dirige unas palabras de edificante caridad, que la ayudan a sentirse serena y resignada en su dolor. Junto a esta acción, se recuerda también un gesto suyo, de fina y deliciosa caridad, con una chica muy pobre de su edad que tiene que pasar por delante de su casa cada día, para ir al río a recoger agua; Filomena la acompaña, y allí, con el pretexto de hacerse llenar el propio cántaro, le mete en la mano una recompensa, que le ayuda a aliviar su miseria.[29]

Y como los pobres, los enfermos: en cuanto le es posible, anima la pequeña a los atribulados y les exhorta a la resignación y paciencia en sus pruebas.[30]

En la iglesia y en la escuela como en casa

En la iglesia, adonde va incluso para breves visitas a Jesús Sacramentado, el comportamiento devoto de la niña, arrodillada, con las manos juntas, inclinada y casi inmóvil o sentada, pero siempre compuesta y recogida, no pasa inadvertido.

> «La edificante compostura de esta niña es para mí indicio seguro de que, con el tiempo, llegará a un alto grado de santidad», observa por aquel tiempo un sacerdote que, creemos, se revela profeta.[31]

El progreso gradual y rápido de ella, en su conducta

---

[29] DALMAU, *Vida*, p. 16; «Positio s. V.», *Summ.*, p. 24, § 30. La mencionada, cuya identidad en el siglo se conoce, ingresará más tarde en el Monasterio de las Mínimas, profesando en calidad de hermana conversa, con el nombre de Sor Carmen de Sta. Rosa (de la entrevista del Postulador a Madre M.ª Pilar, el 29 de mayo 1976, en Mora de Ebro).

[30] Lo atestigua su padre (cf. «Positio s. V.», *Summ.*, p. 41, § 110.

[31] DALMAU, *Vida*, p. 14.

jugar en la casa de la mencionada Piñol, preguntaba siempre qué hora era, para no faltar al mandato de regresar a tiempo.[35]

Con todas, es la niña muy amable, sean ricos o pobres.[36] «Me había quedado una parte del pan de la merienda —recuerda la amiguita y condiscípula Magdalena Amorós— y al salir de la escuela, me exhortó a darlo a una pobrecita que pasaba por allá.» [37]

Afable y conciliadora, tiene una particular habilidad para suavizar asperezas, tanto entre sus propios hermanos y hermanas, como entre las amiguitas de juego.

> «Nunca vi en ella ni oí de sus labios cosa que contradijese o repugnase a un verdadero espejo de pureza», añade su hermano Félix.[38]

Era solícita en acompañar el Viático a los enfermos y en participar en las exequias religiosas. Piedad, modestia y bondad se le notan y sabe guardarlas y defenderlas.

> «Ibamos muchas veces —recuerda siempre su amiga Amorós— a lavar la verdura en el río Ebro, y si oía alguna blasfemia o palabra mala, la reprendía. Tenía miedo de que se acercasen a nosotras los barqueros, por

---

encontrando una explicación natural, lo refiere con el recelo de no ser creído. El hecho de una fina percepción auditiva a considerable distancia, prescindiendo de la posible pero no exclusiva explicación de una manifestación religiosa —en el contexto del sujeto que tratamos no se ha de excluir *a priori*, y lo veremos—, no es único ni absolutamente raro en la historia, si bien de extraordinaria eficacia de percepción psico-sensorial, viva y perspicaz, hasta el punto de manifestar una delicadeza sensitiva muy notable. Lo que habrá de tenerse en cuenta al revelarse el sujeto, ya en esto, constitucionalmente sano y sensitivamente muy dotado.

[35] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 22, § 24.

[36] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 42, § 112. Informa el tío sacerdote, D. José Galcerán, y lo confirma el mencionado D. Auxachs, quien añadió las conductas piadosas, caritativas y ejemplares que siguen (cf. *ibid.*, p. 42, § 116).

[37] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 48, § 142.

[38] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 30, §§ 60-61.

temor de oir malas palabras y para evitar algún insulto.» [39]

El lenguaje ordinario, escuchado muchas veces de algunos de ellos, se hace estridente con el ambiente natural y delicioso del río y del paisaje que lo enmarca; e impresiona tanto a la pequeña Ferrer, que, hablándose un día en familia de lo bello que resulta navegar entre las encantadoras riberas del Ebro, ella, en la sinceridad de su corazón, comenta:

> «Hermoso sería... si no se oyeran de continuo las palabras indecentes y las soeces blasfemias contra el santo Nombre del Señor, que tan a menudo profieren algunos barqueros.» [40]

El trabajo duro de los mismos no justificaba ciertamente su lenguaje incorrecto y violento, que ofendía el alma de la piadosa y educada niña.

> «A veces, habíamos ido al mes de María o alguna otra función de iglesia, y se nos preguntaba qué cosas nos habían dicho. Ella se acordaba más que nosotras» —informa la nombrada amiguita.[41]

Hecha ya mayorcita, la madre le encomienda al hermano más pequeño que ella, y con él, muy a gusto, va a la iglesia y le incita a rezar las oraciones que ella misma le enseña. Félix conservará de esto un grato recuerdo:

> «Siempre la vi ejemplar en todo, estimulándonos a los hermanos a la piedad.» [42]

Tal ejemplaridad hace de Filomena una niña excelente. Lo que no significa una superioridad que moviera a en-

[39] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 48, § 146.
[40] DALMAU, Vida, p. 16.
[41] «Positio s. V.», *Summ.*, pp. 47, § 142; 48, § 146.
[42] «Positio s. V.», *Summ.*, pp. 28, § 48; 29, § 54.

vidia, sino más bien a admiración sincera y cordial, porque en todo se la ve sencilla y normal, seria y reservada en los lugares y tiempos debidos, a la par que festiva y alegre con las niñas de su edad. En circunstancias, es también enérgica para defender algún derecho suyo; así, una vez que jugaba con otra niña a la búsqueda de una moneda escondida bajo montoncitos de tierra, hubo de insistir más de lo acostumbrado en que la moneda encontrada era la suya.[43]

Hacia los sacramentos de la infancia y de la adolescencia

Se va acercando así Filomena a la edad de los sacramentos de la iniciación cristiana, subsiguientes al bautismo, con una conducta y un esfuerzo piadoso y escolar, que son ya de sí una vital preparación. Mas antes de seguirla en estos acontecimientos de su infancia y adolescencia, en sus momentos y realidad, bueno será saber que, a más de los comunes exantemas de la infancia, le han sobrevenido algunas enfermedades, que han puesto a prueba su salud y su resistencia. Mejor que de otros, lo conoceremos de ella misma, por la relación que dará después, ya religiosa, al P. Narciso Dalmau:

> «Dispuso Dios, Padre, probar mi paciencia ya en mi más tierna edad, o infancia, siendo puesta en peligro mi vida por varios accidentes y enfermedades, acudiéndome después de otras pruebas unos pésimos humores en mis brazos, pies y costado, causándome gravísimos dolores, los que toleraba con indecible paciencia para confusión de mi presente inmortificación.» [44]

---

[43] Esto será motivo de ansiedad, debido a su delicadeza de conciencia; después de muchos años lo acusará como «pecado muy grave» de su niñez (cf. DALMAU, *Vida*, p. 77. Se trataba de 4 maravedíes).

[44] ESCRITOS (cit.), *ms. del 10 nov. 1866*, que llamaremos «Relación

En efecto, padecía de escrófulas o tumores fríos, que le causaban enorme sufrimiento. Era tan patente el dolor, que nuestra ya conocida amiga suya Amorós se lo notaba; pero notándole también su extraordinaria paciencia, a diferencia de su hermano Félix, que también, por algún tiempo, padeció el mismo mal.

> «Una vez que la visité enferma en su casa —afirma a este propósito la citada Amorós— me dijo muy amablemente que no tenía nada». [45]

Más adelante, en el curso de esta biografía, deberemos volver sobre este punto; por el momento, seguiremos la evolución de estas primeras pruebas de Filomena y de las curas a que hubo de ser sometida: sangrías e intervenciones quirúrgicas:

> «Me parece, Padre —continúa en su relación— recreaban entonces mi vista las lancetas, que repetidas veces sacaron sangre de mis venas, y apostemas de algunos de los dichos lugares con alguna operación que hicieron. Continuaron hasta los ocho años... Con la gracia de Dios, y lo que cooperaron los remedios que me aplicaron dándoles Dios poder en esta ocasión quedé con perfecta salud a los dichos años, permitiéndome cuatro años de reposo, o más bien, cuatro años de pruebas de otras clases preparándome para las fuertes luchas y combates que se sirvió enviarme la mano de mi buen Dios.» [46]

De qué otras pruebas se tratase, no se hace mención en el manuscrito, «pues no me mandó Ud. escribir mi

---

autobiográfica». (Comprende el período de Ferrer en el siglo, desde los 4 a los 18 años.) Sabemos por DALMAU (*Vida*, p. 11) que Filomena soportaba dolores e intervenciones sin queja alguna; más aún, acabada la operación en una mano, presentaba la otra sonriendo, con la comprensible extrañeza de los suyos y del médico.

[45] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 47, § 140.

[46] ESCRITOS, *ms.* (cit.) *del 10 nov. 1866.*

vida, sino lo que padecí con las contradicciones o yerros de los que querían sanar, lo que no entendían, a mi parecer».[47] Es intuible, sin embargo, de cuál género de pruebas se trataba, una vez tengamos, de parte de ella, el cuadro completo de los hechos y de las experiencias, ordinarias y extraordinarias.

Algunas sabemos, por confidencia hecha después por ella misma, a su futura Hermana de religión, Sor Francisca del Corazón de Jesús.

> «De pequeña —nos dice ésta— no podía retener los alimentos, por más que se esforzaba por obedecer a los suyos, y en nada le ayudaban los remedios de los médicos, sino que más bien la perjudicaban.» [48]

Pruebas de otro tipo, no tocantes propiamente a su estado físico, sino más bien a situaciones morales, le sobrevienen también por mucho tiempo; pero de éstas hablaremos luego, revisando, como en panorama, hechos y momentos de su vida.[49] Sigamos, por ahora, el desenvolvimiento cronológico, dando igual cabida a la evolución física, moral y espiritual de su edad.

---

[47] *Ibidem.*

[48] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 23, § 26. Es la testigo 6 del Proc. Ap., testigo también en el Proc. Ord.

[49] Se trata de accidentes de otro orden de los que se hablará en la segunda parte de esta biografía.

3

CRECIMIENTO VIGOROSO

Incentivos de desarrollo

Tres hechos relevantes particularmente influyen en la vida moral y espiritual de Filomena: dos sacramentales, uno de los detalles reveladores de una realidad *sui generis* (especial); los tres, con fuerte influencia. Llegaron sucesivamente, a distancia de cerca de algún año el uno del otro, entre la terminación de la infancia y el comienzo de la adolescencia. El notable grado de incidencia que tienen se entiende pronto, al conocerse la aspiración de ella, que, siendo noble y sublime, vendrá, sin embargo, bruscamente contrariada, por quien tiene el deber de acertar sobre su autenticidad y probar su consistencia y posibilidad.

Primera realidad, una fecha y un acontecimiento: La Confirmación. Para ésta, Filomena debe esperar la Visita Pastoral del Obispo de Tortosa, a la sazón Monseñor Damián Gordo Lay y Sáez, a las parroquias de la Diócesis, emplazadas en la comarca de la Ribera del Ebro.[1] Pero a la de San Juan Bautista de Mora de Ebro, él no ha de llegar antes del 10 de diciembre de 1851. Es día solemne para todos, ya se sabe; el repiqueteo festivo de las campanas anuncia la llegada del Pastor e invita a los fieles a recibirle solemnemente. En particular es día de alegría

[1] El Obispo murió, tres años después, el 24 diciembre 1854.

para los niños admitidos al sacramento de la Confirmación y para sus acompañantes, parientes y padrinos. Entre ellos está Filomena y los suyos.

Era costumbre, especialmente entonces, que no había la multiplicidad, frecuencia y rapidez de los medios de comunicación de ahora, hacer coincidir con la Visita Pastoral, la administración del sacramento de la Confirmación; lo cual podía ocurrir algunos años antes o después que los niños estuviesen en condiciones de recibir el sacramento de la Eucaristía en Primera Comunión. A Filomena le es administrado dos años antes, y en el registro parroquial de los confirmados, el Párroco escribe esta partida:

> «En la visita pastoral que hizo a esta Parroquia, el 10 de diciembre de 1851, el Ilustrísimo señor Obispo de esta Diócesis, Damián Gordo Lay, confirmó a Filomena Ferrer, hija legítima y natural de Félix y de Josefa Galcerán, siendo padrinos don José Pedrel y su esposa Antonia Traga.» [2]

La segunda realidad o acontecimiento de importancia para el cual la niña se había preparado y se había dispuesto con tanto amor y deseo, humildad y reverencia, simplicidad y pureza de corazón, confiada familiaridad y oración, según lo recordaría años después en el claustro, tiene lugar justo a distancia de dos años, siendo ella de edad de doce: la Primera Comunión.

Se está todavía muy lejos del Pontificado de San Pío X, en el cual sería permitido a los niños acercarse a la mesa Eucarística, ya desde el primer uso de razón. Todavía las condiciones de pureza de conciencia y de discernimiento

---

[2] El acta, transcrita el 16 enero 1860, por el vicario de la parroquia de Mora de Ebro, D. Benito Cambra, y presentada junto a la del Bautismo, como documentos exigidos para el ingreso de Filomena en el Monasterio de las Mínimas de Valls, se transcribe en la «Positio s. V.», p. 53.

entre el Pan Eucarístico y el pan común material, no habían sido consideradas suficientes para la recepción de este sacramento.[3]

Filomena, ya adolescente, muy piadosa y ejemplar, es considerada madura de edad para la Eucaristía. Lo es en efecto y no le falta ciertamente el más vivo deseo; pero dócil y obediente, está al juicio y decisión de quienes depende, tanto en casa como en la Parroquia. La madre, formada en disciplina austera y exigente, en su celo de perfección, quiso lo más y lo mejor en cuanto a la preparación de su hija, para su primer encuentro con Jesús Sacramentado. Sin embargo, una circunstancia que se presentó hizo que se adelantara el tiempo: El desplazamiento a Maldá de toda la familia.

A Félix Ferrer, el padre, le fueron encargados unos trabajos de escultura para la iglesia de aquella localidad, trabajos que, a poco, durarían un año. El Párroco-Prior de Mora de Ebro es hecho sabedor, y conociendo bien las óptimas disposiciones y las ansias de Filomena para aquel suspirado encuentro Eucarístico, propone a la familia hacerla comulgar antes de que deje el pueblo. Sugiere también la fecha, que es de su agrado: El 15 de octubre, fiesta de la gran Santa Teresa. Y en este día de 1853, encontramos a Filomena, con su blanco vestido, acercarse por vez primera a la Mesa Eucarística. La iglesia, para tal fiesta de amor y de candor, es el templo parroquial de San Juan Bautista. Al rito sacramental asisten parientes y vecinos; las amiguitas y los niños, que también le hacen corona, son incontables. He aquí cómo la propia Filomena lo describe en su relación autobiográfica:

> «A los doce años, después de muy examinadas mis disposiciones y conocimientos me comulgaron por primera vez en el feliz día de santa Teresa de Jesús, no

[3] Dicha práctica tiene su explicación en las costumbres un poco rigurosas de aquella época.

permitiéndome comulgar antes de esta edad los temores de mi prudente y cuidadosa madre.»[4]

Lo que sigue en el manuscrito está en la misma línea de la praxis de entonces: «De la primera a la segunda comunión hubo de distancia unos tres meses, poca la diferencia.»[5] No significa esto, en ella especialmente, poco fervor eucarístico o quizás escasez o pobreza de frutos espirituales, pues confiesa ella «que parece dio trazas este buen Dios, y dispuso en mi alma cosas tan secretas que no sé explicar».

Apuntamos, no obstante, a la explicación más obvia, comprendida ya en la misma finalidad y en los efectos propios del Sacramento. Pues, mientras que, por la Confirmación, es el Espíritu Santo que toma más plenamente posesión del alma cristiana, colmándola con el don de Sí mismo e infundiéndole Sus otros típicos dones, como otros tantos instintos divinos para obrar en el orden de la gracia y de la virtud, a fin de que lo haga de conformidad con las enseñanzas del Evangelio en el «sentido» cristiano, por el sacramento de la Eucaristía, a su vez, que es el alimento vital y sublimante como Pan de los Fuertes, se le da al alma bien dispuesta un nutrimento que le trasfunde los mismos sentimientos de Jesús, junto con todos los demás beneficios de Su Presencia real.

Con tales sacramentos, a más del aumento de la gracia santificante, todo un cúmulo de dones y de energías vitales le vienen a Filomena, de parte de Cristo y de Su Espíritu. Nuestra adolescente estaba para ello preparada, correspondiendo su conducta interior y exterior a aquella receptividad sencilla, humilde y piadosa, que es siempre la mejor disposición para un fruto seguro y abundante.

Lo que le espera, sin ser ella todavía sabedora del di-

---

[4] Escritos, *ms.* (cit.) *del 10 nov. 1866.*

[5] *Ibidem.*

vino beneplácito, requiere mucha vitalidad de gracia, prontitud de reflejos evangélicos, buena dosis de fortaleza cristiana, sobre todo, unión vital santificadora con Jesús, para poder hacer frente adecuadamente a las nuevas pruebas, y corresponder con la madurez deseada.

La acción directa y suave del Espíritu solicitará de ella respuestas siempre más generosas, la atraerá, la iluminará, la inflamará de Si y de las cosas espirituales y divinas: la acción de Cristo asimilará a El mismo su mente y corazón, para configurarla siempre más, como hija, hermana y esposa en el Espíritu...

Después de los sucesos descritos y antes del otro de relieve en el que deberemos detenernos en esta parte de la biografía, por la incidencia decisiva que tiene sobre la elección precisa y segura de Filomena, es preciso seguir con ella ahora a la familia por otros lugares, recordando otros hechos de no escaso interés, que nos sitúan en la misma perspectiva.

Por la vía maestra

El itinerario, por el cual, desde este momento, seguimos a Filomena, tiene dos sentidos o direcciones: uno, propiamente de camino, y se refiere a los primeros desplazamientos de los suyos; el otro, interior y espiritual, que coincide.

Hemos ya referido cómo el padre, afirmándose siempre más en su arte de escultor, es requerido para su trabajo aun fuera de Mora de Ebro; y es entonces que se inicia para los Ferrer el período itinerante, que se prolongará por largo tiempo, con las implícitas incomodidades que es fácil imaginar. Pero el trabajo es pan para los padres y para los hijos y todos contribuirán a apoyarlo del modo mejor.

No nos es fácil seguir exactamente los desplazamientos

de la familia, de un pueblo a otro. De fuentes diversas se sabe que primero fueron a Maldá.

«Pasados unos quince días después de la Primera Comunión, nos trasladamos a Maldá», en la provincia de Lérida, nos hace saber Félix, el hermano más pequeño inmediato de ella.[6] Y es allí que Filomena hace su segunda Comunión, como ya se ha dicho. La hace bajo la dirección de su Párroco, el Reverendo Don José Esqué, «el cual creo —continúa Félix— fue el que comenzó a ejercitarla en las vías de la perfección».[7]

La formación un tanto austera, recibida en el Seminario y dados también aquellos tiempos de austeridad, su fervor de espíritu y su experiencia de almas —contaba entonces 44 años— hacían del nombrado sacerdote, un poco, si no mucho, un profesional de un cierto rigorismo ascético, el cual se reflejaba en todo su modo de ser «edificante y de costumbres muy sencillas».[8] Encontrando pues a la jovencita muy inclinada a la piedad y a la virtud, y reconociendo en ella indicios de algún especial designio de Dios, piensa en dirigirla con mano más bien dura, precisamente para lanzarla a una mayor perfección. Se resiente Filomena de este procedimiento, por lo demás un

---

[6] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 28, § 49. Motivo de este traslado fue la decoración de la iglesia parroquial de Sta. María de Maldá, cuya construcción se inició en 1798. Mientras duraron los trabajos la familia Ferrer se hospedaron en la casa rectoral (cf. APGM, *Monjas Mínimas*, fasc. 1, n. 3 [varios]). *Carta del párroco P. Huguet al can. L. Casañas*, del 26 enero 1976, en «Noticias varias sobre la Venerable Sor Filomena de Sta. Coloma» (ms. del mencionado canónigo de Valls, mayo 1976, p. 17).

[7] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 28, § 49. El sobredicho D. José Esqué y Planes, de José y María Teresa Planes y Montargull, nació en 1807. Beneficiario y profesor de latín, fue cura-párroco de Sta. María de Maldá (Lérida), donde murió a los 81 años de edad, el 21 julio 1889. Participó en el Proceso Ordinario de Ferrer, como testigo 14, teniendo entonces 64 años. Estos datos están tomados del acta de defunción que se adjunta al citado Proceso (cf. *Copia publ. Proc. Ord.*, vol. II, fol. 644). Dicho sacerdote dirigió a Filomena probablemente desde noviembre 1853 a julio 1854 (cf. SUCONA, *Compendio*, p. 26).

[8] SUCONA, *Compendio*, l. cit.

tanto brusco, pero se adapta, con humildad y esfuerzo, y saca de ahí no poco provecho. He ahí cómo ella misma lo comenta:

> «Teniendo mediante este tiempo que mudar de población, se me dio por confesor un muy fervoroso sacerdote, del que he juzgado varias veces debía entender lo que pasaba en mi interior, y del camino y espíritu que el Señor me iba preparando. Me dirigió por un año el dicho sacerdote tratándome siempre con mucha severidad, contradiciéndome en todo, aunque cumpliese muy exacta lo que me mandaba, pues en todo hallaba motivo de reprensión... Nunca he hallado confesor que me tratase con rigor semejante, aunque tantos he tenido que mudar, motivado por el oficio de mi señor padre.» [9]

Aun subrayando este rigor, reconoce no obstante Filomena sus méritos y las ventajas de su dirección, pues añade:

> «Los bienes que me resultaron de la aspereza de mi confesor, confieso eran sin duda muy grandes, pues tenían sus represiones tan humillada mi soberbia, que me parece no he conocido más que entonces la humildad... Me hablaba de cosas de mucha perfección, pero siempre con rigor, y reprendiéndome en lo mismo que me decía, y tanto como iba aumentando el rigor de sus represiones, me esmeraba en obedecerle...» [10]

Que no se trataba de un chicuela aturdida, sino de una niña muy virtuosa, discreta y asentada, lo sabremos del mismo Sacerdote; un indicio sin embargo, podemos encontrar en la citada relación autobiográfica: No obstante la habitual reserva de frecuentar la Eucaristía en aquellos tiempos, incluso para los más practicantes, como eran los

---

[9] Escritos, *ms. del 10 nov. 1866.*
[10] *Ibidem.*

Ferrer, el meniconado Sacerdote, no sólo le consiente, sino que la impulsa, a la comunión más frecuente.

> «Me mandó comulgase más a menudo —escribe ella—; pero no pudiendo yo hacerlo sin el permiso de mis padres, obtenido éste, lo cumplí como me lo ordenó su dirección.» [11]

Y he aquí el testimonio ofrecido por el nombrado Don José Esqué, acerca del año pasado en Maldá por Filomena y los suyos:

> «Durante el año que se confesó conmigo, al menos una vez por mes (pues recuerdo que los suyos frecuentaban los sacramentos y la acompañaban con la misma frecuencia), jamás encontré en aquella niña, Filomena, no digo yo un pecado mortal, sino ni uno venial deliberado o que yo pueda afirmar que formalmente lo fuese; lo cual evidencia a qué perfección Dios la llamase.» [12]

Respondiendo a otras cuestiones más particulares sobre la conducta exterior de su dirigida, había ya él mismo atestiguado que su comportamiento en la iglesia «era para los demás edificante, y en casa de sus padres, vivía muy recogida».[13] Así también, por más que se diga de la obediencia que tenía a los mismos, «es poco, porque, tanto en ésta como en las otras virtudes, me parecía siempre admirable, atendida la poca edad de la niña y el gran discernimiento que revelaba».[14]

No podía faltar, en tanto florecimiento de piedad y de virtud, un notable incremento de devoción y de amor de Filomena hacia la Señora, enraizándose siempre más y perfeccionándose en el conocimiento y en la imitación de María. Oigamos lo que dice ella misma:

---

[11] *Ibidem.*
[12] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 44, § 124.
[13] *Ibid.*, §§ 122-123.
[14] *Ibid.*, § 121.

«Lo que más abrasaba mi pobre corazón era una tierna devoción a mi dulcísima Madre la Santísima Virgen María.» [15]

El nombrado primer Director espiritual suyo lo notó y lo favoreció, como la ayuda más adecuada para la perfección, junto con los sacramentos y la oración; mucho más, tratándose de una jovencita que se va abriendo al misterio de la vida. Es otra vez ella quien informa:

«Entre otras cosas un día me dijo (señalándome varios títulos de los que se dan para orar a la Santísima Virgen): ¿cuál de éstos escoge por su favorito?, y sintiendo grande amor a la Concepción de María Santísima, le respondí: que era éste el que elegía por mi más favorito y de mayor estima.» [16]

Trátase de una elección o preferencia de devoción, en una niña que la venera y la ama, desde sus tiernos años, como a la «Mamá» del Cielo, y encuentra en aquel título la respuesta perfecta a su propia admiración y a sus ansias de virtud. Pero es también la vía maestra, por la cual, y subordinadamente a la otra de la Eucaristía, andará ella hacia las cumbres inmaculadas del candor.

El precisar esto con referencias directas ayuda a darse cuenta de la docilidad y de la receptividad de Filomena, en orden al tercer acontecimiento de mayor influencia en ésta y en su edad posterior. Pues precisamente aquí, en Maldá, cuando no ha cumplido todavía sus trece años (el momento cronológico nos viene precisado por la misma Filomena), en un día de comunión [17] se sintió como inun-

---

[15] Escritos, *mis.* (cit.) *del 10 nov. 1866.*

[16] *Ibidem.*

[17] Lo sabemos por Sor Rosa de San Narciso (cf. «Positio s. V.», *Summ.*, p. 40, § 99). Sor Filomena misma se lo manifestó después a ésta confidencialmente; pero Sor Rosa se equivocó al querer coincidirlo con la Primera Comunión. Cronológicamente ésta tuvo lugar antes. En la misma opinión errónea cae también Dalmau, aunque precisa la autenticidad y desarrollo del hecho (cf. *Vida,*

dada de un torrente de inefable dulzura y perdió el uso de los sentidos.[18] Acompañada a su casa, fue obligada a meterse en cama, apareciendo muy débil. Lo que sigue lo escribió después.

> «Sucedióme que sin acordarme de algún precedente accidente, ni enfermedad alguna, perdí todos mis sentidos sin padecer por ello dolor alguno, porque fue con grande suavidad y prontitud lo dicho. Duróme a mi parecer unas dieciocho horas poca la diferencia. Pareciendo a mis padres que tal accidente sería algún notable trastorno de la naturaleza, me pusieron con mucho desvelo en la cama, y llamando al señor médico, me aplicaron tantos remedios como ordenó.» [19]

Entre otros, le aplicaron tres sangrías,[20] «arrojando toda la sangre que quiso el cirujano», precisa Filomena.[21]

Según se comprende, causó esto pena a los familiares y a los vecinos, no excluyéndose de estos últimos cierta curiosidad. Pero sigamos la relación autobiográfica del hecho, que tiene una secuencia todavía más sorprendente: Las condiciones externas de Filomena, duran, según se ha dicho, horas y horas, cuando, con sorpresa de todos, despierta como de un sueño.

> «Abrí mis ojos como si despertase de un dulcísimo sueño sin sentir dolor alguno como antes, sólo me causó

---

p. 22). Y como Dalmau también Langogne (cf. *La Vénérable*, p. 15); éste se apoya en el testimonio explícito que, casi treinta años después, ofreció la prima de Sor Filomena, Francisca Vendrell, como testigo 24 del Pro. Ord. (cf. *Copia publ.*, fol. 596). De cualquier modo se trata sólo de una precisión cronológica que no incide en el contenido del hecho ocurrido ciertamente un día de Comunión de Ferrer.

Dalmau nos asegura sobre la autenticidad del hecho mediante el mandato de obediencia al que sometió a Filomena, y en virtud del cual se vio forzada a declarar (*ibidem*).

[18] DALMAU, *Vida*, p. 22.

[19] ESCRITOS, *ms.* (cit.) *del 10 nov. 1866.*

[20] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 40, § 99.

[21] ESCRITOS, *ms. cit.*

novedad ver mi cama rodeada de mis padres, y otros sujetos que no conocía.»[22]

Salvo este momento de sorpresa, la expresión de la niña es de un reflejo de interior alegría, incomprensible para todos; pero no para ella, que sale de una experiencia insólita, así descrita por ella misma, como nota más destacada:

> «Viéndome tan risueña, se fueron dejándome algún tanto sola, y sintiendo gran recogimiento y claro conocimiento del misterio de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María, me levanté de la cama, y postrándome ante esta celestial Princesa, le desahogué los afectos que producían las operaciones interiores, las que no me es fácil explicar. Se me comunicó con tanta certeza y sublime alteza la Concepción de María Santísima, la hermosura de la virginidad, y lo mucho que la apreciaba esta celestial Reina, que sin estar en mí otra cosa, ni poder resistir a la parte superior que esto me mandaba, le prometí seguir sus huellas, quiero decir, le consagré muy gustosa mi virginidad con los afectos más sinceros y aclamándola por mi dulcísima Madre, ofreciéndome por su siempre obediente hija con los más cordiales afectos de mi corazón.»[23]

[22] *Ibidem.* Precisamente este detalle de personas desconocidas confirma que el hecho ocurrió no en Mora de Ebro coincidiendo con su Primera Comunión, sino en otra fecha y lugar, es decir donde la familia había llegado poco antes; y se trata de Maldá, lugar donde se trasladó por primera vez.

[23] ESCRITOS, *ms. cit.* El claro conocimiento del misterio ha de entenderse participado, y por consiguiente limitado: es decir cuanto es posible a la mente humana *in via*, aunque ilustrada por una luz especial. No ha de confundirse este hecho, como hace Dalmau, con aquella indisposición de la que hablaremos en el capítulo siguiente.

4

CAMINO QUE SE ESTRECHA

En el «túnel» de la verdad

Después de los hechos, hasta aquí reseñados, el camino de Filomena, en su normal desarrollo, desde el brusco, pero natural, de su adolescencia, hasta el de su primera juventud, está señalado por el difícil diálogo con los suyos, especialmente con su madre, en relación con sus preferencias, sus tiempos y sus modos. Primero, debe enfrentarse con la aparición de una salud delicada y precaria; después, con los comportamientos rígidos y firmes en contra de su elección sustancial, ya conocida. De ello resulta sufrimiento por ambas partes y hostilidad a su propósito, llegando a constituir una táctica, muy explicable por otra parte, dada la responsabilidad que sobre ella tienen sus padres. Vamos a seguirla, teniendo en cuenta los documentos y los testimonios.

Estamos en el quinquenio que va desde sus trece años hasta los dieciocho, clásicamente difícil para todas las chicas, y que constituye para ella el «túnel» de la verdad. Si después se contrastan las apariencias con el contenido y la perspectiva, no sorprenderá la oposición encontrada por ella; tanto más cuanto que no había sido previsible, dada la virtud bien conocida de sus padres y el sincero respeto que tenían por el significado objetivo de su elección. Será precisamente este respeto lo que los hace ex-

tremadamente cautos, antes de otorgarle su consentimiento. Por lo demás, los designios de Dios sobre su hija no les eran conocidos, y no deben ser por ello reprochados por falta de intuición: pues la tenían, y en notable manera, en las cosas de alguna evidencia por lo menos.

Los mencionados cinco años fueron, de todos modos, imborrables para ambas partes y sin huellas de ninguna herrumbre; interpretando bien Filomena el comportamiento de sus padres con respecto a ella, y persuadiéndose éstos cada vez más de que aquella su opción era la verdadera y querida por Dios para ella. Por lo demás, el respeto y la docilidad tenidos por ella, en sus confrontamientos con ellos —serán ellos mismos los primeros y más convencidos testigos—, harán que sea juzgada según su merecida verdadera ejemplaridad.

> «Cumplido lo dicho —continúa la relación autobiográfica— aun no cumplidos los trece años de mi edad, de improviso me acometieron sin saber cómo muchos y grandes dolores, conservando siempre los colores muy sanos y sin interrupción ni en una ni en otras estaciones.» [1]

Este nuevo hecho, verosímilmente coincide con el proceso fisiológico del desarrollo, según piensan los padres y los médicos y según es también interpretado por Filomena,[2] señala el comienzo del largo período atribulado en que, a los sufrimientos físicos, se añaden los otros morales de la involuntaria incomprensión de la madre, complicada, por otra parte, con las aspiraciones y las experiencias religiosas de la hija.

Esto, que se prolongó tan largo tiempo, no sólo tuvo lugar en Maldá, sino también en otros lugares, ciudades y pueblos, donde, sucesivamente, residió la familia Ferrer, por causa de los contratos de trabajo del padre.

---

[1] Escritos, *ms.* (cit.) *del 10 nov. 1866.*
[2] *Ibidem.*

Terminados, en efecto, los trabajos de escultura de Maldá, en el verano de 1854, los encontramos, por breve tiempo, en Lérida; después, el mismo año y el siguiente, en Palma de Ebro, en las proximidades de Falset; de allí, pasado algún tiempo, de nuevo en Mora de Ebro; y entre 1856 y 1857, en Bellmunt y Tivisa. Todavía después de otra vuelta a Mora, vivirán cerca de dos años en Santa María de Plá de Cabra; y éstos serán los últimos que Filomena pasa en familia. Pero sigamos sus vicisitudes internas, en cuanto se refiere a su salud y a las otras pruebas que padeció.

Mientras, en Palma de Ebro, en julio de 1854, fue alegrada la casa con los vagidos de dos niñas gemelas. Para la una, Manuela, son elegidos padrinos de bautismo Filomena y su hermano Félix; [3] ésta llegará a la media edad avanzada, y seguirá las huellas de su madrina y hermana mayor; la otra, vivirá sólo dieciocho meses, muriendo en los finales de 1856, cuando la familia se encuentra en Bellmunt. Ausentes temporalmente los padres, toca a Filomena sustituir a la madre y disponer con toda piedad lo necesario para el féretro de la pequeña y su sepultura.[4]

Entre uno y otro suceso, ocurrió también a Filomena llegar a los umbrales entre la vida y la muerte. Se hallan todavía en Palma de Ebro, cuando, en agosto de 1855, es contagiada de cólera.[5] La epidemia cobraba ya muchas

---

[3] SUCONA (*Compendio*, p. 22), erróneamente fija el hecho en 1855. Por la misma Manuela Ferrer, después religiosa, sabemos que su hermana y madrina entró en religión —en febrero de 1860— cuando ella tenía cinco años y medio.

[4] SUCONA, *Compendio*, pp. 25-26.

[5] Tristemente famoso fue el cólera que asoló, de 1854 a 1856, casi todo el territorio de España, causando no menos de 80.000 víctimas. He aquí lo que el Card. Marcelo González dice al respecto en la biografía de Ossó, contemporáneo de Ferrer y natural de un pueblo vecino: «Los enfermos graves sufrían horriblemente, sin posibilidad de remedio. Espasmos y calambres, evacuaciones continuas y extenuantes, estados de frialdad cadavérica en los que los enfermos aparecían como muertos antes de morir, completamente helados, sin pulsaciones, con la sangre negra y espesa.» (GONZÁLEZ, *La forza del sacerdozio* [cit., pp. 45-46]).

víctimas, desde hacía algún tiempo; ahora, irrumpe con fuerza también en la casa Ferrer. La hija mayor es atacada con tanta violencia por dolores y convulsiones, que llega el punto más temido. Parece ya cadáver: el rostro, desfigurado e invadido de una palidez mortal, los ojos hundidos y apagados, los labios cárdenos, la boca seca, inmovilidad completa. Creen todos que es el final. La madre, para que los demás no sufran una impresión desagradable, después de invitar a los más íntimos a que la vean por última vez, le tapa la cara con la sábana, resignándose a ver llevarla para siempre. Recordando, sin embargo, la consagración a la Virgen, hecha por ella misma antes que la niña naciese, y las gracias con que el Cielo la había favorecido muchas veces, recurrió a Ella, añadiendo la invocación del patrocinio de «Santa Filomena», como de su Santa Patrona, de la que se han oído referir varios hechos prodigiosos. En este preciso momento, da Filomena nuevas señales de vida y se recupera tan rápidamente, que, a la tarde del mismo día, al pasar por delante de la casa la procesión de San Roque, invocado por el Clero y el pueblo, para que, por su intercesión, cese el azote de la peste, puede ella asomarse a la ventana, para venerar la imagen.[6] Cuando después, llegan su tía materna Rosalía Során con su hija Francisca Vendrell, la encuentran a su vez de pie y sonriente, habiendo sido avisadas urgentemente de su agonía. «Todo ha sido una alarma de mi madre, que se espanta con facilidad», dice Filomena a su prima, mientras ésta le manifiesta su sorpresa, mezclada de alegría.[7]

El cólera ha sido sólo un tropiezo para las condiciones de salud de Filomena; pero ella, plenamente conocedora de la gravedad y del extremo peligro pasado, reconocida al Señor, a la Virgen y a los Santos, interpreta

---

[6] DALMAU, *Vida*, pp. 25-26; SUCONA, *Compendio*, p. 21.

[7] *Copia publ. Proc. Ord.*, fol. 596.

la singular curación como un regalo de Dios y como expresión de Su Voluntad soberana: esto es, que su vida deberá ya ser de El, totalmente. Se da, por lo tanto, a más asidua oración, doliéndose de no haberlo amado siempre intensamente y de las ofensas que Le infieren los hombres; desearía que todos los hombres estuviesen inflamados de amor divino.[8]

Aunque recuperándose rápidamente de la postración física en que la dejara el cólera, a los quince años, es una jovencita delicada y un tanto pálida, habitualmente sonriente y atractiva, sobre todo por su cortesía y modestia, su trato sencillo, afable y simpático;[9] pero el dolor físico, entrado con fuerza en su vida, no la dejará más que a intervalos.

Una dispepsia aguda, que le sobrevino, no le permite retener ningún alimento.

> «Empezaron a dañarme los alimentos —escribe ella—, y tan gravemente, que sólo Dios y ésta su esclava lo pueden entender, y yo no explicar. Lo notaban mis padres, a pesar de mi disimulo, porque a veces estando en la mesa aun comiendo, me molestaban rigurosamente los alimentos... Muy bien notaba esto mi cuidadosa madre, la que no perdonaba trabajo ni diligencia alguna para aliviar mis frecuentes accidentes y dolores, los cuales se aumentaban más con lo mismo que los querían aliviar. Todo cuanto me mandaban tomar lo recibía con pronta obediencia, pero llegaba a causarme tal daño lo mismo que a otras les daba la salud, que sin poder más, unas veces me causaba molestísimos vómitos, otras angustias y dolores muy agudos, llegando a veces a las puertas de la muerte.»[10]

Se da cuenta la niña de que la duración de aquella enfermedad suya, no solamente la aflige a ella,[11] sino

---

[8] DALMAU, *Vida*, p. 26.
[9] SUCONA, *Compendio*, p. 25.
[10] ESCRITOS, *ms.* (cit.) *del 10 nov. 1866.*
[11] DALMAU, *Vida*, p. 28.

también a los suyos, y trata de esconderles sus sufrimientos lo más posible, pero aumentan más; «hasta que viéndome tan afligida, dije alguna vez: Madre, todo lo que recibo por remedio me daña gravemente».[12]

Es también doloroso constatar que esta sencilla y sincera afirmación fuese mal interpretada por su madre, quien la juzgó impaciencia. Desde este momento, su trato con Filomena se hace áspero y duro, añadiéndole nueva pena, aunque prestándole todo posible remedio.

> «Permitiendo Dios —escribe— tomase tan a pecho estas mis impaciencias que de allí en adelante se me añadieron penas sobre penas, y dolores corporales, y sin comparación dolores interiores con suma violencia y rigor, porque más llegaban a mi alma las crudas y ásperas reprensiones que me daba mi buena madre muy solícita de mi bien espiritual y temporal. Llegábame a decir que con mis inobediencias le acababa la vida; que era causa de su continua aflicción, que todo eran imaginaciones mías, repitiendo remedios sin cesar, los que tomaba prontamente.» [13]

La perseverante humildad, paciencia, respeto y docilidad de Filomena, en estas dolorosas coyunturas, bastan bien a demostrarnos su inquebrantable obediencia, a pesar de que su natural repugnancia a los medicamentos, unida a la violenta reacción de su físico a los mismos, fuese intepretada en un sentido totalmente opuesto.[14]

Cáliz amargo

El cáliz de verdad amargo no le falta a Filomena, pero su amor a Jesús y a María hace que lo beba con obediencia y paz. Mantiene igualdad de ánimo en medio de dichas

---

[12] ESCRITOS, *ms. cit.*
[13] ESCRITOS, *ms. cit.*
[14] DALMAU, *Vida*, p. 29.

penas y sufrimientos; la muestra igualmente en su carácter y en su trato, que permanecen equilibrados y estables; y en sus diversos deberes, se comporta con diligencia y bondad, igual que antes.

En Tivisa, adonde han ido a casa de su padrino, la hija de éste queda tan admirada de su ejemplaridad, que se decide a imitarla en su edificante comportamiento y discreción.[15]

De Tivisa regresan después los Ferrer a Mora de Ebro, y aquí la prima Vendrell, que muchas veces va allá sola o con su madre de Mora la Nueva, nos da cuenta de que, casi siempre, encuentra a la joven Filomena retirada, acostumbrando hacer oración, «pero antes de que yo marchase, la madre la llamaba para despedirme, mostrándose ella muy amable y llena de bondad.... Y añade:

> «Me consta el respeto y la gran obediencia que tenía a sus padres, de modo que nada hacía sin pedir permiso, especialmente a su madre... Yo y todos quedábamos maravillados por el orden y el esmero con que lo hacía todo. A muy buena hora, salía a lavar la verdura en el río y regresaba a casa con un cubo de agua, maravillándonos de que, siendo debilucha, pudiese llevar tanto peso e ir tan cargada. Llegada a casa, preparaba todo lo necesario para sus hermanos, limpiaba la casa y preparaba el chocolate para sus padres; en una palabra, hacía todo como una criada.» [16]

Pero también aquí, además de participar en las penas de los demás, a lo que se sentía impulsada por su caridad,[17] no le faltan las suyas propias. En efecto, como en otra

---

[15] SUCONA, *Compendio*, p. 26.

[16] *Copia publ. Proc. Ord.*, fol. 595.

[17] En cierta ocasión el padre encerró, como castigo de una travesura, en una habitación a un hermano pequeño de Filomena; ésta, que oía sus lloros, al no poder intervenir en su ayuda, dada la severidad del padre que se reservaba directamente la educación de los hijos varones, veló en oración por él («Positio s. V.», *Summ.*, pp. 24, § 31).

estación del *Via Crucis*, los sufrimientos físicos y las penas morales no se le ahorran. La impulsan a veces a llorar, no obstante su esfuerzo por aguantarse. Ve que sus lágrimas irritan más a su madre, persuadida como está la señora Josefa, aunque se equivoque, de que no se trata más que de fantasías y de caprichos.

Mientras, la hija, con el espíritu de la cristiana resignación y fortaleza, y con el convencimiento del beneplácito divino en todo lo que le está ocurriendo,[18] se va preparando para la vía oblativa del amor y del dolor. Este, más bien, desde tiempo, ha venido madurando en ella, con sus caracteres propios de humildad y de penitencia. En realidad, Filomena vive ya en este régimen ascético y espiritual; no siempre, por su propia elección, ya que algunas de sus formas le sobrevienen, sin ella buscarlas. Lo sabemos ciertamente, por su propia relación autobiográfica:

> «Otras pruebas se juntaron no menos sensibles para mí en medio de mis dolores, y fueron: que notando que desde muy niña practicaba actos de mortificación sin yo misma advertirlo, como eran, pedir a mi señora madre me dejase ayunar; a veces me hallaban sin almohada y pendiente mi cabeza de la cama; otras sin abrigo en el invierno; otras comiendo lo que me había de causar hastío por ser destinado para los animales y no para personas; otras dando cuanto se me permitía a los pobrecitos de Jesucristo, a los que amaba tiernamente. Notando éstas y otras cosas mi madre, permitió Dios pensase que todo era obra mía, y que quería darme a una vida muy áspera y penitente... Ya puede creer, Padre, cuáles serían los pesares que mi madre recibía... pensando que eran mis caprichos a su parecer causa de mi tan débil salud.» [19]

Esto explica también las duras reprensiones que la

[18] Ya lo conocemos por ella misma; en la segunda parte de la biografía volveremos de nuevo sobre esto.

[19] ESCRITOS, *ms.* (cit.) *del 10 nov. 1866.*

madre le dirigía y la pena que todo esto ocasiona a su espíritu; y convencida Filomena de que ese trato es fruto del grande amor que le tiene, sufre por verla sufrir a ella.[20] Cuando, por ejemplo, la encuentra durmiendo en tierra, ella la reprende creyendo que lo hace adrede, y obliga a su hermana Joaquina a vigilarla, para que no se lo permita, ordenando a Filomena que se meta en la cama; [21] pero, lo veremos, resulta inútil, y no por culpa suya.

Reprendida severamente por su madre, como si ella misma se hiciese daño, con austeridades y penitencias que califica de «extravagantes» y «desobediencias» caprichosas e indiscretas, Filomena, que a su vez no tiene de ello la iniciativa, viéndola así contrariada, se aflige. Temiendo después desagradar al Señor, es pronta en obedecerla, cuando, a la noche, le ordena meterse en seguida en la cama, apenas retirada en la habitación para dormir, y no retrasarse con la «excusa» de hacer sus rezos. No obstante, la docilidad de Filomena, cuando, a horas altas de la noche, se levanta la madre para controlar su obediencia, la encuentra igualmente durmiendo en el suelo; así también por la mañana, sin que ni la una ni la otra acierten a explicárselo.[22]

---

[20] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 51, § 159. Por confidencias de Filomena a Sor Inés del Beato Nicolás.

[21] Obtenido por varios testigos del Proceso (cf. «Positio s. V.», *Summ.*, p. 51, §§ 156, 158, etc., *passim*).

[22] DALMAU, *Vida*. p. 35.

5

CLARA CONFRONTACION

A prueba de choque

Con las circunstancias explicadas, es de figurarse la reserva con que es acogida la tímida, pero decidida, petición que, un día, a sus dieciséis años de edad, dirige Filomena a sus padres, solicitando su consentimiento para entrar en religión, a pesar de que, es preciso decirlo en honor de la verdad, la educan y la protegen en su santa inclinación.[1] Esta idea, asegura Félix, su hermano, «... creo que la dominaba, desde sus primeros años. Fácilmente pudimos adivinar nosotros, los otros miembros de la familia, su laudable propósito, antes de que lo comunicara a sus padres».[2] En efecto, explicará después ella misma que, «desde niña había deseado abrazar la vida religiosa, en algún convento que estuviese dedicado a la Santísima Virgen», y manifestaba este deseo a sus Confesores, para asegurarse del querer de Dios a este respecto.[3]

Cuando, hacia sus catorce años, residía con los suyos en Lérida e iba a la escuela con las Religiosas de la Enseñanza, ya entonces, había pedido a su padre entrar allí

---

[1] DALMAU, *Vida*, p. 14.

[2] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 27, § 50.

[3] Así se lo manifestará a Sor Francisca del Corazón de Jesús (cf. «Positio s. V.», *Summ.*, p. 24, § 28).

como novicia, y ya entonces se le habían opuesto por temor a su salud, y además para probarla.[4]

Después, a los dieciséis años,[5] cuando manifiesta por primera vez su vocación a la vida claustral contemplativa, encuentra más fuerte oposición, sobre todo por parte de su madre. Le dice que se engaña, pensando que su inclinación a la virtud y su deseo de vivir ásperamente, sean indicio de vocación religiosa. Por eso le hace guerra a tal aspiración, llamándola pura fantasía. Comienza por prohibirle los encuentros con una piadosa señora, una tal Doña María Calanda y Serres, a cuya influencia piensa debe atribuirse el deseo de claustro, nacido en ella.[6] Le prohíbe además ir a la iglesia los días laborables, y, para tenerla de continuo ocupada en las cosas de la casa, despide a la criada, encargándolo todo a Filomena,[7] y obligándola a trabajar, coser, más de lo que estaba acostumbrada.[8]

Filomena sobrelleva, con humilde sumisión y pronta resignación, tales contradicciones, limitándose a recurrir a Dios por la oración y a sugerir a su madre que El bendeciría toda la casa, si se le permitiera seguir su vocación. Acerca de ésta, ella no duda en lo más mínimo, ya que era su aspiración constante, desde varios años.[9] Es su hermano el que lo atestigua. Pero cuando, habiéndose trasladado la familia a Plá de Santa María, junto a Cabra,

---

[4] Lo atestigua la hermana Sor Manuela (cf. *Copia publ. Proc. Ap.*, fol. 165).

[5] DE LANGOGNE, *La Vénérable*, p. 29.

[6] Para el testigo 22 del Pro. Ord. cf. «Positio s. V.», *Summ.*, p. 49, § 148. Trátase de doña María Calanda y Serres; Sor Rosa de S. Narciso habla de doña María, de Margalef; y la Vendrell, de María de Abagat (cf. *Copia publ. Proc. Ord.*, fol. 597); sin embargo es la misma persona, con diversos nombres: el de pila, el de casada, y el del pueblo de origen (junto a Palma de Ebro y de Falset). Era muy querida de la familia Ferrer.

[7] DALMAU, *Vida*, p. 37; P. DE LANGOGNE, *La Vénérable*, p. 30.

[8] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 40, § 100.

[9] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 28, § 52.

en 1858, continuando la oposición de la familia, encuentra además la del Párroco, Don Domingo Folch, a quien ha confiado su vocación,[10] es entonces ella probada con la tentación de abandonar su piadoso propósito, pensando que quizá no sea voluntad de Dios su elección de vida claustral.[11] He aquí cómo lo escribe ella:

> «Dispuso el Señor dudasen de mi vocación, teniéndola por falsa, sintiendo muy a menudo reprender mis deseos y mi vocación. Me causaban grandísima amargura ciertas expresiones que muy a menudo resonaban a mis oídos, y mucho más cuando se me hacía ver, que con mis caprichos, era mi perdición y la de los demás por mi mal ejemplo. Llegaban ocasiones que entre las enfermedades, ásperas reprensiones, oscuridades del cielo, desconsuelos de la tierra, contra mí las bestias infernales que no dormían un instante afligiéndome con varias ilusiones, llegaba a padecer tanto, que no sé como explicarme. Andaba flaquísima, como perdida, sin consejo, pues nada decía de lo que padecía por el motivo dicho. Eran muy distantes las veces que recibía mi dulce Salvador en el Sacramento de la Eucaristía; muy distante de la lectura, ni otras cosas que me eran sumamente necesarias.
>
> »El libro más frecuente a mi imaginativa era, que dejase de ser religiosa, llegando a tales puntos las violentas olas de las continuas amarguras que rodeaban mi espíritu, que lloraba algunas veces sin saber como tolerar tan grandes amarguras...
>
> »Todo lo dicho y otros, y otros trabajos, angustias indecibles padecía sin hablar palabra de ello a nadie, y mis consuelos eran siempre más y más grandes desconsuelos, hasta llegar a causarme horror el estado religioso... A no ser Dios el que me llamaba al claustro, no era posible tuviese valor de entrar sus santas puertas por lo mucho que padecía...» [12]

---

[10] Domingo Folch y Montserrat (de Domingo y de Rosa), nacido en Valls, era cura-párroco de Sta. María en Plá de Cabra. Será el testigo 9 en el Proc. Ap. de la Causa de Sor Filomena Ferrer. Sucona (*Compendio*, p. 30) habla de él como «modelo de párrocos».

[11] «Positio s. introd. Causae», *Summ.*, p. 20, § 33.

[12] Escritos, *ms.* (cit.) *del 10 nov. 1866.*

Pero supera Filomena todo motivo de incertidumbre, permaneciendo siempre fiel a su propósito y a su habitual tenor de vida, piadoso, humilde y diligente.

Sin luz ni consuelo de las criaturas: en casa, se llega a sospechar que, para Filomena, la vocación significa fuga de las ocupaciones domésticas, y el Confesor y Padre espiritual, aun reconociéndola auténtica, para conservarla en humildad, no deja a veces de contradecirla. La joven se aflige y su salud empeora, resultándole así inútil una sobrealimentación cualitativa.[13]

Consigue, no obstante, inhibirse de todo instinto de reacción contraria a la fe y al amor de Cristo paciente y al ansia de mayor virtud.[14] Cuanto más se une con Dios y se perfecciona en la virtud y en el cumplimiento de los deberes del propio estado, tanto más tiene fuerza para superar cualquier envilecimiento.

Acerca de la conducta observada por Filomena en familia, su padre, interrogado por el Tribunal eclesiástico de Tarragona, así testifica:

> «...fue una hija sumamente respetuosa con sus padres y obediente, y a pesar de las pruebas a que la sometió su madre y yo mismo, para probar su virtud y su vocación religiosa, hasta el punto de que, en tono de burla, la llamaba «la monja», jamás desmintió su docilidad y constancia en el bien obrar, en la obediencia y en el respeto; y esto, durante todos los años de su infancia y también de su juventud.» [15]

> «Ni incluso durante los juegos de infancia, vi en ella u oí de sus labios cosa alguna que contradijese o repugnase a un verdadero espejo de pureza», atestiguará su hermano Félix,[16] el cual refiere también que, por algunos meses, durmió con su hermano Miguel, en una habita-

[13] DALMAU, *Vida*, p. 39.
[14] DALMAU, *Vida*, p. 31.
[15] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 42, § 111.
[16] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 30, § 61.

ción al lado de la de ella, y en todo aquel tiempo, no llegó a saber a qué hora se acostaba o se levantaba, ya que, en todo momento, había luz en su cuarto.[17]

En cuanto a su conducta fuera de casa, son también excelentes las referencias recibidas. El Párroco, Don Domingo Folch, atestigua: «Todo el pueblo la respetaba y la consideraba muy edificante y ejemplar.» [18] Edificante por su modestia en el vestir y por su recogimiento.

«Ibamos las dos a la escuela —refiere una jovencita pariente del párroco de Pla de Cabra— y además venía ella a la Rectoría, para aprender el latín, al que era muy aficionada. Era muy modesta y recogida, aunque siempre amable con todos, cortés y jovial. Aprendía el canto de su padre que, además de escultor, era también músico... y lo hacía muy bien... Aunque fuese ya mayorcita, no le daba ninguna pena ir con el cubo a la fuente... Dejaba el cubo, y mientras se llenaba, iba a la iglesia, que estaba muy próxima, para encomendarse a Dios...» [19]

La misma había testimoniado también que Filomena era tenida por una joven de mucha virtud, que deseaba ser religiosa y decía que entraría en cualquier convento, con tal que pudiese servir a Dios.[20]

Era muy aplicada y obedientísima,[21] atestiguarán otros; la primera de entrar en la escuela y la última de salir; corría primero a los pies de la imagen de la Virgen, y arrodillada, hacía breve oración.

«En todo el tiempo que la tuve en mi escuela —atestigua su profesora, doña María de las Nieves Guimet— jamás tuve que reprenderla; antes por su carácter,

[17] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 29, §§ 58-59.
[18] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 19, § 16.
[19] «Positio s. V.», *Summ.*, pp. 49-50, §§ 149-152, 154.
[20] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 49, § 149.
[21] «Positio s. V.», *Summ.*, pp. 16, § 13; 17, § 17.

dócil y amable, la amaba particularmente.» Y continúa llamándola «edificante y modelo de virtud entre las demás, por su modestia: siempre con los ojos bajos; por su candor e inocencia: se expresaba con gracia; y por su humildad: cualquier acto, como ir a coger agua, le parecía honorífico, etc.» [22]

De modo que, para todas las otras niñas de su edad y clase, es un modelo. Si alguna pronuncia una palabra menos edificante, se le acerca Filomena con gracia y la amonesta con dulzura, induciéndola a un acto de humildad y de arrepentimiento. Tiene para esto una habilidad sorprendente. Si, por otra parte, alguna le ocasiona alguna molestia, ella lo soporta con mucha paciencia.[23]

Algunos momentos de ocasional ejemplaridad por parte de la alumna Ferrer, son también referidos por la citada Profesora o por sus condiscípulas. El primero, cuando, saliendo en una jira escolar, se nota bien que vive conscientemente en la presencia de Dios. «Mire, señora Maestra, estas rosas —mostrándole un rosal— con cuánta facilidad y perfección las hace Dios, cuando a nosotras nos cuesta tanto hacerlas de papel y con tanto material que necesitamos.» [24]

Otra vez, en una visita al cementerio del pueblo: «Mira en qué se convertirán nuestros despojos», le dice a una compañera, señalándole un cráneo.[25] Otra, habiendo nevado, cuando otras chicas escribían diversas frases sobre la nieve, ella escribió: «Jesús amable»; al día siguiente, todos los escritos estaban borrados, menos el suyo.[26]

Con todas tiene Filomena un trato delicado, respetuoso, verdaderamente amable, especialmente con las de

---

[22] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 47, §§ 36-37.
[23] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 45, §§ 127-129.
[24] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 46, § 132.
[25] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 27, ad art. 9.
[26] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 27, § 43.

condición humilde. Y a los pobres abre todo su buen corazón. Si van a tocar a las puertas de su casa, es ella quien, como en otras ocasiones, distribuye lo que la madre les ha destinado, y con verdadera generosidad.[27]

Por otra parte, al tratarla el arriba mencionado Párroco de Plá de Cabra en el terreno sacramental, se da cuenta bien pronto de su virtud no común, de sus sinceras y serias aspiraciones a la perfección y del fervor de piedad y de mortificación que la distingue entre sus feligreses.

> «La tuve por un alma extraordinaria y privilegiada —nos dirá— casi desde que la conocí» [28] y «todo el pueblo la respetaba y la tenía por muy edificante y ejemplar».[29]

Filomena se confiesa y comulga los días festivos con mucho fervor; es amante del retiro y de la oración: no puede esconderlo; es muy humilde, pronta a recibir humillaciones y mortificarse. Todo esto dispone al Rvdo. Folch a desempeñar sus buenos oficios ante los padres de la joven, en favor de su vocación.

> «La primera vez que la vi y la primera palabra que me dijo —recordará— fue que anhelaba ser religiosa, y, al verla en su exterior y en sus maneras edificantes, instintivamente respondí en mi interior: "Ya lo eres".» [30]

Aurora de esperanza

Sobre la base de las pruebas, ásperas y prolongadas, a las que la vocación de Filomena ha estado sometida, y del auténtico fervor de espíritu con que ella ha respon-

---

[27] ESCRITOS, *ms.* (cit.) *del 10 nov. 1866.*
[28] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 19, § 8.
[29] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 20, § 16.
[30] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 54, § 1.

dido también, con sumiso y dócil espíritu de obediencia, no menos que su perseverancia en el atractivo irresistible de la vida claustral contemplativa, no se hace ya difícil al Párroco de Plá intervenir en el asunto y convencer a los padres de no contrariarla más en su aspiración. «Esta vocación es de Dios»,[31] les dice y con oportunas razones, tal vez de propia experiencia en la materia, les dispone gradualmente a no retrasarle su concreta realización.

El único obstáculo de la salud podría ser, en el caso, una reacción neuro-vegetativa, explicable por la oposición a ultranza recibida, que podría volver, al desbloquearse la tensión. Por lo demás, podrá probarse con la experiencia de ésta en el tiempo. Así, «después de cinco años de contrariedades y de luchas, la madre se hizo menos rigurosa y más racional —informa P. Dalmau— y las dificultades vienen cayendo, una después de otra».[32]

Se abre, por lo tanto, para Filomena, un período de más sereno respiro. Disueltos también los temores y la ansiedad de la madre, al considerar con más objetividad la orientación y la elección de la hija, desaparece también la oposición declarada de los suyos, y ella adquiere mayor libertad para manifestarla. Es como la calma después de la tempestad.[33] Al anterior solo de la madre, sigue ahora el verdadero diálogo, en una común búsqueda de

---

[31] Precisamente él, más y mejor que otros, tenía que conocerlo, ya que era el confesor y director espiritual de la joven (cf. «Positio s. V.», *Summ.*, p. 20, §§ 14-16).

[32] DALMAU, *Vida*, p. 41.

[33] En lo más enconado de la tormenta, no faltaron ciertas reacciones molestas de doña Josefa, si bien fue la primera en lamentarlo. Así, cuando, además de contradecirla y prohibirla toda iniciativa de mortificación y de reducirla los ejercicios de piedad, a veces le escondía el velo para que no acudiese a la iglesia. Un día en que Filomena estaba a punto de salir de casa para ir a hacer una visita al Santísimo, la dio una bofetada que le amoratá la mejilla. La hija, ante el golpe inesperado, permaneció inmóvil, los ojos bajos y sin abrir la boca, llevándose la mano al rostro; después en su interior dio gracias a Dios, aceptándolo como merecido y sometiéndose a la prohibición de la madre (cf. DALMAU, *Vida*, p. 30 y «Positio s. V.», *Summ.*, p. 33, § 71).

la verdad y de la voluntad de Dios. Ciertamente, no puede reprocharse a Doña Josefa Galcerán de Ferrer, porque, alarmada por las sucesivas enfermedades que había padecido la mayor de sus hijas, viéndola tan frágil y delicada, la consideraba inepta para una vida que, a pesar de tenerla por santa y honrosa en su estimación cristiana, no la veía exenta de rigor, que bien temía no pudiese ella soportar. Pero el camino de Dios para su hija es bien distinto y distante del que se puede uno imaginar. Y siéndole ya agradable Filomena, era preciso que fuese probada su virtud en el crisol de la tribulación.

Ahora, madre e hija se encuentran, para discutir de ello serenamente, contribuyendo mucho a la paz de ella y a la salud de ésta. El recogimiento y la piedad de Filomena, su asiduidad a la iglesia, a los sacramentos y a la dirección espiritual, son vistos, desde entonces, como cosa lógica y como legítimas manifestaciones de su aspiración a una vida de mayor perfección. La madre vuelve a pasarle sus propios libros de devoción y de meditación: la *Introducción a la vida devota* y la *Imitación de Cristo*,[34] que le proporcionaban pasto abundante y excelente nutrimiento, junto con el de la vida Eucarística y mariana. Ante la evidencia de que no le hace daño, sino que le ayuda a su misma salud corporal, le consiente incluso ayunar tres veces por semana: miércoles, viernes y sá-

[34] JOSEP ARDERIU, *Vida de la Venerable Sor Filomena de Santa Coloma*, Barcelona 1933, p. 18. *La Introducción a la vida devota* es una obra de San Francisco de Sales, publicada por primera vez en Lyon 1609; tiene su origen en la dirección espiritual de Madame de Charmoisy con el Santo. Contiene el clásico principio del Santo Doctor sobre las virtudes específicas en los diversos estados de vida: todos deben practicar todas las virtudes, pero cada uno en un modo eminente las específicas del propio estado. Se expone la práctica de la ascética cristiana, sólida y concreta en la sustancia; suave en el modo. *La Imitación de Cristo* es la obra célebre, conocida bajo el nombre de Tomás de Kempis (o de Gersone, etc.); es un libro clásico de meditación y ascética cristiana, muy en uso en tiempo de la «devotio moderna», y en él se han formado muchas generaciones. Innumerables han sido las ediciones en las diversas lenguas y los comentarios de estudiosos eminentes.

bado; y constituye para Filomena el mejor remedio.[35] Crece también la recíproca edificación, todo para aprovechamiento en la virtud, que, en la joven, es como agua clara, limpia y cristalina, y se impone a la estima y a la admiración de todos cuantos la tratan.

En la escuela, adonde puede volver sólo a temporadas, sea por los frecuentes traslados, sea por las condiciones de salud, dirá en otro lugar la nombrada Doña María de las Nieves Guimet, sobre su perseverante alumna Ferrer, de su diligencia, conducta y provecho. Dará a conocer después un detalle, que revela con qué cuidado y atención se prepara la jovencita Filomena a la vida claustral.[36]

> «Me pedía —dice— que le enseñase latín. Le di un libro intitulado "Selectae", y como yo veía que esto era con miras a tomar con el tiempo el estado religioso, le pregunté si quería ser monja, y me respondió que tenía gran deseo de abrazar tal estado.» [37]

En el Proceso Apostólico, la citada Maestra referirá además que, en una circunstancia, hablándole acerca de la enseñanza del Latín, le dijo que su marido lo conocía mejor que ella y se lo enseñaría; pero Filomena, discretamente, rehusó pedírselo, aduciendo el temor de importunarlo; «mas comprendí —observa— que lo que quería era evitar el trato con persona de otro sexo».[38]

A falta de otros, para las lecciones de Latín, recurría al Párroco Folch, el cual, como Sacerdote y Director espiritual, le inspira seriedad y tranquilidad, y él no hará sino constatar más su virtud.

> «Estoy convencido —atestiguará él— que ejercitó en grado heroico todas las virtudes, porque, ya antes de

---

[35] Se trata del ayuno no absoluto, pero de tradicional norma eclesiástica y praxis ascética.
[36] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 45, § 129.
[37] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 46, § 130.
[38] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 27, § 41.

entrar en religión, las practicaba todas, con prontitud, facilidad y alegría.» [39]

En cuanto al espíritu de penitencia y ascesis práctica, aun física, acerca de la cual el Reverendo Folch intenta primero aplazársela hasta su vida en el convento, frenándola siempre, añade luego que Filomena hacía uso de los cilicios.

> «Manifestándole por eso contrariedad, por el temor de que le perjudicase la salud, me respondió que ya desde mucho tiempo se lo permitían —sus precedentes Directores— y accedí a que continuase.» [40]

La sobrina del nombrado Párroco, Ursula Minguel, dará también testimonio de todo esto, parte por lo que decían todos en el pueblo, parte por experiencia directa y confidencia personal de la misma Filomena.

> «Era considerada —dice—, una joven de mucha virtud y que deseaba ser religiosa... Pedía permiso a su madre para venir de paseo con nosotras, los días de fiesta...» [41]

Además, la misma Minguel informa que la criada de su tío, Francisca Miralles, mujer simple y un poco ordinaria, conversando a veces con Filomena e intuyendo su mortificación, por lo que había oído de su piedad, indiscretamente, le tocaba el busto, preguntándole si llevaba cilicio; pero la joven, chanceándose y disimulando, desviaba con desembarazo la curiosidad y la atención, respondiendo con habilidad:

> «¿Cilicios, yo? ¿Yo, cilicios? ¿Cómo llevar yo cilicios, si no puedo sufrir la picada de una mosca o de una pulga?» [42]

---

[39] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 19, § 17.
[40] «Positio s. V.», *Summ.* pp. 19, §§ 10, 12; 36, § 84.
[41] «Positio s. V.», *Summ.*, pp. 49-50, §§ 150, 152-154.
[42] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 49, § 49.

Todos, en fin, están concordes en llamar a Filomena un ángel, en familia y fuera de ella.[43]

Y se hizo alba y aurora, en casa Ferrer.

Mañana de luz

Por el deseo de la hija de entrar en un convento consagrado a la Inmaculada, los suyos hicieron indagaciones para saber de las Concepcionistas de Tortosa.[44] Pero la estrella de la mañana para Filomena había despuntado en Valls, ocho km. al sur de Plá.[45] Para descubrirla primero e indicársela a ella después, está el Párroco de Santa María, Don Domingo Folch. Este había estado ya en el monasterio de las Mínimas de aquella ciudad, su lugar de nacimiento, para el ingreso de una joven del lugar, por nombre Asunción.[46]

En el decurso del año 1859, volvía allá para una visita, y en el coloquio que tuvo en el locutorio, la Superiora, Madre Luisa de la Dolorosa,[47] le había preguntado si, entre las jóvenes de su Parroquia de Plá, habría alguna otra joven, también con deseos de vida claustral, pero que entendiese de música y tuviese buena voz. Hacía poco que había fallecido en el Monasterio la monja que tenía el

---

[43] «Positio cit., passim; DE LANGOGNE, *La Vénérable*, p. 32.

[44] Así informa Sor Francisca del S. Corazón de Jesús, testigo 26 en el Proc. Ap. (cf. «positio s. V.», Summ., p. 70, § 67.

[45] Valls, en la provincia y diócesis de Tarragona.

[46] SUCONA, Compendio, p. 30. Religiosa mínima, la conocemos con el nombre de Sor Asunción de Sto. Domingo; natural de Plá de Cabra, ingresó en el Monasterio un año antes que Filomena en calidad de hermana lega. Religiosa muy sencilla, sin otra voluntad que la de los Superiores; siempre alegre y buscando continuamente complacer a Dios (cf. *ibid.*, p. 77).

[47] Su nombre de pila, Luisa Casteras y Creus (sus padres, Manuel e Ignacia, de Cervera); vivió 57 años en religión, en dicho monasterio, donde murió a los 85 años de edad, el 27 octubre 1887. Fue el testigo 3 en el Proc. Ord. de Tarragona. El acta de defunción se transcribe en *Copia publ.* (Proc. Ap., vol. II, fol. 642).

oficio de maestra de canto... Don Domingo corre en seguida con el pensamiento a Filomena, que posee justamente las dos condiciones. Insinúa solamente la eventual posibilidad, debiendo primero cerciorarse de la segunda condición y sobre todo de una tercera, implícita, pero muy importante: esto es, que la joven esté dispuesta a entrar en tal Orden y en tal Monasterio. Lo primero, es de vida contemplativa, particularmente humilde y penitente, y a los tres votos de la vida religiosa y las otras observancias de la claustral, añade el cuarto voto de la cuaresma perpetua;[48] lo segundo, o sea la casa religiosa de las Mínimas, con su aneja iglesia, está dedicada a la Inmaculada, por lo cual los que la habitan —con el tiempo— son llamadas en el lugar «Monjas de la Concep-

---

[48] La Orden de las Monjas Mínimas, «pequeña planta» del jardín de la Iglesia, fue fundada por San Francisco de Paula después de la primera Orden de Frailes Mínimos, tras instancia de un grupo de terciarias de la misma Orden, por mediación del ex embajador de España en la corte de Tours (Francia), D. Pedro de Lucena Olid. A las primeras tres, Elena, María y Francisca (respectivamente hija y sobrinas del Sr. de Lucena), se unieron desde el principio otras jóvenes con la misma intención de vivir bajo la disciplina claustral de la Regla (paralela a la de la primera Orden), aprobada por el Papa Julio II, el 28 julio 1506. Oración y ascesis cuaresmal, en el espíritu de humildad, de caridad y de penitencia evangélica: éste es el contenido de dicha regla y vida, consagrada con los votos de obediencia, castidad, pobreza y vida cuaresmal. Su puesto en la Iglesia es el de religiosas claustrales, de vida contemplativa; su testimonio particular, de orantes y penitentes en unión con Cristo y su Cuerpo Místico, para la propia y ajena reparación corredentora. Filomena abrazó esta Orden con gran entusiasmo y decidido compromiso de perfección, que jamás desmintió en el curso de su vida religiosa, principalmente —informa DALMAU («Positio s. V.», *Summ.*, p. 287, § 18)—, por su gran amor a la pobreza y a la penitencia. Para más noticias sobre las mínimas claustrales, cf. ALESSANDRO GALUZZI, *Origini del Secondo Ordine dei Minimi*, en el «Bollettino Ufficiale dell'Ordine dei Minimi», a. XVII, n. 1 (enero-marzo 1971), pp. 67-87. Actualmente las Mínimas cuentan con 11 monasterios, de los cuales nueve en España: en Andújar (1495), Jerez de la Frontera (1524), Sevilla (1548), Archidona (1551), Antequera (1601), Barcelona (1623), Daimiel (1625), Valls (1681) y Mora de Ebro (1894); y dos en Italia: Grottaferrata (Roma) y Todi (Perugia).

ción».[49] Da por eso sólo una respuesta interlocutoria, precisando que la eventual adquisición de tal joven «sería una alegría o un regalo hecho al convento y que todo su trabajo (de la Superiora) y el de sus directores espirituales, deberá consistir principalmente en moderar sus grandes deseos de penitencia y de perfección».[50]

Habrá también que saber lo que piensen sus padres, los cuales, al considerar este género de vida, a la verdad no de los más fáciles, podrían tal vez negarle su consentimiento, tanto más, siendo Filomena menor de edad. Esto, piensa el Sacerdote, podría constituir el escollo más grande, y no intenta ni infravalorarlo, ni ocultarlo.

Regresa el Sacerdote a Plá de Cabra, y lo primero que hace al encontrar a Filomena —las monjas de Valls, mientras tanto, rezan fervorosa y esperanzadamente por la nueva postulante— es preguntarle si tiene conocimientos adecuados de música, y en particular, de solfeo. «Sí», le responde: he recibido lecciones de mi padre. Y es ésta la ocasión de proponerle, a ella primero y a los suyos después, si estaría dispuesta a entrar en la Orden y en el Monasterio nombrados. Sería allí admitida con reducción de la dote, por ocupar el puesto de maestra de canto.[51]

La conversación del Párroco con Don Félix Ferrer y Doña Josefa es animada y se extiende a todos los aspectos de la propuesta, informa Dalmau.[52] Sí, el favor está en que, debiendo llevar una dote rebajada con respecto a

---

[49] No ha de confundirse con las Concepcionistas (otra Orden de claustrales contemplativas, fundada por Santa Beatriz da Silva). Tal denominación se debe al título de la iglesia, y ha de considerarse tan sólo local y temporal. Hoy, el nuevo Monasterio conserva el mismo título.

[50] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 167, § 191.

[51] *Copia publ. Proc. Ap.*, fol. 514.

[52] DALMAU, *Vida*, p. 42.

la habitual,[53] se evitarán sacrificios pecuniarios, con ventajas para los otros hijos, que no son poca cosa, aun ganando el padre lo suficiente para mantenerlos decorosamente. Sin embargo, está la salud delicada de la hija que, aunque mejorada en los últimos meses, no les da la tranquilidad necesaria para su futuro en el régimen claustral y cuaresmal de las Mínimas. Pero no importa, la oferta sale al encuentro de las aspiraciones que alimentaba Filomena desde su adolescencia; ella, además, ve en esto el cumplimiento del sueño, tanto tiempo acariciado y por el cual tanto tiempo ha sufrido, con posibilidad de transformarse en realidad. La salud, condición ciertamente no secundaria, tendría su experimento en el postulantado y en el noviciado. Al menos, podría probarse. Y con entusiasmo de la joven, se manifiestan favorables, mientras tanto, a una visita al Monasterio, para que ella se dé cuenta, personalmente, de las posibilidades concretas, y vea el lugar y las personas, entre las cuales iría a convivir; también, para que éstas tengan ocasión de examinarla en aquellas materias que le eran necesarias para su grado de corista y su oficio de maestra de canto.

De Langogne insinúa la sospecha de que el padre de Filomena haya autorizado con medio consentimiento tal visita, con el secreto pensamiento de que las monjas, por su salud delicada, no la aceptarían.[54] No podemos confirmarlo, aun cuando los comprensibles motivos de preo-

[53] Ya precedentemente a las normas del Código, la ley eclesiástica preveía que las postulantes entrasen en el Monasterio con la dote, medio para su propio sustento.

[54] De Langogne, *La Vénérable*, pp. 35-36. Esta secreta intención no puede probarse, aunque pueda ser posible. Con todo, ante los de su pueblo, y ante los familiares y allegados, que los suyos quisieran de momento mantener ciertas reservas al respecto, se puede demostrar por la siguiente deposición que la prima de Filomena, Francisca Vendrell, hará en el Proc. Ord.: «Me consta que se vencieron todas las dificultades y que su madre consintió que entrase en religión; que la salud de Filomena mejoró, y que por fin vino a despedirme a Mora la Nueva, sin decirme que era para ir a hacerse religiosa, por habérselo prohibido su madre, pero sabiéndolo

cupación paterna y de mayor apego a la mayor de sus hijos, lo puedan hacer verosímil. Ocurre, no obstante, lo contrario, por cierta intuición rápida entre almas que transparentan la presencia y el ardor del Espíritu de Dios. Ya el primer encuentro, de miradas tranquilas y púdicas y de sonrisas felices, coloca a Filomena en un ambiente de todo su agrado. La examinan sobre la música y el canto; el Capellán del Monasterio, también en el Latín, y encontrándola suficientemente instruida, en todo lo concerniente a una futura corista, se despiden, diciendo la Superiora lacónicamente: «Será Hermana nuestra.»

Una mirada profunda de gratitud, iluminado el rostro por una reverente y dulce sonrisa, expresan la acogida del ánimo de Filomena, que pregusta la alegría perfecta de los limpios de corazón a la vista de Dios.

Don Domingo Folch así referirá brevemente todo el proceso:

> «La Madre Correctora [55] me preguntó si sabía de alguna joven que desease abrazar aquel Instituto. Le propuse a Filomena, cuya vocación y tenor de vida conocía, de confesarla hacía un año, y quedó convenida la admisión, siendo aceptada con sumo placer y alegría, tanto de la Venerable, como de sus padres.» [56]

Lo indispensable para un ajuar elemental pronto está apercibido; mientras, Filomena, vuelta a Mora de Ebro, va a saludar a los familiares y conocidos. Entre otros, Magdalena Amorós, su conocida condiscípula y más íntima, informa que, en esta ocasión, la vio contentísima e impaciente porque llegase el día anhelado de poder entrar en el convento. Por lo demás, como asegura la nombrada,

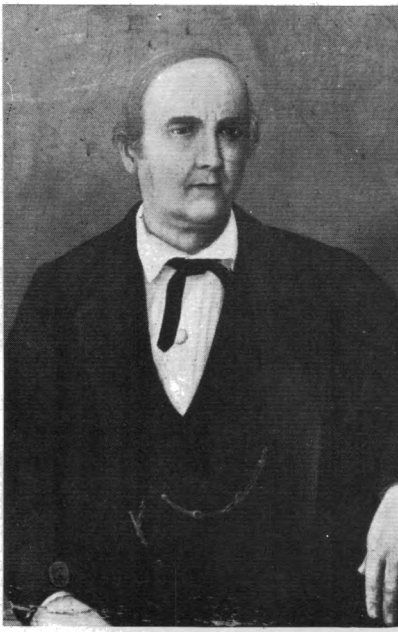
---

yo por otra parte, le hice algunas alusiones y burlas, que ella entendió mostrándose muy contenta en poder abandonar el mundo y sus vanidades» (cf. *Copia publ. Pro. Ord.*, fol. 597).

[55] Es el título que la Regla de las Mínimas da a la Superiora.

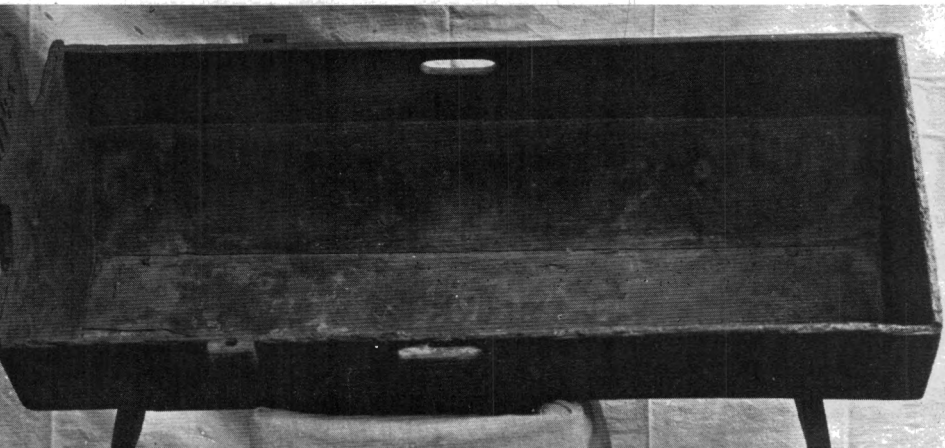
[56] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 54, § 5.

MORA LA NUEVA (Tarragona): Frente a Mora de Ebro, *pueblo natal de la madre de Filomena (Josefa Galcerán)*



FÉLIX FERRER *(senior)*, padre de Filomena

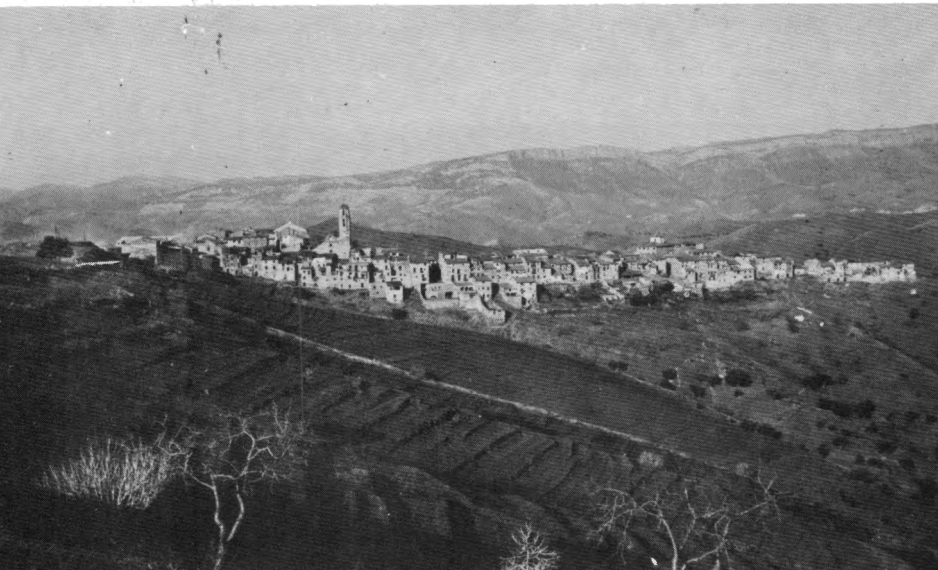
Cuna de Filomena (construida por su padre)



habitada por los Ferrer en Bellmunt

TIVISA (Tarragona): *Pueblo del abuelo materno de Filomena, donde también ella vivió durante algún tiempo*

BELLMUNT DE CIURANA (Tarragona): *Una de las residencias temporáneas de la Familia Ferrer*



«Muy pronto demostró su inclinación al estado religioso, por cuya razón todas nosotras, sus compañeras, decíamos que acabaría por ser monja.» [57]

Y Francisca García, madre de otra amiga suya, Francisca, recuerda también:

«Vino a despedirse de mí, con su hermano Félix, que la acompañaba. Al comunicarme que había sido admitida en el Convento, no cesaba de sonreír, mostrando la gran alegría de su alma.» [58]

Para su ingreso en el Monasterio, la madre le compra unos zapatos nuevos. Nada del mundo quiere que la siga; sino entrar en él limpia y pura, como lo ha sido siempre en el alma.[59] Referiremos las palabras de la madre, cuando despida a su hija, al presentarla a la comunidad del Monasterio. Por ahora, entremos en el nuevo ambiente, ciudadano y claustral, que espera a la Ferrer.

[57] «Positio s. V.», *Summ.*, pp. 69, § 64; 70, § 65.
[58] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 69, § 63.
[59] SUCONA, *Compendio*, p. 34.

6

EL NUEVO «HABITAT»

Contexto histórico-geográfico

A más de 100 km de Mora de Ebro y a 20 km de la capital provincial, en la zona más al norte del interior del «Campo de Tarragona», junto «l'Alt Camp», del que es el principal centro urbano, se encuentra la villa, hoy ciudad, de Valls, adonde irá Filomena Ferrer a instalarse en el Monasterio. Corresponde, según algunos, a la antigua «Bisgarris». El primitivo nombre romano sería derivado de los dos torrentes que la cruzan a lo largo, por sus dos costados,[1] para alejarse después, en un único torrente al sud-oeste, hacia el río Francolí.

Más segura e históricamente acertada es la denominación actual, derivada de la típica configuración del suelo, con muchas valladas. Se hace mención de ella, por vez primera, en los documentos que narran la ayuda prestada por un tal Guillermo de Valls y otros, en 986, al Conde Ramón Borrell, para la Reconquista de Barcelona del poder de los moros.

Sucesivamente se habla de Valls, como de universidad o corporación, en el acta de donación, compilada por el Notario de Montblanc, el 10 de setiembre de 1200, y con-

[1] Estos dos torrentes se denominan Catllar y Xamora; pero el origen romano de la época de Plinio no parece ajustarse a la crítica histórica de los orígenes.

cerniente a las aguas del torrente Malarriga, que el Abad de Poblet le concedía, representando al municipio, en el acto de la firma, los jurados Vallenses Esteban Alemany y Bernardo Vacarises.

Antes de esta época, Valls era una simple bailía, administrado, con la participación de los cabezas de familia locales, por un baile, por cuenta del Soberano o del Arzobispo de Tarragona o de un Delegado suyo.

San Olegario fue el primero que, en 1117, obtuvo la señoría de toda la comarca, de Ramón Berenguer II. Pasó después a sus sucesores en la Sede Tarraconense, los cuales la mantuvieron, hasta que los reinos de España fueron reunidos en la corona de Isabel y de Fernando el Católico.[2]

Un castillo, todavía existente, aunque modificado de su forma original, fue construido en 1130, al tiempo del mencionado San Olegario. Contiguo a éste, tenían su Monasterio las Mínimas, en tiempo de la Ferrer, habiendo sido ahora trasladadas a otra zona de la ciudad.

Su ubicación era, precisamente, la Plaza del Castillo; después, de Prim, luego de la República, hoy, de los Mártires, caracterizada por la famosa «Manola». Del Monasterio y de su iglesia aneja, no queda ahora ni huella, habiendo surgido sobre su solar un moderno edificio de diez pisos, además de los bajos comerciales: una inmensa mole que, con las construcciones adyacentes, ha cambiado totalmente el aspecto de la plaza.

Ya en el pasado, era ésta de notable importancia, de donde su antiguo nombre de «el Pati» o «el Patio» o «la Plaza» por antonomasia.[3]

Por lo demás, existe todavía, junto a la antigua puerta «Llobets», después de San Francisco de Paula, sobre el Malarriga, a oriente de la ciudad y contiguo a sus mura-

---

[2] Estas y las siguientes noticias sobre el origen de Valls y de sus varias condiciones las tenemos gracias a las investigaciones del Canónigo Luis Casañas Guasch (cf. *Notas*, pp. 7-22).

[3] Aún hoy es centro neurálgico de la ciudad.

llas, el edificio del ex-convento de los Padres Mínimos, con su iglesia aneja, dedicada al nombrado Santo. Los religiosos de la primera Orden, paralela a la de las Mínimas, estuvieron allí desde el año 1595 hasta el 1835; [4] esto es, el año de la supresión política de todos los institutos religiosos masculinos.[5] También las Mínimas, en el mismo año, se vieron privadas de su residencia, si bien sólo por pocos meses; vueltas allá, pudieron continuar su vida consagrada en él, durante un siglo. En 1936-1939, durante el fragor de la guerra civil, el «Monasterio de la Concepción» será arrasado hasta el suelo y convertido en campo de deportes. Vuelta la normalidad a la nación, será reedificado, pero sobre una superficie más reducida, inadecuada a su finalidad.[6]

---

[4] Este convento de Valls pertenecía a la provincia de Cataluña, junto a los otros de Barcelona (1573), Granollers (1579), Hostalrich (1610), Gerona (1611), Cervera (1622), Manresa (1625), Villa de Ponte (1646), Villa de Bagur (1702). Los primeros religiosos de la Orden llegados a Valls se establecieron, después de una permanencia de seis años en diversos edificios, primero junto a una capilla dedicada a Sta. María Magdalena cedida por el arzobispo de Tarragona Mons. Juan Ferrer; debido a la insalubridad del lugar, se trasladaron posteriormente junto a la iglesia de Sta. Tecla. El convento fue aceptado canónicamente por la Orden en el XXVI Capítulo General, V de Génova, en 1584 (LUCAS DE MONTOYA, *Crónica general de la Orden de los Mínimos*, Madrid 1619, l. III, pp. 153-154; FRANCISCUS LANOVIUS 6 o de la Noüe), *Chronicon generale ordinis Minimorum*, Parisiis 1635, ad a. 1582, p. 304; GIUSEPPE ROBERTI, O. M., *Disegno storico dell'ordine dei Minimi*, vol. I, Roma 1902, p. 196, n. 131; vol. III (1922), pp. 173-175; *Acta Capitulorum Generalium Ordinis Minimorum*, vol. II, Roma 1916, p. 240, n. 11).

[5] A partir de este año el convento se destinó a hospital, hasta hoy día que continúa como tal. Las Hermanas de la Sda. Familia, que residen en el mismo convento, se cuidan de la asistencia sanitaria. En cambio la iglesia pasó al arzobispado; actualmente está cerrada al culto, debido al estado de deterioro en que se encuentra, necesitando urgente restauración (cf. CASAÑAS, *Notas*, pp. 13-14).

[6] En efecto, durante ese tiempo parte de su antiguo solar se destinó a vía pública para que uniera la plaza con la muralla de S. Juan y facilitara el paso directo de otras calles y zonas de la ciudad (cf. CASAÑAS, *Notas*, p. 18). Durante la reconstrucción del monasterio las Monjas se hospedaron provisionalmente en una casa de alquiler en la calle de S. Antonio; pero ante la imposibilidad de permanecer aquí por más tiempo, vendieron el inmueble antiguo, con lo que pudieron adquirir una casa con suficiente

Volveremos a tratar del antiguo Monasterio de las Mínimas, sito ahora en otra zona vital de Valls; mientras, vamos a dar una mirada fugaz a los otros edificios sagrados y residencias de religiosos en la ciudad.

El de mayor importancia es la arciprestal de San Juan Bautista, gótica, edificada sobre otra menos amplia anterior, por el constructor de iglesias y de fortalezas barcelonés, Bartolomé Roig y su hijo, los cuales tomaron la empresa el 16 de agosto de 1569. Esta iglesia repite, con algunas variantes, el módulo de San Agustín Viejo, de Barcelona: una nave, con catorce capillas laterales. Es, entre las iglesias no catedrales de Cataluña, una de las más grandes; y se levanta majestuosa, tanto sobre el plano de las casas circundantes, como sobre el panorama de la ciudad. Durante el avatar furioso de la última guerra civil (1936-1939), sufrió incendios y destrucciones, ya en parte posteriormente reparados.[7]

En este edificio sagrado, los Vallenses expresan también su devoción a la Patrona, la Candelaria, particularmente, con la anual celebración de la Purificación, y cada diez años, con especiales cultos, por el voto de la ciudad, desde el año 1791.

Valls cuenta otros centros de culto y de vida religiosa, cuya historia está ligada con los respectivos Institutos, que allí han sufrido las vicisitudes de los tiempos. Así, de los administrados por Institutos religiosos masculinos: la iglesia de San Antonio, en su calle homónima, erigida en Parroquia, el pasado siglo (1868), perteneciente entonces a los antiguos Antonianos o Hermanos Hospitalarios de San Antonio; [8] la iglesia del Carmen, con el

---

terreno en el *camino de la Verneda*, junto a la *carretera de Lérida*, no lejos de la zona residencial de Valls; la adaptaron a residencia claustral, construyeron la iglesia que, como la primitiva, está dedicada a la Inmaculada, y se trasladaron definitivamente.

[7] CASAÑAS, *Notas*, pp. 11-12.

[8] Fundados por el N. H. francés Gastón de S. Didierde la Mothr y aprobados por el Papa Urbano II en 1906. Por concesión de Ho-

anejo convento de Carmelitas de la Antigua Observancia: la primera, también Parroquia, desde 1878; el segundo, a su vez, convertido en hospital, en 1835; después, temporalmente, en escuela, regida primero por Jesuitas, después por los Escolapios y finalmente, por los Claretianos; [9] el Santuario de la Virgen del Lladó, luego de los Capuchinos, desde 1366, destinado después, cuando la supresión de 1835, a hospital, más tarde a «Casa de misericordia» y recientemente, a residencia de los niños de nuestra Señora del Mirto (Lladó), y hoy, iglesia parroquial.[10]

Entre las claustrales, además de las Mínimas, había en Valls, y hay todavía, las Carmelitas de la Antigua Observancia, cuyo Carmelo, en su antigua estructura de 1680, fue arrasado hasta los cimientos, como el de las Mínimas, en 1936-1939; pero ha sido reconstruido en dimensiones más pequeñas, aunque igualmente funcionales.[11]

Estos centros de culto y de vida religiosa eran los que encontró en Valls Filomena.[12]

---

norio III, en 1218, profesaron como Canónigos Regulares de S. Agustín. El Papa Pío VI los suprimió con bula del 24 agosto 1787, pero publicada cuatro años más tarde, el 20 junio 1791 (cf. CASAÑAS, *Notas*, p. 13).

[9] El primitivo conjunto de los edificios sagrados, iglesia y convento, datan de 1320 (cf. CASAÑAS, *ms. cit.*, 1 cit.). Los Jesuitas residieron hasta la revolución de 1868, año en que fueron expulsados de España; luego estuvieron los Escolapios hasta 1910; y finalmente los Claretianos, de 1940 a 1942; y éstos, de forma temporal, instalaron un escolasticado de 1947 a 1971.

[10] Cuando se fundó (1579), era el segundo convento de la orden Capuchina en España. Posteriormente sufrieron ampliaciones tanto el convento (en 1680) como la primitiva capilla (en 1722-1725). Esta última, actualmente filial de la arziprestal de S. Juan, está regida por los PP. Claretianos (cf. CASAÑAS, *Notas*, pp. 14-15).

[11] La fundación del Carmelo tuvo lugar en 1676, por iniciativa de la primera Orden de Carmelitas. Las Monjas, dos veces expulsadas por vicisitudes de los tiempos, otras tantas volvieron a reemprender la vida claustral.

[12] El mismo año de su entrada en las Mínimas, iniciaban su apostolado en Valls las Carmelitas de la Caridad, fundadas por Sta. Joaquina Vedruna y de Mas (en Vich, en 1826), primero atendiendo a los niños de la «Casa de Misericordia», y después abrien-

En cuanto a las condiciones ambientales climáticas, goza la ciudad de un clima más bien templado, debido a que, aun teniendo una corona de montañas que la ciñen a distancia, por tres lados, con el verde de los bosques de pinos, robles y hayas, recibe del sur, casi planeante, la brisa y las auras marinas de la «Costa Dorada». De este clima benigno goza toda al comarca, hasta el «Alt Camp», favoreciendo así su salubridad, particularmente de los Vallenses. Estos, de 399 almas que eran en 1329, han pasado a casi 17.000 hoy. En los años sesenta del pasado siglo, ya se contaba más de la mitad del actual crecimiento demográfico.

Su predominante actividad estaba antes constituida por la agricultura, aún más que hoy, al tener Valls una ancha zona regable y cultivable de cereales, viñas, olivos y frutales; pero no faltaban quienes se ocupasen de la industria textil, tradicionalmente floreciente desde el siglo XIII, acrecentada después por la adición de nuevos telares. A ésta se añadía la del curtido de pieles. Todo lo cual alimentaba un notable comercio de productos agrícolas y manufacturados, con un mercado propio, trisemanal,

---

do unas escuelas elementales, en 1864. Actualmente dirigen también las escuelas medias, junto con los Claretianos.

Respecto a otras familias religiosas llegadas sucesivamente a Valls, mencionaremos las siguientes: las Madres de la Sda. Familia de Urgel, fundadas por la Madre Ana María Janer Anglarill, con la colaboración del Obispo de Urgel Mons. Caixal y su sucesor Mons. Casañas (después Cardenal y Obispo de Barcelona), se establecieron en 1881. Fueron autorizadas por el arzobispo de Tarragona Mons. Benito Vilamitjana, incorporadas las del instituto de las Hermanas de la Caridad del Hospital civil de San Roque, en Cervera. Poco antes, en 1878, abrieron casa las Religiosas del Corazón Inmaculado de María (hoy Misioneras del Corazón de María), fundadas en Olot (Gerona) por el canónigo don Joaquín Masmitjá y de Puig treinta años antes. El Colegio, construido en 1891 y donde ejercen hoy su apostolado, en julio de 1936 se destinó a «Casa del Pueblo», y después a cuartel y alojamiento de los refugiados. También a finales del s. XIX fundaron las Hermanas Terciarias Carmelitas Descalzas Misioneras; se dedican al cuidado de los enfermos a domicilio, y tienen también una Casa de reposo para señoras ancianas.

que veía cómo muchos comerciantes se trasladaban allá, como centro preferente de toda la comarca.[13]

El Monasterio de las Mínimas

Justo en «el Pati», en pleno centro histórico de Valls, estaba ubicado, según ya se ha dicho, el Monasterio de la Inmaculada Concepción. Su fundación fue querida y patrocinada por Doña Basilia de Pereye, la cual fue allá, del más antiguo Monasterio de las Mínimas de Jesús-María, de Barcelona,[14] con cuatro monjas del lugar, el 13 de enero de 1681.[15] A tal objeto, ya desde el 30 de octubre del año precedente, se había valido de los buenos oficios del P. José Sans, religioso Mínimo de Valls, el cual, con el apoyo de Don Jaime Gassol, también de Valls, obtenía del Arzobispo de Tarragona, una parte de los locales del Castillo, con la autorización para adaptarlos a morada claustral para las Mínimas, poniéndose también de acuerdo para esto con el Municipio local.[16]

---

[13] Actualmente nuevas y modernas industrias se han sumado a las ya precedentes, constituyendo un polígono industrial a sólo 3 kilómetros de la ciudad. Sólo a título de información, recordamos otro motivo de llamada a las zonas más o menos vecinas: el folklore local, que tiene su típica expresión en los «castillos» o «Xiquets» de Valls, o sea la acrobática exhibición de fuerza, equilibrio y valentía que ofrecen grupos de hombres que se distribuyen en círculos concéntricos sobrepuestos, en forma de torres humanas, y sostenidos en la base por la muchedumbre que participa.

[14] El monasterio de las Mínimas de Barcelona tiene su origen en el de Antequera (Málaga): de aquí el año 1623, salieron para fundarlo las MM. Trinidad, Francisca y Josefa. La ubicación de dicho monasterio de Barcelona ha cambiado tres veces en tres siglos; actualmente está situado en el n. 16 del *Camino antiguo de San Ginés* - Barcelona - Horta (cf. APGM, *Monjas Mínimas*, fasc. 1, n. 1: Monasterios Mínimas).

[15] Dichas fundadoras, además de la Madre Basilia, se llaman Madre Susana de la Encarnación, Madre María Angela del Niño Jesús, Madre Catalina de Cristo, Madre Ramona de la Ssma. Trinidad (cf. APGM, *Monjas Mínimas*, l. cit.).

[16] Cf. Casañas, *Notas*, p. 17.

La primera comunidad se estableció ya allí, a primeros de marzo de 1681.

La iglesia fue construida en una segunda fase, hacia la mitad del siglo XVIII, e inaugurada el 4 de mayo de 1761, con ayuda de bienhechores, especialmente del Párroco de Espluga de Francolí, Don Francisco Vilamajó.[17] Aunque situada en el centro urbano, la residencia claustral tenía su independencia.[18] Delante, la plaza pública; al lado Sudoeste la iglesia colindante, con algunas casas particulares, propiedad del Monasterio, entre las cuales, la del Capellán y de la mandadera, y después de éstas, la *calle de las Monjas;* detrás, o sea al Sur, el huerto del Monasterio; por el lado Nordeste, comunicaba con el Castillo, por medio de la enfermería externa, típica pieza en los antiguos conventos Mínimos, reservada a la comida de los religiosos enfermos, dispensados de la estrictamente cuaresmal.[19]

El edificio conventual, con dos pisos, además de la planta baja, tenía dos patios interiores, uno más grande que el otro; todas interiores y en grupos distintos, había unas 30 habitaciones o celdas para las monjas, además de las salas comunes: para el rezo (dos coros), para el trabajo, para el capítulo, el comedor, el guardarropas y el locutorio. El total, incluido el huerto, tenía una superficie de 3.363 m^2.[20]

---

[17] Era entonces Superiora del Monasterio la Madre Isabel de Sta. Tecla. Para la bendición del templo el Provincial de los Mínimos delegó al sobredicho Rvdo. D. Vilamajó (cf. AMMV —Archivo del Monasterio de las Mínimas de Valls—, *Llibre de memorias del Convent de Religiosas Mínimas descalzas de la villa de Valls* [ms.], p. 27).

[18] No obstante posteriormente, para proteger más eficazmente la clausura, el Consejo General del Ayuntamiento, con fecha 10 marzo 1881, accederá a la petición de ceder el entonces contiguo callejón de la muralla (cf. CASAÑAS, *Notas,* p. 18).

[19] El año 1936 se abrió la actual calle Jaime Mercadé que, partiendo de la misma plaza lado noreste, termina en el arrabal del Castillo.

[20] El convento edificio tenía una superficie de 562 m^2; la iglesia, 243 m^2, el huerto y demás, 2.558 m^2. Estos datos se deben al can. L. Casañas, quien los saca del acta notarial del rescate de

La iglesia, con una sola nave, estilo Renacimiento, vio después cambiado su altar al estilo Barroco. En el centro del gran retablo de madera, construido en 1854, se veneraba la imagen de la Titular, la Inmaculada, en una escultura de proporciones naturales, igualmente de madera, obra del valiente artista Luis Bonifás.[21]

Aquí, como en cualquier otro lugar, la vida de las Mínimas tenía su cuño de religiosa profesión, y era edificante, tanto para los Vallenses, como para los que, desde otros centros de la región, venían en contacto con ellas.

---

propiedad. Sobre la superficie del antiguo monasterio se levanta hoy un gran bloque de viviendas; la parte baja está destinada a comercios y oficinas. En el interior del bloque construido hay una plaza cuadrada de amplias dimensiones que se corresponde con la parte central del antiguo huerto.

[21] De este célebre artista catalán (Luis Bonifás Massó), oriundo de Francia (1730-1786), puede admirarse aún una valiosa escultura en la iglesia arziprestal de Valls, entrando a la derecha. Es también autor del coro de la nueva catedral de Lérida, así como del altar de la Virgen de la Victoria en la iglesia del ex-convento de los Mínimos de Valls. La mayor parte de sus obras desaparecieron durante la guerra 1936-1939. Por sus dotes artísticas fue nombrado miembro de la Real Academia de San Fernando (cf. CASAÑAS, *Notas históricas sacadas de los escritos de César Martinell*, arquitecto, nacido en Valls).

Los cuatro altares laterales de la iglesia de la Inmaculada Concepción estaban respectivamente dedicados al Sdo. Corazón de Jesús, a la Virgen de los Dolores, a San Francisco de Paula y a Sta. Rosa. Dos de éstos anteriormente habían estado dedicados uno a S. Juan y otro a los Beatos de la Orden de los Mínimos Gaspar de Bono y Nicolás de Longobardi (cf. AMMV, *Llivre de memorias*, cit. pp. 27-31). En el frontispicio de cada uno de los cuatro altares se conservaban, expuestas a la pública veneración, en 4 urnas distintas, las Reliquias o restos mortales de los Santos Mártires Gaudencio, Benito, Teodoro, Coloma, Clemencia y Felicitas (desaparecieron en la guerra civil 1936-1939). Habían sido traídas desde Roma por el padre Juan Gassó, religioso mínimo de Valls. Este, debido a la exclaustración de 1835, se había trasladado a Italia: primero estuvo en Génova durante tres años, y luego fue mandado como Vicario General a Cerdeña, donde permaneció cuatro años. El canónigo D. Antonio Palau (natural de Valls), después Obispo de Vich y Barcelona, le invitó a regresar a España, con el fin de ayudar a las Monjas Mínimas en su vuelta al Monasterio de Valls; lo que hizo llevando consigo dichas reliquias. El 13 julio 1851, hecha la revisión por el Vicario General, fueron definitiva y solemnemente trasladadas a la iglesia del Monasterio de las Mínimas (cf. AMMV, *ms. cit.*, pp. 62-68).

Pero más extenso que el exterior testimonio, y más auténtico, era el interior incremento de frutos de santidad, que derivaban a las almas, de su sincera oblación, de plegaria y de penitencia. Sin embargo, aún separadas del mundo, para mejor ocuparse en Dios y dedicarse con más eficacia a la misión de hacerlo presente en el mismo, no podían sustraerse, como otra comunidad o institución, de los azares del tiempo. En los más recientes y próximos de la época que nos ocupa, en la España del siglo XIX, la invasión francesa primero, las revueltas originadas de las guerras de sucesión después y desembocadas en motines anticatólicos, habían dañado duramente la prosperidad moral y material del Monasterio. Precisamente por esto, ya lo hemos dicho, era necesaria una fuerte dosis de verdadero valor, para, en aquel tiempo, hacerse religiosa y particularmente, de vida claustral.

A consecuencia de esto y por efecto de algún ajuste, no siempre de mayor perfección, que alcanza, con el tiempo, a individuos y comunidades, incluso eclesiales, en algún modo, el esplendor del espíritu y el vigor de los orígenes había sido deslucido, y un cierto debilitamiento, en detalles de observancia, había rebajado algún tanto el nivel de fervor, sustancialmente bueno y vital. Es el tributo cíclico que, aun las más fervorosas instituciones pagan al paso, cuando no a la nequicia de los tiempos. De aquí, la necesidad del periódico renovamiento, que, si recientemente ha encontrado promotor para todos, el Concilio Vaticano II, los Institutos y las comunidades religiosas deberían suscitarlo en sí y por sí en toda época; tornándose, no sólo disponibles, sino prontos y emprendedores, con la convicción de que la continua vuelta a las fuentes de la propia vida consagrada y al espíritu primitivo o de los orígenes, renovando el fervor de la vida espiritual y disciplinar del Instituto, hace más creíble y actualmente eficaz, su doble finalidad de santificación interior y de apostolado. En tal sentido, el renovamiento, en las alter-

nativas del tiempo, es reforma y fiel retorno a la auténtica forma de vida inspirada por Dios al Fundador y comunicada, con especial carisma por su medio.[22]

Vida y espiritualidad de las Mínimas, de total dedicación a Dios y de reparación corredentora, de total conversión del alma y de conformación con Cristo paciente, uno y otro para utilidad personal y servicio eclesial, tenían necesidad en Valls, como en cualquier otro sitio, de tal renovación. Y vino, no impuesta del exterior, sino espontáneamente, brotada de la misma vitalidad de la cepa, que se renueva por sus yemas. Un vástago germinó de su raíz y absorbió por entero su savia vital, renovando la lozanía del fervor espiritual y disciplinar. Es para su honor, pero sobre todo para su provecho, haber encontrado en sí tal renovado incremento.

Quien dispone y distribuye los carismas y los rejuvenece en las obras, es Dios; pero lo hace ordinariamente por medio de las mismas criaturas, especialmente algunas, dotadas por El mismo al objeto y mejor dispuestas a ofrecer la mayor contribución de su persona. En esto, la acción de una sola alma, suscitada por El y confortada, puede valer, sin que por esto pueda sustituirse, la de toda la Iglesia o Instituto. De ella, en efecto, proviene el notable contagio benéfico de la renovación, que estimula a la edificación recíproca y lo fermenta todo, de bien en mejor, de virtud en virtud.

Filomena Ferrer es de estas almas, así preparadas y lanzadas. De ella, precisamente, se servirá el Señor para

---

[22] Para salvaguardar la fisonomía propia de los institutos y su función en la iglesia, el Concilio Vaticano II ha reafirmado la necesidad de conocer y observar fielmente el espíritu de los Fundadores y los fines propios, lo mismo que las sanas tradiciones; todo lo cual constituye el patrimonio esencial e irrenunciable de cada instituto (cf. Decreto *Perfectae caritatis*, n. 2). Esto contribuye a tener continuamente encendido el fervor de la caridad, a ajustar de modo más eficaz la vida de cada miembro a la de Cristo (en la modalidad y particular aspecto del propio instituto), y ofrecer el peculiar testimonio como servicio eclesial.

el renovamiento de las claustrales Mínimas, desde el interior de la Orden misma, a partir del Monasterio de Valls.

Entrando en él, lleva la carga espiritual a un nivel cultivado; allí encuentra elementos de perfección religiosa y contenidos de vida y de Regla «mínima» a ella connaturales. Del encuentro de tales formas y valores, emergerá su línea de autenticidad y de fervor, que mueve, eficaz y suavemente, a dar un testimonio vivo y floreciente. La renovación, será obra de Dios, que prepara el ambiente, sirviéndose, aun antes que de ella, de un ministro suyo adecuado a tal espíritu y movido de análogo celo; pero será debida, sobre todo, a la dócil correspondencia de Filomena al plan de Dios.

El Sacerdote que encontraremos como sabio Director de espíritu, discreto moderador de su celo de renovación, guía iluminado, para discernir el beneplácito y la acción de Dios al respecto, es el Padre Narciso Dalmau, de la Orden Mínima, de Valls. Deberemos referirnos muchas veces a este Sacerdote-religioso, porque es testimonio-clave de la protagonista de esta biografía, habiendo ejercitado largamente su ministerio sacerdotal, en calidad de Capellán del Monasterio y Confesor de la Comunidad de las Monjas Mínimas, desde el año 1855.[23]

---

[23] P. NARCISO DALMAU (sus padres, Juan y Gertrudis Murtra —ésta natural de Sta. Coloma de Queralt—): nacido en Valls, como su padre, el 18 noviembre 1808, bautizado al día siguiente en la parroquia de San Juan. Murió el 10 agosto 1882. Para estos dos datos cf. respectivamente FEDERICO MART ALBAÑELL, en «La Violeta de San Francisco de Paula», cit., Barcelona, a. IV, n. 11 (nov.), 1935 (lo extrae del Archivo parroquial de S. Juan Bautista, de Valls: *Libro de Bautismos*, vol. XVIII, fol. 893); y *Copia publ. Proc. Ap.*, vol. II, fol. 641-642, que a su vez reproduce el acta de defunción del antiguo Archivo de S. Antonio, de Valls: *Libro II de Defunciones*.

P. Dalmau desde los 47 años de edad hasta su muerte fue capellán y confesor de las Monjas Mínimas de Valls. Le sucedió el Rvdo. D. Francisco Jaumejoan (cf. SUCONA, *Compendio*, pp. 33 y 126). En su calidad de capellán y confesor, el P. Narciso depuso extensamente como testigo 1 en el Proc. Ord. de Filomena, en las sesiones IV-XVIII. Contaba entonces 72 años de edad, y había ya publicado la conocida biografía.

Recordemos, mientras, que su vocación a la Orden Mínima ha de inserirse en la devoción al Santo Fundador, San Francisco de Paula, propagada por los dos centros de Valls, respectivamente: los religiosos y las monjas, que vivían su regla y su espiritualidad. Durante la revolución de 1835, era ya el nombrado religioso profeso y sacerdote en el convento de Manresa,[24] de donde volvió a Valls, por la forzada exclaustración de los religiosos.[25]

Por el Canónigo Tomás Sucona, que tuvo ocasión de experimentar su vida, su saber y su espíritu, sabemos que el P. Narciso era «religioso íntegro de consumada virtud y de un trato sencillo y muy prudente».[26] No es de extrañar, según el mismo Canónigo, que, colaborando con buena voluntad las monjas, favoreciese prudentemente la renovación de la Comunidad, según el espíritu más genuino y la Regla de su Fundador.[27] Se preocupaba, pues, por reconducirla, con sus consejos e ilustrándola adecuadamente con sus enseñanzas, al fervor del espíritu y a la limpidez de observancia de los orígenes. La colaboración principal y más decisiva, iniciada con mucha sabiduría

---

[24] El convento de los Mínimos de Manresa había sido fundado y dedicado, lo mismo que la iglesia de amplias dimensiones, a S. Francisco de Paula, en 1625, por el P. Bernardo Ferrer (cf. G. ROBERTI, *Disegno storico*, cit., vol. III, p. 175).

[25] En aquella anómala situación después de la exclaustración, en 1867 se le dio el título de Provincial por la Jerarquía de la Orden (cf. ESCRITOS de la Venerable, *carta del 10 febrero 1867* a su hermano Félix, y *carta del 19 julio 1867* a su hermano Miguel.

[26] SUCONA, *Compendio*, p. 33. La humildad de sus orígenes —su padre trabajaba como cestero— le facilitó el camino de la sencillez en el trato, valorizada de tal manera, por la excelente virtud, que llegaba a confundirse en él con la prudencia evangélica. Estas dos virtudes le valieron la estima en el ministerio de la dirección de las almas. Se sabe por fuentes bien informadas, por ejemplo, que en la dirección de Filomena, el P. Narciso no sólo utilizaba sus conocimientos teológicos y experiencias directas de las almas, sino que consultaba a eclesiásticos y religiosos de probada doctrina y experiencia ascética, y también obras de expertos autores (cf. *Copia publ. Proc. Ap.*, fol. 67. Así testimonió el párroco de Plá de Cabra, don Domingo Folch, a quien el mismo P. Narciso se lo confió).

[27] SUCONA, *Compendio*, p. 32.

y prudencia, le vendrá precisamente de Filomena Ferrer, quien la conseguirá gradualmente, también en dos puntos sobre los cuales él no se había atrevido a proponer dicha renovación, a pesar de desearlo algunas monjas, como veremos.

El piadoso y celoso religioso vio bendecida su laudable iniciativa, constatando que la Comunidad progresaba notablemente, con el ejemplo convincente y de gran edificación de la nombrada.

Es tiempo ya de seguir en el claustro a Filomena Ferrer; y lo haremos teniendo presente el aspecto externo y el interno del Monasterio. Como complemento, diremos también que, cuando entró en él, la Comunidad estaba formada por monjas ancianas, de media edad y de jóvenes: las más, coristas; sólo una cuarta parte eran conversas. Correctora o Superiora era la Madre Luisa de la Dolorosa.[28]

---

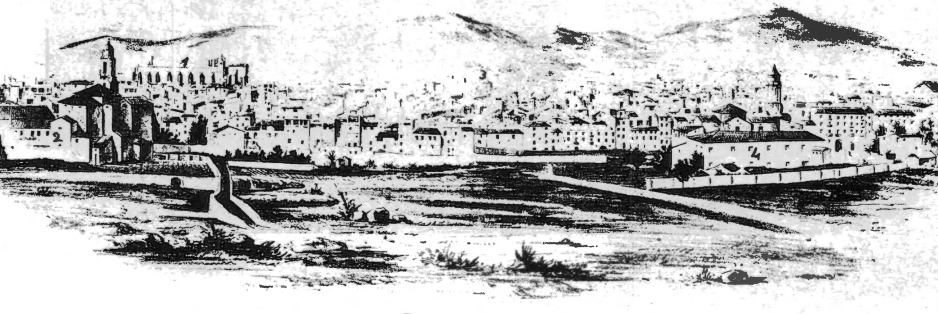
[28] En el siglo Luisa Casteras y Creus, nacida en Cervera (Lérida) en 1802; murió a los 85 años de edad (de los cuales 57 en la vida religiosa), el 27 octubre 1885. Poco después de entrar Filomena en el monasterio, la Madre Luisa de la Dolorosa, concluido su mandato de Superiora, era nombrada Maestra de novicias. Posteriormente fue de nuevo Superiora durante tres trienios, de 1863 a 1869. Intervino en el Proc. Ord. de la Venerable Sierva de Dios, como testigo 3, en 6 sesiones sucesivas (XXV-XXX) (cf. *Copia publ. Proc. Ap.*, vol. II, fol. 642; también cf. SUCONA, *Compendio*, p. 40).

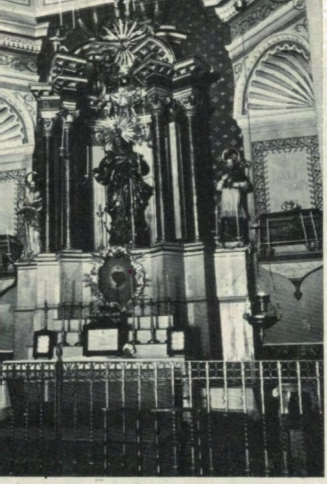
No conocemos ni el nombre de todas ni el número exacto de las monjas que residían en el monasterio al entrar Filomena. Gracias a una lista de firmas del acta del capítulo de Comunidad del 24 febrero 1867, conocemos el nombre de las siguientes Madres y Hermanas que precedían en orden de profesión a Sor Filomena: Madre Luisa M.ª de la Dolorosa (superiora), Magdalena de Sta. Tecla, M.ª Angeles de S. Juan Bautista, Josefa de S. Benito, M.ª Francisca del Beato Gaspar, Dolores de San Francisco de Paula, María de Jesús, Francisca del Sdo. Corazón de Jesús, Asunción de Sto. Domingo, Rosa del Corazón de María, y las Hermanas conversas Ramona de S. José, Teresa de S. Pablo, Rosa de S. Narciso. Hay otras que suscriben la misma acta después de la firma de Sor Filomena de Sta. Coloma. Y aún otras que faltan, murieron entre la fecha de ingreso de Filomena —1860— y la mencionada fecha de 1867; por ejemplo, la madre Cecilia de la Ssma. Trinidad. En el curso de la biografía tendremos conocimiento de alguna otra (para la lista de las sobredichas monjas, cf. «Positio s. V.», *Summ.*, p. 137).

PLA DE CABRA (Tarragona): *Parroquia de Sta. María - altar mayor y gran retablo de madera, adornado con estatuas, obra del padre de Filomena, destruido en 1936*

VALLS: «El Pati» (primero plaza del Castillo, luego de Prim, de la República, hoy de los Mártires) *con la monumental fuente de «la Manola», al fondo el antiguo Monasterio de las Mínimas*

VALLS (Tarragona): *Panorama* (en la segunda mitad del siglo pasado); los números indican los principales edificios de culto





Altar mayor (con la estatua de la Inmaculada Concepción) *de la antigua iglesia del Monasterio*

J. BOURDICHON (+ 1521): *Verdadera efigie de San Francisco de Paula* (fundador de las Mínimas)

LUIS BONIFÁS (1730-1786): *La Inmaculada Concepción.* Estatua que se veneraba en la iglesia del antiguo Monasterio de las Mínimas en Valls, destruida en 1936

7

EN LA CASA DE MARIA

La nueva «mínima» esclava

El ingreso de Filomena Ferrer en el Monasterio de la Inmaculada Concepción estaba fijado para el 29 de enero de 1860. Puntualmente, en esta fecha, la acompañaron sus padres y su hermano Félix. Filomena se había alegrado muchísimo, al saber que estaba precisamente dedicado a la Virgen respondiendo así a su deseo y preferencia.[1]

En tal día, pues, se ve coronado el sueño de su alma: hacerse toda de Jesús, para siempre, entregándosele en la casa de María.[2] La madre, a su vez, está en lucha con dos sentimientos igualmente profundos: uno, natural, de amor materno; y otro, sobrenatural, de fe, no menos que de cristiana fortaleza y generosidad, por la oblación que hace de ella.

---

[1] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 67, § 54.

[2] No le hubieran faltado pretendientes. Por ejemplo, un cierto Juan Bautista Aragonés y Pinol, de Mora, en el Proc. Ord. informa que la fascinación de sus virtudes le habían enamorado y que, antes de entrar en religión, se había propuesto pedir su mano a la madre. Pero hubo de renunciar porque ésta le dijo que era imposible (cf. *Copia publ. Proc. Ord.*, vol. I, fol. 548). Otra vez atestiguará la hermana de Filomena Sor Manuela que, estando ella paseando en compañía de la otra hermana Joaquina y otra amiga se les acercaron unos jóvenes insistiendo ofrecerles una manzana. Filomena la rechazó con obstinación, pero ellos persistieron, hasta que al fin se la arrojaron. Una vez que se fueron, la recogió y, mostrándosela a sus compañeras, dijo: «Parece muy hermosa, pero

Los sentimientos de Filomena los encontramos expresados en una carta que escribirá, recordándolos a los suyos, seis años después:

> «...Presentes deben tener, apreciados padres míos, que el día 29 del presente mes es aquel día tan feliz y dichoso para ustedes y para mí, pues me liberaron de las corrompidas aguas de ese mundo engañador, y me condujeron a este paraíso terrenal a morar entre ángeles en carne, que ése es el nombre que doy a mis Madres y Hermanas, por la gran pureza de sus almas y práctica de heroicas virtudes.» [3]

La emoción, por eso, es grande y durante el viaje a Valls hablan poco. Cuando tocan a las puertas del Monasterio, se miran en los ojos, como para interrogarse; conmovida Filomena por tener que separarse, por el amor de Jesús, de la que, más que cualquier otro, le es querida en el mundo, tranquila, sin embargo, al saberla convencida de la seriedad de su elección, después de haberla probado largamente. La madre, a su vez, con el más fuerte estremecimiento por ella, siente alternar en su corazón la esperanza y el confiado abandono en el Señor, que le pide a ella precisamente, el sacrificio más grande. La convicción, lentamente adquirida, de la recta intención de su hija, le hace captar el verdadero sentido de esta separación y su coincidencia con la primera consagración de Filomena, hecha por ella, después de haberla engendrado. Se siente por eso honrada y orgullosa de su elección; le estrecha sus manos en las suyas propias, y en el acto de traspasar el umbral de la clausura, le dice:

> «Entra, hija mía, en este claustro, para que te consagres a Dios; y a fin de que se cumpla la consagración que yo hice de ti a la Virgen María, antes de que tú nacieras.»

---

mirad.» La abrió y pudo verse un montón de gusanos (cf. *Copia publ. cit.*, fol. 170).

[3] ESCRITOS, *Carta del 26 enero 1866.*

La presenta, después, a la Comunidad religiosa, en la persona de quien es Madre, más que Superiora, y le añade:

> «Madre, les entrego esta hija mía, limpia y pura, como Dios me la dio, pues que no dudo permanece en ella la gracia bautismal.» [4]

Y se despiden una de otra, con el más tierno abrazo. El padre y el hermano hacen otro tanto con Filomena, quien avanza después, con paso decidido, tras el umbral, al interior de la santa mansión de las vírgenes, seguida por los ojos y el corazón de sus familiares.

Cual sea la satisfacción de las monjas y la íntima felicidad de ella, no es fácil imaginarlo. Filomena, la mayor de los Ferrer, no ha cumplido todavía sus diecinueve años, y está inmensamente agradecida a Dios y a la Virgen, como también a los suyos, por poder experimentar, en su más florida juventud, aquella vida consagrada, por la que tanto había suspirado.

Es superfluo ponderar la grande alegría con que es acogida en la nueva familia. Una vez dentro, comienza Filomena a manifestar su inmensa alegría. Todo era grande e inmenso para ella, en este día, como el amor de Dios en el que se siente envuelta. Y acaricia las imágenes más pobres y los objetos más llanos de la morada claustral, como si nunca hubiera visto cosa mejor.[5]

> «Su alegría, apenas se vio entre nosotras,» fue inmensa —informa, en efecto, Sor Magdalena de Santa

[4] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 29, § 55; DALMAU, *Vida*, p. 43; DE LANGOGNE, *La Vénérable*, pp. 36-37; SUCONA, *Compendio*, p. 34. El hermano Félix, al hacer estas afirmaciones, como testigo en el Proceso, observa: «Lo que demuestra el concepto que ella tenía sobre el espíritu y virtudes de su hija, después de las pruebas a las que, con prudencia y energía, la había sometido» (cf. «Positio s. V.», l. cit.). Además el mismo Félix, respecto a Filomena, afirma: «Siempre la vi ejemplar en todo, estimulándonos a nosotros sus hermanos a la piedad» («Positio s. V.», l. cit., § 54).

[5] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 66, § 52.

Tecla, quien, dentro de pocos días, sería elegida nueva Superiora [6]—. Parecía que viviese más en el Cielo que en la tierra; tanto, que, al volver a los suyos, al locutorio, les repetía: «Padres míos, ¿verdad que me han entregado de corazón a Dios Nuestro Señor?» [7]

El mismo día de su ingreso, le cesa completamente el dolor del estómago, que tanta preocupación había dado a los suyos.[8] «Si mis padres lo viesen, no lo creerían», dice, constatando que retiene todo alimento.[9]

En seguida, «apenas ingresada, fue la admiración de todas» —depondrán en el Proceso las Hermanas—.[10] El Párroco de Plá, al presentarla a las Hermanas, la primera vez, les había dicho: «No os traigo una religiosa a formar, sino un tesoro.» [11]

En la «casa de María», así hemos dicho que llamaba Filomena al Monasterio que llevaba su título, la nueva «mínima» esclava se siente mejor que en su propia casa. Felicidad sobre felicidad saborea luego, cuatro días después, el 2 de febrero, cuando, por primera vez, canta en el Coro para la fiesta de la Purificación.[12]

La Comunidad pronto se da cuenta del fervor de la postulante, no sólo por su participación piadosa, atenta y devota, en el oficio divino y en otros actos de la vida litúrgica y sacramental, en la oración mental y en las otras varias observancias, sino también por la expansión

---

[6] Madre Magdalena de Sta. Tecla, en el siglo Magdalena Homs, natural de Reus (Tarragona); sus padres, Tomás y Tecla Oriol. Al suceder en el cargo de Superiora a la Madre Luisa de la Dolorosa, contaba 50 años de edad y 27 de vida religiosa. Murió el 1.º de mayo 1883 a los 73 años, de los cuales 50 pasados en la vida consagrada (cf. *Acta de defunción*, en «Copia publ. Pro. Ap.», vol. II, fol. 643).

[7] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 70, § 66.

[8] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 64, § 43.

[9] *Copia publ. Proc. Ord.*, vol. I, fol. 157.

[10] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 55, § 10.

[11] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 59, § 30.

[12] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 67, § 55.

de su ardiente caridad. Precisamente, en estos días, caen enfermas, simultáneamente, varias religiosas, y las pocas que quedan en pie deberán asistirlas. Pronto Filomena, infatigable y siempre sonriente, se apresura, hasta lo inverosímil, a ayudar a la enfermera, acudiendo a aliviar a cada una, tratándolas a todas «como a las esposas del Cordero inmaculado».[13]

La Madre Maestra, con el temor de que se fatigue demasiado o se contagie o se exponga al peligro de ser juzgada singular, aunque haya de sentirse herida en su amor propio, trata de moderar sus ardores, diciéndole que no se preste, si no se lo piden; pero es tranquilizada por la postulante, quien le dice sentirse impulsada a servir, más que por un arranque de virtud, por una necesidad innata...,[14] y que a las fatigas está acostumbrada, desde la casa de su madre.[15] Con la misma solicitud y caridad, ayuda también a la Hermana conversa de la cocina, en su quehacer.[16]

De modo particular, en el primer mes de Postulantado, se ocupa Filomena en asistir a una anciana Hermana enferma, por estar agotada la enfermera de oficio, a causa del mucho trabajo que le había dado. Y se aplica a ello «con una caridad —se dirá luego— más angélica que humana», incluso después de su fallecimiento, disponiendo el féretro para la sepultura.[17]

Un Sacerdote, hermano en religión del P. Narciso, que, circunstancialmente, le ha sustituido como Capellán de la Comunidad, encontrándose también él enfermo, im-

---

[13] SUCONA, *Compendio*, p. 35.

[14] DALMAU, *Vida*, pp. 45-46.

[15] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 198, § 96.

[16] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 68, § 60.

[17] Se trata de la Madre Cecilia de la Ssma. Trinidad, de 80 años. Se aprestaba Filomena a lavar las manos y pies del cadáver, como se acostumbraba entonces en el Monasterio, pero se lo prohibió la M. Maestra; las religiosas igualmente quedaron edificadas (cf. «Positio s. V.», *Summ.*, pp. 64-65, § 44).

presionado por su gran humildad y caridad, después de haberle ella asistido, le dirá al P. Narciso que «de verdad se hallaba colocada en el camino de los santos».[18]

Este comportamiento, tan fervoroso y edificante, con su moderado sosiego y obediencia, hacen que las monjas aprecien tanto más su eminente virtud. Sólo dos meses de Postulantado bastan, pues, para aprobar la seriedad de intención y de propósitos de la postulante, su disponibilidad y prontitud para la oración y para las religiosas observancias de la vida contemplativa, no menos que el espíritu y la práctica de la humildad, de la caridad y de la mortificación. Por lo demás, ya antes de entrar en la religión, había testimoniado el Párroco de Plá:

> «Sus disposiciones son las más adecuadas para la mayor perfección evangélica. Lo sé —explica— porque la he dirigido espiritualmente.» [19]

La Comunidad, por lo tanto, se pronuncia favorablemente y, por unanimidad, solicita del Ordinario de Tarragona, su admisión al Noviciado, junto con otra postulante, ingresada antes en el Monasterio.[20]

---

[18] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 198, § 101; DALMAU, *Vida*, pp. 46-47.

[19] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 69, § 62.

[20] Para la admisión e ingreso en religión se dirigió al Ordinario la siguiente solicitud: «Excmo. e Ilmo. Señor: Sor Luisa de la Dolorosa... humildemente expone que habiéndose presentado a esta Comunidad a pedir el Santo Hábito como religiosa corista, Filomena Ferrer (como cantora), de 19 años de edad, natural de Mora de Ebro, desde hace un año residente en la parroquia de Plá, y Francisca Jover, de 23 años de edad, natural de Vilanova de Escornalbou, de su arzobispado, y recibidos los secretos informes de sus respectivos curas-párrocos, y de otras personas, tanto sobre su vocación y salud, como sobre las buenas costumbres de las postulantes y de sus padres, todo es conforme a las disposiciones de los sagrados cánones y a las santas Constituciones. En fuerza de lo cual he ordenado fueran examinadas en la presencia de la Rvda. Comunidad de latín, español y escritura, y Filomena Ferrer como cantora ha sido examinada en particular en el canto y voz por el Rvdo. Juan Cavaller, sacerdote beneficiado y cantor de esta iglesia parroquial, y reconocida su capacidad, no ha dudado en extender el certificado que acompaño; y la Rvda. Comunidad ha

La toma de hábito y el rito de la admisión tiene lugar el 29 de marzo de 1860. Asiste el Párroco de Santa María de Plá de Cabra.[21] Oficia la ceremonia el P. Narciso Dalmau.[22] Con el hábito de Mínima, adjunta la novicia a su propio nombre de bautismo, el de Santa Coloma.[23]

Por este nombre y por su anterior de pila se sentirá

---

decidido aceptarlas debido a sus buenos exámenes. Por lo cual suplico a Vuestra Señoría Ilma. se digne conceder a esta su Sierva la facultad de abrir las puertas de clausura a las postulantes y comenzar los días de prueba según costumbre, y la autorización al Padre Narciso Dalmau, nuestro Vicario, para hacer la función el día de la vestición, gracia, que esta su Sierva espera alcanzar de la bondad de S. E. Ilma. Dios conserve a su Excia. Ilma. Valls, 24 enero 1860. Sor Luisa de la Dolorosa - Correctora Mínima» (cf. «Positio s. intr. Causae», *Summ.*, pp. 46-47). La autorización fue concedida «como se pide en todas sus partes...» (*ibid.*).

[21] Al presentarle el hábito religioso el P. Narciso quiso que lo hiciera su ex-párroco de Plá de Cabra, don Domingo Folch, participante a la ceremonia. Fue un gesto de delicadeza hacia quien había favorecido la vocación de Filomena (cf. «Positio s. V.», *Summ.*, p. 69, § 62).

[22] El acta de ingreso en el Noviciado es como sigue: «El día veintinueve de marzo del año mil ochocientos sesenta, en este nuestro Convento de Religiosas Mínimas descalzas de la Villa de Valls, siendo Correctora la Rvda. M. Luisa de los Dolores, con toda solemnidad y asistencia de la Rvda. Comunidad y de sus padres, vistió el santo hábito como religiosa de Coro y en clase de Cantora, Filomena Ferrer y Galcerán, natural de Mora de Ebro, de edad de diecinueve años, hija legítima de los cónyuges Sr. Félix Ferrer, escultor, y de Josefa Galcerán, tomando en este acto de vestición el nombre de Sor Filomena de Sta. Coloma. Fue presidido el acto por el Rvdo. P. Narciso Dalmau, Mínimo, Vicario de la Comunidad y comisionado al efecto por el Excmo. Sr. Costa y Borrás, Arzobispo de Tarragona. De lo que doy fe.—Sor Luisa de los Dolores, Correctora - Fr. Narciso Dalmau, Mínimo, Capellán de esta Comunidad» («Positio s. introd. Causae», *Summ.*, pp. 48-49); cf. también AMMV, *Llibre de entradas, profecías* (profesiones) *y obits* (ms.), p. 17, n. 90.

[23] Sor Rosa de S. Narciso (en el siglo Rosa Sanahuja, de Valls), nos dice que la madre de Filomena, al presentarla en el Monasterio había pedido no la cambiasen el nombre en lo posible, ya que era muy devota de «Santa» Filomena (cf. *Copia publ. Proc. Ord.*, fol. 390). Se ha dicho que se veneraban en la iglesia del monasterio de las Mínimas de Valls, las reliquias de Sta. Coloma traídas junto a otras (de santos mártires) por el Padre Juan Gassó, mínimo. Esta santa era ya muy venerada desde antiguo en toda Cataluña, donde existen muchas localidades que llevan su nombre; la más conocida, la de «Santa Coloma de Queralt», cerca del nacimiento del río Gayá.

honrada, pero sobre todo, por su cualidad y pertenencia a las Mínimas. En su primera carta a los suyos, después de su Profesión religiosa, se firmará: «Sor Filomena de Santa Coloma, Mínima por la Misericordia de Dios».[24]

¿Novicia «perfecta»?

El Noviciado es, tradicionalmente, la prueba formal de la vocación, no menos que el tiempo de la asidua formación del candidato para la vida del Instituto y de experiencia de todos los puntos de la vida y de la Regla. Filomena, en todo este tiempo, se muestra animosa y diligente en la experimentación práctica de la vida religiosa de las Mínimas, y sus Superiores están atentos y solícitos en confrontar y forjar en la Regla el modelo inspirado por el Fundador. La labor, sin embargo, no resulta difícil, habiendo traído la novicia un gran bagaje de voluntad, pronta y dócil, para aprender y ejecutar con amor lo que debe asimilar de la forma propia de la vida consagrada, de la contemplativa y de la modalidad «cuaresmal» de la Orden, sea en el espíritu, sea en la ascesis, aún práctica. Se lo facilitan el deseo y su ansia de perfección, su auténtica e intensa aspiración a la santidad, el estar ya acostumbrada, desde su misma casa, a las exigencias esenciales del recogimiento y de la oración, de la sumisión de entendimiento y de corazón, de la humildad, de la caridad y del espíritu de sacrificio, resumido todo en la efectiva mortificación. Precisa solamente aplicarlo a una finalidad de servicio, a un fin de corredención, en beneficio propio y de los otros, respondiendo a su carisma y misión; esto es, el espíritu y la función de las Mínimas, en la Iglesia.

Madre y Hermanas son testigo de su fervorosa fidelidad a la gracia, de su amor a la oración, de su asiduidad

[24] ESCRITOS, *Carta del 17 abril 1861*, a sus padres entonces residentes en Sarreal.

y aprovechamiento en la vida sacramental, de su alegre experimentación de la pobreza, humildad y sacrificio. El género de vida, espiritual, humilde y penitente, no concede vacaciones. La mitigación de las austeridades se puede sustituir, únicamente, por la caridad; pero Sor Filomena, precisa decirlo porque es la verdad, aun siendo muy joven, no es gallito de primer canto.

En efecto, como si presintiese la brevedad de su vida —notaba ya De Langogne— [25] trata Filomena de andar despierta y correr por el camino de la perfección, ávida de todas las exigencias de la vida interior y de las obras de santificación.

Si, además, se considera su vocación en el aspecto que corresponde al particular designio de Dios sobre ella, se encontrará la clave de su tan grande virtud y fervor.

Es normal, en las novicias que sinceramente inician su vida de perfección, un comenzar arrancadas; pero, no tan normal, perseverar con paso sostenido de fervor, en el camino emprendido. En el caso de Filomena, es así y ella progresa con ritmo creciente. Y no es empresa indiscreta, si se subordina toda a la obediencia y al consejo de los Superiores. Estos, a su vez, estudian su índole: aptitudes y carácter; le prueban el espíritu y la encuentran sencilla y sincera en su hambre y sed de virtudes y de perfección; por lo cual, salva la observancia y la prudencia, no le contrarían sus deseos de auténtica ascesis y de servicio, de austeridad y de inmolación; a lo más, le atemperan su ardor juvenil, para salvaguardar su salud e imprimirle un ritmo de gradual progresión. Esto no excluye que la experimenten, «con todas las estratagemas imaginables»,

---

[25] DE LANGOGNE, *La Vénérable*, p. 41. Podía así aparecer a un estudioso; pero mejor se comprenderá la causa interna una vez completado, en la segunda parte de esta biografía, el cuadro de Filomena en su contexto de naturaleza y gracia. Con todo conviene adelantar algunos indicios, dado que surgen con frecuencia del filón paralelo; con esto no queremos confundir los dos planos de su vida.

al decir de la Maestra de Novicias, incluso, aun con astucia,[26] en la fuerza de su voluntad, espíritu de abnegación, espontaneidad y fervor; y la prueben también en la docilidad y límite de resistencia, en los actos de virtud, que no son de elección. Todo ello para comprobar el auténtico espíritu de que está animada.

> «Siendo ella todavía novicia —atestigua la Superiora de su tiempo— a pesar de que yo contrariase su voluntad, especialmente en el refectorio, jamás se mostró descontenta, antes bien lo deseaba vivamente.» [27]

Nuestra novicia, afirma el P. Narciso:

> «Se dedicó desde luego con todo empeño a estudiar las reglas de su instituto, a las cuales ajustó estrictamente todos sus actos.» [28]

Cuál fuese en este punto su espíritu o disposición interior, su grado y su nivel, he aquí cómo lo expresa el mencionado religioso:

> «Colocóla Dios bajo mi dirección espiritual y a las pocas semanas creí entrever que pasaban cosas extraordinarias y misteriosas en el corazón de Filomena. Admirable la claridad y precisión con que se expresaba, me enternecían y pasmaban las muestras de vehemente dolor que sentía por los más leves descuidos, que eran en su apreciación, faltas gravísimas. Descubríase su rara humildad en el cuidado que ponía en ocultarla, y en no revelar las operaciones interiores de la gracia. Entonces sospeché que había en ella algo no común y extraordinario que todavía no me atrevía a definir por el poco tiempo que la dirigía, pero que no me impidió significar a la Madre Correctora que debía procederse con mucha cautela con Filomena por las especiales circunstancias que la rodeaban, y que de no variar dejaría en

[26] De Langogne, obra cit., p. 43.
[27] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 221, § 8.
[28] Dalmau, *Vida*, p. 45.

aquel Convento una huella muy marcada de santidad. Estuvo de acuerdo conmigo la Madre Correctora diciendo que, por las observaciones que sobre ella tenía hechas, había formado la misma opinión.» [29]

Y he aquí la criba a que, tanto el Director espiritual, como las Madres del Monasterio, la someten:

«Yo mismo —prosigue el Padre Narciso— me esforcé con deliberado propósito en contrariar a mi confesada o penitente, y jamás pude descubrir la menor repugnancia en seguir los arduos consejos que le daba, antes bien la hallé siempre muy dispuesta a seguir hasta mis más ligeras indicaciones, siendo para ella el eco de la voz de Dios.» [30]

Y aduce después un hecho práctico:

«En cierta ocasión me propuse llevar muy allá este negocio, y habiéndome pedido Filomena mi consejo sobre una duda que le había asaltado, respondíle: para resolver la duda que a usted se le ha ocurrido hay dos caminos, ambos muy seguros, éste es bueno, pero el otro es mejor; dejo, sin embargo, a la voluntad de usted la libre elección entre los dos.

»Al oír Filomena que se dejaba a su voluntad escoger el camino que había de tomar, sintió tal tristeza y pesadumbre que las lágrimas asomaron a sus ojos sintiéndose profundamente afectada; la consolé como pude, y un poco más serenada, díjome estas palabras llenas de la más admirable discreción: Padre mío, a usted incumbe resolver, a esta indigna pecadora poner por obra y ejecutar sus resoluciones.» [31]

La virtuosa Maestra de novicias,[32] también ella, prueba en mil maneras, ordinarias y extraordinarias, la solidez

[29] *Ibidem.*
[30] *Ibid.*, p. 51.
[31] *Ibidem.*
[32] Es la Madre M.ª Luisa de los Dolores que, al cesar en su mandato como Superiora, fue designada responsable en la formación de las Novicias.

de su virtud, y siempre, con resultados positivos: obediencias difíciles, pruebas para contrariar su natural, órdenes y contraórdenes, encargo de trabajos difícilmente conciliables, aprobaciones y reprensiones, como de «buena para nada», o «calmosa» o «inepta»; [33] pero Filomena, siempre con igual semblante e igual paz; siempre amable y sonriente, lo acepta todo, sin ni siquiera la lejana sospecha de que se le quiera probar el espíritu de fe y de obediencia, de humildad y de mansedumbre. Por esto la aludida Maestra —es siempre el P. Narciso quien informa:

> «Jamás pudo entrever a qué cosas se sentía aficionada, ni en qué cosa se hallaba retraída. De ella puede decirse en verdad que jamás tuvo otro querer ni otro no querer que el querer o no querer de Dios manifestado por la voluntad de sus superiores.» [34]

> «Un día de verano —hemos sabido— la escalera del primer piso ha sido muy regada, a fin de limpiarla. La Superiora, a la hora de Vísperas, viendo pasar por allí a Sor Filomena, que, como ella, se dirige al Coro, le pregunta: ¿Ha sido usted quien ha inundado así esta escalera? Filomena no había estado de turno para aquella faena, pero no se declara extraña. Y le dice la Superiora: Pues bien, reparará su negligencia, subiendo la escalera de rodillas y besando cada uno de sus peldaños; será hoy sus "Vísperas". La novicia, levantándose un poco el hábito, se pone a ejecutar prontamente la penitencia, con el corazón en fiesta; después, se une a la Comunidad, en el Coro.
>
> »La vi con tal expresión de íntima felicidad —atestigua una connovicia que estaba a su lado— que no pude

[33] Estas y otras formas semejantes, hoy menos comprensibles que entonces, a modo de golpes de mazo a la personalidad del yo, tenían la finalidad anteriormente expuesta de probar el espíritu y forjarlo en la personalidad evangélica. En el contexto del tiempo y de las costumbres monásticas de entonces era el modo recio de formar santos. Otros tiempos, otro estilo, pero idéntica exigencia.

[34] DALMAU, *Vida*, p. 50.

resistirme a la curiosidad, y le pregunté por qué era tan feliz. Pero ella, con una sonrisa de inefable ternura, se llevó el dedo índice a los labios, para recordarme el silencio; sólo después conocí la verdadera causa.» [35]

En resumen, Filomena estaba siempre pronta a todo acto humilde, así como a la voz de la obediencia; [36] además de los cotidianos ejercicios de noviciado, se entregó, preferentemente de noche, a la oración de súplica o de llanto, y se alarga en la oración contemplativa, alimentándose en ésta con la caridad y el dolor, el amor y el sufrimiento.[37] Tanto en las ocasiones y deberes habituales, como en los eventuales, todo lo cumple animada de santa caridad. En cuanto a sí misma, sinceramente, se considera la última de todo el Monasterio, la más defectuosa, y en consecuencia, se presta a ayudar a todas, particularmente en los servicios más humildes y pesados.

Siguiendo las enseñanzas de Santa Teresa de Jesús, que le fue asignada como especial protectora durante el año de noviciado, se encamina generosamente al seguimiento de Cristo. Imitando el ejemplo del Fundador, San Francisco de Paula, practica la pobreza y la mortificación, contentándose con lo puramente necesario y elemental, privándose no pocas veces del lícito y honesto descanso.

En la obediencia, se la diría personificación de la virtud. Al objeto, da una idea el siguiente hecho: Una vez, que estaba ella indispuesta, en ausencia del Doctor Sojo, médico de la Comunidad, es llamado el Doctor Juan Costanna (después, Jesuita), el cual, en la visita, le pone la mano sobre el corazón, para auscultarla. Ella, totalmente vestida, hace un movimiento de resistencia. Llega esto, después, a oídos del P. Narciso, el cual la reprocha, porque se trataba de una cosa necesaria y era preciso obedecer.

---

[35] DE LANGOGNE, *La Vénérable*, p. 44.
[36] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 67, § 50.
[37] DALMAU, *Vida*, pp. 49-50.

Poco después, le escribe Filomena, pidiéndole perdón y asegurándole que estaba dispuesta a todas las auscultaciones necesarias, primero que faltar en lo más pequeño a la obediencia.[38]

A la austeridad de regla y de tradición en el Monasterio, añade Filomena otras asperezas y disciplinas, procurándose con autorización de los Superiores, los instrumentos idóneos.[39]

Su ansia de padecer, más instintiva y pasiva cuando estaba en la familia, se hace ahora más dinámica y acuciante: inicio de aquel carisma que, a no tardar, la hará víctima de amor y de dolor. En los días que se le permite, se aleja un poco de las otras, furtivamente, a un sitio más separado, y toma disciplinas, uniéndose intencionalmente a la flagelación del Nazareno.[40]

> «Ah, si mi dulce Jesús —decía para sí— que es la misma inocencia y santidad quiso sufrir, por mi amor y para castigar en su carne mis propios pecados, una lluvia de cinco mil azotes, ¿cómo será posible que yo, pecadora miserable, si abrigo en mi corazón un pequeño destello de amor y de compasión hacia Jesucristo, y si tengo algún deseo de purificar mi alma, no castigue mi cuerpo rebelde?»[41]

---

[38] DE LANGOGNE, *La Vénérable*, p. 44. El mencionado médico de Comunidad, el Dr. Francisco Sojo y Ravella (sus padres, Francisco y Rosa), natural de Valls, atestiguará al respecto: «Se distinguía por su gran modestia, recogimiento y mortificación de los sentidos, hasta el punto de inspirarme cierto respeto cuando la visitaba, si bien me recibía siempre con su acostumbrada dulzura y amabilidad» («Positio s. V.», *Summ.*, p. 296, § 81).

[39] Le permitieron sólo algunos (cf. «Positio s. V.», *Summ.*, pp. 66, § 50; 68, § 58).

[40] La disciplina se practicaba en todos los institutos religiosos, especialmente en los contemplativos, dentro de la línea ascética de su vocación reparadora. Esta práctica —así como el uso del cilicio— era costumbre muy extendida en la ascética tradicional clásica y moderna, hasta no hace muchos años. Si bien hoy no tenga muchos secuaces, su valor persiste en la doble finalidad que aparece en la consideración de Filomena aquí expuesta.

[41] N. DALMAU, *Vida*, p. 49. La referencia a los 5.000 azotes que recibió Jesús en la flagelación se conoce por revelaciones privadas a varios santos, especialmente a Sta. Brígida.

Al fervor de vida interior y a su ascesis práctica, corresponde en ella el diligente empeño en los oficios encomendados. Además del de cantora y maestra de canto, se le asignó el cuidado de la guardarropía del noviciado. Sabiendo ya de su amor a la pobreza y de su práctica de la mortificación, no sorprende conocer que se aprovecha del cargo, para reservarse el vestuario más pobre y usado, pasando a las otras las prendas mejores.[42] Se nos refiere también que es tan ordenada y aseada, que todo lo tiene en su punto. Igualmente tan pobre es su celda; sólo lo necesario a la habitación de una «mínima»: un jergón, una almohada y un solo cobertor.[43] Ofreciéndole la Madre Maestra una imagen iluminada de su Santa Protectora, renuncia a ella amablemente y se contenta con una sencilla estampa común.[44] Confesará la Maestra que, en este año de Noviciado de Sor Filomena, habría podido, más que enseñarla, aprender de ella.[45]

Con los meses, transcurrió el tiempo canónico previsto para el noviciado; Sor Filomena ve ya aproximarse el gran día de la profesión de sus votos religiosos, y la Comunidad se prepara para admitirla con las mejores referencias, cuando una enfermedad viene a turbar esta vigilia de consagración, y es una angustia para todos. Una disminución de la vista, rápida y progresiva, impide a Sor Filomena participar en las Horas Canónicas y aplicarse a los trabajos de coser y de bordar. Quien nos informa detalladamente dando de ello la explicación que le parece lógica, es el P. Narciso:

> «Dotada Filomena de la simplicidad de la paloma, me descubría siempre hasta los más ocultos pliegues de su interior, y con esto fácilmente se deja considerar

[42] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 71, § 69.
[43] DALMAU, *Vida*, p. 48; DE LANGOGNE, *La Vénérable*, p. 42.
[44] DALMAU, *Vida*, l. cit.
[45] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 60, § 35.

que a la primera oportunidad que se le ofreció, me declaró la enfermedad que se le había presentado. Sorprendióme en un principio la novedad del caso, mas caí luego en la cuenta y opiné que sería esto una estratagema del enemigo para impedir la realización de los deseos de la virtuosa novicia, y burlar las santas esperanzas de la comunidad. Traté, pues, de darle ánimos diciéndole, que Dios Nuestro Señor, que la había llamado a su servicio en aquel estado de perfección, cuidaría de ella con solicitud paternal, y desvanecería todas las dificultades que el enemigo pudiera oponer. Recomendéle muy eficazmente que se dirigiese al Señor en demanda de auxilio por medio de la oración, y yo ofrecí hacer lo mismo por mi parte. Esta respuesta, de suyo muy consoladora, no encontró todo el eco apetecido en su corazón, de modo que insistió diciendo: "Ya ve usted, Padre mío, que según las santas constituciones por primera vez tengo que presentarme al capítulo en que se ha de tratar de mi admisión a la profesión religiosa: si he de profesar así indispuesta será para mí un martirio cruel que durará tanto como mi vida el pensamiento que jamás se apartará de mí, esto es, que habré prometido al Señor muchas cosas que no podré cumplir. Por lo cual suplico a usted me diga con toda llaneza qué debo hacer en tan apurada situación. Estoy dispuesta a todo: si es menester abandonar esta dulce morada y volver a mis padres, iré sin dilación, persuadida de que ésta es la voluntad del Señor que no me llama a este estado religioso". Yo la consolé de nuevo procurando llevar la tranquilidad a su ánimo y encareciéndole como antes la oración, y le añadí que puesto que el caso no urgía, esperase con calma y tranquilidad, que el Señor se dignase manifestar su voluntad siempre adorable.» [46]

En el Proceso, explica el citado Director espiritual que Sor Filomena se resignaba a salir del Monasterio, «creyendo que la enfermedad de la vista la hacía inútil para la Comunidad» [47] y «me suplicaba, diciéndome que no quería

[46] DALMAU, *Vida*, pp. 53-54.
[47] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 65, § 46.

que yo intercediese» en favor de ella. Así lo confirma, a su vez, la Madre M.ª Luisa de la Dolorosa:

> «Era yo Maestra de Novicias, cuando tuvo ella el mal de los ojos... y comenzó a quejarse de la vista y de los temores que tenía de quedarse ciega, no queriendo engañar a la Comunidad, por más que fuese grande su deseo de profesar.» [48]

El mal progresa, y muy justamente, se preocupan todas, comenzando por la Superiora, la cual, por consejo del P. Narciso, llama al Doctor Sojo. En efecto —es el nombrado Director espiritual quien lo refiere—: «El tiempo transcurre veloz. A los once meses de noviciado, ninguna mejora.»

La Madre Correctora la hace examinar; el médico examina la vista de la novicia y declara que su enfermedad no es caso alarmante, sino que, según él, se resolverá muy pronto; por lo que no debe considerarse como un obstáculo para la profesión.

Tranquilizado por el parecer del médico, el Capítulo vota unánimemente su admisión a la profesión, y Filomena se prepara para ella, con grande alegría.[49]

Dos fechas para un solo día...

Para la profesión de los votos, la única entonces y solemne,[50] es escogida la fecha aniversaria del bautismo de

---

[48] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 65, § 47.

[49] DALMAU, *Vida*, p. 54.

[50] Ya mucho antes de la promulgación del Código de derecho canónico (1918), se introdujo, también para los antiguos Regulares, la doble profesión de votos: la primera, temporal, normalmente para un trienio; la segunda, perpetua. La denominación de «solemne» permaneció para designar la perpetua; la temporal, de reflejo, se denominó «simple». Históricamente la «solemnidad» de la profesión monástica se aplica a la de las Ordenes religiosas o de Institutos a éstos asimilados; canónicamente constituye im-

Sor Filomena,[51] desplazándose así, en pocos días, el marco canónico del año de noviciado.[52] Y son días de preparación intensa para la novicia. El desasimiento de toda cosa que tenga sentido de mundo, el despojamiento de todo amor propio, respeto humano, interés personal, los quiere cada vez más radicales en la línea de la pureza de corazón y de la pobreza de espíritu. No se trata en verdad de cosas materiales; las ha dejado ya todas de hecho; sino de cualquier ligadura espiritual, que pueda retardarle o simplemente hacer más pesado su vuelo hacia Dios, al cual solamente aspira fervorosamente y ansía consagrarse indisolublemente, en viviente holocausto.

Se entrega, pues, a la oración casi continua, a los ejercicios ascéticos más en consonancia con su sed de humillaciones y de penitencia; pero también, al desempeño de los trabajos que forman parte de su jornada comunitaria. En los últimos días, expresamente dedicados a los Ejercicios espirituales, su trato de unión con Dios, así como su recogimiento, son casi totales.[53]

Llegada, por fin, al 4 de abril de 1861, ardiente y fervorosa, a sus 20 años, Sor Filomena se prosterna ante el altar de Dios, contenta de ligarse a El para siempre, en lo más florido de su juventud. Esto, que era para ella, in-

---

pedimento dirimente para el matrimonio; es decir, sería nulo, a no ser se pidiera la dispensa de votos a la Sta. Sede.

[51] DALMAU, *Vida*, p. 55. Bajo la nueva luz que el Concilio Vaticano II nos presenta la consagración personal mediante la profesión religiosa de los consejos evangélicos, se pone de relieve precisamente la unión existente entre esta consagración y la del Bautismo: «Piensen los miembros de cualquier instituto que por la profesión de los consejos evangélicos respondieron a la vocación divina, de forma que vivan para Dios, no sólo muertos al pecado (cf. Rom. 6,11), sino también renunciando al mundo. Entregaron toda su vida a su servicio, *lo cual constituye una cierta consagración peculiar, que se funda íntimamente en la consagración del bautismo y la expresa en su totalidad*» (Decreto «Perfectae caritatis», n. 5). Antes bien aconséjase a las personas consagradas celebren también la fecha del aniversario de su bautismo.

[52] Sólo se trata de cinco días, y el motivo aducido es evidente.

[53] DALMAU, *Vida*, p. 55.

tegridad de fe, de corazón, de cuerpo, viene a ser ahora, aceptación y donación de amor indivisible.

He aquí cómo da cuenta el Libro de las Profesiones del Monasterio de Valls:

> «El día cuatro de abril del año mil ochocientos sesenta y uno, en este nuestro Convento de religiosas Mínimas descalzas de la villa de Valls, después de haber cumplido el Noviciado, Sor Filomena de Santa Coloma, de edad de veinte años, natural de Mora de Ebro, obispado de Tortosa, hija legítima de don Félix Ferrer, escultor, y de la señora Josefa Galcerán, cónyuges, hizo su solemne profesión religiosa en mis manos, las de Sor Magdalena de Santa Tecla, Vicaria - Correctora, con asistencia de la Rvda. Comunidad, de sus padres, y del Rvdo. P. Fr. Narciso Dalmau, Mínimo, comisionado para presidir este acto solemne por el Excmo. señor don José Domingo Costa y Borrás, Arzobispo de Tarragona. En testimonio de este acto solemne lo firman la nueva profesa y la Madre Vicaria - Correctora. Firmado: Sor Filomena de Santa Coloma; Sor Magdalena de Santa Tecla, Vicaria - Correctora; Sor Luisa de los Dolores, Maestra de Novicias; P. Fr. Narciso Dalmau, Capellán de la Comunidad.» [54]

A la ceremonia están también presentes sus padres, sus hermanos y algunos más íntimos de la familia, expresamente invitados por ellos.

> «Me acuerdo perfectamente del acto o rito de la profesión —observará la amiga y antigua condiscípula de Filomena en Pla de Cabra, doña Magdalena Esplugas— porque los padres moraban entonces en Sarreal... y me escribieron, y me trasladé a Valls con mi marido. Recuerdo perfectamente, como si lo viese u oyese ahora, cuando cantó la fórmula de la profesión, con una voz tan clara, tan llena, tan vibrante, que se diría la de un ángel. Después, en el locutorio, yo le hablaba, pero ella estaba como fuera de sí, por la alegría. Con su corona

[54] Cf. «Positio s. intr. Causae», *Summ.*, pp. 49-50; AMMV, *Llibre de entradas* (cit., pp. 21-22).

en la cabeza, tenía un aspecto tan hermoso, que me parecía la Virgen o un serafín. Me quedó una impresión tan profunda, que no se me podrá borrar nunca del corazón.» [55]

Análoga impresión, mezclada con la alegría de tenerla ya definitivamente como su Hermana de religión, muestran también las monjas; pero impresión más profunda todavía expresan Don Félix Ferrer y la señora Galcerán, junto con los hijos, que también asisten. En el locutorio, su emoción salta hasta las estrellas... Derraman lágrimas de ternura por la hija que así, plenamente, manifiesta su entrega a Dios.

«Carísimos padres —dice ella, aún más conmovida que ellos—, saben ustedes que hasta aquí les había dado un dominio sobre mí por ser su hija, estando en mí el deber de sujetarme a sus disposiciones; pero en virtud de la profesión religiosa que acabo de hacer por favor especial de Dios, me he consagrado toda entera a mi celestial Esposo, que ha adquirido sobre mí un perfecto dominio, desapareciendo el que vosotros teníais. Ahora sólo me queda respecto de vosotros una obligación y es que os llevéis la mayor parte de mis oraciones. No paséis ya el menor cuidado por mí; pues que para vivir todo me sobrará en el claustro. Podéis, pues, retiraros a vuestras casas para continuar dando a mis hermanitos la instrucción cristiana que les habéis dado hasta aquí.»

Añade después, al despedirse, expresiones de tiernísimo cariño, que les consuela muchísimo; y se retira tranquila y feliz.[56]

---

[55] *Copia publ. Proc. Ord.*, vol. II, pp. 573-574. Trátase del testigo 21 en dicho Proceso, María Esplugas y Pujol de Guinet (sus padres, Pedro y María). El 3 febrero 1860, inmediatamente después de entrar Filomena en el Monasterio, los suyos hubieron de cambiar de residencia, y la fijaron junto a la familia de ésta; D. Félix Ferrer (padre) se quedó aún en Plá de Cabra ocupado en los trabajos de los altares de la iglesia parroquial de Sta. María (cf. *ibid.*). La madre de Filomena regaló a la mencionada María Esplugas los ya conocidos zapatos apenas usados por la hija.

[56] DALMAU, *Vida*, p. 56.

De esta charla el P. Narciso había sido puesto al corriente, por la misma Sor Filomena, manifestándole al mismo tiempo, «el formal empeño que tuvo desde aquel instante de seguir con toda perfección posible los caminos ásperos de la religión».[57]

El encuentro con los suyos, en el día inefable de sus místicos desposorios con el Amor de su alma, Cristo, ha tenido también tonos afectivos. Le han preguntado qué cosa le agradaría, como regalo y recuerdo, de parte de ellos. Sor Filomena se lo ha agradecido de corazón, pero diciéndoles que su felicidad se había completado con el acto solemne realizado, el cual solo, colma el corazón de alegría, excluyendo cualquier otro deseo. Los suyos, empero, le han hecho dulce insistencia, porque algo al menos, una señal, le quieren dejar de su propia participación en la felicidad de ella. Le dicen que lo piense; y cuando sea, se lo comunique por carta. Y he aquí cómo les corresponde la hija a sus grandes deseos.

En la primera carta que les escribe, de allí a dos semanas, a Sarreal, habiendo sido completada la entrega al Monasterio de la parte de dote, dimidiada para ella, que faltaba, escribe:

> «Con lo cual (14 pesetas) queda concluido el grande sacrificio que han hecho por esta su hija, la que no dejará de pedir al mismo Señor les colme de bienes espirituales y temporales...» [58] Promete también plegarias para todos los de casa y las pide a su vez, «para que Aquel que me ha elegido por religiosa, se digne dejarme llegar a ser su verdadera esposa...».

Después, augura a sus hermanas, Joaquina y Manuela, que puedan un día, ellas también, ser coronadas de flo-

---

[57] DALMAU, *Vida*, p. 57.

[58] La dote íntegra, en aquella época, oscilaba en los 300 duros, o sea 1.500 pesetas.

res...; esto es, poder como ella consagrarse a la vida religiosa. Y en una sencilla postdata, añade:

> «Padres en el Señor: no consisten en otra cosa mis deseos, que en poder alcanzar de ustedes mi Esposo Crucificado y agonizante en la Cruz, pues es el que ama mi alma y mi corazón. Esto cuando puedan.» [59]

[59] ESCRITOS, *Carta del 17 abril 1861* a su padre. El crucifijo lo esculpió en madera su padre, y fue el único objeto de devoción y de arte que Sor Filomena admitió en su celda. Más que un regalo y recuerdo de familia, era para ella objeto de su piedad y del amor a su Esposo crucificado. Dicha imagen, pronto desfigurada por sus besos y lágrimas, se conserva en el Monasterio de las Mínimas de Mora de Ebro.

8

OFICIOS Y MISION

El fin y los medios

Con la profesión religiosa, entra Filomena oficialmente en el estado canónico de vida consagrada y, como nuevo miembro efectivo de la Comunidad del Monasterio, participa de lleno en toda su vida. En sustancia, nada cambia de lo que, ya desde el Noviciado, le afecta; es decir, el fin y los medios, que, en términos actuales, pueden expresarse así, para las almas contemplativas: «Se ocupan sólo de Dios, en la soledad y el silencio, en continua oración e intensa penitencia... Ofrecen a Dios un excelente sacrificio de alabanza, y produciendo frutos abundantísimos de santidad, son honor y ejemplo para el pueblo de Dios, al que dan incremento, con una misteriosa fecundidad apostólica.»[1]

Esto y la modalidad propia de las Mínimas, que se expresa en el trinomio «humildad-caridad-penitencia» (la última, con su carácter y contenido cuaresmal, tanto en el espíritu, como en su ascética efectiva, incluso física), los practicaba Sor Filomena, desde su ingreso en el Monasterio. Pero, mientras, entonces, constituían prueba y aprendizaje, ahora, constituyen profesión en acto, según la Regla y las observancias de la Orden. El total ordenado,

[1] Decr. «Perfectae caritatis», n. 7.

según un horario, en tiempos y lugares diversos, en oficios y misiones específicas.

El lector estará deseoso de saber cuáles son los cargos asignados a nuestra neoprofesa y cómo los desempeña. Propiamente, en la vida religiosa o claustral, lo importante, no es este o aquel cargo que desempeñar ni lo que se consigue con el trabajo, sino el cómo se cumple. Hay trabajo común para todas e individual para cada una; pero encima de éste, para todas y para cada una, está el empeño en la santidad y en la perfección, unido al de la utilidad y el bien de las almas. Un salirse fuera de esto, sería un error. Y vamos ya a satisfacer la legítima curiosidad de quien sigue, paso a paso, el desarrollo de la vida de Sor Filomena.

Sabemos ya que el motivo inmediato que impulsó a la Comunidad de las Mínimas de Valls a preguntar al Rvdo. Folch, si conocía alguna joven con vocación religiosa, dotada de buena voz para el canto y con la debida instrucción al respecto, fue porque había quedado vacante el oficio de maestra-cantora. Así pues, Sor Filomena, a seguido de su profesión religiosa, fue inmediatamente encargada. Queda esto tan claro, que las fuentes no hacen a ello referencia explícita, pero tratan del desempeño efectivo del cargo, como oficio suyo habitual.

Pero además de la actividad correspondiente al mismo, como enseñar y ordenar los cantos litúrgicos, se la encuentra también encargada de otros oficios.

Ya en abril de 1861, aparece nombrada ayudante de oficio de Sor Josefa de San Benito, en la guardarropía.[2] Pasa en tal cargo, del reducido ámbito del noviciado, al de la Comunidad. La misma diligencia, la misma prontitud, el mismo espíritu de servicio, pero extendidos a todas y a todo lo que exige el nuevo trabajo.

Poco después, le es confiado también, por un trienio,

[2] Escritos, *Carta del 17 abril 1861*, a su padre.

el oficio de despensera; y, sea en el preparar el refectorio, sea en el cuidar de su limpieza, sea en el acudir a todas las incumbencias de procuradora del sector, se hace toda para todas, dando a cada una, dentro de los límites de la pobreza religiosa y de la caridad, lo que les puede ser más útil y agradable.[3] Un tal oficio requiere tacto, buen sentido y caridad, cosas que no faltan a Sor Filomena y pone ella toda diligencia. Sor Felicidad del Espíritu Santo, subalterna de ella en el cargo, ha revelado la delicadeza y el espíritu que la animaba, testificando: «Me enseñaba que hiciese cuenta de que preparar para las Esposas del Señor, era preparar para el mismo Señor.»[4] De ahí se puede fácilmente inferir cuánta carga de amor ponía allí.

No se limita Sor Filomena al trabajo de su propia competencia, sino que, donde hay que hacer o prestar su colaboración o ayuda, no sólo no se echa atrás, sino que responde generosamente, previniendo y ofreciéndose, según la necesidad y la fatiga que supone, con la precisa intención de ayudar o aliviar; y lo hace con tal delicadeza, que llega a ser proverbial, adivinándose trabajo suyo, de sólo constatarlo.[5] Si la cocinera, por ejemplo, se siente, aunque ligeramente, indispuesta, ella la ayuda, poniéndole en orden todas las cosas de la cocina y facilitándole el trabajo. Cuando la Hermana se da cuenta de que todo está

---

[3] DALMAU, *Vida*, p. 57.

[4] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 62, § 41.

[5] Una tal ocupación, en el ámbito de una comunidad religiosa, sin escamotear nada en las obligaciones del cargo personal, antes bien anteponiéndola, favorece el ambiente y el espíritu de familia; precisamente en la caritativa colaboración y mutua ayuda encuentran su concreta aplicación. El ayudar, prevenir, aliviar, soportar el peso unos a otros responde a la exhortación del Apóstol (Ef. 4, 2), y es signo de gran valor de la verdadera caridad fraterna. Al respecto, entre otras cosas, se refiere de Sor Filomena que, cuando llovía durante la noche, se dirigía a la Superiora, y la pedía las llaves de la parte alta de la casa para mirar si había goteras, evitando así un posible daño y ahorrando, al mismo tiempo, a otra religiosa el sacrificio de levantarse y hacer aquel trabajo (cf. «Positio s. V.», *Summ.*, p. 187, § 49.

perfecto, se maravilla de que Sor Filomena intuya de tal modo los días en que ella de verdad necesita ser ayudada.

Muchas otras veces también se acerca a una y a otra, a darles una mano.[6] Así, con cualquiera que se encuentre en necesidad o dificultad de trabajo, siempre está ella pronta para ayudarla, de día o de noche, particularmente a las enfermas y ancianas; de tal manera que, en el convento, se dice que la Comunidad nunca había tenido una Despensera semejante... de caridad.[7] Este su servicio de caridad edifica a todas, no encontrándose límites en su virtud; tanto más, cuanto que lo hace con humildad y discreción, para no hacerlo notar y evitar alabanzas.[8]

Siendo pues tan bien acogidas sus buenas maneras y estando ella tan pronta a cualquier eventualidad, especialmente en lo más humilde y trabajoso, se le asigna también el oficio de segunda enfermera, y esto, indefinidamente. A ello se ha ofrecido ella misma, con humildad y caridad.

> «Ya de postulante, me ayudó en este oficio —atestigua la primera encargada, Sor Teresa de San Pablo— y le noté tanta amabilidad y humildad, que me formé el concepto de que sería una religiosa perfecta y una santa.» [9]

Y, como en el oficio de Despensera, así en este de Enfermera, no hay diferencias en su servicio; cuando más, sus atenciones particulares son para quien es más difícil. Se recordará esto a lo largo, a propósito de una religiosa anciana, Sor Tecla de San José, enferma de arteriosclerosis, y por lo tanto, más bien incontentable: enferma a quien Sor Filomena buscaba preferentemente y la trataba con grandísima caridad y con paciencia inalterable.[10]

---

[6] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 58, § 25.
[7] DALMAU, *Vida*, p. 58.
[8] «Positio s. V.», *Summ.*, pp. 187, § 49; 188, § 51; 192, § 65.
[9] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 57, § 24.
[10] *Copia publ. Proc. Ord.*, fol. 223; «Positio s. V.», *Summ.*, p. 198, § 98.

Igualmente conocidas son su exactitud y jovialidad, así como su pronto servicio con las más ancianas, a quienes visitaba, en invierno, aun de noche, saliendo de la celda silenciosamente, para ir a taparlas bien y arreglarles la cama.[11] Igual, con las enfermas más graves.

> «Cuando a alguna enferma era necesario asistirla toda la noche —atestigua la Superiora—, me pedía que le permitiese este servicio, a fin de que las otras religiosas pudiesen descansar.» [12]

Y no sólo esto, sino que, en su dispuesta amabilidad, se la encuentra al mismo tiempo enfermera, médico y farmacéutica, con recetas de una eficacia imprevista... Dos intervenciones suyas, especialmente la primera, más de admirar que de imitar, son para mirarlas a una luz superior de la común, como de delicadísimo servicio de caridad; y son las siguientes:

Sor María de Jesús,[13] hacia el final de 1864, padece un tumor blando en la rodilla, que le inmoviliza el miembro. Para cambiar de sitio la religiosa, necesita utilizar la muleta. Resultan inútiles todas las curas médicas, resistiendo el mal a todo tratamiento. Después de tres semanas de sufrimiento y ante el abatimiento de la Hermana enferma, una mañana, después de la comunión y de la acción de gracias, la acompaña Sor Filomena, en cumplimiento de su oficio, a la celda; la anima con toda caridad: «Animo, Hermana mía, ánimo» —le dice—. «Se curará pronto. Con su permiso, quiero hacer una cosa a su Caridad, pero con pacto de que no lo dirá a nadie.» Recibida su promesa, le quita rápidamente las vendas de la rodilla, y, a imitación de Santa Isabel de Portugal, le besa, repetidas veces, su llaga repugnante, lamiéndola. Al contacto de sus labios, el tumor desaparece completamente. La en-

[11] «Positio s. V.», *Summ.*, 184, § 35.
[12] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 187, § 48.
[13] En el siglo Casilda (cf. *Copia publ. Proc. Ord.*, fol. 186).

ferma no sabe si defenderse, en conmovida protesta, o darle las gracias por el insólito favor obtenido para ella «por su gran virtud». Sor Filomena, a su vez, vendándole de nuevo la rodilla, le dice, en su humildad: «¡Quién sabe cómo habrá ido!» «Adiós», añade, y se retira. Mientras, la rodilla recobra su pleno vigor.[14]

Dos meses después [15] —es la Superiora, Sor M.ª Luisa de la Dolorosa, quien lo refiere—, a la mencionada Sor María de Jesús, le sobrevino una excrecencia tumoral en el pecho. La religiosa tiene sujeción de hacerlo ver al médico; pero, animada por la anterior experiencia, pide su parecer al Confesor, para hablar antes, de ello, a la Enfermera segunda. «Estaba cierta —dirá— de que me curaría.» Cuando le manifiesta el motivo de su segunda dolencia, «veamos, veamos un poco este mal», le dice Sor Filomena, y tocándole apenas el tumor, como por juego, murmura una brevísima plegaria y dice: «No es nada. Desaparecerá pronto.» «A la noche —refiere Sor María— pude dormir tranquila, y al día siguiente, no tenía ya el dolor en el pecho, ni ninguna huella, ya sea de tumor, ya de excrecencia. Fui a ella, llena de felicidad, y me respondió, sonriendo: "Ya le había dicho que pasaría pronto. Probablemente, mientras usted dormía, un ratoncito se habrá comido esta nonada".» [16]

Estos son solamente dos episodios más especiales de su eximia caridad, en el campo de su misión, como ayudante-enfermera. Pero, en su solicitud, Sor Filomena se hace toda para todas; se olvida de sí misma por las enfermas; incansable en servirlas, aun en las cosas más humildes, las trata a todas con afabilidad, como si, en ellas, viese y sirviese a su Jesús paciente. Pide también besarles los pies, aunque no le es fácilmente consentido;

[14] «Positio s. V.», *Summ.*, pp. 176, § 6; 184-185, §36; DALMAU, *Vida*, p. 84.

[15] Según P. Narciso, fue dos años después, exactamente el 26 octubre 1867 (cf. DALMAU, *Vida*, pp. 158-159).

[16] «Positio s. V.», *Summ.*, pp. 177, § 7; 185, § 37-38.

admirándose las Hermanas y quedando confusas por tan edificantísima caridad y humildad.[17]

Tal espíritu, si en sus primeras manifestaciones durante su breve postulantado, podría parecer exagerado, con el tiempo se va afianzando por la práctica constante de una virtud que resplandece, cada vez más, con mayor perfección.[18]

A nivel individual y comunitario

Una tal tensión hacia la santidad, la manifiesta la neoprofesa dentro y fuera de los oficios encomendados, con espontaneidad y llaneza, con el fervor de espíritu en la perfección moral. Al respecto, el testimonio de sus Hermanas de religión, del Director espiritual, de otros Sacerdotes y de la Superiora son particularmente elocuentes y concordes.

En general, se nos dice que cumple con perfección admirable, los cuatro votos y todas las demás obligaciones de su estado, animada del más grande celo por la gloria de Dios y el bien del prójimo; y haciéndose cada día, siempre más ejemplar en la humildad, en la caridad, en la abnegación de sí misma y en el espíritu de sacrificio: los típicos elementos de la espiritualidad «mínima».[19]

Sor Engracia de la Ssma. Trinidad, que, ya de niña, a sus 12 años, la conoció en el siglo, en Plá de Cabra, y la siguió, cinco años después, a la religión, dirá de Sor Filomena: «No concibo manera más perfecta de cumplir los preceptos de Dios y de la Iglesia, los votos, las obligacio-

[17] «Positio s. V.», *Summ.*, pp. 187, § 47; 189, § 57; 199, § 102.

[18] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 193, § 60. Sólo en su última enfermedad Sor Filomena será relevada en su cargo de auxiliar de enfermera por Sor Felicidad del Espíritu Santo (en el siglo Josefa Badía y Blanch, hija de Juan y de María, de Puigpelat - Tarragona) (cf. «Positio s. V.», *Summ.*, p. 393, § 49).

[19] Así atestigua Sor Francisca del Corazón de Jesús, mencionada como testigo de oficio (cf. «Positio s. V.», *Summ.*, p. 78, §§ 9, 12).

nes y deberes religiosos, en orden a Dios y al prójimo, que la que observé y admiré en la Venerable.» [20] Y el P. Narciso, aludiendo a la diligencia que ponía Sor Filomena en cuidar incluso los matices de la virtud, particularmente de la caridad, ha escrito:

> «Sería necesario llenar muchas páginas si quisiera referir muy por menor la manera industriosa como procuraba que se evitasen aquellas tenues imperfecciones que son inherentes a la fragilidad humana, y de las cuales no siempre se hallan libres aun aquellas personas que hacen profesión de vivir enteramente dedicadas al servicio de Dios. Se conducía en esta materia con sus hermanas con tal mansedumbre y discreción, y eran tan escogidas y dictadas por la prudencia sus palabras, que siempre eran bien recibidas, porque la caridad, como es sabido, es paciente y benigna y no obra precipitadamente.» [21]
>
> «Mi concepto sobre ella y el de las otras —afirma asimismo Sor Claudia del Stmo. Sacramento— es que no había entonces, ni creo que la haya habido después, en el convento, otra monja, que la igualara en perfección, en austeridad consigo misma y en amabilidad para con los demás.» [22]

No sorprende, por tanto, que el P. Narciso la proponga como modelo, para ser imitada por las demás. Nos lo dice la ya mencionada Sor Felicidad:

> «El Padre Narciso me la ponía delante, como modelo, ya desde el principio de mi ingreso en la religión y me decía que siguiera en todo sus consejos... y me atuviese, con seguridad, a lo que ella me hubiese dicho.» [23]

---

[20] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 82, § 31.

[21] DALMAU, *Vida*, p. 58.

[22] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 80, § 18. Este doble dato revelado por dicha religiosa es indicio típico de segura santidad. Sor Claudia, en el siglo Claudia Masdeu y Sardó, natural de Montroig (Tarragona), fue compañera de Noviciado de Filomena y convivió en el Monasterio hasta la muerte de ésta.

[23] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 83, § 34.

Sin pretender adelantar hechos y eventos decisivos, debemos advertir que éste es uno de los presupuestos que entraña el carisma de Sor Filomena, como de quien se sirve el Señor, para reportar al Monasterio de Valls, y sucesivamente, a toda la Orden de las Mínimas, al pleno espíritu de los orígenes y al reflorecimiento del fervor, en la espiritualidad y en la ascesis.

Quien la dirige, pero también quienes viven cerca de ella, Superiora y Hermanas, se dan cuenta del ascendiente que dimana de la ejemplaridad de ella, y, salvo provisorias excepciones, según también veremos, voluntariamente acogen su mensaje de coherente fervor. La últimamente nombrada Hermana añade, efectivamente, que Sor Filomena, bien de palabra, bien por máximas escritas en papelitos, hacía sugerencias a ella y a otras, animándolas a una confianza ilimitada en Dios. Añádase a esto su ejemplar obediencia y su espíritu de abnegación, aun en las cosas más pequeñas.[24]

> «Probablemente —confía a esta misma una de las Hermanas— yo no habría cumplido mis deberes de religión, si no hubiese tenido las exhortaciones y los alientos de Sor Filomena.» [25]
>
> «En todo esto, como en su comportamiento efectivo —asegura su Superiora de entonces— procedía Sor Filomena con suma prudencia, aun cuando se trataba de nuestra reforma o de conseguir el reflorecimiento de la antigua observancia de la Regla de San Francisco de Paula, que era su más grande anhelo.» [26]

Volveremos sobre este punto, ya que se trata de la misión o servicio específico, realizado por la ejemplarísima Mínima, a utilidad de su mismo Instituto, en una forma que va mucho más lejos de una simple buena edificación; misión, que le fue reconocida, dentro y fuera del

[24] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 83, § 36; 84, § 40.
[25] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 84, § 42.
[26] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 203, § 14.

monasterio de Valls, reforzada por particulares señales, que, si primero fueron proféticas, después de su muerte serían entendidas como confirmación o prueba de autenticidad.

Por ahora, importa saber que Sor Filomena, humildísima como es y «muy discreta en el hablar y en todos sus actos», no obra de propio arbitrio o capricho. De ello da fe Sor Rosa de San Narciso, la cual atestigua: «No dudo de que, en todo, obraba siempre por mandato y consejo de sus Superiores»,[27] a cuyo parecer se remitía, en todas las cosas. Lo confirma su propio Director espiritual, precisando con juramento: «Bastaba la más pequeña oposición del Confesor o de la Madre Correctora, para no insistir más.» [28]

Es de verdad obedientísima, asegura la mencionada Madre, y tiene gran consideración a las mismas simples religiosas...

> «Ya desde novicia —nos ha hecho saber— a pesar de contrariarle yo su voluntad, especialmente en el refectorio, nunca se demostró descontenta, sino que, muy vivamente, deseaba la contrariedad.» [29]

Con la ejemplaridad y las sugerencias discretas, la emulación. A Sor Filomena, también es esto bien de saberse, le agrada que las otras religiosas la mortifiquen, y conviene con algunas, muy buenas, en hacerlo recíprocamente, en ocasiones, sólo que con esto no hayan de faltar a la obediencia; introduciendo así en la Comunidad una santa emulación, en la humildad y en el espíritu de abnegación.[30] Lo cual resalta extraordinariamente y con gran edificación de todas, junto con su gran prudencia y fortaleza, cuando a contrariarla no están las mencio-

[27] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 213, § 48.
[28] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 201, § 7.
[29] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 221, § 8.
[30] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 253, § 113.

nadas religiosas; sino otras dos particularmente, de las cuales tendrá de verdad mucho que sufrir, por una cierta sorda antipatía, mezclada de envidia. Mas de esto hablaremos después, en seguida.[31]

Sor María de Jesús, que convive con Sor Filomena durante toda su vida religiosa, informa que ella, por su parte, fomentaba y se ejercitaba constantemente en procurar, así el bien temporal, como el espiritual, de la Comunidad. Muchas Hermanas, espontáneamente, recurren a ella, en sus tribulaciones y aflicciones del espíritu, y ella las deja consoladas y tranquilas. A veces también, intuyendo ella o conociendo el estado de su espíritu, toma a su vez la iniciativa y adelanta el consejo o remedio; y lo hace con tanto tacto y eficacia, al sugerir el remedio para vencerse en algún defecto que, al final, toma ella ocasión para mortificarse, dejando a las Hermanas impresionadas y edificadas.[32]

En su sencillez, naturaleza y rectitud, es además muy leal y sincera, en todos sus actos y para con todos.[33] No le agradan ficciones e hipocresías, y si, alguna vez, tiene que perdonar, lo hace sinceramente y con mucha humildad y caridad; señal, también esto, de virtud pronta, ágil, alegre, generosa, no obstante la dificultad de las circuns-

---

[31] No es de extrañar una tal experiencia en comunidades religiosas; tampoco en éstas es posible una homogeneidad absoluta, ya que cada cual posee carácter y temperamento distintos; aunque todos aspiran por vocación a la perfección, no todos la alcanzan en igual grado. Además en el caso que consideramos no se trata sólo de la común debilidad humana, sino también de una verdadera sugestión del espíritu maligno, permitida por Dios para purificar a Filomena, facilitar en ella una mayor perfección y probar sus virtudes eximias. «En los ocho años que estuvo en el convento —afirmará de ella el P. Narciso— hubo de soportar muchas burlas, sátiras e insultos, lo que, por permisión de Dios, puso a prueba la virtud de humildad de la Sierva de Dios» (cf. «Positio s. V.», *Summ.*, p. 317, § 44). Como contraste se manifestarán más sus virtudes no comunes.

[32] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 174, §§ 2-3.

[33] «Positio s. V.», *Summ.*, pp. 339, § 152; 342, § 164. Es su director espiritual quien lo afirma.

tancias; de tal modo que vienen a parecer connaturales en ella, actos que, en otros, son difíciles y requieren un gran esfuerzo.[34]

Sus fuentes de perfección

En la base de todo, está el espíritu de oración de Sor Filomena y su oración misma; está su vida de fe y está la práctica de los sacramentos: cosas que, a más de ser, en sí mismas, las verdaderas fuentes de interioridad y de intimidad divina, le dan, por así decirlo, las alas, a su fervor teologal y a su perfección moral.

> «Loca de amor de Dios —así se expresa, en sus relatos, Sor Claudia del Stmo. Sacramento— esto mismo le inspiraba el celo por el bien del prójimo.» [35]

Factor que favorece mucho esta interioridad, es también el silencio. Sor Filomena no habla más que por necesidad o caridad, siendo su silencio grande y edificante, y su recogimiento y desprendimiento de las cosas terrenas, fruto de buena ascesis. Aun siendo ejemplarísima en el silencio y agradándole más callar que hablar, es, sin embargo, amable, jovial, alegre incluso, en los tiempos debidos, como en los recreos, que constituyen los momentos de solaz para la Comunidad. Y cuando oye hablar de virtud o de personas santas, escucha con gran atención y se considera la religiosa más indigna; pero lo hace con tal acento de verdad, que todas se convencerían de ser así, si no la conociesen como la excelente religiosa que es.[36]

En su habitual recogimiento y silencio, la atención de su alma se centra particularmente en Dios, en Su pre-

[34] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 79, § 13. Así certificaron con Sor Rosa de S. Narciso superiores y hermanas en religión.
[35] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 80, § 18.
[36] «Positio s. V.», *Summ.*, pp. 248, § 87; 253, §§ 110, 112.

sencia divina, en Su amor, en Su voluntad. De este modo, la oración de Sor Filomena se hace cada vez más íntima y coloquial con el Esposo Divino de su alma. Baste decir, informa el P. Narciso, que, incluso cuando tenía que acudir al locutorio, pasaba antes a saludar a Jesús Sacramentado y a la Ssma. Virgen a pedirles permiso.[37] Pero nos ocuparemos más expresamente de este capítulo de su vida, como uno de los fundamentales, para conocerla y comprenderla, en su fisonomía más interior.

Con la oración, el alimento más sustancial de tal interioridad es la vida Eucarística. Son bien conocidas las limitaciones, en la práctica de la comunión eucarística, durante el siglo pasado y hasta los tiempos de San Pio X, el Papa que hizo posible la frecuencia eucarística a los niños y a los adultos. Viviendo Sor Filomena, en España, como en Italia, Francia y otras naciones, ni aun en los Seminarios, ni en las casas religiosas, era usual la comunión eucarística cotidiana, salvo rarísimas excepciones. Un cierto rigorismo (explicable con un residuo de ascética y de devoción intensiva, antes y después del uso del sacramento) ya no familiar a nuestros días, bien que natural y noble en su tiempo, pero más conforme a la humana fragilidad y a los usos de la Iglesia primitiva,[38] estaba presente en la mentalidad, en la disciplina y en la praxis sacramental, a la sazón vigente.

En la Comunidad de las Mínimas de Valls, se recibía la Comunión los días de Regla; es decir, semanalmente, a más de determinadas fiestas y celebraciones litúrgicas. Con la autorización de los Superiores, será logro de Sor Filomena que se introduzca, para todas, la práctica de comulgar también todos los sábados, como día dedicado a la Ssma. Virgen, y este día más de comunión semanal, lo llamarán «el día feliz». A ella, además, y a otras dos Her-

[37] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 94, § 33.
[38] Cf. *L'ami du clergé*, 28 mars 1968, n. 13, p. 126.

manas, desde el año 1865, concede el P. Narciso poder comulgar cada día.[39]

Antes y después de la comunión, el recogimiento de Sor Filomena es fervoroso. Entran en los favores y en los signos extraordinarios de su experiencia interior, los santos deliquios en que cae muchas veces arrebatada, de modo que tiene que ser llevada a brazos, desde el comulgatorio a su celda. Su ardiente deseo de recibir a Jesús Sacramentado viene ya expresado por su absorto recogimiento y por la preparación ascética que lleva.[40] Son los momentos del corazón a corazón con el Esposo de su alma o de la expresión más viva de su amor personal hacia El.

En otros tiempos o momentos de encuentro interior, aunque siempre en el amor, se trata de piedad hacia la Persona de Cristo, en la Ssma. Humanidad del Salvador. Así en la devoción al Sagrado Corazón, o en el amor de compasión hacia el mismo Amor Crucificado, como en su devoción a la Pasión. Aquí, en cambio, en la Eucaristía, lo encuentra en Su presencia real, aunque escondido y silencioso; siempre vivo, solícito y acogedor. Las aludidas devociones Cristocéntricas son, en Sor Filomena, únicamente aspectos diversos de un mismo amor personal a Jesucristo. Pero es necesario exponerlos distintamente, por las manifestaciones especiales que tienen en su vida. Ahora, mientras, referiremos la parte activa realizada por ella.

Todo lo hace Sor Filomena con el Sagrado Corazón. Habla de El con ardor y exhorta a sus Hermanas a hablar de El y amarlo: «Hablemos del Sagrado Corazón de Jesús; amemos al Sagrado Corazón de Jesús; amémoslo muchísimo.» Consigue que se celebren los primeros viernes de mes, con intenciones reparadoras, y que la Comunidad de Valls se consagre al Sagrado Corazón.[41]

---

[39] «Positio s. V.», *Summ.*, pp. 136, § 41; 137, § 45.
[40] «Positio s. V.», *Summ.*, pp. 139, § 54; 144, § 80.
[41] «Positio s. V.», *Summ.*, pp. 136, § 40; 166, § 185; 206, sup. art. 66

«Seamos buenas —suplica— porque el Sagrado Corazón de Jesús lo desea y espera, para comunicarse a todas.»

Se encarga de repartirles los folletos de los «oficios» del Sagrado Corazón, introduciendo su práctica en el Monasterio.

En su grande amor a Jesús, sin darse cuenta, sale con expresiones como éstas:

«Quisiera, Amor Mío, percutir y herir Vuestro Corazón con flechas de amor, herirlo y traspasarlo, como cuando estabais en la Cruz.»

Y cuando alguna, por esto, la hace volver en sí, todo confusa, les dice: «Hermanas, no hagáis caso, que mi soberbia es muy grande.» Mas bien saben las Hermanas que es su amor a Jesús lo verdaderamente grande.

Desea que los Sacerdotes, de los cuales tiene un alto concepto, venerándolos por su dignidad, como ministros de la Redención, se consagren al Sagrado Corazón. Lo recomienda a su mismo Director espiritual,[42] al Confesor extraordinario de la Comunidad, P. Ramón Ballester[43] y a otros.

«¡Oh, Dios mío —exclama, en una carta a su tío sacerdote que vive en Mora la Nueva—, si yo pudiese andar por las calles y plazas de rodillas, aplicando mis labios donde vuestros ministros ponen sus sagrados pies, por cuán feliz me tendría! ¡Oh, si con mi veneración pudiese dar a conocer a todo el mundo la infinita dignidad de su ministerio! ¡Oh manos sagradas que merecéis imitar con vuestras operaciones a la Stma. Virgen María cuando envolvía con limpios pañales al niño Jesús!

---

[42] Escritos, *Carta del 5 junio 1866*, al P. N. Dalmau.

[43] P. Ramón Ballester y Montserrat, O. F. M., hijo de Agustín y Josefa, natural de Vallmoll (Tarragona), fue confesor extraordinario de la Comunidad de las Mínimas de Valls desde el 16 mayo 1861.

¡Oh lengua bendita y sacrosantos labios, que sois las llaves del Paraíso, pues con vuestras oraciones detenéis el brazo de la divina Justicia tan irritada de los pecados del mundo, palabras con las cuales obligáis al mismo Dios descienda de la derecha del Padre, aunque sin ausentarse de ella...! ¡Oh Dios, Amor mío! ¡Oh Dios, Caridad Eterna, que magnífico se ostentó vuestro amor hacia vuestras criaturas con la institución del sacramento del orden sacerdotal...!» [44]

Don José Martí, docto y piadoso Sacerdote de Valls, después de haber estado con ella una vez en el locutorio, dirá al P. Narciso, que salió de su conversación con ella «con los bolsillos llenos de amor de Dios».[45]

Las referencias al Sagrado Corazón, los afectos enderezados a El, están esparcidos por todos los escritos de Sor Filomena, especialmente en sus cartas.[46]

A esta devoción, une después perfectamente la consideración y el amor a la Pasión de Jesús. El Crucificado ha ocupado, de verdad, su mente y corazón, apasionándola de tal modo, que parece querer rivalizar, si así puede decirse, con el mismo Señor, para así vivir y morir juntamente con El. Por esto, es amantísima del sacrificio oculto, que disimula con su trato amable y jovial, y, con la autorización del Director espiritual y de la Superiora, se da a ejercicios de penitencia, con los cuales se asocia al amor y a los dolores de la Pasión de Jesús.[47]

Disciplinas, cilicios, ejercicio cotidiano del *Via Crucis* con instrumentos de penitencia, entre los cuales, una corona de espinas que lleva, a veces aun de día, ocultándola bajo el velo monacal, son solamente algunas de las prác-

---

[44] ESCRITOS, *Carta del 13 nov. 1865*, a su tío el Rvdo. José Galcerán.

[45] D. José Martí era entonces párroco de S. Juan Bautista, de Valls.

[46] ESCRITOS, *passim*.

[47] «Positio s. V.», *Summ.*, pp. 169, §§ 197-201.

ticas, con las cuales mantiene su sintonía con el Amor Crucificado.

De sostenerla cuida el Señor, que expresamente la llama, como veremos en la segunda parte de esta biografía, dándole el atractivo y ofreciéndole ocasiones concretas, ordinarias y extraordinarias. No se cuentan al efecto las abstinencias y las penitencias de Sor Filomena, con obediencia interna y externa, en acatamiento a reiteradas invitaciones superiores, y los dolores y agonías experimentadas, con ánimo de compasión, en unión con Jesús Crucificado. Y si no fuese por un favor de Dios y por su gran amor a la Pasión y al cáliz de las amarguras de Jesús, sería, para ella, imposible el soportarlas de una manera tan heroica.[48]

[48] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 279, § 66.

9

«... ¡CUESTE LO QUE CUESTE!...»

Salto de calidad

Siguiendo los escritos de Sor Filomena, encontramos las motivaciones de fondo y los impulsos progresivos de sus adelantos en el seguimiento de Cristo, las sucesivas etapas de un camino que, en su concreta sustancia, va mucho más lejos que los límites de la clausura y de los espacios, en las vías de Dios, a través de las de la perfección religiosa.

Desde hace más de cuatro años, o sea, desde el 1861-1862, el de la profesión de sus votos, como escribirá en el mes de abril de 1866, había tenido la clara percepción de la invitación evangélica: «Quien quiera venir detrás de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame.» [1] El camino maestro a recorrer hacia la conformación con Cristo, le ha aparecido así, neto y preciso, con la cruda realidad de un camino áspero y fatigoso, pero en compañía de Jesús: negar la propia voluntad, para no tener otro querer o no querer, que el de Dios; participar en la obra redentora de Cristo, asociada místicamente a la pasión y muerte de cruz, para ser después partícipe de Su resurrección y de Su gloria.

De la misma época —«debe hacer un poco más de

[1] ESCRITOS, *ms. del 2 abril 1866.*

cinco años», conocemos por otro manuscrito de Sor Filomena— a las renuncias de la voluntad, se añaden otras exteriores, que le son expresamente exigidas en la línea de una «muy alta perfección» y al servicio, tanto de la Iglesia jerárquica, como de cada una de las almas; renuncias, en el campo de la abstinencia y del ayuno, y otras, en el de la Regla. En ésta, la explícita voluntad de Dios le vendrá expresada gradualmente, con un límite de casi totalidad, por una mitigación cualitativa y cuantitativa, o a tiempos alternados o participados con otra religiosa, también ésta de particular fervor, la ya conocida Sor Asunción de Santo Domingo.[2]

Un año después, o un poco más —«ahora hace más de tres años», precisa Sor Filomena— su oración mental se centra más exclusivamente en los misterios de la agonía, pasión y muerte de Jesucristo, viniendo a ser el Crucificado su única lectura; y esto, más por obediencia que por propia elección. A quién y por qué lo sabremos pronto, en el capítulo siguiente.[3]

Transcurren así los años de la vida claustral a nivel de fervor sostenido, cuando, mediante una cooperación todavía más generosa a la gracia, que no deja de hacerle gustar sus atractivos, estimulándola a lo más perfecto, el camino de Sor Filomena se incrementa con otras resoluciones y coherentes progresos. Hace, a seguido, el salto de calidad, que revela en ella a la mujer decidida y fuerte, que se consume de amor y de dolor, por los más nobles ideales de santidad, de caridad, de impetración y reparación corredentora.

El atractivo es de la gracia, y lo son igualmente los dones que la impulsan a aceptarla; de modo que es Dios quien corona Su obra en los resultados alcanzados por Sor Filomena; pero esta aceptación es dejada a la voluntad de ella, y en esto está su virtud y su mérito.

---

[2] Escritos, *ms. del 19 enero 1867.*
[3] Escritos, *ms. del 2 abril 1866.*

«A mediados de ese mismo año (1863) —atestigua el P. Narciso[4]— me dijo con ánimo muy decidido: "Padre, yo quiero ser santa, quiero ser muy santa".» Esta aspiración no sorprende a su atento Director espiritual. La «Cuaresma» y la «Pasión» las había vivido con intensidad bajo el aspecto litúrgico y ascético; lo mismo había hecho por Pascua y su ciclo sucesivo preparatorio para Pentecostés. Dentro de su habitual fervor; pero este año, ha experimentado gracias más señaladas, especialmente interiores, y se ha hecho más explícita la voluntad de Dios a su respecto. Por eso —continúa el P. Narciso—:

> «Hermana —respondí yo—, es gran bien desear ser santos, aunque no lo seamos, pues podemos serlo dándonos Dios la mano; no tenga usted miedo que quede por El, si no queda por usted. Santo es el lugar que habita, santas las leyes que en él rigen, y santas serán las que las guarden con fidelidad.» A lo que, con acento de humildad y de fervor, respondió Sor Filomena: «Dígnese Su Divina Majestad alentar mi flaqueza y téngame de su mano para que nunca jamás aflojen estos mis deseos; de El creo haberlos recibido y por El quisiera se tornasen en obras de santificación». Dicho esto, siempre según el informe del Padre Narciso, «se levantó de mis pies muy animosa y con determinación de no aguardar al día de mañana a seguir las huellas de los santos».

De hecho, el mismo día, llegada la hora del acto penitencial, recordando las ofensas que decía haber hecho a Su Divina Majestad,[5] toma la disciplina, deteniéndose al correrle la sangre. Después, mojando con la misma, es-

---

[4] N. DALMAU, *Vida*, pp. 71-72.

[5] Téngase presente la opinión del mismo P. Narciso, como director espiritual suyo: «Yo opino que murió sin haber perdido la gracia bautismal»; en tanto que ella tenía de sí tan bajo concepto, que se consideraba digna de toda humillación y desprecio y la peor pecadora (cf. DALMAU, *Vida*, p. 76). Pero bien, ella, en su profunda y sincera humildad, aun habiendo sido aprobado su espíritu por personas doctas y santas, y aun no faltando señales del Cielo, su delicadeza de conciencia le hacía creerse culpable y detestable,

cribe en un cuaderno estas máximas y propósitos de altísima perfección:

> «Dios, alma, eternidad. Cueste lo que costare me quiero santificar. Mi Amado todo para mí y yo toda para mi Amado.
>
> »Así es como se ama, / Sólo para padecer, / Os pido, Señor, me deis vida / Hasta que toda consumida / En penas me pueda ver.»

Este escrito, con letras de sangre, que el P. Narciso llamará «patente de admisión en la hermandad de los siervos de Dios» y que «lo que le resta de vida dará testimonio del modo como lo cumplió»,[6] lo guarda Filomena muy cerca, en el breviario, para tenerlo de continuo a su vista, como documento o juramento a observar fidelísimamente. Y allí será encontrado después de su muerte.[7]

---

e indigna de estar en la presencia de Dios. Si Sor Filomena creía haber faltado, tenía de ello un dolor tan sentido y tan grande que, al decir del conocido P. Narciso, se demuestra por sus rigurosas penitencias, oraciones y lágrimas, etc., para repararlo, y se arrepentía con tal compunción, que nos dejaba muy confusos y edificados. «Un día —declara él mismo—, se llegó al confesionario con paso trémulo, toda turbada. Y antes que se arrodillase me preguntó, así con un tono significativo: "Padre, ¿un condenado es capaz de absolución?" Conocí al punto la intención de la pregunta y que su espíritu estaba oprimido por el peso de una extraordinaria aflicción. Y así dando a mi voz una inflexión tan suave como pude, por aquello de que "a quien está afligido, no hay que añadirle nueva aflicción", expliqué tan brevemente como supe la doctrina de la Iglesia acerca de este particular, según la cual "en el infierno no hay redención", y en seguida añadí: empero si se trata de un pecador que mora en la tierra (*"in via"*), por muchos y graves que sean sus pecados, como se arrepienta verdaderamente de ellos, no hay duda que es capaz de absolución. Dije, y súbitamente dio en tierra con su cuerpo y principió el "Confiteor Deo, etc.", con una avenida de lágrimas tan copiosa, como si fuese la persona más culpable del mundo.» Pero, ¿qué cosa la tenía tan angustiada? Aquella preocupación, ya recordada, de *quizá* haberse apropiado, siendo niña, de una moneda de 4 maravedíes, jugando con una amiguita (cf. *ibid.*, pp. 77-78).

[6] DALMAU, *Vida*, p. 72. El discurso sobre «Dios - Alma - Eternidad» había sido dirigido a la Comunidad, en los Ejercicios Espirituales últimos habidos en el Monasterio.

[7] N. DALMAU, *Vida*, p. y l. cit., nota 1.

Es éste el contenido vital de mayor interés, concretamente contrastable como hecho realidad; es el firme propósito, revelador de una voluntad decidida e inquebrantable: precisamente, «¡cueste lo que cueste!...».

Puede decirse que Filomena está aquí toda entera, compacta y tenaz, en su aspiración y empeño de perfección, en su respuesta positiva y generosa a su vocación a la santidad: «¡cueste lo que cueste!...».

Efectivamente, la experiencia vivida por ella, muestra el alto precio pagado. Se tratará de tribulaciones de variada procedencia, de camino arduo por senderos estrechos de la perfección, de cruz y de martirio blanco sobre las huellas de sangre de su Amor Crucificado. El pago lo hará Sor Filomena en persona, y será, una vez más, en cosas de superior beneplácito más que de propia elección; fuera de que su elección está radicalmente contenida en aquel firmísimo SI de respuesta a su vocación a la santidad, dispuesta como está a todo, con miras a ésta.

Como una prueba de su verdadera voluntad, la tenemos en el siguiente episodio, sencillo en sí, pero muy expresivo:

> «Uno de estos días —escribe ella el 4 de agosto de 1865— me sucedió, estando en la recreación, que cogí una hoja de una hierbecita que estaba a mi lado, y sin particular reflexión púseme a hacerla pedacitos muy pequeños, y volviéndose a mí una Hermana me dijo: "Así se ha de ver, si quiere ser... [santa]". Me elevaron las dichas palabras a tan alto conocimiento de lo que había de padecer, que llena de alegría respondí: "Ya llegará, no faltará qué padecer".» [8]

[8] ESCRITOS, *ms. del 4 agosto 1865.*

Sobre la base de una sólida práctica de la virtud y de la aspiración a mayor santidad y perfección —para empujarla están los mismos atractivos de la gracia, en el ámbito de un particular designio de la Providencia— no resulta sorprendente que, en la progresión de la vida religiosa de Sor Filomena, encontremos el voto especial de lo más perfecto. «Tiempo hacía —nos dice el P. Narciso— que este soberano Señor le había inspirado aquella generosa resolución, pero ella, midiendo sus fuerzas con el bajísimo concepto que de sí tenía, y entendiendo ser muy grandes las que se necesitan para no faltar a lo que así se promete con tanta solemnidad, no acababa de resolverse.» Pero, cada vez más fuerte y más insistente sentía el impulso, «hasta que un día y otro día, tomando el Señor un acento imperativo, le dijo resueltamente: "Quiero que hagas no lo fácil sino lo difícil".» Así, en mayo de 1866, consultó el asunto con la Superiora y el Director espiritual, remitiéndose enteramente a su parecer.[9]

> «A nosotros que teníamos conocido y probado su espíritu —dice el Padre Narciso— y que además nos constaba que desde hacía mucho tiempo procuraba con grandísimo esmero hacer lo mismo que caía bajo la obligación del voto, no nos sorprendió nada esta revelación. Pero antes de darle nuestra licencia, acordamos

[9] N. DALMAU, *Vida*, pp. 109-110. Es cosa sabida que los votos especiales, como éste y el de víctima, son desaconsejables si la persona no tiene en sí un conjunto de elementos y un acopio de virtudes reales que den garantía moral de seriedad y de humana posibilidad en concreto, porque no se trata únicamente de un piadoso deseo, más imaginario que real, ni tampoco que desemboque en una ilusoria y sutil expresión de singularidad, perjudicial a sí mismo y a los demás. Aun cuando, mirando al sujeto, puedan ser tomados en consideración para el bien del mismo, deberán ser largamente examinados antes de permitirlos, a fin de probar su espíritu y su verdadera utilidad (cf. DIDASCALEION, *La direzione spirituale*, Milano 1952, p. 251).

que se recogiese por espacio de diez días, con el fin de invocar las luces del Espíritu Santo, y así certificarse de la voluntad divina en asunto en que tan empeñada iba su gloria.» [10]

Los hace Sor Filomena, del 11 al 20 de mayo de 1866, con un fervor indecible —informa la misma fuente— terminándolos con la confesión general de toda su vida. Y el mismo día, 20 de mayo, solemnidad de Pentecostés, recibida la licencia, hace el voto de lo más perfecto, según la fórmula siguiente, compuesta «ad hoc», por ella misma:

«Altísimo Señor mío y Dios eterno, Trino en personas y Uno en esencia, postrada ante vuestro acatamiento, se pone hoy Sor Filomena N. N. de Santa Coloma, el más vil gusano de la tierra, y la menor de vuestras criaturas, deseosa de obedeceros y cumplir lo que Vos, Dios mío, me mandáis hacer. Poniendo, pues, por testigos a todos los santos y bienaventurados espíritus cortesanos del Cielo, a la Reina de todos ellos, y a Vos, Dios mío, hago voto y prometo obrar en todo lo más perfecto en cuanto llegará mi débil capacidad y miseria, no confiando en mis luces, sino en las vuestras.

»También os prometo, Dios mío, no dejar de cumplir vuestra santísima voluntad por respeto humano; y cuando la santa obediencia me interrumpa el exacto cumplimiento de esta promesa, no temeré por ello, pensando que dejo vuestra voluntad por la vuestra misma. Por último, Dios mío, propongo ir siempre adelante en el camino de la perfección, hasta llegar al grado de ella que vuestra misericordia me tiene destinado, no confiando en mis fuerzas, sino en las vuestras, pues estoy cierta, que todo lo puedo con vuestra santísima gracia.

»Encerrad, Santísimo Jesús mío, este mi voto, junto con los cuatro que hice en el día de mi Profesión. Encerradlos juntos en vuestro dulcísimo Corazón, y tomad, mi Santísima Madre, la llave, poniendo en su lugar el sello de la perseverancia final. Así sea.» [11]

---

[10] DALMAU, *Vida*, l. cit.

[11] Esta fórmula, de su puño y letra, fue encontrada a la muerte de Sor Filomena.

Lo que da, para nosotros, más sensibles y evidentes garantías de seriedad y de factibilidad de este voto especial en Sor Filomena, son los Ejercicios espirituales y los propósitos hechos, también escritos de su propio puño, que deben ayudarla a observarlo, como garantía ascética para sí misma.

En la vigilia de Pentecostés, los ha sometido a la aprobación de los Superiores, los cuales, tratándose casi como de un reglamento de vida, adjunto a los deberes de su estado y a las observancias de la Regla, se los han aprobado.[12] Estos propósitos «son un retrato vivo —dice el P. Dalmau— de la perfección religiosa y constituyen una de las páginas más brillantes de la vida de nuestra Filomena».[13] Y lo son, efectivamente, en relación con su vocación, tanto más cuanto que se atuvo fidelísimamente a ellos, con el voto mismo.[14]

Los Ejercicios espirituales apuntan, ante todo, a las tradicionales y periódicas revisiones de vida. Se trata de su práctica anual, de los retiros mensuales, de los exámenes de conciencia cotidianos, general y particular, de las declaraciones de conciencia semanales al Director espiritual, a más de otras prácticas, ordinarias o extraordinarias, de piedad y de mortificación, comenzando por el ofrecimiento diario de las primeras horas, por el modo siguiente:

> «Me levantaré dirigiendo al instante que despierta mi espíritu a Dios, diciéndole: *Deus, Deus meus, ad Te de luce vigilo. Anima mea desideravit Te in nocte.* Po-

[12] Para el texto de los aludidos «33 Propósitos», dada su larga extensión y para no repetirnos, remitimos al lector al apéndice de los Escritos de Sor Filomena. Lógicamente los propósitos que se refieren a particulares ejercicios de piedad y de ascesis física, no son aplicables indistintamente a cualquier persona, por más que sea devota y deseosa de perfección.

[13] DALMAU, *Vida*, p. 111.

[14] Cf. «Positio s. V.», p. 81, § 24. Lo afirma el testigo 14 (2.° de oficio) del Proc. Ap., el Párroco don Manuel Gómez, que tuvo la confirmación de todas las hermanas de Sor Filomena.

niéndome de rodillas levantaré mi espíritu a aquel Ser que da el ser a todas las cosas; le ofreceré mi alma, mi cuerpo, con todas mis potencias y sentidos, mis pensamientos, palabras, obras, respiraciones y movimientos de aquel día, así interiores como exteriores,[15] suplicándole se digne aceptarlo todo a su mayor gloria, prometiéndole con la ayuda de mi dulcísima Madre servirle en todo, y a este fin diré: *Juravi et statui custodire judicia iustitiae tuae.* Después de otras oraciones prepararé mi alma para la santa oración.» [16]

Esta oración, predecesora de la de Comunidad, será centrada por Filomena, en la Pasión del Señor, agonía del Huerto y *Via Crucis*, introduciéndose, aun con ascesis física, en el piadoso ejercicio correspondiente.[17]

---

[15] El ofrecimiento y la unión cotidiana de los sentidos y de las potencias del alma a Jesús Crucificado, desde la mañana, he aquí cómo lo hacía Sor Filomena:

«Jesús mío: Vos conocéis mi fragilidad, y que si no me tenéis de vuestra mano os he de ofender con muchas culpas, pues no puedo nada sin vuestra ayuda. No permitáis, Bien mío, que os ofenda en este día. Quitadme la vida antes que os ofenda con la menor culpa. Unid mis sentidos y potencias con vuestras llagas, para que vayan dirigidas a Vos todas mis operaciones. Unid mi cabeza con vuestra corona de espinas, para que ponga en Vos sólo mis pensamientos. Unid mis ojos con vuestros ojos vendados con vuestra sangre, para que no vea las vanidades de este mundo engañador. Unid mis sentidos con los vuestros, afligidos por las muchas blasfemias que oísteis para que los tenga cerrados a todo lo que no sois Vos, y atentos para oír vuestros llamamientos e inspiraciones. Unid mi boca con la vuestra lastimada con la hiel y vinagre que bebísteis, para que no me deje vencer de la gula ni deleite alguno. Clavad mis manos con las vuestras en la Cruz, para que no os ofenda con mis obras, y vayan dirigidas a Vos todas mis operaciones. Herid mi corazón con la lanza que atravesó el vuestro, para que quede herida de amor y dolor. Clavad mis pies con el clavo que tiene atravesados los vuestros, para que dirija mis pasos por el camino recto de vuestros santos preceptos. Unid mi cuerpo con vuestros azotes, para que vayan dirigidos a Vos todos mis afectos y conserve intacta mi pureza virginal; y pues Vos sois cabeza omnipotente y yo miembro vuestro, haced que todas mis operaciones sean gratas a Vuestra Majestad y gratas a vuestros purísimos ojos. Amén.» (Esta fórmula, escrita por la mano de Sor Filomena, en el original está a continuación de sus «33 Propósitos» y del Oficio del Nombre de María. Encontrado todo después de su muerte.)

[16] Escritos, *los «33 Propósitos»*.

[17] *Ibidem.*

Celo de perfección, esfuerzo y desprendimiento, caracterizan su participación en los varios actos comunes de la jornada, tanto de la vida sacramental y litúrgica, como de piedad privada o de trabajo, «no atando mi espíritu en cosa alguna que no es Dios». Penitencia y devoción se alternarán con los deberes del propio estado y oficio, comuniones espirituales, adoraciones eucarísticas, jaculatorias interiores de reparación y de alabanza frecuentes, procurando «seguir las huellas de mi divino Salvador, hasta ser una misma cosa con su Majestad Suprema». Pero, en todo esto y en lo que sigue —protesta—, «es mi intención no separarme un ápice de la santa obediencia».[18] Por la noche, otras devociones y santos ejercicios, hasta que —dice— «me dejaré prender del sueño entre los sagrados Corazones de Jesús y de María».[19]

Entre los propósitos que siguen —aducimos algunos, entre los más destacados [20]—, son evidentes el plan de vida de Sor Filomena, su fuerza de voluntad y el empeño de perfección con que a él se atiene. Por ejemplo:

> «5.º Mi primer cuidado sin segundo será el cumplimiento de los mandamientos de Dios, los preceptos de la santa Iglesia, la observancia de la santa regla, las sagradas constituciones, consejos evangélicos, estilos y amonestaciones de mis superiores.
>
> »7.º Sepultaré mi voluntad y mis sentidos para que no vean ni sean vistos.
>
> »8.º Me tendré siempre por la última... como en verdad lo soy, y digna de toda humillación y desprecio.
>
> »9.º Si soy reprendida sin culpa, y acusada con falsedad, sufriré en silencio y paciencia toda reprensión y humillación.»

---

[18] *Ibidem.*

[19] *Ibid.* Con un breve descanso se recuperará.

[20] En sus Escritos, que publicamos en la tercera parte (Apéndice de documentos), los reproducimos íntegramente.

Estamos en dirección diametralmente opuesta a una afirmación terrena sobre la personalidad: en la «estulticia evangélica...». Y prosigue:

«12.º Entre mis hermanas escucharé como discípula y callaré como ignorante.

»13.º Preguntada, responderé las palabras necesarias con voz baja, semblante humilde y gesto reverente.

»15.º En el trabajo la primera, y en el descanso la postrera, trabajando pensaré en Dios, y padeciendo estaré con Dios.

»17.º Trataré a todas mis hermanas con ardiente caridad, las ayudaré en sus trabajos, sufriré sus sinrazones y disimularé sus defectos.

»18.º Viviré anhelando el padecer grandes trabajos, haciendo consistir en ellos mi única consolación y descanso.

»19.º Si el cielo para mí se oscurece, si las criaturas me desechan, si el infierno contra mí se enfurece, y las enfermedades me afligen, llamaré al Dios de mi salud en mi ayuda, y en El pondré toda mi esperanza.

»22.º Tomaré por dulce lo amargo, y por amargo lo dulce, y con la pureza de intención sacaré miel de la hiel.

»24.º Viviré crucificada con Cristo, y mis operaciones haré que no las vean las criaturas...»

Es toda la «locura de la cruz»,[21] que es sabiduría cristiana. Todo, sin embargo, subordinado a lo esencial y a la obediencia, y ordenado con finalidad de corredención. Así, en efecto, se propone:

«25.º Apartaré de mi entendimiento, como grave tentación, toda devoción que me impida el exacto cumplimiento de mis obligaciones y deberes religiosos.

»33.º Por último ofreceré todas las penitencias, mortificaciones y trabajos, en unión de los muchos que padeció mi Señor Jesucristo, suplicando al Eterno Padre se digne aceptarlo todo según es mi fin e intención, y

[21] Cf. *I Cor., 4, 10.*

esto consiste, en dar gloria a su Majestad para ganar almas para el cielo, para que todos huyamos de lo malo y obremos lo bueno.»

Cierra Filomena estos 33 propósitos con una aspiración, que expresa la verdadera dimensión de su relación con el Señor:

«Vos sois, Dios mío, para mí todas las cosas.» [22]

Otras aspiraciones, piadosos ejercicios e intenciones siguen a este manuscrito de los «propósitos», que expresan en particular el contexto eclesial, religioso y patriótico, en sus reales necesidades. Son los deseos y gemidos de sus plegarias, dirigidos como dardos suplicantes al Corazón del bien Amado, que Sor Filomena repite, durante el día, para enfervorizarse en el amor a Jesús Crucificado. He aquí algunas más reveladoras de su carácter y de su fervor de perfección, así como de su pasión por la Pasión del Salvador, y de su ardiente deseo de unirse a Sus dolores:

«¡Oh, amado Jesús mío! Todo lo áspero y trabajoso quisiera para mí, y todo lo dulce y sabroso para Ti.

»¡Oh, cuán dulces serán para mí las cruces y espinas pisadas primero por Vos, mi sumo bien, y regadas con vuestra sangre...!

»No dilates mucho el día feliz de mi crucifixión, pues que con ansias grandes lo espero.

»¡Oh Amado mío, qué tarde se me hace no poder ya extender mis manos y mis pies en la santa Cruz, en la que se encierra mi salud eterna...!

»¡Oh mi felicidad eterna, cuándo será que pueda ser una llama de amor!

»¡Oh, si pudiera llegar a tener las cualidades de la misteriosa Zarza,[23] me pondría a tu real presencia para

[22] Escritos, los *«33 Propósitos»*.

[23] Alude a la zarza encendida que no se quemaba en la cual señaló Dios a Moisés su Presencia (cf. *Ex., 3, 2*).

arder noche y día, y quisiera permanecer en ella hasta la consumación de los siglos...!

»Venid, venid, castísimo Amor mío, y tomándome con vuestras manos, introducidme en lo más íntimo de vuestro dulcísimo Corazón, y como celestial Maestro introducidme en la ciencia del amor. Sí, Jesús mío, aprenda yo en aquel Santuario a ser mansa y humilde como Vos, resignada y paciente como Vos, llena de caridad y mortificación como Vos, para que así viva de Vos, muera con Vos y goce de Vos, si así lo queréis Vos.» [24]

[24] ESCRITOS, *ms. del ofrecimiento cotidiano a Jesús Crucificado.* Para uniformidad de lenguaje, ponemos todo el discurso en segunda persona del singular. El original ms. usa indistintamente el singular y plural.

10

COHERENCIA DE VIDA

Fidelidad y progreso personal

La fidelidad a la palabra dada, ya en la línea humana, una de las virtudes más estimadas, es aún mucho más valiosa y de mérito, cuando esta palabra ha sido dada a Dios, por la promesa o por el voto. La que Sor Filomena da y mantiene, con el voto de lo más perfecto y con los propósitos que lo acompañan, es constatada por quien, viviendo continuamente a su lado, es de ella testimonio asiduo.

Hemos ya referido como sus Hermanas de religión lo confiaron al Párroco, Don Manuel Gómez. Es él quien depone textualmente al efecto:

> «Según he oído referir a las religiosas que vivieron con la Venerable, ella, en el convento, observó constantemente una conducta ejemplar e irreprochable, no sólo en lo mandado por las Reglas, sino también en otras obras de supererogación, y, a juzgar por el carácter general de los miembros de su familia, que yo he tratado, si ella participaba del mismo, debía hacerse gran violencia, para cautivar a todos, con su docilidad, amabilidad y humildad... Cumplió perfectamente sus deberes religiosos, habiendo sido modelo de disciplina y de observancia...» [1]

[1] «Positio s. V.», *Summ.*, pp. 80-81, §§ 22-24.

Más particularmente, sobre el grado de fervor alcanzado por Sor Filomena, en la religión, un testimonio, ciertamente no sospechoso, nos viene de la Hermana, que, según tendremos ocasión de constatar, con su contestación irracional, le resultó de mayor ocasión para su virtud eminente:

> «No concibo —atestigua— modo más perfecto de cumplir los preceptos de Dios y de la Iglesia, los votos, obligaciones y deberes religiosos, en orden a Dios y al prójimo, que el que observé y admiré en la Venerable.» [2]

Y Sor Claudia del Ssmo. Sacramento precisa:

> «Mi concepto y el de las otras era que no había entonces, ni creo la haya habido después, en el convento, otra monja que la igualara en perfección, en austeridad consigo misma y amabilidad para con las demás.» [3]

Este es el testimonio general. En especial, da Sor Filomena pruebas admirables de vida teologal; practica a la perfección las virtudes cardinales, y las otras morales, conjuntas a éstas, con uniformidad y coherencia, propias de un alma, que va, cada día, hacia lo más perfecto.

«Angel en carne humana» y «prodigio de gracia», la llamará el P. Dalmau, en confidencia a Auxachs.[4]

Durante los ocho años, que vive en el claustro, recorre las sendas de la virtud, cada día, no sólo hacia lo más perfecto, sino, incluso, a lo más heroico.[5]

Su práctica constante de la presencia de Dios se le nota en la oración, y no solamente en el Coro, sino en el recogimiento, extendido a los tiempos y a las actividades más diversas, revelándose su vida «una oración continua, a la presencia de Dios», cualquiera que sea la cosa que está

---

[2] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 82, § 31.
[3] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 80, § 18.
[4] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 77, § 6.
[5] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 79.

haciendo, fuera de la verdadera y propia oración, en la que, muy a gusto, se alarga, tanto de día como de noche.[6]

Si la Hermana de la celda contigua toca a la puerta de la suya, por cualquier necesidad, aun en horas avanzadas de la noche (recuérdese que Sor Filomena desempeñó, largo tiempo, el oficio de enfermera ayudante), ella le abre con cara sonriente, y está su cama, todavía, sin tocar.[7]

Firme en la fe, anhela la evangelización de todos los infieles. «¡Oh, si fuese un pajarito! —dice—, para volar a su conversión.» [8]

> «No se dice ni la mitad siquiera —informa el Padre Narciso— de lo que ella sufría por las persecuciones y aflicciones de los Misioneros, ni de lo mucho que se alegraba, por la conversión de los pecadores.» [9]

Segura en la esperanza, confiada en la divina bondad y misericordia, para sí y para los demás, expresa su gran confianza al respecto en Dios, en la Virgen y en los Santos.[10]

> «Si no tenéis confianza —observa ella a las Hermanas enfermas— no curaréis.» [11]

Para sí, está plenamente amoldada y abandonada a la voluntad de Dios, aun cuando se trate de graves dolores y tribulaciones.[12]

Su caridad es tan grande, que, a juicio de su Director

---

[6] «Positio s. V.», *Summ.*, pp. 96, §§ 44-45; 98, § 52.

[7] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 107, § 97.

[8] «Positio s. V.», *Summ.*, pp. 90-91, § 22.

[9] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 186, § 41.

[10] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 122, § 16.

[11] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 120, § 6.

[12] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 121, § 11. Nunca se dejaba abatir ni se notaba en ella desconfianza, antes bien una gran resignación... por muy afligida o desolada que estuviese (cf. «Positio s. V.», *Summ.*, pp. 124, § 28; 125, § 32).

espiritual, «difícilmente podría llevarla a un grado más alto».[13]

Es verdaderamente observantísima, por amor de Dios, de la ley de la caridad, excusando y perdonando gustosamente las ofensas, evitando totalmente las críticas y exhortando a comportarse según el precepto del Señor.

> «Donde hay fuego —sugiere a una Hermana— no eche leña.» [14]

Y con el ejemplo y las palabras, exhorta a la perfección de la caridad, con la humildad y delicadeza, que le son casi instintivas.

Es también caridad, y de la mejor clase, aquel su animar, ayudar, consolar, estimular con el propio ejemplo a las Hermanas, a obrar siempre más y mejor, con santa emulación. En todo, uniendo espléndidamente al espíritu de perfección, una gran discreción y prudencia,[15] acompañada siempre de la obediencia.[16]

Puntualísima a todos los actos de Comunidad, votos y observancias,[17] se considera la mínima de todas, a todas respetando y prestándose, con amorosa, afable y servicial disponibilidad para todos los casos de las demás.

Como ya su Confesor en el siglo, ahora, el P. Narciso debe estar más bien atento a frenar su fervor, en materia de austeridad y penitencia, que a espolearlo, dada su propensión y su deseo de perfección. La penitencia, en efecto, aunque se esfuerce por ocultar sus actos de mortificación,[18] es en ella una de las virtudes en que más se

---

[13] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 150, § 114.
[14] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 195, § 82.
[15] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 207, § 25.
[16] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 213, § 48.
[17] «Positio s. V.», *Summ.*, pp. 117, § 147; 219, § 3.
[18] Muchas de sus mortificaciones y penitencias, salvo la Superiora y el Confesor, de los cuales había recibido la autorización, las conocerán sus Hermanas, sólo después de su muerte (cf. «Positio s. V.», *Summ.*, p. 238, § 37).

distingue, deseosa de imitar a Jesús paciente.[19] Posee su espíritu, en alto grado.[20] También en esto, sin embargo, se regula por la obediencia.[21] Sus varias iniciativas en la materia se insertan en ella valorando más el corresponder a las divinas inspiraciones, que las mortificaciones y penitencias, por sí mismas. Incluso, al respecto, teme la singularidad y prefiere seguir las observancias comunes del Monasterio.[22] Y si, alguna vez, el fervor de la penitencia la lleva al límite de lo autorizado, en el uso de la disciplina, vuelve inmediatamente a lo permitido, a la palabra de su Director.[23]

También en la fortaleza se muestra heroica Sor Filomena; además de por su firmeza y constancia en los propósitos de perfección, la resistencia al dolor y en las tribulaciones,[24] también en sus luchas del espíritu, en las humillaciones y contradicciones, en la aguda purificación pasiva, cuyos frutos son las perfectas virtudes.[25]

---

[19] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 244, § 63.

[20] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 99, § 60. En su breviario, se encontrará, escrito de su mano, el siguiente propósito: «No quiero vivir sin cruz, sabiendo que es lo que importa. En la vida, larga o corta, "siempre padecer y no morir".» Era ésta la aspiración de Sta. Magdalena de Pazzis. Pero lo que la hará verdaderamente admirable es que fue siempre fiel a ultranza (cf. «Positio s. V.», p. 247, § 85).

[21] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 254, § 117.

[22] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 237, § 34.

[23] Este caso hace referencia al uso de la disciplina que tomó Sor Filomena, un jueves o viernes, con numerosos golpes de flagelación, en su fervoroso ímpetu de asociarse a Cristo paciente. Sin embargo, ni en el mismo acto de su ejercicio penitencial, ninguno de los golpes le produjo heridas de sangre, sino sólo un humor linfático de agua (cf. «Positio s. V.», *Summ.*, p. 232, § 14).

[24] A propósito de las tribulaciones, he aquí el pensamiento de Filomena, expresado a su tío materno en el decurso de su vida religiosa: «No sé, tío amado, qué cosa sea tribulación, pues no soy digna de pasar por ella; pero no obstante, entiendo por las palabras *multae tribulationes justorum*, v. 20 del salmo 33, la suma necesidad que tienen los justos, para ser más justos, de la tribulación, pues ella sirve para limpiar nuestro espíritu de todo lo que no es Dios, limpieza indispensable que deben procurar con más especialidad los que están consagrados al servicio del Altísimo» (ESCRITOS, *Carta del 13 nov. 1865*, al Rvdo. D. José Galcerán, en SUCONA, *Compendio*, p. 302).

[25] «Positio s. V.», *Summ.*, pp. 259-261, §§ 3, 6.

Sin que pretendamos adelantar aquí y concretar futuras pruebas y sufrimientos, he aquí, en esta materia, cómo Sor Filomena ve, acepta y ofrece todo lo que de doloroso le hace probar su experiencia.

> «Hallé el panal de miel escondido —escribe a su tío sacerdote—, no, en la boca de un león muerto, sino en el árbol santo de la Cruz de nuestro Redentor amantísimo...; y ya haría tiempo que mi vida hubiera sido sacrificada por la violencia de las enfermedades y dolores con que se digna el Señor visitarme; mas la misma bondadosa mano del que me hiere, suaviza de tal modo mis penas, que me hallo llena del más puro gozo, descansando siempre en el querer divino, deseando se cumpla en todo la voluntad de mi Padre celestial.» [26]

Análogamente, en la observancia de los consejos evangélicos, o sea, en el campo sintomáticamente indicativo del grado o nivel de perfección de los consagrados al seguimiento de Cristo en la religión, Sor Filomena sobresale, distinguiéndose por el espíritu y la ascesis de los votos. El progreso de virtud en virtud de los religiosos está ligado, en efecto, a la exacta observancia de los mismos, así como de las otras disposiciones de la Regla y de las Constituciones, sean o no preceptuadas.

«Un ángel de pureza» es llamada Sor Filomena por Sor Teresa de San Pablo, habiendo dado de ello pruebas y señales con su comportamiento; observando que mortificaciones, oración y penitencias en ella «estaban dirigidas a proteger esta virtud que tanto amaba, por más que se dijese ella misma gran pecadora, como María Tais», alimentando para este fin una gran devoción al Sagrado Corazón, a la Inmaculada, a San Luis Gonzaga, a San Francisco y a los Angeles.[27]

---

[26] Escritos, *Carta del 19 dic. 1867*, a su tío el Rvdo. D. J. Galcerán.

[27] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 295, § 72-75. Sor Teresa de San Pablo era simple Hermana lega, un tanto sorda, y por eso más concentrada en la observación de sus Hermanas. Hará sabias observa-

De su observancia de la pobreza, «lo que se diga de ella, es pálida figura», atestigua su Hermana en religión, Sor María Engracia, que fue un tiempo ayudante de Sor Filomena, en el oficio de Guardarropera.[28] Por lo demás, es ya conocida, desde su primer ingreso en el Monasterio, la alegría con que acariciaba los objetos más sencillos y más pobres, y cómo se sentía contenta y deseaba que le tocase lo más pobre, dejando lo mejor para las otras.[29] Bastaba entrar en su celda, para darse de ello cuenta.[30]

Para obedecer, bastábale una mínima señal de sus Superiores, y todo lo cumple prontamente y con amor, anticipándose a cualquier indicio de su voluntad.[31] Probada expresamente y varias veces en esto por su Director espiritual y por la Superiora, es encontrada exactísima,[32] y no se hace posible conocer de ella ninguna cualquiera preferencia o afición o repugnancia, en materia de obediencia.[33]

---

ciones en el Proceso sobre lo que advirtió en toda la vida religiosa de Sor Filomena, incluso en confrontación con las otras Hermanas de la Comunidad de Valls.

María Taïs o Taisis (o Taide) es la Santa Egipcia penitente del siglo IV que, según la leyenda, viviendo en Alejandría como cortesana infiel, fue convertida por el Abad Serapión. Su fama de gran conversa y penitente tuvo muy amplia difusión en el medioevo (cf. A. FRUTAZ, en la voz «TAISIA», en la «Enciclopedia Católica»). En su grande humildad, Sor Filomena se llamaba a sí misma una nueva Taïs; como se diría hoy, por ejemplo, «una Magdalena».

[28] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 291, § 40.

[29] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 285, § 11.

[30] Dos banquitos, un jergón y una almohada de retazos, que de ordinario no usaba, prefiriendo una estera con un tronco para reclinar su cabeza; una banqueta con el Crucifijo, los breviarios y los papeles de música, alguna sencilla estampa de devoción y el agua bendita de la que hacía frecuente uso, una silla (reparada por ella misma), una palangana y un jarro para el agua (cf. SUCONA, *Compendio*, p. 41). Igual pobreza, alegría y felicidad por ella, en lo que concierne al vestido y a la comida. Los remiendos y los pedazos en el hábito le proporcionaban mucha alegría (cf. «Positio s. V.», *Summ.*, p. 286, § 16). En todo demostraba su gran espíritu de pobreza (*l. cit.*, p. 287, § 23).

[31] «Positio s. V.», *Summ.*, pp. 85, § 46; 286, § 16.

[32] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 76, § 1.

[33] «Positio s. V.», *Summ.*, pp .286-287, y art. 170.

Por confidencia hecha por ella misma a Sor Rosa de San Narciso, sabemos de ella que está pronta a hacer toda la voluntad de los Superiores, de tal manera que, si Dios le manifestase una cosa y los Superiores otra distinta, ella cumpliría la de éstos, habiéndole Dios dado a conocer que obra bien, haciéndolo así.[34]

Otro tanto se diga de su fervor en observar el voto de vida cuaresmal. Tratándose del voto típico de las Mínimas, es de él observante rigurosísima. «La historia de todas sus mortificaciones —observará Sor Rosa de San Narciso— es ya una prueba de su observancia exactísima y de la perfección con que lo cumplía.»[35] Y en este sentido, «puedo afirmar —confirma Sor Teresa de San Pablo— que era una Mínima ejemplarísima».[36] Las nombradas Hermanas que atestiguan son las religiosas conversas de la cocina, en mejor situación que ninguna otra, para controlarlo.

En fin, la humildad profunda, otra contramarca cualificante de Sor Filomena, como religiosa y como Mínima, se puede decir que es, en ella, el entramado precioso, en el que se recogen todos los actos de su vida religiosa. En ésta, Sor Magdalena de Cristo la llama sencilla y vigorosamente «extraordinaria».[37] Y el P. Narciso, conocedor de su conciencia, asegura que, a su juicio, «no podía existir, en un alma, ni un más alto grado de caridad, ni uno más profundo de humildad».[38]

Su sed insaciable de humillaciones, la lleva también hasta los límites del heroísmo; comprensible y edificantísimo en el aspecto personal, étnico, social, religioso y claustral del tiempo, aunque no, en todo, actual e imitable, hoy. La edificación legada a las Hermanas es garantía

---

[34] «Positio s. V.», *Summ.*, pp. 284-285, § 7.
[35] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 306, § 119.
[36] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 306, § 120.
[37] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 322, § 72.
[38] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 309, § 6.

de su auténtico espíritu de humildad y de su identidad de perfección.[39]

La contradicción de los buenos

Los frutos de mayor santificación personal de Sor Filomena de Sta. Coloma son los primeros efectos de su voto de lo más perfecto, y son debidos a una ascesis más calificada y a un nivel de fervor aún más sostenido. Otro efecto notable es el progreso e incremento del fervor, contagiado a la Comunidad religiosa en que vive; sea por reflejo de la edificación, que impulsa a la imitación, sea por la positiva y expresa labor de exhortación y de convencimiento de Sor Filomena, a favor del más auténtico y fervoroso espíritu de los orígenes, cuyo carisma está expresado en la Regla de la Orden. En esto, Filomena Ferrer, primero en el seno de la Comunidad de las Mínimas de Valls, después en toda la Orden, es el instrumento de tal renovación; que, como nuevamente propuesta, para todos los Institutos, por el Concilio Vaticano II, es «re-forma», es decir, retorno a la forma original; en el caso, fidelidad al espíritu del Fundador y de los orígenes.

Antes de seguirla, en este camino y tarea, es, sin embargo, necesario conocer su comportamiento en unas circunstancias particularmente adversas, tanto más cuanto que provenían de aquellos a quienes llama el Evangelio, sin eufemismos, «enemigos del hombre», aunque sean

[39] *Ibidem* (passim). Humildad hasta el anonadamiento quería ser la de Filomena, según el ejemplo del Redentor y del humildísimo San Francisco de Paula, el cual quiso «mínimos» a cuantos se uniesen a su vida de pobreza y de penitencia. Y cuando no se le presentaban del exterior, ansiosa como estaba de humillaciones, trataba ella misma de procurárselas. La prudencia de su sabio Director Espiritual no se las consintió sino con medida y encontró en ella pronta obediencia. Al respecto, cf. DALMAU, *Vida*, p. 81.

íntimos y conviventes.[40] Esto da a entender que, bien sean directos, bien indirectos, en la Comunidad, no son fáciles, sino difíciles, y suponen verdadera y sólida virtud.

Las adversidades a que nos referimos y que, comúnmente, desde Santa Teresa, vienen llamadas «contradiciones de los buenos», son particularmente punzantes y dolorosas, sobre todo, porque provienen de quienes, por identidad de elección y de empeño en vivir siguiendo a Cristo, ni aun de lejos, debieran convertirse en instrumento de las mismas, y por eso, causa de tormento. Pero lo mismo da, tales sujetos llevan en sí mismos, igual la contradicción, que el contraste opositivo; y basta poco para que, casi inconscientemente, lo expresen, encauzándolo a quien, con su propio modo de vivir y de obrar, constituye un reproche a su incoherencia. Después, según sea menor o mayor la radicalización de esta incoherencia, la antimonia puede producirse por simple antipatía o por contrariedad y oposición, hasta llegar, a veces, a formas y gravedad notables, que son motivo de agudo sufrimiento, si no de casi martirio.

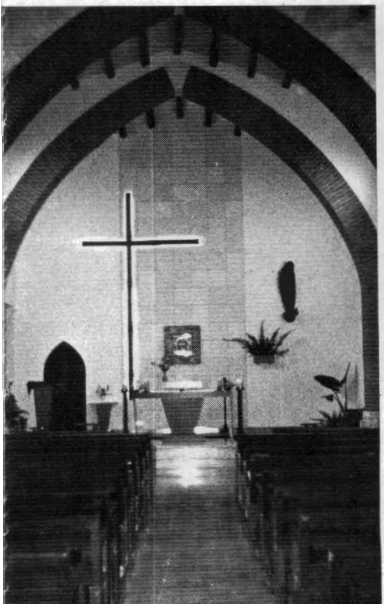
La experiencia vivida al respecto por Sor Filomena, en 1865, es de las más punzantes, y no se explica por solos motivos de simple contradicción, por una natural antipatía, envidia o humana perversidad, sino, como veremos, por la instigación diabólica. La superación, verdaderamente superlativa, por parte de Sor Filomena, de tales contrariedades y contradicciones de los buenos, es la prueba más elocuente de la fidelidad a sus propósitos de perfección y el pago, pronto y generoso, volcado por ella consecuentemente a aquella determinación tomada con su «cueste lo que cueste, quiero ser santa».[41]

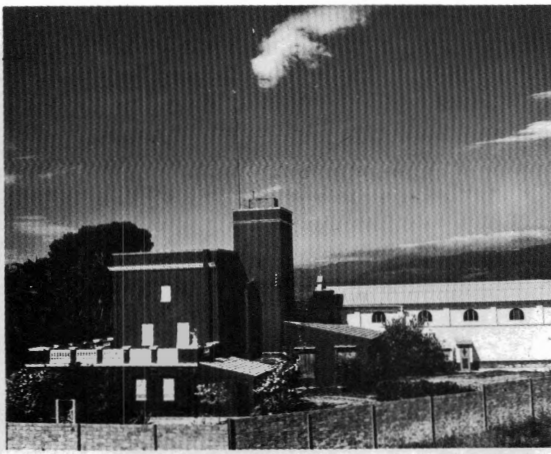
---

[40] «Enemigos del hombre serán sus familiares» (*Mt. 10, 36*).

[41] No hay que sorprenderse de que, aun en los sitios donde todos hacen explícita profesión de santificación personal, como en una comunidad religiosa, pueda encontrarse la aludida «contradicción de los buenos». Es una nueva prueba de la fragilidad humana, que aflora de por todas partes, y de que esta santificación personal no es automática, así como de que no existe lugar ni estado de

VALLS: *Nuevo Monasterio de las Mínimas* (fachada sur)





Exterior del nuevo Monasterio (fachada norte)

VALLS: *Iglesia nueva de la Inmaculada Concepción,* del nuevo Monasterio de las Mínimas (en el *Camino de la Verneda - Carretera de Lérida*)

VALLS: La casa alta está edificada en el solar que ocupaba el Convento de Mínimas. Lo que es calle, al fondo, también era convento y enlazaba con las casas de enfrente

Joaquina Ferrer, *una de las hermanas de Filomena* (la foto la envió al Monasterio pidiendo oraciones)

Sor Filomena Ferrer: *Busto esculpido por su hermano Félix*

Particularmente, son dos las religiosas de la Comunidad que constituyen el instrumento de la prueba, y especialmente una, más joven, incitada por los celos de la otra, en relación con el oficio de maestra de canto, que Sor Filomena desempeña en el Monasterio. La primera ha entrado en el Monasterio, cinco años después de Sor Filomena y ha conservado de ella, durante el postulantado, la estima y la admiración que le dispensaba, ya en el mundo. Cuando, después, pasa al Noviciado, se le mete, en cambio, tal antipatía, que, sin motivo alguno aparente, se le revuelve en contra con aspereza e injurias. Después, acerca de esta conducta, confesará: «Parecía como si el demonio me empujase...» y admitirá sinceramente: «Esta persecución que yo promoví contra la Sierva de Dios duró nueve meses y contribuyó a hacer resaltar las heroicas virtudes de ella.» [42]

---

vida que logre dominar esta fragilidad, sin una virtud auténtica. Cuando además, como en el presente caso, en un designio de prueba más especiales, se suma la instigación diabólica, no cabe duda de que nos encontramos ante una experiencia que entra en la purificación pasiva del alma que es tomada por blanco. Mas de esto en particular se hablará en la segunda parte de la biografía.

[42] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 323, § 80. Toda la deposición hecha al respecto por una de las Hermanas atormentadoras de Sor Filomena, se encuentra en la citada «Positio» (pp. 322-329, § 80 ss.; 334, §§ 120-121). Y no es sólo Dalmau el que da la referencia, sino también la misma causante principal y las Hermanas. Conocemos la identidad de las dos causantes, que queda documentada en las actas del Proceso Ordinario y del Apostólico de Sor Filomena; pero, contrariamente al parecer de otro biógrafo que nos ha precedido, preferimos como el primero y más autorizado, P. Dalmau, limitarnos solamente a una indicación general, por caridad y discreción, tanto más cuanto que ellas se mostraron arrepentidas y desengañadas. «Ahora, al pensarlo —confiesa una de ellas—, me quedo confusa; e incluso, desde muchísimo tiempo, he deseado este momento (de la declaración jurada en el Proceso), que he pedido al Señor (como) una gracia, a fin de poder así, de alguna manera, reparar las ofensas que le hice y las calumnias y malos tratos y persecuciones que le ocasioné a mi pobre y humildísima Sor Filomena de Santa Coloma. Declaro que fui para ella un cruel tirano» («Positio s. V.», *Summ.*, p. 323, §§ 78-79). Pero ya mucho antes del Proceso, la referida Hermana, en su deseo de reparación y de humillación de sí misma, había hecho al P. Dalmau una extensa y detallada relación, para que la insertara en la biografía de Sor Filomena.

La otra es la segunda cantora, que tiene de ella una cierta envidia. Es a su instigación que la otra mencionada comienza a contradecir a Sor Filomena, la lleva incluso a calumniarla de haberla acusado; pero al aproximarse la muerte de Sor Filomena, aprovechará un momento de encontrarla sola, para pedirle perdón. «Me respondió —atestiguará después, en el Proceso— que a nadie debía perdonar, porque de nadie había recibido ofensa.»[43] Sor Filomena manifiesta, ciertamente, una gran prudencia en recoger las provocaciones, evitando así muchos conflictos y disgustos a los Superiores,[44] lo cual no quita que tales injustas contradicciones pongan de sí a dura prueba la virtud más fuerte.

De estas religiosas, Sor Filomena es hecha, muchas veces, objeto de burlas y desprecio, menosprecios y afrentas. «Viene el canónigo», «largo a la santa», etc. son algunos de los epítetos burlescos con que la afrentan. Una de ellas llega, incluso, a tirarle una piedra, y la acusa de haberlo dicho todo a su Director espiritual. Sobre esta concreta calumnia, he aquí la versión que da después ella misma y la reacción que encontró.

> «Más tarde, a la hora de la recreación, la religiosa a quien comuniqué el falso testimonio, dijo algunas cosas contra Sor Filomena, ciertamente bien pesadas, y las dijo en su presencia. En aquel momento, sentí mi corazón inquieto y turbado, tanto, que me pareció era un demonio del infierno; digo más: creo que por esto solo, merecía ser echada del convento, y si no me echaron, fue por las muchas y fervorosas plegarias de la Sierva de Dios, Sor Filomena... En medio de la gran turbación que pasaba en mi interior, fui a la Madre Maestra de novicias... manifestándole que quería pedir perdón a la Madre Correctora... Después, me acerqué a Sor Filomena, a quien llamó la Madre Correctora... y al verla, al instante, me sentí muy contenta; me eché a sus pies,

[43] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 420, §§ 155-158.
[44] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 85, § 45.

con cierto temor y respeto, y le dije: "Oh, Hermana mía, mire, le pido perdón, con toda el alma, de todo cuanto he dicho y he pensado en contra de usted, y de la guerra que le he hecho"; y derramando abundantes lágrimas, le supliqué que ella misma pidiese a Dios nuestro Señor que me perdonase tantos pecados. Entonces, aquella angelical criatura me respondió: "Hermana mía, no esto que usted dice que ha hecho en contra mía, sino las ofensas hechas a Dios con ello y el daño que ha caucado a su alma es lo que me da pena". Después, con mucha ternura, añadió: "Fíjese, Hermana, tales desprecios no me han dado pena, porque otra cosa no merezco que ser despreciada y humillada por todas; más bien le digo que me han hecho ganar muchas piedras preciosas, para colocarlas en la corona..."; y me hizo como un discursito...» [45]

Las otras Hermanas se dan cuenta de que Sor Filomena, siempre tranquila, resignada, recibe burlas, calumnias, insultos, con grandísima humildad y paciencia, mirándose en los ejemplos del Redentor. Si hay reacción en ella, es solamente de especial caridad y mansedumbre con las contradictoras, buscándoles motivos de excusa. Cuando, después, una de ellas tendrá que pasar del Noviciado a la profesión, Sor Filomena será la que ponga más empeño en que la votación y la admisión resulten favorables.[46]

---

[45] «Positio s. V.», *Summ.*, pp. 325-328, §§ 83-88.

[46] DALMAU, *Vida*, pp. 78-79. «Positio s. V.», *Summ.*, pp. 175, § 5; 178, § 18; 320, §§ 60-61. También el P. Ramón Ballester, O. F. M., otro Confesor extraordinario del Monasterio de las Mínimas de Valls, desde 1861 a 1868, confirma este comportamiento de paciencia y caridad de Sor Filomena (cf. *Copia publ. Proc. Ap.*, fol. 116, ad interr. 21). El P. Ballester, hijo de Agustín y de Josefa Montserrat, había nacido en Vallmoll (Tarragona), en 1817. Fue el testigo n.º 2 del Proc. Ord. y el n.º 1 del Proc. Ap.

Cuando la culpable manifestó a Sor Filomena su temor de ser echada del Monasterio por todo lo que se ha dicho arriba, ella le contestó con estas consoladoras palabras: «No, hija y Hermanita mía, no tema; no la echarán, si usted cambia y se comporta como una novicia, como yo confío que será, y espero que cambiará. ¿No es verdad que quiere portarse de manera muy distinta y como

Salvo la conducta de las dos Hermanas dichas, hostiles, durante algún tiempo, a Sor Filomena, y la influencia negativa de éstas en alguna otra, más ingenua, la acogida de su ejemplaridad en el Monasterio es beneficiosa y fructífera. En definitiva, aun la contradicción de los buenos —permitida por Dios, para que, en la prueba, resalte más el mérito de Su Sierva fiel— ante la evidencia de su virtud, concurre eficazmente a darle influencia y prestigio.

A juicio del Director espiritual de Sor Filomena, el voto de lo más perfecto es, para ella, una rica fuente de gracias de santificación y la base del retorno integral de las Monjas Mínimas al espíritu de los orígenes.[47]

Habían transcurrido tres siglos y medio, desde la aprobación de la Regla de la Orden; y al fervor de los primeros tiempos se había ido filtrando poco a poco la mitigación, que viene a convertirse en una atenuación efectiva de la disciplina ascética, legitimada más que por una voluntad

---

buena novicia?... Esté tranquila que profesará» («Positio s. V.», *Summ.*, p. 327, § 87). Así ocurrió, en efecto, y Sor Filomena no se ahorró de consejos a la referida Hermana, la cual, según la había prevenido también, anduvo sometida a fuertes tentaciones contra la esperanza, y pudo reaccionar gracias a la intervención solícita y suplicante de Sor Filomena (*l. cit.*, p. 328, § 89).

La citada hermana, protagonista del referido episodio, atestigua al respecto: «Durante aquella tentación, llegué a sentir impulsos y deseos de ir a decirlo a la Sierva de Dios, pero el demonio, que sabía que haciendo esto la tentación desaparecería, me impidió de ir a encontrarla» (cf. «Positio s. intr. Causae», *Summ.*, pp. 327-329, § 54). Suerte para ella que Sor Filomena, conocedora internamente de su necesidad, fue ella misma a encontrarla (*ibidem*).

Después, esta religiosa fue de buena y ejemplar conducta y entre las más adictas a Sor Filomena. Le fueron encomendados incluso cargos y oficios de confianza, maravillando a todos por su diligencia y religioso espíritu quien sólo aprendió de aquel su pasado contrario y tormentoso en sus enfrentamientos con Sor Filomena.

[47] DALMAU, *Vida*, p. 118.

de contravenir a la norma escrita y a la tradición, por unos usos traídos por los tiempos. Se refería concretamente al ir descalzas, es decir, con unas simples sandalias, y al rezo del Oficio a la noche.[48] Al presente, desde hace dos siglos, la Santa Sede había permitido esta mitigación. Sin embargo, en la Comunidad de Valls, cuando entró en ella Sor Filomena Ferrer —informa la misma fuente directa— «reinaba un espíritu de observancia tan aventajado, que semejaba y tendía inconscientemente a la primera perfección de su Regla». El Señor aprovechó esta disposición de ánimo, para restablecer la primitiva observancia integral, sirviéndose precisamente de Sor Filomena, de su alma generosa y decidida, que «acudió a este negocio de la reforma con una solicitud y constancia tan grandes, que mostraba bien a las claras ser espíritu de Dios quien a ello la movía».[49]

El paso a la primitiva observancia, de individual y personal, se hará comunitario, y en ambos casos, debidamente autorizado. En la base del uno y del otro, está el voto de lo más perfecto. He aquí sus etapas, que preferimos referir con las palabras del P. Narciso.

> «Poco después de haber hecho Filomena el voto, oyó una voz interior que le decía: que... la observancia de la Regla primitiva era de más perfección que otra suavizada a consecuencia de la relajación del espíritu religioso; que desde luego se descalzase.[50] Fue entonces al confesor —el nombrado P. Narciso— y le manifestó

---

[48] El restablecimiento de la primera de estas dos observancias ocurrió durante la vida religiosa de Sor Filomena; el de la segunda, después de su muerte. Actualmente, sin embargo, es sustituida esta última nuevamente por el rezo diurno, a seguido de la renovación y actualización introducida por el Concilio Vaticano II.

[49] DALMAU, *Vida*, pp. 175-176.

[50] Hay que tener presente que el ir calzadas no había sido establecido por ningún Capítulo especial de actualización, sino por una costumbre que se introdujo al extenderse de hecho una mitigación.

con toda sencillez y humildad: "Padre, deseo andar descalza, conforme dispone la santa Regla". Asaz impertinente me pareció esta inesperada petición, y acudiéndome por otra parte un tropel de inconvenientes que, de concederse, a mi manera de ver, no podrían evitarse con menoscabo de la paz y buena marcha de la casa, dije a Filomena que demandas de esta naturaleza, ni ella debía hacerlas, ni yo aprobarlas. A esta respuesta inclinó la cabeza en señal de sumisión... Al cabo de tres semanas volvió con la misma pretensión: y fue nuevamente desestimada. Lo cual oyendo ella, repuso diciendo: "Padre, yo no moriré religiosa Mínima calzada". Ninguna mella hizo en mi ánimo esta predicción, a pesar de saber que habían salido verdaderas todas las que hasta aquí había pronunciado... ¿Cómo podía conciliar el consejo de la prudencia humana estos dos extremos, al parecer tan encontrados, haber en una misma comunidad una religiosa profesando una Regla estrecha, y evitar las murmuraciones, quejas y descontento de todas las demás...? La santa armonía que debe reinar entre muchas voluntades debe preferirse a la satisfacción de una sola.[51] El día 20 de julio del propio

[51] Admírese la discreción y prudencia del conocido Director espiritual tanto más cuanto que el P. Dalmau era favorable a la integral observancia del espíritu y de las disciplinas regulares de los orígenes. A propósito, de fuente nada sospechosa, tenemos conocimiento de que el P. Dalmau consultaba a su vez con otros sacerdotes doctos y de espíritu (cf. «Positio s. V.», p. 353, § 26). Entre las personas de espíritu, a cuyo consejo recurría también Sor Filomena directamente, el P. Dalmau consultaba a menudo al Capuchino P. Juan Badía de Llacuna, hombre de ciencia y virtud, que cerrará sus ojos con la muerte del justo, el 10 agosto 1872. De este eximio religioso nos proporciona los datos esenciales su hermano en religión P. Pio De Langogne. Fue el P. Juan Badía Maestro de Novicios, Misionero y Lector en Sagrada Teología. También él, como el P. Narciso Dalmau, cuando la supresión de las Ordenes religiosas de varones, a consecuencia de la revolución de 1835, había tenido que dejar el Convento. Se refugió en Italia; pero a los primeros síntomas de restablecimiento de la paz en Cataluña, volvió y obtuvo poder habitar con un Hermano lego un rincón de su Convento de Valls. Sus diversas privaciones y sufrimientos, su estudio incesante y su asiduo ministerio le fueron produciendo una ceguera completa; no por eso, sin embargo, vino a menos su celo sacerdotal. En Valls y su contorno gozaba de una gran fama de santidad. Sor Filomena Ferrer, que lo tuvo de confesor extraordinario, y se sirvió de sus consejos, lo llamaba devota-

año (1866), Filomena volvió a la carga con mayor ardimiento. Y yo, con menor desenfado, la despedí de la misma manera que antes. Pero sucedió que la tarde de este día hizo nueva instancia con estas apremiantes palabras: "Padre, Dios me envía para que le diga, que es su voluntad que ande yo descalza. según manda la santa Regla.

»No sabría explicar el efecto que en mí obraron estas palabras salidas de una persona que nunca, que yo sepa, se acogía al sagrado de la autoridad y nombre del que la enviaba, para darles mayor fuerza y vigor, sino era cuando él mismo se lo ordenaba, y no se lo ordenaba sin necesidad. En su consecuencia, le dije que consultaría el caso con la Prelada, y que ínterin pidiese a Dios me dictase un acuerdo acertado, del cual la enteraría oportunamente.

»Hubo, en efecto, consejo de superiores, los cuales, dejando aparte las razones en pro y en contra que sobre el asunto se ofrecían, acordamos conceder a Filomena la descalsez que pedía, reservándonos por supuesto, el derecho de retirarle nuestra licencia, si de ella se derivasen los inconvenientes que motivaron las dos negativas. Si es cosa de Dios —decíamos— se allanarán los montes de las dificultades, y si no, el tiempo descubrirá presto la línea de conducta que convenga seguir. En virtud de este acuerdo, apareció por primera vez descalza Filomena el día de Santiago Apóstol de 1866. Y, ¡oh trazas maravillosas de Dios...! Precisamente por aquellos mismos medios que se temía llevasen la perturbación y desorden a la casa le vendría a ésta más paz, más felicidad, más alegría y más perfección... El ejemplo de la Sierva de Dios causó una reacción favorable tan pode-

---

mente su «Padre amadísimo», y él, a su vez, que mucho apreciaba su virtud y su mérito, la llamaba su «moza». El P. Dalmau, además de utilizar para sí los consejos del santo religioso, le presentaba también las preguntas que ella le dirigía. Las respuestas eran, las más de las veces, a viva voz; pero también a veces le llegaban escritas en catalán, lacónicamente, en hojitas de papel, tal como ella deseaba, para poderlas volver a leer. El P. Badía, para tal menester, se servía como amanuense de un alumno suyo de Teología, a quien dictaba las respuestas más adecuadas a los puntos propuestos, pero sin decirle, por discreción, a quién iban dirigidas. Las pasaba después al P. Dalmau, y éste las hacía llegar a Sor Fi-

rosa, que a los pocos días se ofrecieron espontáneamente a seguirlo algunas hermanas; a éstas se juntaron otras animadas del mismo deseo, en términos que se creyó oportuno someter este asunto a la deliberación de un capítulo general. Este se celebró dando por resultado votarse por unanimidad la observancia de aquel artículo de la Regla que prescribe la descalsez.» [53]

Seguidamente, ante la formal petición, presentada por la Superiora y Comunidad, el 24 de febrero de 1867, y suscrita por todas las Mínimas del Monasterio de Valls, Monseñor Francisco Fleix y Solans, Arzobispo de Tarragona, las autorizaba definitivamente, «a mayor gloria de Dios y para la santificación de las religiosas componentes de la Comunidad».[53]

El otro punto importante de la Regla, el rezo del Oficio por la noche, será más difícil de acometer, por haber religiosas ancianas. El celo de Sor Filomena al respecto,

---

lomena (cf. DE LANGOGNE, *La Vénérable*, p. 86). Fue precisamente a sugerencias del P. Badía que el P. Dalmau pidió y ordenó a su dirigida que le diese relación escrita de sus estados de alma y de sus experiencias de vida interior (*l. cit.*, p. 87).

[52] DALMAU, *Vida*, pp. 119-121.

[53] El doble documento es recogido en la «Positio» cit. (pp. 215-218). Son referidos allí los hechos y las experiencias ocurridas desde el mes de setiembre del año anterior a favor de esta disciplina ascética.

Después de las Mínimas de Valls, otros Monasterios de las Mínimas decidieron adoptar la más estrecha observancia. Desde entonces hasta el 1880, lo hicieron los Monasterios de Jerez de la Frontera, Ecija, Daimiel y Barcelona; después, poco a poco, los demás.

«Después de Dios —observaba entonces el P. Dalmau— debe atribuirse a Sor Filomena, el poner los principios reformándose la primera. Luego con la eficacia de su ejemplo, toda la casa» (cf. *Vida*, p. 179).

La primera aparición con las sandalias, confeccionadas por ella misma con dos suelas de bramante y algunos sencillos cordones, la hizo Sor Filomena, prudentemente en el recreo. A su alegría por haber obtenido el permiso, se sumó la de las Hermanas, quienes acogieron la iniciativa con verdadero favor. Se fue después ella al Coro para dar gracias con el canto, en señal de la felicidad de su alma (cf. *Copia publ. del Proc. Ord.*, fol. 171; «Positio s. V.», *Summ.*, p. 214).

en su prudencia, se limitó a pronosticarlo solamente: esto es, que con el tiempo, también esta observancia será renovada. «Yo no la aprovecharé, porque ya no estaré; pero ¡cuántas bendiciones para nuestra querida Comunidad!»[54]

Se llevará a cabo, en efecto, sólo cinco años después de su muerte, a partir de la media noche del 14 de enero de 1872. Un hecho singular, relacionado por todos con esta predicción, hará que sea tomada esta determinación. Lo encontramos descrito por el P. Narciso, en una carta suya al Rvdo. Don Mateo Auxachs. Es éste: Exactamente un cuarto antes de la media noche, la campana del Monasterio de las Mínimas, sin que ninguna monja u otra persona la tocara, se puso a sonar sin interrupción. Su sonido promovió grande alarma en el lugar, acudiendo en seguida las autoridades, los serenos nocturnos y muchísima gente, para ayudar a las pobres religiosas, las cuales, en cambio, duermen tranquilamente, sin darse cuenta de ningún tañido de campana, a pesar de durar largo tiempo. «Ni tampoco yo lo he oído —anota el P. Narciso, que mora en la casa del Capellán, contigua al Monasterio, y añade—: y afortunadamente, pues nos habríamos espantado mucho... Hecho de día, en el lugar, no se hablaba más que de la campana...»[55]

Comprobado el hecho, seguirán de igual modo que para la anterior renovación, el voto unánime del Capítulo de la Comunidad y la autorización del Ordinario de la Diócesis, el 17 de noviembre de 1873.[56]

También en esto, el ejemplo del Monasterio de Valls será seguido por otros de las Monjas Mínimas.

---

[54] DE LANGOGNE, *La Vénérable*, pp. 120-121.

[55] ESCRITOS, *Carta del 15 enero 1872*, del P. Dalmau al citado; en SUCONA, *Compendio*, pp. 367-368.

[56] N. DALMAU, *Vida*, pp. 177-179; «Positio s. V.», *Summ.*, 215-218. En la p. 204, § 15, se atribuye erróneamente a Mons. Costa y Borrás, el cual gobernó la Archidiócesis desde el 3 de enero 1865 al 20 de julio 1870. Fue dicha autorización del Vicario Capitular, durante la Sede Vacante (cf. «Positio s. intr. Causae», *Summ.*, p. 236, § 46).

Además de estas observancias ascéticas, el espíritu y la disciplina penitencial de la Orden, y por tanto del Monasterio, reciben también nuevo impulso y vigor, del comportamiento de Sor Filomena, que aspira a lo más perfecto. Es tal, verdaderamente, su espíritu de querer imitar a San Francisco de Paula, el Fundador, que, para sí misma, «no habría querido ni siquiera el uso de las sandalias», informa el P. Narciso, quien, a su vez, añade que le negó tal permiso.[57]

La finalidad de la cuaresma, con la decidida y total conversión a Dios y la observancia de la primitiva abstinencia cuaresmal, elevada a voto, y extendida a todo el año y a toda la vida, en la Regla de los Mínimos, es por ella revigorizada, no sólo por el típico cuarto voto, al cual las monjas habían permanecido siempre fieles y permanecen ahora, sino también por el silencio evangélico y la oración continua, la humildad, la caridad y la penitencia, que constituyen la ascética «mínima».

Y en todo, es considerada Sor Filomena ejemplarísima por sus Hermanas religiosas.[58] En el silencio, agradándole siempre más callar que hablar, para así cultivar el recogimiento, necesario para la oración continua y el desprendimiento de las cosas temporales.[59]

En la oración mental y en las otras formas de oración privada: exhortando a la consideración de la Pasión del Salvador y a la devoción al S. Corazón de Jesús.

El día de la Profesión de dos Hermanas, 10 de febrero de 1866, Sor Filomena, invitada a dirigir unas palabras de edificación a todas, excusándose por su humildad, les hace después un discurso sobre la Pasión, con tanto fervor y unción, que quedan todas conmovidas. Otra vez, que le tocaba leer la meditación, faltó el libro, no pudiendo ser encontrado por el momento; y tomando ella el manual de

[57] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 202, § 10.
[58] «Positio s. V.», *Summ.*, pp. 306, § 120.
[59] «Positio s. V.», *Summ.*, pp. 248, § 87; 253, § 110.

las visitas al Santísimo, simuló leer en sus páginas, sin hacerlo, y con grande paz y tranquilidad, desarrolló la meditación sobre la Pasión, como si la leyese, produciendo en todas gran devoción, y dejando admirada a la Hermana que tenía al lado, la cual no ha podido dejar de notar que nada había allí escrito de lo que ella ha «leído».[60]

Sobre su ejemplo en la caridad, se ha dicho ya bastante. Añádanse solamente sus exhortaciones sobre el Fundador de la Orden, que quiere a los suyos, muy fundados en la caridad.[61]

Acerca de sus ayunos y abstinencia, extendida también a otros alimentos fuera de los grasos, hablaremos en seguida, estableciendo en esto, no sólo la profesión de la mayor penitencia y de la vida más austera con que la Orden tiende a la caridad perfecta, sino también un elemento, que supera la economía ordinaria de la Providencia, en el caso personal de Sor Filomena. Vamos a verlo. Pero no se puede callar aquí la santa emulación que, en esto, se produce entre las religiosas, especialmente en Sor Asunción de Sto. Domingo, con quien ella comparte las disciplinas.[62]

Además, hay que precisar que, si el P. Narciso y la Superiora permiten a las nombradas, penitencias extraordinarias a las que se sienten llamadas, es sólo cuando están completamente seguros de que se trata de voluntad de Dios. Por lo demás, es cierto que Sor Filomena aborrece la singularidad y hace cuanto puede por evitarla.[63] Lo veremos también, por sus escritos, donde aparece como lo somete todo a la aprobación de sus Superiores.

---

[60] «Positio s. V.», *Summ.*, pp. 156-157, §§ 141-143.

[61] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 132, § 19. Sor María de Jesús ha podido testificar de Sor Filomena: «Constantemente fomentó y procuró el bien tanto temporal como espiritual de la Comunidad» («Positio s. V.», *Summ.*, p. 174, § 1).

[62] Se menciona también en los ESCRITOS, *ms. del 19 enero 1867* y en la «Positio» citada (últimamente). Estos ayunos y abstinencias los ofrecía por la Iglesia y por otros fines impetratorios.

[63] SUCONA, *Compendio*, p. 77.

Es todo el nivel del fervor y de la observancia monástica, el que gana, de la ejemplaridad de Sor Filomena.

> «Ella deseaba la exacta observancia de la Regla, y Dios le hizo conocer su voluntad de que se observase integralmente.[64] Su ejemplo —lo atestiguan sus Hermanas religiosas— influía notablemente en la santa emulación que, por la observancia, por el espíritu de penitencia y por la disciplina religiosa, reinaba en el convento.» [65]
>
> «Puedo asegurar —declara Sor Engracia, en el Proceso— que su ejemplo reformó la observancia y el fervor, en el convento.» [66]

La necesidad de conseguir aquellos «frutos dignos de penitencia» a que el Santo de Paula invita, en la Regla de los Mínimos, con mortificaciones, incluso suplementarias, como asimismo el ansia de unirse, por ellas, a los sufrimientos físicos padecidos por el Redentor, Sor Filomena, con tacto exquisito, los comunica a las más fervorosas, y, por éstas, a la Comunidad.[67] Sin embargo, usa una suma prudencia —asegura la Superiora— «aun cuando se trata de conseguir la reforma y hacer reflorecer la antigua observancia de la Regla de San Francisco de Paula, que era su gran deseo».[68]

El nivel óptimo de observancia y de fervor comunitario, proyectado desde el personal de Sor Filomena, y por ella, deseado como respuesta fervorosa, plena y ge-

---

[64] Cf. «Positio s. V.», *Summ.*, p. 208, § 27. Si Sor Filomena no insistió mucho acerca del rezo nocturno, fue por prudencia, asegura una de sus Hermanas: para no innovar tanto de una vez, si bien aseguraba que se llegaría con el tiempo («Positio s. V.», *Summ.*, pp. 61-67, § 37).

[65] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 183, § 32.

[66] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 61, § 37.

[67] Cf. DE LANGOGNE, *La Vénérable*, pp. 83-84. Las más de las veces, esto ocurría por alguna indicación de parte del Señor, en la oración. Experimentó esta exacta procedencia Sor Trinidad del Espíritu Santo, que se libró del peligro de muerte inminente, a seguido de una de estas indicaciones.

[68] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 203, § 14.

nerosa de las Mínimas, es su tercera aspiración, en el ámbito de la renovación. Lo entrevé en un Monasterio, cuya fundación se relaciona con un futuro próximo, y en su pueblo natal. El Monasterio de las Mínimas de Mora de Ebro deberá ser un centro de vida claustral, muy fervoroso y bendecido por el Corazón de Jesús. A El será dedicado, y tendrá como fin, amar y reparar, con la fiel observancia de la vida regular y el auténtico testimonio de vida evangélica y «mínima». Este monasterio lo anuncia Sor Filomena a Sor Asunción, a Sor Rosa de San Narciso, a Sor Engracia, además de hacerlo a los Superiores más directos. Escribe al Pastor de la Diócesis y a varios Sacerdotes; pero en su base, no hay sólo previsiones o intuiciones, sino también visiones y revelaciones. Las referiremos en la segunda parte de esta biografía, en su contexto más adecuado.

11

AMOR Y DOLOR

A cuál precio

Está ya visto: «¡Dios - Alma - Eternidad!...» son los términos de la reflexión profunda de Sor Filomena, la idea-fuerza, la información decisiva, existente en la base de su dinamismo espiritual. Son también el estímulo de su perfeccionamiento moral personal y de la edificación comunitaria, a la que tiende, mediante el fervoroso testimonio de vida consagrada. Se ha lanzado a ella con alma y cuerpo, enteramente disponible a la gracia y al querer divino, bajo el signo de la obediencia.[1]

Ahora bien, gracia y querer divino le han sido expresados en la línea de una vocación adjunta o de una vocación dentro de la vocación, única, sin embargo, en su todo: la vocación al amor y al dolor, con una finalidad corredentora, expiatoria e impetratoria, juntamente. Es el precio de este camino hacia el vértice, que la asocia, a ella, «mínima de todo corazón y voluntad», a Aquel que, primero, escogió tal camino, para dar cumplimiento al plan divino de la salvación.

Amor y dolor son, por tanto, las dos realidades, los

[1] «En la obediencia al Confesor y a la Correctora era ejemplarísima, sometiendo a ella todos sus actos, aun cuando sobrenaturalmente tenía otros mandatos o avisos de Dios», hace saber precisamente el P. Narciso (cf. «Positio s. V.», *Summ.*, p. 297, § 84).

contenidos de vida esenciales de Sor Filomena, que expresarán siempre más concretamente en ella, un solo querer o no querer con Jesús. Amor y dolor es el binomio con el que se expresa exactamente su carisma.

El martirio místico de las almas heridas por la llama de amor, será en adelante oblación y holocausto en ella, y la consumirá sobre el altar del amor y del dolor; [2] pero antes, deberá pasar por la llama del amor, y de allí, por la prueba del dolor, como por el crisol del amor.

La llama de amor por Jesús, en Sor Filomena, va creciendo, y nos presenta a Jesús como esa llama.

> «Parecía —informa el Padre Narciso— que sintiese con el Corazón de Jesús y en el Corazón de Jesús, que no con el suyo y en el suyo.» [3]

Es aquel fuego, traído por Cristo a la tierra, de que se habla en el evangelio de San Lucas.[4]

Los conocidos cuatro grados del amor a Dios —amarlo, vivir para El, obrar por El, consumirse por El como por el Amado— son, en Sor Filomena, alimentados por esta llama, que es manifestación del amor de Dios a nosotros. El Corazón de Jesús, en efecto, o Jesús, en Sus misterios de amor inefable, le manifestó este amor. Sor Filomena lo siente, piensa en él, habla de él, lo busca de continuo, todo lo hace por él y lo hace con amor: se Le ofrece con gozo, como hostia, y se consume en el amor y en el dolor del Amado. Lo cual no es para ella un anulamiento, por más que se complete con el ansia de anonadarse por el amor de Aquel que, primero, la ha amado, sino una sublimación en Cristo.

---

[2] Lo veremos en la segunda parte, tratándose de un sobrenatural don extraordinario.

[3] N. DALMAU, *Vida*, p. 131.

[4] «He venido a traer fuego a la tierra y ¿qué quiero sino que se encienda?» (*Lc. 12, 49*).

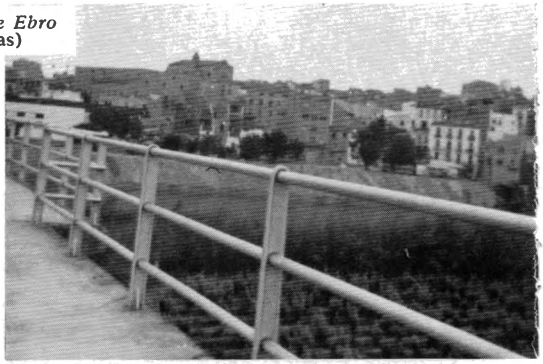
Sor Filomena de Sta. Coloma en el éxtasis del «triángulo estrellado» (diseño de E. Casabella)

MORA DE EBRO: *Monumento de la Sierva de Dios y Crucifijo esculpido por su padre para su profesión religiosa*

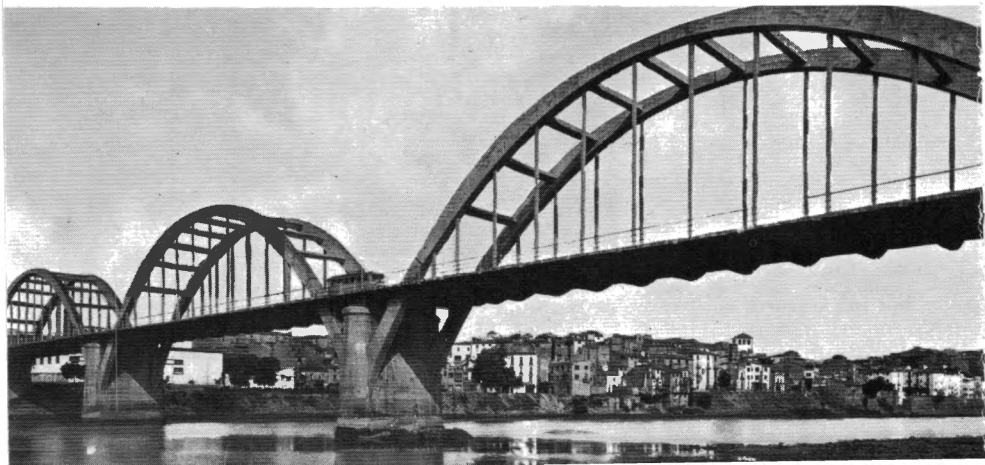
VALLS: *Instrumentos de penitencia e imágenes sagradas de uso por la Sierva de Dios*

MORA DE EBRO: *Vista panorámica actual junto al río*

Último tramo del puente que introduce en Mora de Ebro
(Visible en la parte alta el Convento de las Mínimas)



MORA DE EBRO: *Actual puente que le une a Mora la Nueva*



«La gracia de lo alto —informa su Director espiritual— había obrado entre el corazón de Filomena y el de Jesús una unión moral tan íntima que no parecían eran dos, sino un solo corazón en el sentir y en el obrar. Por esto, al darme cuenta de esta subida merced, exclamaba fuera de sí: "Vivo yo; mas no yo; Jesús es quien vive en mí".» [5]

De ahí, se comprende fácilmente la perfección de las virtudes de esta monja que, incluso sus escritos los comienza con «a honor y gloria del dulcísimo Corazón de Jesús».[6]

Ya cuando hizo el voto de lo más perfecto, sabemos que pidió a este Corazón Sacratísimo, que la encerrase en él, segura de que así lo habría cumplido.

«Encerrad, santísimo Jesús mío, este mi voto, junto con los cuatro que hice el día de mi profesión. Encerradlos juntos en vuestro dulcísimo Corazón, y tomad, mi Stma. Madre, la llave, poniendo en su lugar el sello de la perseverancia final.» Y para conservarse en este fervor, renueva las aspiraciones escritas de su mano: «¡Oh amado Jesús mío, cuán dulce será para mí la memoria de tu presencia, aunque te escondas...! Muera yo viviendo, y viva ya sin vida; nada quiero sin Ti, y nada de esto para mí. ¡Oh felicidad eterna, cuándo será que mi corazón sea una llama de amor...! Venid, venid, castísimo Amor mío, y tomadme con vuestras sagradas manos, introducidme en lo más íntimo de vuestro dulcísimo Corazón...» [7]

Tanto fervor por el Corazón de Jesús no es en Sor Filomena, puro sentimentalismo y fruto de emotividad, sino verdadera caridad teologal, que se inserta, no en el sen-

---

[5] Es el dicho paulino en *Gal. 2, 20;* DALMAU, l. cit.

[6] ESCRITOS (*passim.*).

[7] ESCRITOS. Esta y otras aspiraciones siguen a los «33 Propósitos» de Sor Filomena, en el ms. de la oblación cotidiana. En dichos escritos, las referencias, los afectos, etc. al Sdo. Corazón son muchos, especialmente en las Cartas.

timiento, sino en la voluntad; y voluntad, la tiene ella abundante, demostrándolo en todo.

Su amor personal a Jesús impregna todos sus piadosos ejercicios y las celebraciones de los misterios litúrgicos; a El se refiere todo deber o experiencia de cada día. El Corazón de Jesús es para ella modelo y Maestro de las virtudes, y le enciende y acrecienta el deseo de padecer por Su amor.[8]

Con Jesús, las cosas y las obras de Su Corazón están también, profundamente, en el corazón de Sor Filomena: los sacramentos por él instituidos, particularmente, el sacerdocio, la Iglesia, con sus ministros, comenzando por el Vicario de Cristo en la tierra. El amor al Papa y el deseo de verle libre de sus enemigos es, en Sor Filomena, algo extraordinario. Da fe de esto el P. Narciso, el cual informa, además al respecto, que ella pide siempre a la Inmaculada que asista a Pio IX, y le conceda el triunfo. El cual implora, asimismo, del Arcángel San Miguel.[9]

Por la Iglesia, desea ser víctima mil veces, y soporta grandes dolores, por amor y sacrificio, en favor de la misma.[10] Y este dolor, que no faltó nunca en su vida, se irá acentuando siempre más.

Cuerpo y alma en el crisol del dolor

En el cuerpo, aparte de los sufrimientos difusos que experimenta en línea total —ya lo veremos— Sor Filomena, ya en 1866, acusa los síntomas de aquel mal sutil, muy frecuente, especialmente en su época. Golpes de tos, primero secos y leves, después siempre más lacerantes, le dan la sensación de que el pecho se le desgarra. Con la

---

[8] DALMAU, *Vida*, pp. 133-134.
[9] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 96, § 43.
[10] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 110, § 112.

tos, aquel sentimiento característico de opresión, que a veces llega casi a sofoco.

Dolorosa en sí, la enfermedad física, es causa de otra involuntariamente ocasionada, aunque por un temor mal ocultado por algunas Hermanas.

> «En los primeros meses de mi profesión —recuerda Sor Engracia— alguna religiosa me aconsejó y advirtió que no frecuentara mucho ni me acercara a Sor Filomena, porque se temía fuese tísica y podía contagiar tal enfermedad.
>
> »Tuve la indiscreción de decirle la advertencia que me habían hecho. Entonces, Sor Filomena prorrumpió en un amargo llanto, tanto, que se dio cuenta la Madre Luisa de la Dolorosa, a la sazón Correctora, y vino a encontrarla, preguntándole cuál era la causa de su llanto...
>
> »Yo expliqué... La Madre Correctora quiso reunir la Comunidad, para descubrir cuál o cuáles religiosas hablaban así de la pobre Sor Filomena. Mientras, la Sierva de Dios, plegando sus brazos, en actitud suplicante, dijo: "¡Oh, Madre Correctora, por amor del Corazón de Jesús, le ruego no lo haga...". A la tarde, fue a encontrarla en su celda y le pedí perdón... y me tranquilizó. No era porque le doliese el ser tísica o que las religiosas temiesen el contagio, sino porque, pensando esto, ella se vería privada de ejercitar actos de piedad con las religiosas, si temían este contacto con ella.»[11]

En efecto, el mal existía, pero no era esto lo que la preocupaba,[12] antes bien, en eso, como en las varias enfermedades y padecimientos físicos, aun cuando ya se acercaba la muerte

> «Lejos de estar abatida, se la veía animada y contenta; y hablando de Dios y del Cielo, parecía no sentir

---

[11] «Positio s. V.», *Summ.*, pp. 190-191, § 60.

[12] Ya tiempo antes, sabiendo ella que se decían tales cosas, había tranquilizado a la conocida Hermana: «No tenga ningún temor, Hermana, de que mi mal se contagie a su Caridad ni a las demás religiosas, porque Dios me ha hecho esta gracia de no contagiarlo a nadie» (*ibid.*).

los dolores de la enfermedad.» [13] Y «fue una realidad —añade Sor Engracia— que su enfermedad no causó contagio ni daño a nadie, porque yo fui quien la trató y la curó más asiduamente (como segunda enfermera), siendo mucho más joven que ella, ni tuve jamás aprensión, porque nunca creí que se tratase de tisis, sino de otra enfermedad de orden superior, que mucho deseaba me comunicase.» [14]

A la tuberculosis, se juntará un defecto de corazón, que el médico diagnosticará como lesión orgánica, causada por los esfuerzos repetidos de la ascesis, con ataques de hemoptisis. La doble enfermedad la llevará lentamente, pero progresivamente, al deterioro de su constitución física; pero, tanto en la una como en la otra, el mismo médico, Doctor Sojo, la encontrará constantemente edificante.

«Sufría mucho y nunca le noté la más mínima señal de impaciencia, presentando siempre un aspecto sonriente, sin que, de sus labios, saliese ninguna queja.» [15] Y añade: «Conocí y traté a la Venerable, en las visitas

---

[13] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 121, § 11. Así informa Sor Magdalena de Cristo, que vivió con ella en el Monasterio, los últimos años de su vida.

[14] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 394, § 53. «Era el incendio de amor divino que la abrasaba» (*ibid.*, p. 392, § 48).

[15] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 381, §§ 4-5. Hemos querido referir esta declaración jurada del médico de la Comunidad, porque el origen de la *tbc* de Sor Filomena no fue puramente natural. En la escalera principal del Monasterio de las Mínimas de Valls, había una imagen de nuestra Señora del Pilar, delante de la cual acostumbraba ella a veces arrodillarse y rezar. Una de estas veces, en la época en que se comenzó a hablar de su tisis, sintió un fuerte golpe en el pecho, que le hizo salir sangre de su boca (cf. SUCONA, *Compendio*, p. 69). Era cerca de las 10 de la noche del 23 mayo 1867, según confió ella misma a Sor Rosa de San Narciso, y fue tal el golpe que sintió, que, al instante, le causó abundante hemotisis. «Comprendí que lo atribuía al demonio —dependrá la citada confidente— tanto más cuanto que le había oído decir otras veces que el demonio quería matarla... Y se preparó para la muerte desde el principio de la enfermedad, con sus Ejercicios espirituales desde la Ascensión a Pentecostés» («Positio s. V.», *Summ.*, pp. 386-387, §§ 27-29).

que, como médico, tuve que hacerle; en éstas, observé siempre que era muy humilde, sincera y franca con el médico, sonriente y sufrida, sin exagerar nunca sus padecimientos, ni exhalar un suspiro o un lamento. Por lo demás, ni los Superiores, ni ella misma, me confiaban cosas extrañas a mi profesión, ni yo me metía en indagarlas. Sabía, sin embargo, que algo había en ella de extraordinario».[16]

Análoga fortaleza había sido ya admirada en ella, en anteriores circunstancias dolorosas, no sólo en la religión, sino también ya en el siglo.[17]

A los dolores físicos y a las penas morales, se juntan las tribulaciones del espíritu. Desolaciones y oscuridad, a menudo, la opresionan.

También el espíritu del mal hace su presencia, queriendo perderla por envidia, y no raras veces, se manifiestan externamente sus interiores combates; pero de esto trataremos en la segunda parte. Bastará aquí saber que la virtud de Sor Filomena es cribada hasta el extremo.

> «El médico dice que la enfermdad de Sor Filomena es una tisis —escribirá el 2 de julio de algunos años después, el Padre Narciso—. Si a esta enfermedad añadimos sus horrosos y extraños dolores... y grandes desolaciones de espíritu... es un manifiesto prodigio de la gracia... Por tal tiempo hace que su vida sería acabada.» [18]

---

[16] *Copia publ. Proc. Ord.*, super art. 208.

[17] Así, por ejemplo, cuando Filomena, de jovencita, por el año 1859, al trasladarse con los suyos de Margalef a Capsanes, cayó del caballo y se produjo una herida en la cabeza, de modo que hubo de cortarle el cabello su padre, para poderle medicar. No se quejó ni en la caída ni en la medicación («Positio s. V.», *Summ.*, p. 279, § 67). Habiéndole sobrevenido después una erisipela en la cara, que la hacía aparecer monstruosa, «todos admirábamos la resignación y paciencia con que soportaba tan dolorosa enfermedad, e incluso el cirujano se maravilló de su fortaleza» («Positio s. V.», *Summ.*, p. 280, § 68).

[18] *Carta del P. N. Dalmau al Rvdo. D. M. Auxachs* (del 2 junio 1868); en SUCONA, *Compendio*, pp. 343-350.

Angustias de muerte y arideces de espíritu la afligen, hasta el punto de hacerla encontrarse como, en un Getsemaní, de opresión y de tristeza, constriñéndola a pedir la extrema ayuda del Señor.[19]

Quienes, sobre la tierra, se esfuerzan por darle alguna luz y consuelo, en tales pruebas y penas del espíritu, cuando se hacen más agudas, son la Superiora, el P. Narciso y el P. Juan Badía de Llacuna. La primera refiere que Sor Filomena, en medio de sus tribulaciones y angustias, se acercaba a ella; se arrodillaba, y llorando, como una niña, le manifestaba sus penas, protestando que, aun si todo el infierno le hiciese guerra, ella había puesto su confianza en Dios, y con El, saldría victoriosa.[20]

El P. Narciso, a su vez, depondrá en el Proceso que, cuando acudía a él, en tales angustias de espíritu, sólo después de humillarse, arrodillada, le exponía, llorando, sus penas; y muchas veces, salía con esta exclamación: «Aunque todo el infierno se oponga, yo tengo mi confianza en Dios», e invocaba a la Virgen y a los Santos de su devoción.[21]

De semejante manera depondrán Sor Felicidad del Espíritu Santo y Sor Rosa de San Narciso:

> «Nunca se abatía, ni se le notaba desconfianza, sino gran resignación... por muy desolada que estuviese. Aunque me encontrase con la cabeza en el infierno —decía— continuaría confiando en la misericordia de Dios... *In Te, Domine, speravi, non confundar in aeternum - En Ti, Señor, he esperado, no seré confundida para siempre.*» [22]

Y el Capuchino P. Badía, al cual acudía también en ocasiones extraordinarias, en uno de los mensajes que

---

[19] Cf. DALMAU, *Vida*, p. 128.
[20] SUCONA, *Compendio*, p. 69.
[21] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 123, § 25.
[22] «Positio s. V.», *Summ.*, pp. 124, § 28; 125, §§ 32, 34, 39.

le enviaba, como respuesta a las preguntas hechas —uno de los últimos y el único llegado en su texto hasta nosotros— he aquí cómo, anunciándole nuevas cruces y cómo haciéndole entrever el Cielo, se expresaba:

Jesús, María, José.

»Estimadísima en Jesucristo:

»Convénzase de que su espíritu está unido a Jesucristo. Sin embargo, quiere el Señor todavía otra intimidad, y ésta no puede tenerse, sin otra cruz, que su Esposo le enviará. Yo creo que usted la aceptará, con gozo y satisfacción, y que continuará subiendo la montaña, como Elías. Y si la llama de amor languideciera, párese, a la sombra de su Esposo; entre, para descansar un poco, en la llaga de su costado; y así, reanimada, reemprenderá la ascensión, sin mirar el camino recorrido, sino el que resta andar, para llegar al monte santo de Sión. Allá arriba, descansará; allá arriba, gozará; allá arriba, allá arriba.» [23]

Este Padre que, como sabemos, gozaba fama de santidad, en Valls y sus contornos, había captado claramente el sentido de la purificación pasiva, en que se encontraba Sor Filomena, y con palabras, igualmente claras, del lenguaje místico, al tipo y al estilo de los Cantares, le ha contestado, tranquilizándola.

Pero más que las propias penas y tribulaciones interiores, son las tribulaciones que afligen a la Iglesia y las, no menos tristes, de la Patria, las que afligen a Sor Filomena. Una primera oblación suya, como víctima, por la Iglesia y por el Papa, obedece a una interior llamada, sentida de un modo tan vivo y tan claro, que, aun no conteniendo un final inmediato —no ha llegado su hora todavía— no será desmentido. Adjunta a esta oblación,

[23] DE LANGOGNE, *La Vénérable*, p. 87.

otra de la propia vida, por el perseverante reflorecimiento de la observancia de la propia Comunidad, en su fidelidad a los orígenes.[24]

La oblación, mientras, está allí, sobre el altar del amor y del dolor, y alza sus gemidos al Cielo. Muchas veces, parecerá llegado el gran momento de su acogida, pero serán sólo preavisos; hasta que, un día, sí, llegará el Aguila divina, bajando a asirla, para llevarla, hostia agradable, sellada con el sello del Dios vivo.

[24] SUCONA, *Compendio*, pp. 108-109; «Positio s. V.», *Summ.*, p. 392, § 48.

12

ULTIMOS TOQUES

La nota dominante

Amor y dolor, inseparables en el camino terrenal de Sor Filomena, alcanzan su saturación en los últimos años de su vida. Constituyen su nota dominante, el tema melódico, que aparece en cada esquina de su itinerario de perfección, tanto más cuanto que el viaje final apunta a su término. Mientras tanto que viene más probada su virtud y más pronta y conforme se hace al ideal de santidad, que Dios, le había señalado, Sor Filomena aparece, en esta luz e identidad, más verdadera.

Los últimos y más incisivos toques a su retrato interior, acentuarán los rasgos de la esposa consagrada, herida de amor divino, que, como un día, Teresa de Cepeda-Ahumada, vive muriendo, porque, aun muriendo, vive por Aquel que la consume en Su llama de amor.

«Como la cierva suspira por las corrientes de agua, así mi alma suspira por Ti, oh Dios. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo —puede repetir con el Salmista—, ¿cuándo vendré y veré el rostro de Dios?» [1] Y tanto más avanza ella por el camino de la perfección, cuanto más se aproxima a Dios, con los afectos de su alma. Es la crecida de la caridad que la conducirá como en carrera a la meta, no

[1] *Slmo. 41, 2-3.*

cumplidos todavía los treinta años. Desde ahora, tiende ya hacia allá, «con *todo* el corazón, con *toda* el alma, con *todas* las fuerzas».

Desde el diciembre de 1866 al mayo de 1867, Sor Filomena llega a las puertas de la muerte, a causa de los grandes sufrimientos que padece, permitiéndolo así el Señor —informa el P. Narciso—; pero no muere, levantando El Su mano. El día de Pentecostés, incluso se levanta y puede cantar con la Comunidad, en la misa conventual.[2]

Propiamente, desde hace cinco meses —escribirá el mismo P. Narciso— sufría Sor Filomena dolores de una enfermedad muy grave, y según el médico, ella moriría dentro de no mucho tiempo.

> «Ahora, pero, sus grandes dolores le dan un poco de reposo... y anda por el convento y asiste a todos los actos de comunidad, si bien que a ratitos se ve obligada con acento dolorido a exclamar como David: "Dolores inferni circumdederunt **me**".»[3]

Las Hermanas creen que su empeoramiento es debido a su penitencia rigidísima, y se la prohíben. Ella obedece, aunque le cuesta, pero sólo tres días después de haber vuelto al alimento común, el 29 de junio, cae en una mayor y extrema postración física. Una tos insistente, con sofocación de pecho, la agita. Pide entonces que se le haga abandonar la alimentación de aquellos días y recupera fuerzas rápidamente; tanto, que puede dejar la cama, y sucesivamente, dedicarse como de costumbre a los ordinarios trabajos de la vida común y del oficio.

---

[2] DALMAU, *Vida*, p. 129.

[3] *Carta del P. N. Dalmau al Rvdo. D. M. Auxachs del 6 oct. 1867*, en SUCONA, *Compendio*, pp. 332-336. También, según el testimonio de Sor Rosa de S. Narciso, la última grave enfermedad de Sor Filomena comenzó en mayo de 1867, exactamente el día 23 (cf. «Positio s. V.», *Summ.*, p. 386, § 27).

«Esta curación fue fuera del orden natural», piensa el P. Narciso, que sigue de ella las fases internas y las externas y tiene su parte en lo que el Señor obra en ella.[4] Así, hasta últimos de setiembre de 1867, que es cuando Sor Filomena siente todo su cuerpo como oprimido por una fuerza poderosísima, que le produce ataques convulsivos que le quitan a veces la respiración, por la fuerza de los dolores.

> «Enterado yo oportunamente por la Prelada —informa del Padre Narciso— y sospechando que la causa podía ser un desahogo de Satanás, aconsejé a esta Reverenda Madre que pusiese en contactó con la paciente Filomena alguna reliquia de santos que se veneran en el convento...; pero sin resultado, pues los accidentes se repetían con la misma intensidad y frecuencia. Fui a buscar remedio en el agua bendita... Encargué a la Prelada que rociase y diese a beber un poco de ella... En efecto, el ataque se repitió y con gran violencia, pero cesaba repentinamente así que Filomena se pasaba algunas gotas de aquella agua.» [5]

El 20 de octubre, queda completamente libre. Todas, en el Monasterio, se sienten felices al verla reflorecer en su vida, convencidas de que la virtud de Sor Filomena es un fuerte baluarte para la observancia regular; y para que, como ángel de caridad que es, continúe siendo la

---

[4] DALMAU, *Vida*, p. 156. El P. Dalmau estaba convencido de que, en el caso de Sor Filomena, no se trataba de un mal físico, sino que lo acompañaba una particular prueba de purificación de los sentidos y del espíritu. «No puedo negar que el mal que Sor Filomena tiene localizado en el pecho es una enfermedad natural; pero creo que es producido por una causa preternatural, y lo pruebo. No puede la tisis, con su gran opresión de pecho, causarle una tos tan fuerte, que ni ella misma puede entender de dónde le viene. No puede la tisis producirle los grandes dolores que la pobrecita sufre en las piernas, en las plantas de los pies y especialmente en los talones, que a veces la obligan a andar cojeando. No puede la tisis, etc...» (cf. *Carta del P. N. Dalmau al Rvdo. D. M. Auxachs*, cit.).

[5] DALMAU, Vida, pp. 156-157.

enfermera, toda dulzura y amabilidad para las Hermanas, y además, médico y medicina.[6] Pero aquel retorno a la salud no será duradero.

Desde últimos de octubre hasta abril de 1868, nuevas pruebas se abaten sobre el físico y sobre el espíritu de Sor Filomena.

> «El 11 de noviembre pasado —informa el Padre Dalmau— el médico dio a las monjas el pésame de la cercana muerte de Sor Filomena, asegurando por tres veces repetidas que no llegaría al año 1868. Hízole otra visita el día 27 de diciembre y añadió que la enfermedad de Sor Filomena por su gravedad tocaba ya a su término. Por último, la visitó otra vez el día 2 de enero del año corriente y cuando el médico creía, según sus cálculos, encontrar a Sor Filomena al extremo de su agonía, fue muy al contrario... No pudo menos el médico de quedar confuso a la vista de sus equivocados pronósticos, lo que le obligó a hacer una humilde confesión de su ignorancia, dirigiendo a ella misma estas textuales palabras: "Sor Filomena, hemos llegado ya al año de 1868..." Durante todo este tiempo, Sor Filomena no ha hecho más que cuatro días de cama en diferentes ocasiones, y por disposición del médico, y no obstante de todo esto... sigue andando por el convento con su enfermedad grave a cuestas, y el médico detrás de ella con sus pronósticos que morirá, si bien que no señala la fecha de su muerte, por el temor de equivocarse...»[7]

---

[6] DALMAU, *Vida*, p. 158.

[7] *Carta del P. N. Dalmau al Rvdo. D. M. Auxachs* del 10 febrero 1868; en SUCONA, *Compendio*, pp. 340-343. En el Proceso Ordinario de Tarragona, el aludido médico de la Comunidad del Monasterio de Valls, Dr. Francisco Sojo, comentará así la enfermedad de Sor Filomena y su diagnóstico: «En la última enfermedad... visité con mucha frecuencia a Sor Filomena, sorprendiéndome aquellos fenómenos raros e insólitos de encontrarla hoy a punto de morir y al día siguiente, levantada y siguiendo a la Comunidad en la observancia de la Regla. Esto no obstante, como médico, atendí sólo a los signos externos de su físico, respetando las causas sobrenaturales que pudiesen influir en ella. Tuve el convencimiento de que los efectos externos físicos de la enfermedad que padecía Sor Filomena, que yo diagnostiqué de lesión orgánica de corazón y de pulmones, podían ser de hecho consiguientes y determinados por todos los hechos internos de su alma, como también causados

Mientras, los dolores continúan; la enfermedad se vuelve galopante y ella queda reducida casi a un esqueleto ambulante.

> «Causa compasión a todas las monjas —escribe Dalmau— y más motivo tengo yo de compadecerme de ella, que debo saber más que las monjas, hasta donde llega el horror de su infierno, que la pobrecita, con fortaleza y fidelidad, sostiene en medio de torrentes de lágrimas. Con toda propiedad puede exclamar como el santo Job cubierto de llagas: *Compadeceos de mí a lo menos vosotros que sois mis amigos, porque el Señor me ha tocado con su mano...*[8] Estoy bien persuadido... que Dios quiere hacer beber a esta feliz criatura el cáliz de sus amarguras, para que se presente como una víctima preciosa a sus divinos ojos por los fines que Dios por un exceso de su divina misericordia tiene...» [9]

Parece que el más ligero contratiempo debe dejarla acabada, y sin embargo, siente en sí tanta fuerza, que no deja por ello el desempeño personal de todas sus incumbencias. Junto a las tribulaciones de la Iglesia y del Romano Pontífice, otros motivos se juntan mientras tanto, a sus intenciones de oblación como víctima. Si, para las primeras, hubo una clara llamada interior a los fines de la paz y del triunfo de la Iglesia,[10] éstas entran

---

por sus rigurosas penitencias...» (cf. «Positio s. V.», *Summ.*, p. 421, §§ 159-160).

Siempre con referencia a las dichas dos clases de incidencias, el Dr. Sojo confesará también: «Al principio de su enfermedad, ignorando totalmente lo que pasaba en la Venerable en el orden psicológico, llegué a verme confuso por sus desacostumbradas alternativas, rápidos cambios y diversas fases que presentó la enfermedad, sospechando que no se cumplían mis prescripciones. Al fin, habiéndome informado algún tanto el P. Confesor y la Correctora del estado moral de la paciente, comprendí lo que, por la ciencia médica, no me podía explicar. Entonces quedé tranquilo» (cf. *Copia publ. Proc. Ord.*, super art. 220).

[8] *Job, 19, 21.*

[9] *Carta del P. N. Dalmau al Rvdo. D. M. Auxachs*, del 10 febrero 1868 (cit.): SUCONA, *Compendio*, p. 341.

[10] DALMAU, *Vida*, p. 129.

en su vocación corredentora y en su misión de renovación a la que ha sido llamada en el seno de la Comunidad del propio Monasterio. El ofrecimiento de la propia vida, lo extiende a la salvación de algunos pecadores y a la fiel observancia de la propia Comunidad.

Por tres veces insiste. Añade lágrimas y plegarias, hasta que el Señor le muestra haberse dejado vencer y haberse agradado de su oblación.[11] Es la misma Sor Filomena que informa de ello a la Superiora:

> «Madre, el Señor se deja vencer. Moriré, porque ha aceptado el sacrificio de mi vida.» [12]

La Madre, sin embargo, le dirige un dulce reproche, sabiendo cuánto cuesta a una Comunidad y especialmente claustral, el perder un elemento joven, aunque sea para ir al Cielo. Mas aquí la voluntad de Sor Filomena es coincidente con la de Jesús:

> «Quiero que te ofrezcas como una víctima y que me sacrifiques lo que comes de pan... para obligarme más y más a traer la paz y el triunfo a la Iglesia que tan abatida se halla; y para que sea más cumplido y más agradable a mí este sacrificio, permitiré que padezcas varias tribulaciones y angustias en este mes...»

Es la voluntad manifestada por El, en diciembre de 1866.[13]

El P. Narciso, a su vez, no cree que Sor Filomena haya

---

[11] SUCONA, *Compendio*, pp. 108-109.

[12] «Positio s. V.», *Summ.*, pp. 395, § 56; 397, § 63.

[13] DALMAU, *Vida*, p. 129; ESCRITOS, *ms. del 29 nov. 1866*. En seguida después de este período, el Señor volverá a cargar su mano hasta la vigilia de Pentecostés del año siguiente (cf. *ibid.*, nota 1). Aun proponiéndonos reservar hechos e incidencias de naturaleza sobrenatural y extraordinaria para la segunda parte de esta biografía, no podemos sustraernos enteramente de consignar aquí los hechos ocurridos estrechamente ligados al término de la vida terrena de Sor Filomena.

de dejar pronto esta tierra, pero ella le confía a Sor Engracia: «Aunque no crean que moriré pronto, será así ciertamente.» A la Superiora, por otra parte, le dará seguridad de que la Comunidad gozará de perfecta paz.[14] Una sola grande prueba se abatirá sobre el Monasterio, pero que pasará pronto: La salida forzada de las monjas, de la clausura, por causa de la Revolución.[15]

Al mismo paso de las crisis agudas de la enfermedad, el alma de Sor Filomena, a intervalos más o menos largos, se siente inundada de aquella experiencia de la presencia de Dios y de Su amor, que le rebosa en efusión de corazón por El. Jesús y María vienen a serle cada vez más sus únicos polos de atracción, el imán al que se siente atraída irresistiblemente, hasta el punto de que se le romperían las ataduras que la tienen unida al cuerpo, sin un especial socorro del Cielo. Pero ahora también, amor y dolor son los componentes esenciales de su experiencia: Amor de fuego; dolores de muerte, en el cuerpo y en el espíritu, mezclándose todo y confundiéndose en la experiencia viva de su frágil ser. Es la típica experiencia de la suma de contemplación y juntamente de purificación pasiva, común a otras almas, especialmente al final de su vida terrena, y está al unísono con su aspiración de fondo. Se le encontrará escrito de su mano: «No quiero vivir sin cruz, y sé por qué. En mi vida, breve o larga, padecer siempre y no morir.»[16] Pero —recordémoslo— lo exige también el plano especial de santificación: Para que los elegidos del Señor, sean encontrados más dignos de El, y libres y limpios, vayan al encuentro del Cordero Inmaculado.

---

[14] SUCONA, *Compendio*, p. 110.

[15] DALMAU, *Vida*, p. 166. Volveremos sobre ello en la segunda parte, a propósito de los dones sobrenaturales de Sor Filomena.

[16] DE LANGOGNE, *La Vénérable*, p. 210. El escrito, en una hojita, fue encontrado después de su muerte, en su breviario, que luego la Superiora pasó a Sor Engracia.

«Mi alma está atormentada por una sed que me devora, y por refrigerio, no se le da sino hiel.» «Me quemo, me quemo», grita Sor Filomena, una noche en que la llama de amor es más intensa. «Ah, Dios mío, primero, era fuego; ahora, es incendio.» [17]

Los primeros síntomas de este «mal de amor» místico, que los maestros de espíritu llaman «heridas de amor», aparecen el 7 de marzo de 1868.

«En esta fecha —escribe el Padre Dalmau— tuve que entrar en la clausura por haberle sobrevenido un accidente que le impidió el habla durante cinco horas. Al poco rato de estar a su lado animándola, me dijo estas expresiones: "Padre, me quemo. Si esto se me repite, no creo poderlo resistir, no cabe la alegría dentro de mi corazón".

»La hice callar para que no se fatigara, encargándole que el día siguiente me escribiese qué cosa había experimentado en su corazón; y en efecto, me entregó un escrito de seis páginas, entretejido de expresiones muy vivas y enérgicas, con las que presenta muy al vivo la sed de amor con que su corazón ardía, después que su alma había sido herida del más puro amor.»[18]

Entre una y otra vuelta de la llama de amor puro,[19] «no puedo vivir —dice— sin la compañía de mi dulcísima Madre», aludiendo a la Virgen; y «sufro y amo el sufrir».

---

[17] De Langogne, *La Vénérable*, p. 211.

[18] *Carta del P. N. Dalmau al Rvdo. D. M. Auxachs* del 2 de junio 1866; en Sucona, *Compendio*, pp. 343-350. Después de haber trascrito para el referido Párroco-Prior de Mora de Ebro un rasgo más expresivo de este escrito de Sor Filomena, el mismo P. Narciso observa: «Este escrito me confirmó en la opinión que me había formado, que Dios la había puesto en la purificación pasiva» (doc. cit., p. 346).

[19] La expresión es usada por San Juan de la Cruz, para indicar esta experiencia mística, en su «Subida al Monte Carmelo».

A al Superiora, que le dice que pediría al Señor que le suavizara los sufrimientos, «Oh, no, esto no, Madre mía —le suplica—, esto no; sino Su santísima y adorable Voluntad».[20]

Pero oigamos la relación ordenada, hecha por el P. Narciso, de los momentos más destacados del último año de Sor Filomena en este mundo. Como Confesor y Capellán de las Mínimas de Valls y Director espiritual de ella, experto en discernir los caminos de Dios y en guiarla, está informado más que cualquier otro.

> «El 10 de abril —escribe, claro y rotundo, de Sor Filomena— le sobrevino, en efecto, una delicada y profunda herida de amor... que la postró físicamente: respiración fatigosísima, rostro encendido como de fuego, ardores tan vehementes, que fue preciso traerle un balde con agua, para meter en ella las manos.» [21]

Se prolonga este estado hasta el 30 del mismo mes, día en el que el médico, constatando la gravedad, sugiere que se le administre el santo Viático. Se hace inmediatamente, sintiéndose feliz Sor Filomena, como por la señal de que se aproxima el Señor, para irse con El, para siempre. Pide a la Superiora poderlo recibir de rodillas, no siéndole concedido, dada la extrema postración de sus fuerzas. Cuando entra el P. Narciso con el Santísimo, hace la enferma su profesión de fe, y pide perdón por toda falta de edificación que haya podido dar, a la Superiora y a las Hermanas que le están en torno.

> «Volviéndose a mí — informa después el Padre Narciso— con lágrimas en los ojos me suplicó la absolución de su infidelidad en poner en práctica los consejos que le había dado. Y como estos actos de humildad iban acompañados de razones tan tiernas como discretas, en

[20] DE LANGOGNE, *La Vénérable*, p. 211.
[21] DALMAU, *Vida*, p. 160.

aquel lugar no se oía más que sollozos y gemidos. Lloraban las Hermanas y lloraba yo, y no se pasó poco rato hasta que, dueño de las fuertes emociones de mi corazón, pude, aunque con harto trabajo, empezar el *Domine non sum dignus*, etc.» [22]

Al comulgarla con el Viático, nota el P. Narciso que las mejillas de Sor Filomena se tiñen de un rosa maravilloso. Terminadas las oraciones del rito, le recuerda la costumbre monástica del momento, conforme al voto profesado de pobreza. «Oído lo cual, Filomena se dirigió a su Prelada, y le dijo: Madre Correctora, esta pobrecita pide a V. R. por caridad y de limosna me conceda un santo hábito, con que después de muerta, se pueda cubrir la desnudez de mi cuerpo.» [23]

Recibido el asentimiento, se sumerge en el más profundo recogimiento. Permanece dos horas, como en éxtasis: ni un movimiento, ni un aliento, salvo que, de cuando en cuando, encendido su rostro como un serafín, pronuncia versículos de salmos, como: «*Cor meum et caro mea exsultaverunt in Deum vivum.*» [24]

«Hermana, ¿cómo se encuentra?, le pregunta después la Superiora, que había vuelto a la cabecera, llamada por la enfermera, alarmada por su tan prolongada abstracción. Sor Filomena, como despertando de un profundo sueño, responde: "No puedo vivir sin la compañía de mi dulcísima Madre. Deseo morir para unirme en el Cielo con la Sabiduría increada, que con tantas ansias busca mi alma".» [25]

No obstante las acostumbradas negras previsiones del médico, Sor Filomena se recupera después bastante, hasta poder acercarse, los días siguientes, al comulgatorio con

---

[22] DALMAU, *Vida*, p. 161.
[23] *Ibid.*
[24] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 414, § 130.
[25] DALMAU, *Vida*, p. 162.

las demás. Así, hasta el 5 de mayo de 1868,[26] cuando se le repite la anterior experiencia de amor y de dolor.

También esta vez, nueva intervención del médico, el cual dice a las monjas que Sor Filomena es como una débil luz de candela, que bastaría con un pequeño soplo para acabar su vida; y dice que se le administre nuevamente el Viático, ignorando, añade el P. Narciso, la verdadera causa eficiente de todo.

> «Yo fui de parecer contrario —escribe— porque, a mi juicio, el estado de la enferma no era tan crítico ni desesperado como decía el facultativo, pues por ciertas señales exteriores que aparecían se me translució lo de la herida de amor, y estaba persuadido que no habiendo muerto en el punto en el que la recibió, no ofrecía peligro inminente su vida. Con todo, para evitar altercados con el médico, consentí en viaticar a Filomena.» [27]

Repitiéronse los momentos edificantes del 30 de abril.

> «Administrado el Viático —continúa el Padre Narciso— me quedé solo un momento con ella, y me dijo: "Padre, no sé si otra vez podré resistir esto. Dios hiere mi alma con la llama de su amor que abrasa mi corazón." Y habiéndole preguntado si podría moderar algo sus movimientos interiores, me respondió: "Eso no está en mi mano; alguna vez lo he procurado y me perjudica mucho más". Esta es la verdad: el alma se porta en estos casos de una manera pasiva, está en las manos de Dios, como en las del alfarero el barro que recibe la forma que se le quiere imprimir; así como no puede impedir que Dios obre en ella según su beneplácito, tampoco puede limitar su acción cuando obra.» [28]

---

[26] En otro escrito suyo, Dalmau fecha al 25 de mayo la repetición de esta experiencia (cf. *Carta a Auxachs del* 2 de junio 1868, [cit.], p. 347). Evidentemente, en un caso y en otro, se trata de una *errata* de imprenta.

[27] DALMAU, *Vida*, p. 163.

[28] *Ibid.* Quien habla tenía presente todo el contexto de vida, virtud eximia y de carismas de Sor Filomena, como pasado todo por sus mismas manos.

Todavía una nueva recuperación física y vuelta a las habituales ocupaciones, individuales y comunitarias, hasta fines de mayo.[29]

Entonces, le bajan las fuerzas, como de golpe; sin embargo, tampoco esta vez será la hora de su adiós a la tierra. El 13 de junio, otra vez dice el médico que se le administre el Viático. Pero Sor Filomena asegura al P. Narciso que no morirá antes de la fiesta del Sagrado Corazón, y para esa fecha se aplaza su administración.

> «Uno de los últimos días de este mes, volvió a encenderse en su ya ardoroso corazón la llama de amor viva, mientras ella repite con gemidos suplicantes: "Señor, o perdónalos, o bórrame del libro de la vida".» [30]

Es la audacia filial de los Santos en sus relaciones confidenciales de filial amor con Dios. Y es entonces que se oye a Sor Filomena exclamar: «¡Ay de las clausuras, ay de las clausuras!» preanunciando la salida forzosa a que hemos hecho referencia, y que tendrá lugar el 1 de octubre de 1869; aunque para el Monasterio de las Mínimas de Valls, durará sólo cuarenta y ocho horas.[31]

Todavía otro ímpetu de puro amor experimentará nuestra religiosa, en el acrecentamiento de su ansia por el Esposo de su alma; otra herida de amor que será absolutamente irresistible. Pero sigamos más de cerca sus días y sus horas. Son días de amor y de martirio inefable, horas del adiós supremo hacia los cielos de los cielos.

---

[29] El 18 de mayo, escribiendo a las Mínimas del Monasterio de Barcelona, así se expresa con la Superiora de aquella Comunidad: «... Carísima Hermana mía, Sor María de la Salud, la esperanza que tengo es de irme al Cielo; y si así es, ¡ah!, ¡qué abrazo daré, en nombre de las dos Comunidades, al Castísimo Esposo de nuestras almas...!» (ESCRITOS, *Carta del 18 mayo 1868* a las Mínimas de Barcelona).

[30] DALMAU, *Vida*, pp. 164-165.

[31] DALMAU, *Vida*, p. 166.

13

ENCUENTRO CON EL ESPOSO QUE VIENE

El adiós a los suyos

Los familiares de Sor Filomena son hechos sabedores de las condiciones de su salud, ya sea por ella misma, ya también por el P. Narciso. La primera insinuación que ella ha hecho es en junio de 1867.

> «Me hallo con algo de alteración en mi salud, aunque no tengo de hacer cama por ello» —escribía a su hermano Miguel, y añadía—: «No lo he hecho saber a los padres, por no ponerles en cuidado, pero a ti sí que te lo descubro por lo mucho que te amo, y por la confianza que tengo de que rogarás por mí a la que es nuestro consuelo.» [1]

Más tarde, en diciembre del mismo año, da igual información a su tío Sacerdote de Mora la Nueva, por habérsela pedido él mismo explícitamente.

> «En cuanto a mi estado de salud, le digo, mi amado tío, es el más feliz y dichoso —escribe—, pues hará siete meses el 23 del presente, que hallé el panal de miel escondido no en la boca de un león muerto, sino en el árbol santo de la cruz de nuestro Redentor amantísimo,

---

[1] ESCRITOS, *Carta del 19 julio 1867*, al hermano Miguel Ferrer y Galcerán (entonces, en Zaragoza); en SUCONA, *Compendio*, pp. 294-296.

siendo desde entonces alimentada con la abundancia de los frutos de este santo árbol, y a no ser tan dulce y suave el gusto de los dichos manjares, ya haría tiempo que mi vida hubiera sido sacrificada por la violencia de las enfermedades y dolores con que se digna el Señor visitarme,[2] mas la misma bondadosa mano que me hiere, suaviza de tal modo mis penas, que me hallo llena del más puro gozo, descansando siempre en el querer divino, deseando se cumpla en todo la voluntad de mi Padre celestial... Dígnese, mi caro tío, saludar a mi señora madre, si aún está en esa de Mora.» [3]

Pero una más detallada información acerca del principio de la última enfermedad de Sor Filomena, la había ya proporcionado a su padre el P. Narciso. El mismo día del primer síntoma alarmante, el 12 de noviembre de 1867, le había dado inmediatamente una breve comunicación. Seis días después, por una segunda carta, le suministraba noticias más detalladas.

«El día 12 del corriente, en cuya fecha escribí a usted mi primera carta, Sor Filomena estaba en el coro a la hora de Vísperas con la comunidad, cuando de improviso se apercibieron las monjas, que Sor Filomena hacía unos movimientos como si hubiese sido cogida por la garganta y la ahogasen. Visto su estado, pronto corrieron las monjas a prestarle los auxilios que estimaron convenientes, y poco tiempo después se tranquilizó continuando las Vísperas... La noche cenó bien, descansó toda la noche, y en la mañana siguiente el médico la halló muy animada, y por el mismo estilo ha seguido hoy. Pues bien: voy a darles ahora otra relación más importante, porque me parece que les corresponde de tener de ello algún conocimiento... En la mañana del día 12 Sor Filomena, viendo a la Madre Correctora

[2] La expresión es de una auténtica Mínima, adecuada al lenguaje del propio Fundador, San Francisco de Paula, quien, en la Regla, califica la enfermedad como «visita del Señor» (*Regla*, cap. VII).

[3] ESCRITOS, *Carta del 19 dic. 1867*, al Rvdo. Don José Galcerán, en SUCONA, *Compendio*, pp. 308-309.

muy aturdida y a éste su servidor muy sorpreso del crítico estado de su salud, reservadamente nos manifestó a los dos en el locutorio para animarnos, que hallándose cuatro días antes, en cierta ocasión, se le había dado a conocer que en breve se restablecería su salud... No pasen ningún cuidado de Sor Filomena. Todos la amamos mucho y esto debe tranquilizarles... Esta mañana al ir a darle la santa Comunión, me ha parecido más risueño su semblante...»[4]

En casa Ferrer, mientras tanto, a las noticias no buenas de la salud de Sor Filomena, se suma la preocupación por la de la madre, la cual, inesperadamente, ve que se le acortan sus días, inexorablemente.

En marzo de 1868, recibe el Viático.[5] En mayo siguiente, pasa a la eterna vida, dejando apenados al marido y a los hijos. No menos que por los suyos y conocidos, los cuales todos han apreciado en ella la fe y la piedad, así como sus notables virtudes en su total entrega a la familia, Doña Josefa es llorada también por los pobres, muy favorecidos por ella, en la caridad de Jesucristo.[6]

---

[4] ESCRITOS, *Carta del 18 nov. 1867, del P. N. Dalmau al padre de Sor Filomena*, en SUCONA, *Compendio*, pp. 336-340. El P. Dalmau, aun después de esta fecha, sostuvo al respecto correspondencia epistolar con los familiares de Sor Filomena. Ella, en una carta a su hermano Félix, le ruega así en su postdata: «Dígnate, hermano mío, decir a mis señores padres perdonen de no escribirles, pues confío lo hace el P. Provincial, que no duda que mi penoso estado me priva de poderlo hacer, y les pido a todos me encomienden a Dios» (ESCRITOS, *Carta del 5 febrero 1868* al hermano Félix Ferrer y Galcerán); en SUCONA, *Compendio*, pp. 292-293.

[5] Lo conocemos por la carta de Sor Filomena a su hermano Miguel (ESCRITOS, *Carta del 13 abril 1868* al citado): «No te olvides tampoco de rezar a la Santísima Virgen del Pilar [Patrona de Zaragoza, donde se encontraba el hermano] por tus padres y hermanos, y en particular por tu madre que, ya lo debes saber, ha sido viaticada hace cosa de un mes, y ahora aún no se halla un poco más fuerte, recibí hace poco la noticia de que se le hinchaban las piernas; pide a la Virgen se digne devolverle la salud, pues tienes mayor obligación de hacerlo por tu madre que por ésta tu indigna hermana...»; en SUCONA, *Compendio*, pp. 297-301.

[6] N. DALMAU, *Vida*, pp. 166-167.

Dieciocho días después, con la noticia del fallecimiento de su madre, ocurrida el 13 de mayo de 1868, en Espluga de Francolí, Sor Filomena tiene también la certeza de su salvación, por el modo que después diremos.[7]

Es ahora, en cambio, el momento de adelantar el adiós de ella a los suyos, particularmente a su hermano Félix, entonces todavía en Espluga de Francolí.

> «Tres o cuatro semanas antes de su muerte —dependrá él en el Proceso— me escribió una carta, destinada sin duda a preparar a la familia... y me puso en un billete dos renglones, diciéndome que no tardaría mucho ella en morir, y que deseaba verme. Obtenido el permiso de mi padre, fui a donde ella, la cual salió al locutorio, donde durante dos horas, me dio varios avisos e instrucciones acerca del modo de comportarme y de consolar a mi padre y a los demás. Queriendo después yo despedirme, me pidió que volviera a la tarde, dado que ésta era la última vez que me hablaría. Lo hice así, y durante un buen rato, me repitió sus reflexiones.»

Esto ocurría en julio,[8] concretamente el 25, día consagrado al Patrón de España, Santiago. Era domingo, exactamente, nos hace saber Sucona, el cual informa también de que Félix se entretuvo en el locutorio del Monasterio de Valls también buena parte de la tarde de aquel día. Después de haber hablado de cosas del Cielo, al despedirse de él su hermana Sor Filomena, le dijo sonriendo que no la

---

[7] *Ibidem.* Sin embargo, el acta de defunción de Dña. Josefa Galcerán y Brú, no ha sido posible obtenerla, a causa de la pérdida y destrucción de los archivos en los años 1936-1939. Por una nota del 18 abril 1868, en el *Libro de Cuentas* de la capilla de la Ssma. Trinidad de Espluga de Francolí, resulta que el marido, D. Félix Ferrer, había restaurado allí la imagen expuesta a la pública veneración (n. 6 240 R.) (cf. *Carta del Párroco de San Miguel Arcángel,* en Espluga de Francolí del 24 nov. 1975, al Can. L. Casañas de Valls, en «Notas» [cit.] de dicho Casañas. Alegato n. 1). Se tiene confirmación de la permanencia de los Ferrer en aquel lugar durante aquella época, y también de la carta citada de Sor Filomena al hermano Félix, en el mismo período.

[8] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 390, §§ 43-44.

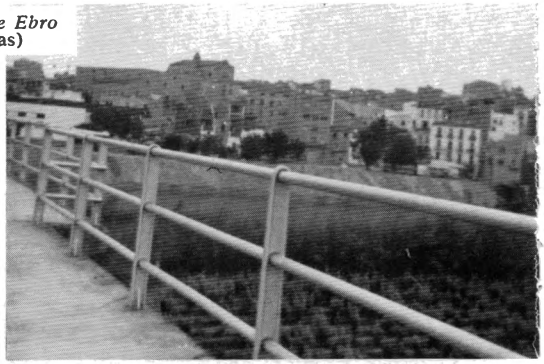
Sor Filomena de Sta. Coloma en el éxtasis del «triángulo estrellado» (diseño de E. Casabella)

MORA DE EBRO: *Monumento de la Sierva de Dios y Crucifijo esculpido por su padre para su profesión religiosa*

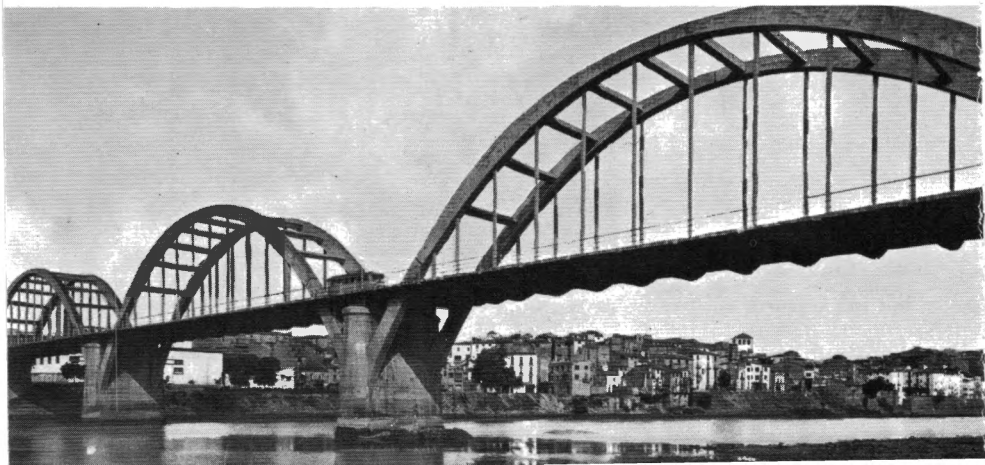
VALLS: *Instrumentos de penitencia e imágenes sagradas de uso por la Sierva de Dios*

MORA DE EBRO: *Vista panorámica actual junto al río*

Último tramo del puente que introduce en Mora de Ebro
Visible en la parte alta el Convento de las Mínimas)



MORA DE EBRO: *Actual puente que le une a Mora la Nueva*



«La gracia de lo alto —informa su Director espiritual— había obrado entre el corazón de Filomena y el de Jesús una unión moral tan íntima que no parecían eran dos, sino un solo corazón en el sentir y en el obrar. Por esto, al darme cuenta de esta subida merced, exclamaba fuera de sí: "Vivo yo; mas no yo; Jesús es quien vive en mí".» [5]

De ahí, se comprende fácilmente la perfección de las virtudes de esta monja que, incluso sus escritos los comienza con «a honor y gloria del dulcísimo Corazón de Jesús».[6]

Ya cuando hizo el voto de lo más perfecto, sabemos que pidió a este Corazón Sacratísimo, que la encerrase en él, segura de que así lo habría cumplido.

«Encerrad, santísimo Jesús mío, este mi voto, junto con los cuatro que hice el día de mi profesión. Encerradlos juntos en vuestro dulcísimo Corazón, y tomad, mi Stma. Madre, la llave, poniendo en su lugar el sello de la perseverancia final.» Y para conservarse en este fervor, renueva las aspiraciones escritas de su mano: «¡Oh amado Jesús mío, cuán dulce será para mí la memoria de tu presencia, aunque te escondas...! Muera yo viviendo, y viva ya sin vida; nada quiero sin Ti, y nada de esto para mí. ¡Oh felicidad eterna, cuándo será que mi corazón sea una llama de amor...! Venid, venid, castísimo Amor mío, y tomadme con vuestras sagradas manos, introducidme en lo más íntimo de vuestro dulcísimo Corazón...» [7]

Tanto fervor por el Corazón de Jesús no es en Sor Filomena, puro sentimentalismo y fruto de emotividad, sino verdadera caridad teologal, que se inserta, no en el sen-

---

[5] Es el dicho paulino en *Gal. 2, 20;* DALMAU, l. cit.

[6] ESCRITOS (*passim.*).

[7] ESCRITOS. Esta y otras aspiraciones siguen a los «33 Propósitos» de Sor Filomena, en el ms. de la oblación cotidiana. En dichos escritos, las referencias, los afectos, etc. al Sdo. Corazón son muchos, especialmente en las Cartas.

timiento, sino en la voluntad; y voluntad, la tiene ella abundante, demostrándolo en todo.

Su amor personal a Jesús impregna todos sus piadosos ejercicios y las celebraciones de los misterios litúrgicos; a El se refiere todo deber o experiencia de cada día. El Corazón de Jesús es para ella modelo y Maestro de las virtudes, y le enciende y acrecienta el deseo de padecer por Su amor.[8]

Con Jesús, las cosas y las obras de Su Corazón están también, profundamente, en el corazón de Sor Filomena: los sacramentos por él instituidos, particularmente, el sacerdocio, la Iglesia, con sus ministros, comenzando por el Vicario de Cristo en la tierra. El amor al Papa y el deseo de verle libre de sus enemigos es, en Sor Filomena, algo extraordinario. Da fe de esto el P. Narciso, el cual informa, además al respecto, que ella pide siempre a la Inmaculada que asista a Pio IX, y le conceda el triunfo. El cual implora, asimismo, del Arcángel San Miguel.[9]

Por la Iglesia, desea ser víctima mil veces, y soporta grandes dolores, por amor y sacrificio, en favor de la misma.[10] Y este dolor, que no faltó nunca en su vida, se irá acentuando siempre más.

Cuerpo y alma en el crisol del dolor

En el cuerpo, aparte de los sufrimientos difusos que experimenta en línea total —ya lo veremos— Sor Filomena, ya en 1866, acusa los síntomas de aquel mal sutil, muy frecuente, especialmente en su época. Golpes de tos, primero secos y leves, después siempre más lacerantes, le dan la sensación de que el pecho se le desgarra. Con la

---

[8] DALMAU, *Vida*, pp. 133-134.
[9] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 96, § 43.
[10] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 110, § 112.

tos, aquel sentimiento característico de opresión, que a veces llega casi a sofoco.

Dolorosa en sí, la enfermedad física, es causa de otra involuntariamente ocasionada, aunque por un temor mal ocultado por algunas Hermanas.

> «En los primeros meses de mi profesión —recuerda Sor Engracia— alguna religiosa me aconsejó y advirtió que no frecuentara mucho ni me acercara a Sor Filomena, porque se temía fuese tísica y podía contagiar tal enfermedad.
>
> »Tuve la indiscreción de decirle la advertencia que me habían hecho. Entonces, Sor Filomena prorrumpió en un amargo llanto, tanto, que se dio cuenta la Madre Luisa de la Dolorosa, a la sazón Correctora, y vino a encontrarla, preguntándole cuál era la causa de su llanto...
>
> »Yo expliqué... La Madre Correctora quiso reunir la Comunidad, para descubrir cuál o cuáles religiosas hablaban así de la pobre Sor Filomena. Mientras, la Sierva de Dios, plegando sus brazos, en actitud suplicante, dijo: "¡Oh, Madre Correctora, por amor del Corazón de Jesús, le ruego no lo haga...". A la tarde, fue a encontrarla en su celda y le pedí perdón... y me tranquilizó. No era porque le doliese el ser tísica o que las religiosas temiesen el contagio, sino porque, pensando esto, ella se vería privada de ejercitar actos de piedad con las religiosas, si temían este contacto con ella.»[11]

En efecto, el mal existía, pero no era esto lo que la preocupaba,[12] antes bien, en eso, como en las varias enfermedades y padecimientos físicos, aun cuando ya se acercaba la muerte

> «Lejos de estar abatida, se la veía animada y contenta; y hablando de Dios y del Cielo, parecía no sentir

---

[11] «Positio s. V.», *Summ.*, pp. 190-191, § 60.

[12] Ya tiempo antes, sabiendo ella que se decían tales cosas, había tranquilizado a la conocida Hermana: «No tenga ningún temor, Hermana, de que mi mal se contagie a su Caridad ni a las demás religiosas, porque Dios me ha hecho esta gracia de no contagiarlo a nadie» (*ibid.*).

los dolores de la enfermedad.» [13] Y «fue una realidad —añade Sor Engracia— que su enfermedad no causó contagio ni daño a nadie, porque yo fui quien la trató y la curó más asiduamente (como segunda enfermera), siendo mucho más joven que ella, ni tuve jamás aprensión, porque nunca creí que se tratase de tisis, sino de otra enfermedad de orden superior, que mucho deseaba me comunicase.» [14]

A la tuberculosis, se juntará un defecto de corazón, que el médico diagnosticará como lesión orgánica, causada por los esfuerzos repetidos de la ascesis, con ataques de hemoptisis. La doble enfermedad la llevará lentamente, pero progresivamente, al deterioro de su constitución física; pero, tanto en la una como en la otra, el mismo médico, Doctor Sojo, la encontrará constantemente edificante.

«Sufría mucho y nunca le noté la más mínima señal de impaciencia, presentando siempre un aspecto sonriente, sin que, de sus labios, saliese ninguna queja.» [15] Y añade: «Conocí y traté a la Venerable, en las visitas

---

[13] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 121, § 11. Así informa Sor Magdalena de Cristo, que vivió con ella en el Monasterio, los últimos años de su vida.

[14] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 394, § 53. «Era el incendio de amor divino que la abrasaba» (*ibid.*, p. 392, § 48).

[15] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 381, §§ 4-5. Hemos querido referir esta declaración jurada del médico de la Comunidad, porque el origen de la *tbc* de Sor Filomena no fue puramente natural. En la escalera principal del Monasterio de las Mínimas de Valls, había una imagen de nuestra Señora del Pilar, delante de la cual acostumbraba ella a veces arrodillarse y rezar. Una de estas veces, en la época en que se comenzó a hablar de su tisis, sintió un fuerte golpe en el pecho, que le hizo salir sangre de su boca (cf. SUCONA, *Compendio*, p. 69). Era cerca de las 10 de la noche del 23 mayo 1867, según confió ella misma a Sor Rosa de San Narciso, y fue tal el golpe que sintió, que, al instante, le causó abundante hemotisis. «Comprendí que lo atribuía al demonio —dependrá la citada confidente— tanto más cuanto que le había oído decir otras veces que el demonio quería matarla... Y se preparó para la muerte desde el principio de la enfermedad, con sus Ejercicios espirituales desde la Ascensión a Pentecostés» («Positio s. V.», *Summ.*, pp. 386-387, §§ 27-29).

que, como médico, tuve que hacerle; en éstas, observé siempre que era muy humilde, sincera y franca con el médico, sonriente y sufrida, sin exagerar nunca sus padecimientos, ni exhalar un suspiro o un lamento. Por lo demás, ni los Superiores, ni ella misma, me confiaban cosas extrañas a mi profesión, ni yo me metía en indagarlas. Sabía, sin embargo, que algo había en ella de extraordinario».[16]

Análoga fortaleza había sido ya admirada en ella, en anteriores circunstancias dolorosas, no sólo en la religión, sino también ya en el siglo.[17]

A los dolores físicos y a las penas morales, se juntan las tribulaciones del espíritu. Desolaciones y oscuridad, a menudo, la opresionan.

También el espíritu del mal hace su presencia, queriendo perderla por envidia, y no raras veces, se manifiestan externamente sus interiores combates; pero de esto trataremos en la segunda parte. Bastará aquí saber que la virtud de Sor Filomena es cribada hasta el extremo.

> «El médico dice que la enfermdad de Sor Filomena es una tisis —escribirá el 2 de julio de algunos años después, el Padre Narciso—. Si a esta enfermedad añadimos sus horrosos y extraños dolores... y grandes desolaciones de espíritu... es un manifiesto prodigio de la gracia... Por tal tiempo hace que su vida sería acabada.» [18]

---

[16] *Copia publ. Proc. Ord.*, super art. 208.

[17] Así, por ejemplo, cuando Filomena, de jovencita, por el año 1859, al trasladarse con los suyos de Margalef a Capsanes, cayó del caballo y se produjo una herida en la cabeza, de modo que hubo de cortarle el cabello su padre, para poderle medicar. No se quejó ni en la caída ni en la medicación («Positio s. V.», *Summ.*, p. 279, § 67). Habiéndole sobrevenido después una erisipela en la cara, que la hacía aparecer monstruosa, «todos admirábamos la resignación y paciencia con que soportaba tan dolorosa enfermedad, e incluso el cirujano se maravilló de su fortaleza» («Positio s. V.», *Summ.*, p. 280, § 68).

[18] *Carta del P. N. Dalmau al Rvdo. D. M. Auxachs* (del 2 junio 1868); en SUCONA, *Compendio*, pp. 343-350.

Angustias de muerte y arideces de espíritu la afligen, hasta el punto de hacerla encontrarse como, en un Getsemaní, de opresión y de tristeza, constriñéndola a pedir la extrema ayuda del Señor.[19]

Quienes, sobre la tierra, se esfuerzan por darle alguna luz y consuelo, en tales pruebas y penas del espíritu, cuando se hacen más agudas, son la Superiora, el P. Narciso y el P. Juan Badía de Llacuna. La primera refiere que Sor Filomena, en medio de sus tribulaciones y angustias, se acercaba a ella; se arrodillaba, y llorando, como una niña, le manifestaba sus penas, protestando que, aun si todo el infierno le hiciese guerra, ella había puesto su confianza en Dios, y con El, saldría victoriosa.[20]

El P. Narciso, a su vez, depondrá en el Proceso que, cuando acudía a él, en tales angustias de espíritu, sólo después de humillarse, arrodillada, le exponía, llorando, sus penas; y muchas veces, salía con esta exclamación: «Aunque todo el infierno se oponga, yo tengo mi confianza en Dios», e invocaba a la Virgen y a los Santos de su devoción.[21]

De semejante manera depondrán Sor Felicidad del Espíritu Santo y Sor Rosa de San Narciso:

> «Nunca se abatía, ni se le notaba desconfianza, sino gran resignación... por muy desolada que estuviese. Aunque me encontrase con la cabeza en el infierno —decía— continuaría confiando en la misericordia de Dios... *In Te, Domine, speravi, non confundar in aeternum - En Ti, Señor, he esperado, no seré confundida para siempre.*» [22]

Y el Capuchino P. Badía, al cual acudía también en ocasiones extraordinarias, en uno de los mensajes que

---

[19] Cf. DALMAU, *Vida*, p. 128.
[20] SUCONA, *Compendio*, p. 69.
[21] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 123, § 25.
[22] «Positio s. V.», *Summ.*, pp. 124, § 28; 125, §§ 32, 34, 39.

le enviaba, como respuesta a las preguntas hechas —uno de los últimos y el único llegado en su texto hasta nosotros— he aquí cómo, anunciándole nuevas cruces y cómo haciéndole entrever el Cielo, se expresaba:

Jesús, María, José.

»Estimadísima en Jesucristo:

»Convénzase de que su espíritu está unido a Jesucristo. Sin embargo, quiere el Señor todavía otra intimidad, y ésta no puede tenerse, sin otra cruz, que su Esposo le enviará. Yo creo que usted la aceptará, con gozo y satisfacción, y que continuará subiendo la montaña, como Elías. Y si la llama de amor languideciera, párese, a la sombra de su Esposo; entre, para descansar un poco, en la llaga de su costado; y así, reanimada, reemprenderá la ascensión, sin mirar el camino recorrido, sino el que resta andar, para llegar al monte santo de Sión. Allá arriba, descansará; allá arriba, gozará; allá arriba, allá arriba.» [23]

Este Padre que, como sabemos, gozaba fama de santidad, en Valls y sus contornos, había captado claramente el sentido de la purificación pasiva, en que se encontraba Sor Filomena, y con palabras, igualmente claras, del lenguaje místico, al tipo y al estilo de los Cantares, le ha contestado, tranquilizándola.

Pero más que las propias penas y tribulaciones interiores, son las tribulaciones que afligen a la Iglesia y las, no menos tristes, de la Patria, las que afligen a Sor Filomena. Una primera oblación suya, como víctima, por la Iglesia y por el Papa, obedece a una interior llamada, sentida de un modo tan vivo y tan claro, que, aun no conteniendo un final inmediato —no ha llegado su hora todavía— no será desmentido. Adjunta a esta oblación,

[23] DE LANGOGNE, *La Vénérable*, p. 87.

otra de la propia vida, por el perseverante reflorecimiento de la observancia de la propia Comunidad, en su fidelidad a los orígenes.[24]

La oblación, mientras, está allí, sobre el altar del amor y del dolor, y alza sus gemidos al Cielo. Muchas veces, parecerá llegado el gran momento de su acogida, pero serán sólo preavisos; hasta que, un día, sí, llegará el Aguila divina, bajando a asirla, para llevarla, hostia agradable, sellada con el sello del Dios vivo.

[24] SUCONA, *Compendio*, pp. 108-109; «Positio s. V.», *Summ.*, p. 392, § 48.

12

ULTIMOS TOQUES

La nota dominante

Amor y dolor, inseparables en el camino terrenal de Sor Filomena, alcanzan su saturación en los últimos años de su vida. Constituyen su nota dominante, el tema melódico, que aparece en cada esquina de su itinerario de perfección, tanto más cuanto que el viaje final apunta a su término. Mientras tanto que viene más probada su virtud y más pronta y conforme se hace al ideal de santidad, que Dios, le había señalado, Sor Filomena aparece, en esta luz e identidad, más verdadera.

Los últimos y más incisivos toques a su retrato interior, acentuarán los rasgos de la esposa consagrada, herida de amor divino, que, como un día, Teresa de Cepeda-Ahumada, vive muriendo, porque, aun muriendo, vive por Aquel que la consume en Su llama de amor.

«Como la cierva suspira por las corrientes de agua, así mi alma suspira por Ti, oh Dios. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo —puede repetir con el Salmista—, ¿cuándo vendré y veré el rostro de Dios?» [1] Y tanto más avanza ella por el camino de la perfección, cuanto más se aproxima a Dios, con los afectos de su alma. Es la crecida de la caridad que la conducirá como en carrera a la meta, no

[1] *Slmo. 41, 2-3.*

cumplidos todavía los treinta años. Desde ahora, tiende ya hacia allá, «con *todo* el corazón, con *toda* el alma, con *todas* las fuerzas».

Desde el diciembre de 1866 al mayo de 1867, Sor Filomena llega a las puertas de la muerte, a causa de los grandes sufrimientos que padece, permitiéndolo así el Señor —informa el P. Narciso—; pero no muere, levantando El Su mano. El día de Pentecostés, incluso se levanta y puede cantar con la Comunidad, en la misa conventual.[2]

Propiamente, desde hace cinco meses —escribirá el mismo P. Narciso— sufría Sor Filomena dolores de una enfermedad muy grave, y según el médico, ella moriría dentro de no mucho tiempo.

> «Ahora, pero, sus grandes dolores le dan un poco de reposo... y anda por el convento y asiste a todos los actos de comunidad, si bien que a ratitos se ve obligada con acento dolorido a exclamar como David: "Dolores inferni circumdederunt **me**".»[3]

Las Hermanas creen que su empeoramiento es debido a su penitencia rigidísima, y se la prohíben. Ella obedece, aunque le cuesta, pero sólo tres días después de haber vuelto al alimento común, el 29 de junio, cae en una mayor y extrema postración física. Una tos insistente, con sofocación de pecho, la agita. Pide entonces que se le haga abandonar la alimentación de aquellos días y recupera fuerzas rápidamente; tanto, que puede dejar la cama, y sucesivamente, dedicarse como de costumbre a los ordinarios trabajos de la vida común y del oficio.

---

[2] DALMAU, *Vida*, p. 129.

[3] *Carta del P. N. Dalmau al Rvdo. D. M. Auxachs del 6 oct. 1867*, en SUCONA, *Compendio*, pp. 332-336. También, según el testimonio de Sor Rosa de S. Narciso, la última grave enfermedad de Sor Filomena comenzó en mayo de 1867, exactamente el día 23 (cf. «Positio s. V.», *Summ.*, p. 386, § 27).

«Esta curación fue fuera del orden natural», piensa el P. Narciso, que sigue de ella las fases internas y las externas y tiene su parte en lo que el Señor obra en ella.[4] Así, hasta últimos de setiembre de 1867, que es cuando Sor Filomena siente todo su cuerpo como oprimido por una fuerza poderosísima, que le produce ataques convulsivos que le quitan a veces la respiración, por la fuerza de los dolores.

> «Enterado yo oportunamente por la Prelada —informa del Padre Narciso— y sospechando que la causa podía ser un desahogo de Satanás, aconsejé a esta Reverenda Madre que pusiese en contactó con la paciente Filomena alguna reliquia de santos que se veneran en el convento...; pero sin resultado, pues los accidentes se repetían con la misma intensidad y frecuencia. Fui a buscar remedio en el agua bendita... Encargué a la Prelada que rociase y diese a beber un poco de ella... En efecto, el ataque se repitió y con gran violencia, pero cesaba repentinamente así que Filomena se pasaba algunas gotas de aquella agua.» [5]

El 20 de octubre, queda completamente libre. Todas, en el Monasterio, se sienten felices al verla reflorecer en su vida, convencidas de que la virtud de Sor Filomena es un fuerte baluarte para la observancia regular; y para que, como ángel de caridad que es, continúe siendo la

---

[4] DALMAU, *Vida*, p. 156. El P. Dalmau estaba convencido de que, en el caso de Sor Filomena, no se trataba de un mal físico, sino que lo acompañaba una particular prueba de purificación de los sentidos y del espíritu. «No puedo negar que el mal que Sor Filomena tiene localizado en el pecho es una enfermedad natural; pero creo que es producido por una causa preternatural, y lo pruebo. No puede la tisis, con su gran opresión de pecho, causarle una tos tan fuerte, que ni ella misma puede entender de dónde le viene. No puede la tisis producirle los grandes dolores que la pobrecita sufre en las piernas, en las plantas de los pies y especialmente en los talones, que a veces la obligan a andar cojeando. No puede la tisis, etc...» (cf. *Carta del P. N. Dalmau al Rvdo. D. M. Auxachs*, cit.).

[5] DALMAU, Vida, pp. 156-157.

enfermera, toda dulzura y amabilidad para las Hermanas, y además, médico y medicina.[6] Pero aquel retorno a la salud no será duradero.

Desde últimos de octubre hasta abril de 1868, nuevas pruebas se abaten sobre el físico y sobre el espíritu de Sor Filomena.

> «El 11 de noviembre pasado —informa el Padre Dalmau— el médico dio a las monjas el pésame de la cercana muerte de Sor Filomena, asegurando por tres veces repetidas que no llegaría al año 1868. Hízole otra visita el día 27 de diciembre y añadió que la enfermedad de Sor Filomena por su gravedad tocaba ya a su término. Por último, la visitó otra vez el día 2 de enero del año corriente y cuando el médico creía, según sus cálculos, encontrar a Sor Filomena al extremo de su agonía, fue muy al contrario... No pudo menos el médico de quedar confuso a la vista de sus equivocados pronósticos, lo que le obligó a hacer una humilde confesión de su ignorancia, dirigiendo a ella misma estas textuales palabras: "Sor Filomena, hemos llegado ya al año de 1868..." Durante todo este tiempo, Sor Filomena no ha hecho más que cuatro días de cama en diferentes ocasiones, y por disposición del médico, y no obstante de todo esto... sigue andando por el convento con su enfermedad grave a cuestas, y el médico detrás de ella con sus pronósticos que morirá, si bien que no señala la fecha de su muerte, por el temor de equivocarse...»[7]

---

[6] DALMAU, *Vida*, p. 158.

[7] *Carta del P. N. Dalmau al Rvdo. D. M. Auxachs* del 10 febrero 1868; en SUCONA, *Compendio*, pp. 340-343. En el Proceso Ordinario de Tarragona, el aludido médico de la Comunidad del Monasterio de Valls, Dr. Francisco Sojo, comentará así la enfermedad de Sor Filomena y su diagnóstico: «En la última enfermedad... visité con mucha frecuencia a Sor Filomena, sorprendiéndome aquellos fenómenos raros e insólitos de encontrarla hoy a punto de morir y al día siguiente, levantada y siguiendo a la Comunidad en la observancia de la Regla. Esto no obstante, como médico, atendí sólo a los signos externos de su físico, respetando las causas sobrenaturales que pudiesen influir en ella. Tuve el convencimiento de que los efectos externos físicos de la enfermedad que padecía Sor Filomena, que yo diagnostiqué de lesión orgánica de corazón y de pulmones, podían ser de hecho consiguientes y determinados por todos los hechos internos de su alma, como también causados

Mientras, los dolores continúan; la enfermedad se vuelve galopante y ella queda reducida casi a un esqueleto ambulante.

> «Causa compasión a todas las monjas —escribe Dalmau— y más motivo tengo yo de compadecerme de ella, que debo saber más que las monjas, hasta donde llega el horror de su infierno, que la pobrecita, con fortaleza y fidelidad, sostiene en medio de torrentes de lágrimas. Con toda propiedad puede exclamar como el santo Job cubierto de llagas: *Compadeceos de mí a lo menos vosotros que sois mis amigos, porque el Señor me ha tocado con su mano...*[8] Estoy bien persuadido... que Dios quiere hacer beber a esta feliz criatura el cáliz de sus amarguras, para que se presente como una víctima preciosa a sus divinos ojos por los fines que Dios por un exceso de su divina misericordia tiene...» [9]

Parece que el más ligero contratiempo debe dejarla acabada, y sin embargo, siente en sí tanta fuerza, que no deja por ello el desempeño personal de todas sus incumbencias. Junto a las tribulaciones de la Iglesia y del Romano Pontífice, otros motivos se juntan mientras tanto, a sus intenciones de oblación como víctima. Si, para las primeras, hubo una clara llamada interior a los fines de la paz y del triunfo de la Iglesia,[10] éstas entran

---

por sus rigurosas penitencias...» (cf. «Positio s. V.», *Summ.*, p. 421, §§ 159-160).

Siempre con referencia a las dichas dos clases de incidencias, el Dr. Sojo confesará también: «Al principio de su enfermedad, ignorando totalmente lo que pasaba en la Venerable en el orden psicológico, llegué a verme confuso por sus desacostumbradas alternativas, rápidos cambios y diversas fases que presentó la enfermedad, sospechando que no se cumplían mis prescripciones. Al fin, habiéndome informado algún tanto el P. Confesor y la Correctora del estado moral de la paciente, comprendí lo que, por la ciencia médica, no me podía explicar. Entonces quedé tranquilo» (cf. *Copia publ. Proc. Ord.*, super art. 220).

[8] *Job, 19, 21.*

[9] *Carta del P. N. Dalmau al Rvdo. D. M. Auxachs*, del 10 febrero 1868 (cit.): SUCONA, *Compendio*, p. 341.

[10] DALMAU, *Vida*, p. 129.

en su vocación corredentora y en su misión de renovación a la que ha sido llamada en el seno de la Comunidad del propio Monasterio. El ofrecimiento de la propia vida, lo extiende a la salvación de algunos pecadores y a la fiel observancia de la propia Comunidad.

Por tres veces insiste. Añade lágrimas y plegarias, hasta que el Señor le muestra haberse dejado vencer y haberse agradado de su oblación.[11] Es la misma Sor Filomena que informa de ello a la Superiora:

> «Madre, el Señor se deja vencer. Moriré, porque ha aceptado el sacrificio de mi vida.» [12]

La Madre, sin embargo, le dirige un dulce reproche, sabiendo cuánto cuesta a una Comunidad y especialmente claustral, el perder un elemento joven, aunque sea para ir al Cielo. Mas aquí la voluntad de Sor Filomena es coincidente con la de Jesús:

> «Quiero que te ofrezcas como una víctima y que me sacrifiques lo que comes de pan... para obligarme más y más a traer la paz y el triunfo a la Iglesia que tan abatida se halla; y para que sea más cumplido y más agradable a mí este sacrificio, permitiré que padezcas varias tribulaciones y angustias en este mes...»

Es la voluntad manifestada por El, en diciembre de 1866.[13]

El P. Narciso, a su vez, no cree que Sor Filomena haya

---

[11] SUCONA, *Compendio*, pp. 108-109.

[12] «Positio s. V.», *Summ.*, pp. 395, § 56; 397, § 63.

[13] DALMAU, *Vida*, p. 129; ESCRITOS, *ms. del 29 nov. 1866*. En seguida después de este período, el Señor volverá a cargar su mano hasta la vigilia de Pentecostés del año siguiente (cf. *ibid.*, nota 1). Aun proponiéndonos reservar hechos e incidencias de naturaleza sobrenatural y extraordinaria para la segunda parte de esta biografía, no podemos sustraernos enteramente de consignar aquí los hechos ocurridos estrechamente ligados al término de la vida terrena de Sor Filomena.

de dejar pronto esta tierra, pero ella le confía a Sor Engracia: «Aunque no crean que moriré pronto, será así ciertamente.» A la Superiora, por otra parte, le dará seguridad de que la Comunidad gozará de perfecta paz.[14] Una sola grande prueba se abatirá sobre el Monasterio, pero que pasará pronto: La salida forzada de las monjas, de la clausura, por causa de la Revolución.[15]

Al mismo paso de las crisis agudas de la enfermedad, el alma de Sor Filomena, a intervalos más o menos largos, se siente inundada de aquella experiencia de la presencia de Dios y de Su amor, que le rebosa en efusión de corazón por El. Jesús y María vienen a serle cada vez más sus únicos polos de atracción, el imán al que se siente atraída irresistiblemente, hasta el punto de que se le romperían las ataduras que la tienen unida al cuerpo, sin un especial socorro del Cielo. Pero ahora también, amor y dolor son los componentes esenciales de su experiencia: Amor de fuego; dolores de muerte, en el cuerpo y en el espíritu, mezclándose todo y confundiéndose en la experiencia viva de su frágil ser. Es la típica experiencia de la suma de contemplación y juntamente de purificación pasiva, común a otras almas, especialmente al final de su vida terrena, y está al unísono con su aspiración de fondo. Se le encontrará escrito de su mano: «No quiero vivir sin cruz, y sé por qué. En mi vida, breve o larga, padecer siempre y no morir.»[16] Pero —recordémoslo— lo exige también el plano especial de santificación: Para que los elegidos del Señor, sean encontrados más dignos de El, y libres y limpios, vayan al encuentro del Cordero Inmaculado.

---

[14] SUCONA, *Compendio*, p. 110.

[15] DALMAU, *Vida*, p. 166. Volveremos sobre ello en la segunda parte, a propósito de los dones sobrenaturales de Sor Filomena.

[16] DE LANGOGNE, *La Vénérable*, p. 210. El escrito, en una hojita, fue encontrado después de su muerte, en su breviario, que luego la Superiora pasó a Sor Engracia.

> «Mi alma está atormentada por una sed que me devora, y por refrigerio, no se le da sino hiel.» «Me quemo, me quemo», grita Sor Filomena, una noche en que la llama de amor es más intensa. «Ah, Dios mío, primero, era fuego; ahora, es incendio.» [17]

Los primeros síntomas de este «mal de amor» místico, que los maestros de espíritu llaman «heridas de amor», aparecen el 7 de marzo de 1868.

> «En esta fecha —escribe el Padre Dalmau— tuve que entrar en la clausura por haberle sobrevenido un accidente que le impidió el habla durante cinco horas. Al poco rato de estar a su lado animándola, me dijo estas expresiones: "Padre, me quemo. Si esto se me repite, no creo poderlo resistir, no cabe la alegría dentro de mi corazón".
>
> »La hice callar para que no se fatigara, encargándole que el día siguiente me escribiese qué cosa había experimentado en su corazón; y en efecto, me entregó un escrito de seis páginas, entretejido de expresiones muy vivas y enérgicas, con las que presenta muy al vivo la sed de amor con que su corazón ardía, después que su alma había sido herida del más puro amor.»[18]

Entre una y otra vuelta de la llama de amor puro,[19] «no puedo vivir —dice— sin la compañía de mi dulcísima Madre», aludiendo a la Virgen; y «sufro y amo el sufrir».

---

[17] De Langogne, *La Vénérable*, p. 211.

[18] *Carta del P. N. Dalmau al Rvdo. D. M. Auxachs* del 2 de junio 1866; en Sucona, *Compendio*, pp. 343-350. Después de haber trascrito para el referido Párroco-Prior de Mora de Ebro un rasgo más expresivo de este escrito de Sor Filomena, el mismo P. Narciso observa: «Este escrito me confirmó en la opinión que me había formado, que Dios la había puesto en la purificación pasiva» (doc. cit., p. 346).

[19] La expresión es usada por San Juan de la Cruz, para indicar esta experiencia mística, en su «Subida al Monte Carmelo».

A al Superiora, que le dice que pediría al Señor que le suavizara los sufrimientos, «Oh, no, esto no, Madre mía —le suplica—, esto no; sino Su santísima y adorable Voluntad».[20]

Pero oigamos la relación ordenada, hecha por el P. Narciso, de los momentos más destacados del último año de Sor Filomena en este mundo. Como Confesor y Capellán de las Mínimas de Valls y Director espiritual de ella, experto en discernir los caminos de Dios y en guiarla, está informado más que cualquier otro.

> «El 10 de abril —escribe, claro y rotundo, de Sor Filomena— le sobrevino, en efecto, una delicada y profunda herida de amor... que la postró físicamente: respiración fatigosísima, rostro encendido como de fuego, ardores tan vehementes, que fue preciso traerle un balde con agua, para meter en ella las manos.» [21]

Se prolonga este estado hasta el 30 del mismo mes, día en el que el médico, constatando la gravedad, sugiere que se le administre el santo Viático. Se hace inmediatamente, sintiéndose feliz Sor Filomena, como por la señal de que se aproxima el Señor, para irse con El, para siempre. Pide a la Superiora poderlo recibir de rodillas, no siéndole concedido, dada la extrema postración de sus fuerzas. Cuando entra el P. Narciso con el Santísimo, hace la enferma su profesión de fe, y pide perdón por toda falta de edificación que haya podido dar, a la Superiora y a las Hermanas que le están en torno.

> «Volviéndose a mí — informa después el Padre Narciso— con lágrimas en los ojos me suplicó la absolución de su infidelidad en poner en práctica los consejos que le había dado. Y como estos actos de humildad iban acompañados de razones tan tiernas como discretas, en

[20] DE LANGOGNE, *La Vénérable*, p. 211.
[21] DALMAU, *Vida*, p. 160.

aquel lugar no se oía más que sollozos y gemidos. Lloraban las Hermanas y lloraba yo, y no se pasó poco rato hasta que, dueño de las fuertes emociones de mi corazón, pude, aunque con harto trabajo, empezar el *Domine non sum dignus*, etc.» [22]

Al comulgarla con el Viático, nota el P. Narciso que las mejillas de Sor Filomena se tiñen de un rosa maravilloso. Terminadas las oraciones del rito, le recuerda la costumbre monástica del momento, conforme al voto profesado de pobreza. «Oído lo cual, Filomena se dirigió a su Prelada, y le dijo: Madre Correctora, esta pobrecita pide a V. R. por caridad y de limosna me conceda un santo hábito, con que después de muerta, se pueda cubrir la desnudez de mi cuerpo.» [23]

Recibido el asentimiento, se sumerge en el más profundo recogimiento. Permanece dos horas, como en éxtasis: ni un movimiento, ni un aliento, salvo que, de cuando en cuando, encendido su rostro como un serafín, pronuncia versículos de salmos, como: «*Cor meum et caro mea exsultaverunt in Deum vivum.*» [24]

«Hermana, ¿cómo se encuentra?, le pregunta después la Superiora, que había vuelto a la cabecera, llamada por la enfermera, alarmada por su tan prolongada abstracción. Sor Filomena, como despertando de un profundo sueño, responde: "No puedo vivir sin la compañía de mi dulcísima Madre. Deseo morir para unirme en el Cielo con la Sabiduría increada, que con tantas ansias busca mi alma".» [25]

No obstante las acostumbradas negras previsiones del médico, Sor Filomena se recupera después bastante, hasta poder acercarse, los días siguientes, al comulgatorio con

---

[22] DALMAU, *Vida*, p. 161.
[23] *Ibid.*
[24] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 414, § 130.
[25] DALMAU, *Vida*, p. 162.

las demás. Así, hasta el 5 de mayo de 1868,[26] cuando se le repite la anterior experiencia de amor y de dolor.

También esta vez, nueva intervención del médico, el cual dice a las monjas que Sor Filomena es como una débil luz de candela, que bastaría con un pequeño soplo para acabar su vida; y dice que se le administre nuevamente el Viático, ignorando, añade el P. Narciso, la verdadera causa eficiente de todo.

> «Yo fui de parecer contrario —escribe— porque, a mi juicio, el estado de la enferma no era tan crítico ni desesperado como decía el facultativo, pues por ciertas señales exteriores que aparecían se me translució lo de la herida de amor, y estaba persuadido que no habiendo muerto en el punto en el que la recibió, no ofrecía peligro inminente su vida. Con todo, para evitar altercados con el médico, consentí en viaticar a Filomena.» [27]

Repitiéronse los momentos edificantes del 30 de abril.

> «Administrado el Viático —continúa el Padre Narciso— me quedé solo un momento con ella, y me dijo: "Padre, no sé si otra vez podré resistir esto. Dios hiere mi alma con la llama de su amor que abrasa mi corazón." Y habiéndole preguntado si podría moderar algo sus movimientos interiores, me respondió: "Eso no está en mi mano; alguna vez lo he procurado y me perjudica mucho más". Esta es la verdad: el alma se porta en estos casos de una manera pasiva, está en las manos de Dios, como en las del alfarero el barro que recibe la forma que se le quiere imprimir; así como no puede impedir que Dios obre en ella según su beneplácito, tampoco puede limitar su acción cuando obra.» [28]

---

[26] En otro escrito suyo, Dalmau fecha al 25 de mayo la repetición de esta experiencia (cf. *Carta a Auxachs del* 2 de junio 1868, [cit.], p. 347). Evidentemente, en un caso y en otro, se trata de una *errata* de imprenta.

[27] DALMAU, *Vida*, p. 163.

[28] *Ibid.* Quien habla tenía presente todo el contexto de vida, virtud eximia y de carismas de Sor Filomena, como pasado todo por sus mismas manos.

Todavía una nueva recuperación física y vuelta a las habituales ocupaciones, individuales y comunitarias, hasta fines de mayo.[29]

Entonces, le bajan las fuerzas, como de golpe; sin embargo, tampoco esta vez será la hora de su adiós a la tierra. El 13 de junio, otra vez dice el médico que se le administre el Viático. Pero Sor Filomena asegura al P. Narciso que no morirá antes de la fiesta del Sagrado Corazón, y para esa fecha se aplaza su administración.

> «Uno de los últimos días de este mes, volvió a encenderse en su ya ardoroso corazón la llama de amor viva, mientras ella repite con gemidos suplicantes: "Señor, o perdónalos, o bórrame del libro de la vida".» [30]

Es la audacia filial de los Santos en sus relaciones confidenciales de filial amor con Dios. Y es entonces que se oye a Sor Filomena exclamar: «¡Ay de las clausuras, ay de las clausuras!» preanunciando la salida forzosa a que hemos hecho referencia, y que tendrá lugar el 1 de octubre de 1869; aunque para el Monasterio de las Mínimas de Valls, durará sólo cuarenta y ocho horas.[31]

Todavía otro ímpetu de puro amor experimentará nuestra religiosa, en el acrecentamiento de su ansia por el Esposo de su alma; otra herida de amor que será absolutamente irresistible. Pero sigamos más de cerca sus días y sus horas. Son días de amor y de martirio inefable, horas del adiós supremo hacia los cielos de los cielos.

---

[29] El 18 de mayo, escribiendo a las Mínimas del Monasterio de Barcelona, así se expresa con la Superiora de aquella Comunidad: «... Carísima Hermana mía, Sor María de la Salud, la esperanza que tengo es de irme al Cielo; y si así es, ¡ah!, ¡qué abrazo daré, en nombre de las dos Comunidades, al Castísimo Esposo de nuestras almas...!» (ESCRITOS, *Carta del 18 mayo 1868* a las Mínimas de Barcelona).

[30] DALMAU, *Vida*, pp. 164-165.

[31] DALMAU, *Vida*, p. 166.

13

ENCUENTRO CON EL ESPOSO QUE VIENE

El adiós a los suyos

Los familiares de Sor Filomena son hechos sabedores de las condiciones de su salud, ya sea por ella misma, ya también por el P. Narciso. La primera insinuación que ella ha hecho es en junio de 1867.

> «Me hallo con algo de alteración en mi salud, aunque no tengo de hacer cama por ello» —escribía a su hermano Miguel, y añadía—: «No lo he hecho saber a los padres, por no ponerles en cuidado, pero a ti sí que te lo descubro por lo mucho que te amo, y por la confianza que tengo de que rogarás por mí a la que es nuestro consuelo.» [1]

Más tarde, en diciembre del mismo año, da igual información a su tío Sacerdote de Mora la Nueva, por habérsela pedido él mismo explícitamente.

> «En cuanto a mi estado de salud, le digo, mi amado tío, es el más feliz y dichoso —escribe—, pues hará siete meses el 23 del presente, que hallé el panal de miel escondido no en la boca de un león muerto, sino en el árbol santo de la cruz de nuestro Redentor amantísimo,

---

[1] ESCRITOS, *Carta del 19 julio 1867*, al hermano Miguel Ferrer y Galcerán (entonces, en Zaragoza); en SUCONA, *Compendio*, pp. 294-296.

siendo desde entonces alimentada con la abundancia de los frutos de este santo árbol, y a no ser tan dulce y suave el gusto de los dichos manjares, ya haría tiempo que mi vida hubiera sido sacrificada por la violencia de las enfermedades y dolores con que se digna el Señor visitarme,[2] mas la misma bondadosa mano que me hiere, suaviza de tal modo mis penas, que me hallo llena del más puro gozo, descansando siempre en el querer divino, deseando se cumpla en todo la voluntad de mi Padre celestial... Dígnese, mi caro tío, saludar a mi señora madre, si aún está en esa de Mora.» [3]

Pero una más detallada información acerca del principio de la última enfermedad de Sor Filomena, la había ya proporcionado a su padre el P. Narciso. El mismo día del primer síntoma alarmante, el 12 de noviembre de 1867, le había dado inmediatamente una breve comunicación. Seis días después, por una segunda carta, le suministraba noticias más detalladas.

«El día 12 del corriente, en cuya fecha escribí a usted mi primera carta, Sor Filomena estaba en el coro a la hora de Vísperas con la comunidad, cuando de improviso se apercibieron las monjas, que Sor Filomena hacía unos movimientos como si hubiese sido cogida por la garganta y la ahogasen. Visto su estado, pronto corrieron las monjas a prestarle los auxilios que estimaron convenientes, y poco tiempo después se tranquilizó continuando las Vísperas... La noche cenó bien, descansó toda la noche, y en la mañana siguiente el médico la halló muy animada, y por el mismo estilo ha seguido hoy. Pues bien: voy a darles ahora otra relación más importante, porque me parece que les corresponde de tener de ello algún conocimiento... En la mañana del día 12 Sor Filomena, viendo a la Madre Correctora

[2] La expresión es de una auténtica Mínima, adecuada al lenguaje del propio Fundador, San Francisco de Paula, quien, en la Regla, califica la enfermedad como «visita del Señor» (*Regla*, cap. VII).

[3] ESCRITOS, *Carta del 19 dic. 1867*, al Rvdo. Don José Galcerán, en SUCONA, *Compendio*, pp. 308-309.

muy aturdida y a éste su servidor muy sorpreso del crítico estado de su salud, reservadamente nos manifestó a los dos en el locutorio para animarnos, que hallándose cuatro días antes, en cierta ocasión, se le había dado a conocer que en breve se restablecería su salud... No pasen ningún cuidado de Sor Filomena. Todos la amamos mucho y esto debe tranquilizarles... Esta mañana al ir a darle la santa Comunión, me ha parecido más risueño su semblante...»[4]

En casa Ferrer, mientras tanto, a las noticias no buenas de la salud de Sor Filomena, se suma la preocupación por la de la madre, la cual, inesperadamente, ve que se le acortan sus días, inexorablemente.

En marzo de 1868, recibe el Viático.[5] En mayo siguiente, pasa a la eterna vida, dejando apenados al marido y a los hijos. No menos que por los suyos y conocidos, los cuales todos han apreciado en ella la fe y la piedad, así como sus notables virtudes en su total entrega a la familia, Doña Josefa es llorada también por los pobres, muy favorecidos por ella, en la caridad de Jesucristo.[6]

---

[4] ESCRITOS, *Carta del 18 nov. 1867, del P. N. Dalmau al padre de Sor Filomena*, en SUCONA, *Compendio*, pp. 336-340. El P. Dalmau, aun después de esta fecha, sostuvo al respecto correspondencia epistolar con los familiares de Sor Filomena. Ella, en una carta a su hermano Félix, le ruega así en su postdata: «Dígnate, hermano mío, decir a mis señores padres perdonen de no escribirles, pues confío lo hace el P. Provincial, que no duda que mi penoso estado me priva de poderlo hacer, y les pido a todos me encomienden a Dios» (ESCRITOS, *Carta del 5 febrero 1868* al hermano Félix Ferrer y Galcerán); en SUCONA, *Compendio*, pp. 292-293.

[5] Lo conocemos por la carta de Sor Filomena a su hermano Miguel (ESCRITOS, *Carta del 13 abril 1868* al citado): «No te olvides tampoco de rezar a la Santísima Virgen del Pilar [Patrona de Zaragoza, donde se encontraba el hermano] por tus padres y hermanos, y en particular por tu madre que, ya lo debes saber, ha sido viaticada hace cosa de un mes, y ahora aún no se halla un poco más fuerte, recibí hace poco la noticia de que se le hinchaban las piernas; pide a la Virgen se digne devolverle la salud, pues tienes mayor obligación de hacerlo por tu madre que por ésta tu indigna hermana...»; en SUCONA, *Compendio*, pp. 297-301.

[6] N. DALMAU, *Vida*, pp. 166-167.

Dieciocho días después, con la noticia del fallecimiento de su madre, ocurrida el 13 de mayo de 1868, en Espluga de Francolí, Sor Filomena tiene también la certeza de su salvación, por el modo que después diremos.[7]

Es ahora, en cambio, el momento de adelantar el adiós de ella a los suyos, particularmente a su hermano Félix, entonces todavía en Espluga de Francolí.

> «Tres o cuatro semanas antes de su muerte —dependrá él en el Proceso— me escribió una carta, destinada sin duda a preparar a la familia... y me puso en un billete dos renglones, diciéndome que no tardaría mucho ella en morir, y que deseaba verme. Obtenido el permiso de mi padre, fui a donde ella, la cual salió al locutorio, donde durante dos horas, me dio varios avisos e instrucciones acerca del modo de comportarme y de consolar a mi padre y a los demás. Queriendo después yo despedirme, me pidió que volviera a la tarde, dado que ésta era la última vez que me hablaría. Lo hice así, y durante un buen rato, me repitió sus reflexiones.»

Esto ocurría en julio,[8] concretamente el 25, día consagrado al Patrón de España, Santiago. Era domingo, exactamente, nos hace saber Sucona, el cual informa también de que Félix se entretuvo en el locutorio del Monasterio de Valls también buena parte de la tarde de aquel día. Después de haber hablado de cosas del Cielo, al despedirse de él su hermana Sor Filomena, le dijo sonriendo que no la

---

[7] *Ibidem.* Sin embargo, el acta de defunción de Dña. Josefa Galcerán y Brú, no ha sido posible obtenerla, a causa de la pérdida y destrucción de los archivos en los años 1936-1939. Por una nota del 18 abril 1868, en el *Libro de Cuentas* de la capilla de la Ssma. Trinidad de Espluga de Francolí, resulta que el marido, D. Félix Ferrer, había restaurado allí la imagen expuesta a la pública veneración (n. 6 240 R.) (cf. *Carta del Párroco de San Miguel Arcángel,* en Espluga de Francolí del 24 nov. 1975, al Can. L. Casañas de Valls, en «Notas» [cit.] de dicho Casañas. Alegato n. 1). Se tiene confirmación de la permanencia de los Ferrer en aquel lugar durante aquella época, y también de la carta citada de Sor Filomena al hermano Félix, en el mismo período.

[8] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 390, §§ 43-44.

vería más hasta el Cielo. Quien los hubiera visto hablar se habría acordado de Santa Escolástica y de San Benito, ocupados, Sor Filomena principalmente, de los intereses del alma. Félix salió emocionado, hasta llorar.[9]

Con él, como hermano más próximo a ella por la edad, Filomena había tenido siempre mucha confianza, no ahorrándose de darle consejos, exhortaciones y reflexiones edificantes, para que orientase su vida siempre en la caridad, en el santo temor de Dios y no se aferrase desordenadamente con el corazón a los bienes de la tierra. Así, por ejemplo, en febrero del año anterior, al enviarle, para que él la transmitiera a Mora de Ebro, la condolencia por la muerte de tío Raimundo, de su prima Rosalía y de un cierto señor Miguel, le escribía:

> «Las consecuencias que hemos de sacar de esto, hermano mío, han de ser, ver la incertidumbre de nuestra miserable vida; pues no vale el ser joven, o ser anciano, pues cuando la hora es llegada, la miseria sucede a la opulencia, el polvo a la vanidad, y los gusanos a la más fina hermosura. ¿Quién amará, pues, hermano mío, lo que un fin tan desdichado ha de tener? No, hermano mío, nosotros somos criados para ir a la patria de los que viven, y no para morar entre los que mueren; y si conservamos nuestros corazones limpios del lodo y polvo de este mundo engañoso, volaremos a donde nos aguardan ya cinco hermanitos nuestros. Dios nos conceda el vernos allí todos juntos, por su infinita misericordia.» [10]

Más tarde, en abril, intercambiando con el mismo hermano las felicitaciones por el cumpleaños,[11] Sor Filomena se las expresa con frases referidas a la virtud de la pureza.

---

[9] SUCONA, *Compendio*, p. 113.

[10] ESCRITOS, *Carta del 10 febrero 1867*, al hermano, Félix Ferrer y Galcerán; en SUCONA, *Compendio*, pp. 288-290.

[11] Sor Filomena entonces cumplía 26 años; Félix, al 15 de mayo, sus 24.

«¡Oh, hermano mío, qué feliz suerte sería la tuya, si, a imitación de San Luis Gonzaga, continuases la carrera de tu vida puro y limpio, acompañando esta pureza con las demás virtudes de un verdadero cristiano! ¿Quién, hermano mío, podrá hablar dignamente de la excelencia de la virtud de la castidad? No hay lengua que expresar dignamente pueda el aprecio que Dios hace de quien esta virtud posee. No cesaré, hermano mío, de encomendarte a la Stma. Virgen como me lo pides, para que seamos dignos hijos suyos y podamos después juntos ir a besarle los pies en el Cielo, como así lo deseo.» [12]

Pero también los demás de familia son objeto del afecto, de los deseos, de las atenciones espirituales y de las santas exhortaciones de Filomena.

«A ustedes y a mis hermanos les deseo un feliz acierto en todas sus operaciones para cumplir en todo su santísima voluntad, igualmente como lo desea para sí esta su hija...», escribía a los padres, en el primer año de su profesión religiosa.[13]

En la misma carta incluía además billetitos para cada uno de los hermanos y de las hermanas.[14]

En verdad, no son muy frecuentes las cartas de Sor Filomena a los suyos, al menos las llegadas a nosotros, creemos qeu por la disciplina monástica que regula ciertamente esta materia, y también por lo que ella misma dice, porque las «muchas ocupaciones no me dan tiempo para escribir con más frecuencia».[15] Pero recuerda a todos, y escribiendo a uno, saluda a los demás; a los más íntimos, pero también a sus tíos José, Miguel, tía Ildefon-

---

[12] ESCRITOS, *Carta del 3 abril 1867*, al hermano, Félix Ferrer y Galcerán; en SUCONA, *Compendio*, pp. 290-292.

[13] ESCRITOS, *Carta del 17 abril 1861*, al padre, Félix Ferrer, a la sazón en Sarreal; en SUCONA, *Compendio*, pp. 279-280.

[14] *Ibidem.*

[15] ESCRITOS, *Carta del 21 octubre 1865*, al padre, Félix Ferrer; en SUCONA, *Compendio*, pp. 281-283.

sa, Rosa, a los primos y demás parientes, no menos que a vecinos y conocidos.[16]

La vida claustral, contrariamente a lo que muchos piensan, no desprecia los vínculos de la sangre y de la amistad, sino que los purifica y los sublima, dejando al mismo tiempo el corazón más libre. Filomena, como bien ha hecho notar De Langogne, había encontrado en los suyos toda clase de cuidado y de solicitud, y bajo el tosco sayal de Mínima y en medio de las pruebas, se mantenía reconocida, aunque escribiera poco.[17]

Oportuno es señalar también sus cartas de estímulo y de exhortación, como en el caso de su hermano Miguel, más pequeño que Félix. En las dos llegadas a nosotros, dirigidas a él por su hermana desde el claustro, se leen palabras emocionadas, exhortaciones fervorosas, consejos fraternales, de gran intensidad afectiva, que revelan el ansia de Sor Filomena por la buena conducta y el camino recto en el cual quiere verlo, firme y perseverante.

> «Mi muy apreciadísimo hermano Miguel en el dulcísimo Corazón de Jesús:
>
> »¡Ay, hermano mío!, que me hiciste entender en la que me escribiste al principio que llegaste a ésa, la abominación de la desolación que triunfa en esa ciudad. No podrás, hermano mío, salir de ese fuego devorador sin quemarte, sino por medio de tu perseverante devoción, y pidiendo el socorro para que te libre de tantos males la que llamas tu dulcísima Madre; persevera, hermano mío, en acudir siempre a la Virgen María, pues esta piadosa Madre te sacará triunfador de las acechanzas de todos los enemigos. No te olvides tampoco, hermano mío, del Arcángel San Miguel, porque este valeroso Príncipe abate y confunde la soberbia de los tentadores, e intercede con Dios por sus devotos, y mucho más por los que llevan su nombre. Jesús, María y Mi-

[16] *Ibidem.*

[17] P. DE LANGOGNE, *La Vénérable*, p. 64.

guel han de ser, hermano mío, las tres grandes columnas que destruyan y humillen al mundo, demonio y carne, enemigos de nuestra alma.» [18]

Igualmente, en la carta del 13 de abril del año siguiente, le recuerda que se mantenga alejado de los peligros de mundanidad, que él mismo le había manifestado.

«Me parece te da Dios —escribe Sor Filomena— un infuso conocimiento de las miserias y peligros en que está expuesta la vida humana, y mucho más en este siglo corrompido en que parece ha vomitado el infierno el veneno más ponzoñoso para la corrupción de la juventud, pero, ¡ay hermano mío!, la mayor de nuestras miserias es el llevar día y noche tan unido a nosotros el mayor de nuestros enemigos que es la carne siempre tan cruel y rebelde, pues con tal que ella salga con la suya, parece que nada se le da de la eternidad que le aguarda. ¡Ay, hermano mío, qué palabra tan terrible es ésa, eternidad, eternidad! En la que en su comparación son como un sueño todos los siglos precedentes, presentes y futuros: pues si la carne, hermano mío, parte inferior, procura siempre sus conveniencias aunque sea en peligro del alma, ¿no será más fuerte nuestro espíritu, parte superior, con la gracia del Señor para procurar los bienes eternos que nos han merecido los grandes merecimientos de nuestro Divino Redentor, pagando en sus carnes divinas nuestras sensualidades y deleites?» [19]

---

[18] ESCRITOS, *Carta del 19 julio 1867*, al hermano, Miguel Ferrer y Galcerán; SUCONA, *Compendio*, pp. 294-296.

La «*abominación de la desolación*», típica frase bíblica para expresar el triunfo temporal de la impiedad e inmoralidad, puede parecer exagerada al aplicarla a la Zaragoza de la mitad del ochocientos; pero, no importa, ésta fue la impresión que se llevó quien, del ambiente de fe y de sanas costumbres de un pueblo pequeño, llegaba allí, encontrándose con todo aquello que, a pesar de ser Zaragoza una capital de Provincia, constituía para él un bombardeo de noticias, de hechos, de atractivos en nada edificantes.

[19] ESCRITOS, *Carta del 13 abril 1868*, al mismo; en SUCONA, *Compendio*, pp. 297-301.

Le renueva después su exhortación a confiarse al patrocinio de San Miguel, y añade:

> «Procura andar con *grande* vigilancia, conservando tu corazón libre y cerrado con aquella preciosa llave del santo temor de Dios, pues éste es el principio de la sabiduría del hombre; perdóname, hermano mío, te hable así; pues yo bien sé lo que sabes tú para enseñármelo a mí...»[20]

Después, lo pone en guardia sobre el libertinaje y los atractivos del mal, que se presenta bajo seductivas apariencias, y le propone el ideal de pureza y de defensa de su virtud en la Inmaculada.[21] Son consejos y exhortaciones de una hermana que ve a la luz de la eternidad, lo que es verdaderamente justo, recto y santo.

Como antes su madre, pasará también ella de esta vida a la eterna, pero en el padre y en los hermanos permanecerá vivo el testimonio de su virtud eminente y de su palabra aleccionadora.

> «Por gracia de Dios —dirá el padre— he sido padre de la Sierva de Dios, Sor Filomena de Santa Coloma. Ante todo la amo en calidad de padre, pero le tengo también devoción, por motivos de las virtudes y las gracias que el Señor le concedió durante su vida.»[22]

Hacia la Patria

El adiós de Sor Filomena a sus Hermanas de religión, después del adiós a sus familiares, tenemos modo de seguirlo más detalladamente. Al respecto, además de las fuentes usadas habitualmente, poseemos la correspondien-

---

[20] *Ibid.*
[21] *Ibid.*
[22] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 13, § 28.

cia del P. Narciso Dalmau, el cual daba minuciosa relación del curso de la enfermedad de su dirigida insigne, a quienes, fuera del Monasterio de Valls, estaban interesados en conocerlo. En particular, el padre de ella y el Párroco-Prior de Mora de Ebro, Don Mateo Auxachs,[23] animador éste del movimiento por la fundación del monasterio de las Mínimas, que Sor Filomena había pronosticado tendría lugar en su villa natal.

A primeros de Junio —y aquí hemos llegado a la narración de la última enfermedad de Sor Filomena—, el P. Narciso informaba:

> «El mes de abril último cumplió 27 años de edad, y de éstos, los 20 ha sufrido sin tregua toda clase de pruebas, y en la presente enfermedad parece que Dios se complace en acumular sobre ella todas las grandes pruebas que durante 20 años el Señor se ha dignado enviar-

[23] El Rvdo. D. Mateo Auxachs e Iglesias (Tortosa, 1822-1898), después de sus estudios en el Seminario Diocesano, fue sacerdote y Párroco en Prat de Compte (1846), Peñíscola (1849) y Mora de Ebro (1863). Renunció a esta última Parroquia en julio 1878, siendo nombrado beneficiado de la Catedral de Tortosa. Ya desde 1857 al 1863, se había dedicado a la predicación y al ministerio de la confesión en la ciudad episcopal, renunciando a la Parroquia de Batea, que le había sido ofrecida. Así también había hecho en el segundo período de vida parroquial en Mora de Ebro, como Párroco-Prior, de donde tuvo que salir por los acontecimientos políticos. Entonces, cuando dejó este ministerio, se dedicó a la dirección de Ejercicios Espirituales, predicación de Cuaresmas, dirección espiritual de Comunidades religiosas, como por ejemplo, las Carmelitas Descalzas del «Jesús» en Tortosa. La cuestión jurídica del monasterio de estas monjas lo mantuvo en litigio con el Siervo de Dios, Don Enrique de Ossó y Cervelló. De él el Obispo Mons. Benito Vilamitjana, el 24 de marzo 1879, pudo atestiguar que se trataba de un «eclesiástico de buena vida, fama y costumbres, celoso y trabajador», provisto de todas las licencias diocesanas y no enredado con ninguna censura u otra pena eclesiástica (cf. DERTUSEN, *De la Beatificación y Canonización de la Sierva de Dios María Rosa Molas y Vallvé;* Disquisitio historica super quasdam animadversiones in vitam Servae Dei, Romae 1972, pp. 198-200; y DERTUSEN, *De la Beatificación y Canonización del Siervo de Dios Enrique de Ossó y Cervelló;* Inquisitio historica de lite iudiciali circa proprietatem domus principis dertusensis Congregationis Sororum a Sancta Teresia a Jesu, Roma 1974, pp. 4-5).

le, sellando su cuerpo y espíritu con el timbre precioso de la santa Cruz, porque la quiere perfectamente purificada... Diferentes veces, en altas horas de la noche, he sido llamado por la Superiora, y hallándola en casos muy apurados, fue preciso valerme de remedios espirituales para aliviarla... De tres meses a esta parte sus padecimientos se han acrecentado, notándose al mismo tiempo en ella postración de fuerzas...» [24]

En efecto, hasta el 17 de junio, fueron días de temores para las monjas, y de prolongada agonía para Sor Filomena, según los cálculos del médico. Fueron ciertamente días de tribulación. A las 11 de la noche de dicho día en vista del peligro de un final inminente, el P. Narciso le administró la Unción de los enfermos.[25] Por la tarde, a las 16,30, le fue llevado una vez más el Viático.[26] Después, más tarde, se le añade la absolución general de la Orden.[27] Pero, tampoco esta vez, ha llegado su última hora.

El 24, habiendo mejorado, se hace acompañar la enferma al ático del convento, a fin de asistir, detrás de las rejas, al paso de la procesión del Santo Patrón.[28]

Hasta el 27 de junio, ninguna novedad; y entre bajos y altos, así continúa hasta la primera mitad de julio. Después de junio, en efecto, se ha mitigado la gravedad del mal; hasta el punto de que Sor Filomena puede acomodarse a la Comunidad y ocuparse en coser sábanas para el hospital, hasta seis en un día.[29] El 15 de julio, sin embargo, es nuevamente obligada a hacer cama.

---

[24] *Carta del P. N. Dalmau al Rvdo. D. M. Auxachs*, del 2 junio 1868; en SUCONA, *Compendio*, pp. 344-345.

[25] Para la Unción de los Enfermos, Sor Filomena presentó las manos extendidas, mostrando las palmas; «... nosotras rezamos las preces de la agonía y las letanías, puede decirse más llorando que pronunciando las palabras», recuerda Sor Engracia («Positio s. V.», *Summ.*, p. 410, §§ 119).

[26] *Carta del P. N. Dalmau al Rvdo. D. M. Auxachs* del 27 junio 1868; en SUCONA, *Compendio*, p. 351.

[27] *Ibid.*, pp. 350-351.

[28] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 399, § 75.

[29] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 400, §§ 80-81.

«Dábame a mí gran lástima —escribe el Padre Narciso— verla en tal extremo de prostración, y considerando que la licencia que le había dado para ayunos tan rigurosos, vigilias y austeridades tantas y tan severas como he dicho... pues comencé a temer que había sido condescendiente en demasía. Lo cual comprendiendo ella, me dijo: "Padre, deponga usted todo temor; yo soy la que debo temer el riguroso juicio de Dios por no haber hecho en materia de austeridades todas las que por El me han sido ordenadas". La verdad es que carecían de fundamento los temores de mi hija espiritual; porque si algunas penitencias dejó de hacer, o si no hizo con más rigor las que practicó, fue por haberle ido a la mano los Superiores, cuya voluntad jamás fue por ella contrariada ni en lo fácil ni en lo arduo. Y con todo, el pensar en la proximidad de la cuenta y en la inquebrantable rectitud del que se la había de tomar, la temía con grandísimo temor y la estimulaba al heroico ejercicio de todas las virtudes.» [30]

Después del 15 de julio, la enferma, debidamente autorizada, consigue poder hacer una novena de adoración, queriendo los Superiores que sea ella misma quien pida la gracia de su curación; y si no, al menos le sirva de preparación próxima al adiós de todas.

«No me pareció justo negárselo —informa el Padre Narciso—, pero en seguida llamé a la religiosa encargada de velarla y le di orden de tenerme al corriente de todo lo que notase en su hermana Filomena, para en su vista dejarla continuar o retirarle el permiso en caso necesario.» [31]

Las tres horas que pasa así Sor Filomena en el Coro, son las más dulces para ella, en estos días de pre-agonía. Sus virtudes se hacen más espléndidas. Se humilla hasta el anonadamiento.

---

[30] DALMAU, *Vida*, p. 168.
[31] DALMAU, *Vida*, p. 169.

El 28 del mismo mes, una palidez cadavérica aparece en su rostro; la respiración se le hace difícil y penosa; los latidos del corazón, acelerados; a la postración física, acompaña una postración moral. Se apresuran por lo tanto a administrarle otra vez, que será la última, el Viático y la Unción de los enfermos. Sigue la recomendación del alma, estando presente de rodillas y llorando, la Comunidad. Después, la Superiora se pone a velarla a la cabecera de la cama. La enferma tiene un momento de vigor para levantar un poco la cabeza, sosteniéndola la Madre, un instante; pero le vuelve a caer en seguida y permanece como muerta, una media hora. Recobrándose un poco nuevamente, hace señas a la Madre para que se le acerque, y le pide humildemente su permiso para irse al Cielo. Estrecha afectuosamente su mano y la de cada una de las Hermanas. Vuelta al P. Narciso, por dos veces inclina su cabeza, como un último saludo; extiende sus brazos en cruz y los reúne en señal de abrazar a todos en la caridad de Cristo; después, levantando la mano derecha, indica el Cielo.

> «En seguida una de sus hermanas le presenta la imagen de nuestro Padre San Francisco de Paula, a la que dio tiernísimos abrazos. Otra le trajo la imagen de Nuestra Señora de los Dolores... A este punto sonó la hora de Completas y la Comunidad se fue al coro a cantar las alabanzas del Señor. La enferma alternaba con ellas con debilitado acento, pues otra cosa no consentía su falta de fuerzas.» [32]

---

[32] DALMAU, *Vida*, pp. 171-172. También del médico se había despedido Sor Filomena, haciéndolo con mucha delicadeza. «En todos estos ataques —atestiguaría el Dr. Sojo— conservaba toda la lucidez de sus potencias, de tal manera que, en la última visita que le hice, persuadida ella de que moriría, me pidió perdón por si, en alguna cosa, me había ofendido, respondiéndole yo que no era ella sino yo quien debía pedirlo» («Positio s. V.», *Summ.*, p. 381, § 3).

Sigue una última sorprendente recuperación, pudiendo Sor Filomena incluso levantarse y tomar algún alimento. Pide después descansar en tierra sobre una estera, pero de noche no se le permite.[33] Así, hasta el 9 de agosto.

Cuales fuesen sus sentimientos en estos últimos días de su vida terrenal, los encontramos escritos en su última carta de primeros de agosto. Allí leemos sus magníficas disposiciones de espíritu para el viaje supremo.

> «Cumplido es ya el año que, como víctima, fui puesta en el altar del sacrificio, no permitiendo el Señor quedase sacrificada en el primer golpe, sino que por medio de lentos ardores y demás síntomas dolorosos, que han acompañado mi tan penosa enfermedad, ha ido consumiéndose esta víctima entre los golpes del amor y dolor, hallándome en tal estado, Padre mío, que puede creer las paredes de esta prisión de mi cuerpo están sumamente lastimadas y aún puedo decir del todo deshechas, sintiendo por esto grande consolación mi pobrecita alma, que apoyada en la misericordia de Dios se alegra porque ve tan cerca el fin de su peregrinación, siendo esto lo que suspira noche y día, poder gozar del Dios de mi corazón, mi porción y herencia eterna. ¡Oh, qué feliz será para mí el instante que viéndose libre ya de la cárcel del cuerpo, mi alma será íntimamente unida con su Criador, unión que tanto suspiro y espero lograrla, señor Prior, no por mérito alguno de mi parte, antes bien llena de desméritos y pecados, sólo apoya mi esperanza en la infinita misericordia de Dios.»[34]

Para su última hora, pide también plegarias a la Inmaculada: «que sea mi refugio»; y al Patriarca San José: «que me asista en la hora de mi muerte».[35]

---

[33] «Positio s. V.», *Summ.*, ps. 400, §§ 80-81.

[34] Escritos, *Carta de primeros de agosto 1868* al Rvdo. D. M. Auxachs; en Sucona, *Compendio*, pp. 323-325.

[35] *Ibidem.*

Mientras, los ímpetus de amor divino se hacen cada vez más frecuentes, siéndole otros tantos golpes, heridas y sobresaltos de corazón, en su ansia de unirse al Corazón del Esposo, que llega. Lo cual le causa una agonía mortal, de modo que puede decir Sor Filomena con Sta. Teresa: «Muero porque no muero.» [36]

Del 9 al 12 de agosto, perdido también el poco apetito que le había reaparecido, se concentra toda en el pensamiento de la eternidad, inmergiéndose en la oración de recogimiento y de unión.

La tarde del 12, desolación interior y oscuridad la prueban, pero está tranquila y en plena conformidad con el querer divino.[37]

La noche, entre el 12 y el 13, no obstante que la fiebre la abrasa, sufre con paciencia admirable, sin que se le note ni un gesto en contrario; y a pesar del estado en que se encuentra, pide a las Hermanas que la velan, vayan a descansar.[38]

El P. Narciso está allí, para asistirla en la hora del último tránsito, y según ella misma le había pedido unos días antes, para los últimos momentos, la exhorta en voz baja con plegarias a la Virgen, recitándole entre otras las letanías lauretanas.[39]

Hacia las tres o cuatro de la mañana, Sor Filomena suplica con un gesto a las Hermanas, que la cambien de posición, de la cabeza a los pies, «cosa que no dudo —depondrá después Sor Engracia— haría por humildad», ya que se le había negado ponerla en tierra.

Se acuesta entonces sobre su costado derecho y queda bastante tranquila y quieta, el rostro un poco cubierto con el velo, las manos unidas en forma de cruz sobre el

---

[36] N. DALMAU, *Vida*, p. 172.
[37] «Positio s. V.», *Summ.*, pp. 401, § 90; 406, § 110.
[38] «Positio s. V.», *Summ.*, pp. 395-396, §§ 56, 59. Son Sor M.ª Francisca del Corazón de Jesús y Sor Magdalena de Cristo.
[39] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 398, § 70.

pecho. Así, como si pasase las tres horas de agonía del Salvador, clavado en la cruz, hacia las 7, santamente expiraba.[40] Se percibieron como tres levísimos suspiros, con el Santísimo Nombre: «Jesús... Jesús... Jesús...»[41] Es el último gemido del Espíritu que ora en ella, con el ansia de unirse ella al Esposo de las vírgenes: «Ven, Señor Jesús...»[42]

La mañana del 13 de agosto de 1868 quedaba señalada en el álbum de la Vida, como el principio del día eterno de Filomena Ferrer. El Corazón de Jesús, Su fuego, ha herido una vez más el corazón de Su amada, con un ímpetu de amor tan fuerte, que ha desatado su alma de las ataduras del cuerpo.[43]

---

[40] «Positio s. V.», *Summ.*, pp. 385, § 25; 412, § 125.

[41] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 420, § 158.

[42] *Apoc., 22, 20.*

[43] Un cuarto de hora antes de morir Sor Filomena, Sor María de Jesús, que la asistía, le había dado un poco de agua. Fue la última cosa que tomó, y con voz casi apagada, dijo: «Hermana, me muero, me muero.» «Entonces le pedí que en el Cielo se acordase de mí», añade la citada. «En aquellos momentos se quedó muy tranquila, de modo que pensamos que dormía» (cf. «Positio s. V.», *Summ.*, p. 403, § 99).

El acta de defunción de Sor Filomena, registrada en el *Libro de Difuntos* de AMMV (y transcrita en la «Positio s. intr. Causae», *Summ.*, pp. 291-292), fue redactada en estos términos: «El día 13 de agosto del año mil ochocientos sesenta y ocho a las siete de la mañana, en este nuestro Convento de la Inmaculada Concepción de la Villa de Valls de Religiosas Mínimas descalzas, siendo Correctora la Rvda. M. Luisa de los Dolores, después de haber recibido los Santos Sacramentos de la Penitencia, Viático y Extremaunción, murió en olor de santidad la Sierva de Dios Sor Filomena de Santa Coloma, *primera religiosa Mínima descalza de esta Comunidad,* a la edad de veintisiete años, cuatro meses y diez días, y de hábito ocho años, cuatro meses y nueve días, natural que fue de la Villa de Mora de Ebro, e hija legítima de los consortes Sr. Félix Ferrer, natural de Benicarló, y de la Sra. Josefa Galcerán, de Mora la Nueva, vecinos de Mora; y el día siguiente se celebraron los funerales acostumbrados, y su cuerpo fue depositado en la Sepultura de la Comunidad. De todo lo que doy fe, yo.—Firmado: Narciso Dalmau, Mínimo y Vicario; rubricado.»

Análoga acta de defunción aparece en el Libro de Difuntos de la Parroquia: «En la villa de Valls, arzobispado de Tarragona, a las siete de la mañana del día trece de agosto de mil ochocientos sesenta y ocho, recibidos los Santos Sacramentos, murió a la edad

«No dudo en afirmar, que la última hora de su vida preciosa fue un éxtasis continuado»,[44] escribe el Padre Dalmau.

«La única señal —sigue el mismo— que nos dio de su muerte fue una lagrimita que le cayó del ojo derecho; ni esto pudo persuadirnos que nos había dejado al ver la brillantez de sus ojos y la hermosura de su cara, señales que nos hacían creer que no estaba muerta, pero al ver después de tres cuartos de hora que no daba ninguna señal ni de su respiración, conocimos que ya había depositado su alma en las manos de su Divino Esposo.» [45]

Murió en la segunda cama de la enfermería del convento.[46]

Veintisiete años, cuatro meses y nueve días había cumplido la Mínima esposa de Cristo, la cual, al traspasar los umbrales del claustro, se había propuesto imitar las virtudes de San Francisco de Paula, añadiéndole esta generosa resolución: «Cueste lo que cueste, quiero ser santa.» De ella el P. Narciso ha podido afirmar:

«Pasó por este mundo sin que los baches de inmundicia de que está lleno salpicasen o empañasen la blanca y hermosa estola de la gracia bautismal.» [47]

---

de veintisiete años Sor Filomena de Santa Coloma, religiosa del convento de Mínimas de esta villa; hija de los consortes Félix Ferrer y Josefa Galcerán, todos naturales de Mora de Ebro (*sic*); y en el día siguiente se dio sepultura eclesiástica a su cadáver en el cementerio de dicho convento. Y por ser así, firmo la presente en Valls hoy día dieciséis de dicho mes y año. Padre M. Pujalt, Pco., rubricado». (ARCHIVO parroquial de San Juan Bautista en Valls, *Libro XVI de defunciones*, p. 224, n. 374).

[44] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 403, § 98.

[45] *Carta del P. N. Dalmau al Rvdo. D. M. Auxachs*, del 17 agosto 1868, en SUCONA, *Compendio*, pp. 353-357.

[46] Al salir de su celda para ir a la enfermería, tres o cuatro días después del principio de la última enfermedad, Sor Filomena dijo a la Hermana conversa Sor Rosa de San Narciso que la acompañaba: «No volveré ya a esta celda» («Positio s. V.», *Summ.*, p. 382, § 9), e hizo los Ejercicios para prepararse a la muerte (*ibidem*).

[47] N. Dalmau, *Vida*, p. 175. El P. Narciso, al participar la noticia de la muerte de Sor Filomena al Rvdo. Auxachs, se expresó de

* * *

Hasta aquí, el curso cronológico-biográfico de Filomena Ferrer, en su civil y religioso desenvolvimiento y a nivel de virtud eximia; lo cual comporta ya una extraordinariedad, en el modo y en el grado. Pero esto no es el todo de ella.

Hay contenidos especiales y extraordinarios, que se entrecruzan con los hechos ya narrados o siguen paralelamente su curso. Son dones sobrenaturales y carismas;

---

esta manera: «El sentimiento que aún tiene ocupado y afligido mi espíritu, casi me impide el tino para escribir a Ud. y darle cuenta del triste acontecimiento...: el fallecimiento de nuestra amadísima hermanita, de la fiel Sierva de Dios, de la insigne penitente, de la religiosa extraordinariamente perfecta en todas las virtudes, Sor Filomena de Sta. Coloma, honor del santo hábito que vestía y gloria del Claustro religioso en que habitaba... Murió el día 13 del corriente a las siete de la mañana en olor de santidad... No dudo en afirmar que la última hora de su vida preciosa fue un éxtasis continuado» (cf. *Carta del P. N. Dalmau al Rvdo. D. M. Auxachs,* del 17 agosto 1868; en SUCONA, *Compendio,* p. 353). De igual manera, Sor Rosa de San Narciso, que la cuidó en la última enfermedad, atestiguará bajo juramento en el Proceso Apostólico: «Sufrió con admirable paciencia y resignación, sin que se la viera turbada sino tranquila y manifestando vivos deseos de irse al Cielo... Sé que en nada la alegraban los remedios materiales, pero la aliviaban los espirituales... Me llamó mucho la atención la actividad, la energía y el ánimo que demostró durante toda la enfermedad; tanto que, contrariamente a lo que he visto en otras hermanas fallecidas de tisis, yo creo que, más que de otra cosa, murió de amor de Dios» («Positio s. V.», *Summ.*, pp. 387, §§ 29-30; 389, § 36; 390, § 42).

En orden a la documentada fama de santidad de Filomena Ferrer, es de notable interés una *nota adjunta,* puesta al pie del acta de defunción (en la nota 43 de este capítulo) y transcrita también en la «Positio s. intr. Causae», pp. 292-293. La reproducimos íntegramente:

«Esta Sierva de Dios, honor del santo hábito que vistió, y gloria del Claustro religioso en que habitaba, desde la edad de cuatro años en que Dios empezó a ejercitarla en pruebas particulares, y dispuesta por este medio para el logro de las virtudes heroicas, no se le notó en toda su vida desmentido su fervor. Al entrar al claustro religioso, se propuso imitar las virtudes de su gran Padre S. Francisco, y con su empeño y perseverancia llegó a ser una fiel imitadora. En sentir de algunos confesores que probaron y conocieron su espíritu, no han dudado en afirmar, que tanto su caridad

contenido ascético y pruebas no comunes; misión y servicio, que forman parte de la economía extraordinaria de la Providencia a su respecto; opciones que, antes que ser suyas, expresan una superior voluntad, a la que ella se adecua, sometiendo su espíritu a los criterios del consejo y de la obediencia. Cosas, ciertamente, no únicas, pero no comunes, en la hagiografía católica, las cuales aproximan la experiencia interior y la exterior de Filomena Ferrer a la de algunos, entre los grandes nombres de la ascética y de la mística cristiana.[48]

---

para con Dios y su prójimo no podía casi subir a grado más elevado, ni su humildad a grado más profundo. Heroicas han sido las virtudes de la fe y esperanza en medio de sus muchos y horrorosos combates que ha tenido que sostener contra el infierno.

»En su obediencia no se conocían límites, perfectísima fue su pobreza: la abnegación de sí misma llegó a tal extremo, que sus suspiros no eran otros que poder vivir crucificada por el amor de su Esposo. Grande fue la desnudez de su espíritu, tanto de los bienes de la tierra como de los del cielo; su voluntad estaba siempre perfectísimamente unida con la de Dios; su recogimiento interior era profundo y continuo; su paciencia inalterable. Conservó siempre muy candoroso el lirio de su pureza virginal en medio de las tremendas tentaciones que con grande firmeza sostenía contra el infierno.

»Dios complacido de su grande fidelidad, se dignó conducirla por los grados más elevados de la divina contemplación. En este elevado ejercicio, la regaló con frecuentes raptos y éxtasis, visiones y revelaciones como ella misma me ha escrito de su propia mano, y otras muchas gracias, que su divino Esposo con mucha frecuencia la dispensaba.

»Bajo este punto de vista, reuniré los datos fidedignos para coordinarlos en conformidad y arreglo a la práctica de sus extraordinarias virtudes juntamente con sus profundos y elevados escritos que tengo estudiados, para que las Religiosas presentes y venideras de esta nuestra Comunidad de Mínimas descalzas admiren las gracias extraordinarias que Dios misericordioso con tanta abundancia dispensó a esta su Sierva y hermanita nuestra... Vale Fr. Narciso Dalmau, confesor de esta Sierva de Dios, rubricado.»

[48] También al respecto, la «Civiltà Cattolica», al dar la recensión de la traducción italiana de la biografía de Filomena Ferrer, escrita por el P. Narciso Dalmau, afirmaba de ella: «De verdad, al leer la historia, en la que aparece el sello de la más escrupulosa veracidad, no te parecerá, en cuanto por humanos argumentos se puede juzgar, gran cosa inferior a las más señaladas heroínas de los tiempos pasados. Es una gran lección para nuestro descreído siglo» (cf. la citada revista, n. XXXII, vol III, p. 600).

También de éstas será preciso dar relación; lo exige la verdad histórica y completan el contexto personal y operativo de la protagonista. A distinguirlos nos mueve una razón de método, que sirve para aclarar los constitutivos de la vida de esta Mínima insigne y para no confundir los diversos planos en los que se desenvolvió su fidelidad a la gracia. Omitirlos equivaldría a presentar de ella un retrato contrahecho o, cuando menos, incompleto.

De esto tratamos en la parte siguiente, sirviéndonos, como de costumbre, de fuentes directas, seguras, críticamente cribadas. Lo hacemos en términos, lo más posible, sencillos; a menudo, con las mismas palabras de Filomena Ferrer, como las más aptas para expresar su limpia e inconfundible experiencia,[49] su verdadera estatura, la dimensión moral y espiritual de su calificado testimonio y de su mensaje.

[49] Esta experiencia la señala Sor Filomena en sus escritos con absoluta objetividad, sin hacer ninguna interpretación subjetiva.

PARTE II

El aspecto integrante extraordinario

14

FILON EXTRAORDINARIO

La experiencia pasiva

La gracia nada quita a la naturaleza, más bien la eleva, la purifica, la perfecciona. La naturaleza, si está bien dirigida, no se opone a la gracia, sino que la acoge y coopera, conformándose a ella. Esto lo hemos visto ya, en Filomena Ferrer, en el plano de su relación ordinaria entre naturaleza y gracia. Ninguna contradicción opositiva ha tenido lugar en ella, sino pronta y generosa colaboración; de modo que, en el bien difícil, ha florecido la virtud, y ha sido tanto más preciosa, cuanto más difícil el bien a conseguir, y simultáneamente, más fuerte la voluntad de cooperación: hasta hacerse aquélla, propiamente insigne.

Aun sin el filón extraordinario al que vamos a referirnos, e independientemente de él, esta virtud es, de hecho y de por sí, igualmente distinguida o excelente, cualificándose por su ejemplaridad no común. Pero, igual da, queriendo Dios servirse de Filomena Ferrer, como todo nos permite pensar, sin querer con esto prevenir el juicio de la Iglesia al respecto, para actuaciones de Su especial Providencia en el seno de la Iglesia y en favor de las almas, promovió ese filón extraordinario, que va, desde la experiencia interior de ella a los acontecimientos externos.

También en esto, a la iniciativa de Dios corresponde, según veremos, la acogida de la persona, dócil a El, «cueste lo que cueste», como instrumento en manos del artífice divino; instrumento humano, y, por tanto, libre y meritorio, en base de la gracia y de la caridad.

> «Creo que la gracia de Dios era lo único que la impulsaba y la guiaba, en todas las cosas» —depondrá sobre Sor Filomena la Hermana religiosa, Sor Rosa de San Narciso—, testificando además: «Así lo creen también las religiosas y lo creía nuestro Confesor, el Padre Narciso, como a mí misma me lo dijo».[1]

Justamente, por eso, previene Arderíu a quien, impresionado tal vez por tal abundancia de experiencia mística, quisiese decir que Sor Filomena nació santa; con lo cual sería admirable, más que imitable.

> «Pero no nació santa, sino que se santificó, cooperando con su colaboración a la gracia, luchando por vencer el amor propio y las tendencias e inclinaciones de la naturaleza enferma, que experimentó, como todos los hijos de Eva.» [2]

La experiencia pasiva acompaña a Filomena, por mucho tiempo. Son dones de alta oración y de contemplación infusa, que la acercan a los más conocidos místicos y contemplativos de las distintas épocas de la Iglesia. Es la pasión por la Pasión de Jesucristo, que le va conformando alma y cuerpo, haciéndola una esposa crucificada. Es el amor ardiente por el Divino Corazón, del cual se revela como apóstol, en su tiempo.

En tal perspectiva, aparecen los varios éxtasis y raptos, las visiones y revelaciones privadas, el don de profecía y escrutación de los corazones.

---

[1] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 79, § 13.

[2] ARDERIU, *Vida*, p. 12.

Y porque, según la Escritura, «buena es la oración que acompaña el ayuno»,[3] distintos de la iniciativa voluntaria, en el campo de la penitencia y de la mortificación —ascesis efectiva, incluso física, y espíritu— le sobrevienen explícitas invitaciones interiores a una vida de mortificación siempre más entera y de abstinencias, que van mucho más allá del modo penitente de vida cuaresmal, abrazada con voto, que califica así la penitencia de los Mínimos.

En línea pasiva y aflictiva, se le juntan enfermedades y sufrimientos, que se generalizan a todo su cuerpo. Más agudos que éstos, los sufrimientos del alma, con las pruebas de oscuridad, aridez, desolación, de los cuales la persona, no es principio activo, sino término pasivo. Además, las penas acerbísimas que le sobrevienen, conexas o consecuentes a las vejaciones provenientes del enemigo declarado de lo bueno, pronto a perderla, si estuviese en su poder; que, ciertamente, la aflige fuera de toda medida, incluso en el ámbito de la permisión divina, pero que resultará en mayor virtud y mérito de la víctima escogida de amor y de dolor.

Después, por encima y más allá de toda aflictiva experiencia pasiva, algunos, entre los más altos y expresivos dones místicos, encontrados, sólo en almas particularmente privilegiadas, le sobrevienen a Filomena Ferrer, como joyas de gran valor, tales como: el anillo de la fe, las ya mencionadas heridas de amor y el néctar celestial.[4]

De algunos de estos dones y de algún rasgo de dicha experiencia mística pasiva, se ha debido, necesariamente, hacer mención ya en la primera parte de la biografía, aun-

---

[3] *Tob., 12, 8.*

[4] Esta lista no agota los dones sobrenaturales efectivos y las experiencias místicas de Sor Filomena, convencidos como estamos con su Director espiritual, de que ella, por su humildad, «ha ocultado, sin duda, muchas otras cosas de gran valor espiritual y favores del Cielo» (cf. «Positio s. V.», *Summ.*, p. 95, § 57).

que sea brevemente, porque están estrechamente ligados a las vicisitudes del curso cronológico-biográfico de la protagonista. Aquí los expondremos separadamente, ateniéndonos a los testimonios y documentos, llegados a nosotros.

Entre los documentos, tienen particular valor al respecto, los escritos autobiográficos de la misma Sor Filomena, las relaciones escritas por mandato de su Director espiritual,[5] las confirmaciones sobre algunos acontecimientos hechas por las Hermanas religiosas u otros, en las declaraciones juradas para los Procesos Ordinario y Apostólico, en orden a la Causa de la Venerable Sierva de Dios.[6]

Antes de emprender su exposición singular, objetiva y documentada, útil será, mientras tanto, conocer la actitud de Sor Filomena frente a las referidas experiencias místicas. También esto es una prueba para juzgar el mérito de su virtud y santidad.

---

[5] Mandato providencial debido, según sabemos, al sabio consejo del muy piadoso Capuchino P. Juan Badía de Llacuna, y que Filomena ejecutó por sólo espíritu de obediencia, según informa el citado Director de su espíritu: «Como yo le mandase darme por escrito relación clara y detallada de las grandes mercedes que el Señor obraba en su interior (con el fin de quedar yo mejor informado y así poder tomar resolución acertada) se sintió herida en lo más profundo de su humildad, y me respondió algo desabrida, de esta manera: "Pero, Padre, ¡qué tanto escribir!..." Yo que traslucía a dónde se encaminaba esta respuesta y de dónde procedía, no hice mucho caso; me concreté a recordarle la ley de la obediencia, y entonces fue el llorar la falta y pedirme perdón, con palabras tan sentidas, que tuve harto que hacer para ocultarle la viva impresión de ternura que causaron en mi alma» (DALMAU, *Vida*, p. 63).

[6] El título de «Venerable» lo tiene nuestra Sierva de Dios, según la práctica canónica precodicial, desde el momento que fueron iniciados los trámites para la Causa de Beatificación y Canonización. Ahora, en cambio, se da solamente a seguido de la aprobación de las virtudes en grado heroico (cf. *S. Rituum Congregatio*, Decreto del día 26 agosto 1913; en AAS, V, 1913, pp. 380-383).

Antes de calificar de «mística» la experiencia interior de Sor Filomena, será oportuno conocer su estado personal y valorar su comportamiento en la materia.

Por el «retrato de joven mujer», esbozado en el primer capítulo, conocemos ya lo temperamental de Sor Filomena: De espíritu firme y resuelto, sencilla y espontánea, dueña de sí, equilibrada, tranquila.

Que se trata de una persona equilibrada y de buen sentido, recta, coherente y constante, se convence uno, a golpe de vista del conjunto de su figura y de su obrar, ya conocido en su contexto vital y unitario. La precedente exposición cronológico-biográfica habla bien al respecto. La prueba, a su vez, la ofrece la verificación de cada uno de los hechos. Por ésta, se conoce que, no sólo no se encuentran en Filomena síntomas negativos, peyorativos o contrarios a las cualidades fundamentales de la sanidad del personaje, sino que están presentes en ella los caracteres positivos, los síntomas indicadores de la estabilidad y del equilibrio, de la integridad y de la normalidad de sus facultades mentales y físicas; estas últimas, más bien dotadas de aguda capacidad sensorial; lo cual no es defecto, sino mérito.

Por lo demás, a pesar de que Sor Filomena haya padecido diversas enfermedades de orden físico, en su mayor parte, al menos, de origen no meramente natural, y aunque haya guardado una disciplina muy austera, las facultades superiores de su alma han permanecido íntegras. Físicamente, es frágil, pero no, por su constitución.[7]

Su conducta, en relación con la referida experiencia mística, sea la que fue previa, sea la concomitante, sea la subsiguiente, presenta un comportamiento uniformemente

[7] «La aspereza infundía tanto ánimo en su alma, que no había trabajo que de buena gana y con gran diligencia no embistiera» (DALMAU, *Vida*, p. 65).

sano y normal, tanto en los hechos extraordinarios, como en los comunes y ordinarios.

Lo mismo se diga de su rectitud de intención, de su empeño efectivo, fervoroso, perseverante en los deberes del propio estado, en la oración y en la ascesis cristiana y religiosa, igualmente perseverantes en ella.

También, el optimismo y su vida multiplicada, de auténtica y probada virtud, dan de ello ulterior confirmación; en particular, su sincera y profunda humildad, su obediencia a toda prueba, su observancia fiel e irreprochable del régimen claustral, el amor a Dios, comprensivo del temor de ofenderlo.

Además, existe plena sintonía entre los contenidos de la experiencia mística de Sor Filomena, la Fe y la Moral católica; y correspondencia perfecta entre los hechos experimentados por ella y su descripción. Sus contenidos, veremos, en nada divergen; menos aún, se oponen, al Dogma y a las costumbres cristianas.[8] Como garantía, a su vez, de la conformidad de sus palabras con las cosas experimentadas por ella, está la plena sinceridad que todos le han reconocido. Sor Teresa de San Pablo, por ejemplo, la llama: «muy leal y sincera, en todos sus actos; no le gustaban las ficciones ni las hipocresías».[9] Más a propósito, el médico de la Comunidad de las Mínimas de Valls, que la asistió siempre, ha podido afirmar de ella categóricamente:

> «Declaro, con el más firme convencimiento de mi conciencia que jamás, en las varias visitas que tuve que hacerle a Sor Filomena, descubrí señales de ficción o de engaño; antes al contrario, admiré su sinceridad, naturalidad y candor; de tal manera, que nunca la juz-

---

[8] Para los ESCRITOS de Sor Filomena, en gran parte concernientes a su experiencia interior, cf. el *Decreto* del 14 enero 1891, en «Positio s. V.», *Summ.*, pp. 1-2.

[9] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 339, § 152.

gué capaz de tales ficciones, ni siquiera de aberraciones, porque era muy discreta, reservada y juiciosa.» [10]

El mismo Doctor Sojo había ya testificado:

«Noté, en su enfermedad, varios fenómenos, que se alejan del orden natural y ordinario, y puedo asegurar que no procedían de algún ataque nervioso o histérico.» [11]

Datos tan claros y explícitos excluyen de Sor Filomena, bien sea un estado mórbido o patológico, bien una posición de falsedad. Téngase presente, además, que ella somete a la criba de la dirección espiritual y de la autoridad de los Superiores, toda su experiencia interior; sigue sus consejos y su dirección con profunda paz, docilidad y obediencia. Y es demasiado sabido que «en todo, bastaba la más pequeña oposición del Confesor y de la Madre Correctora, para que ella no insistiese más».[12] Lo atestigua el P. Narciso, quien tiene óptimas referencias de prudencia, de virtud y de mérito, y consulta, a su vez, con personas doctas y de vida santa, tales como el Arzobispo de Tarragona, Monseñor José Domingo Costa y Borrás, el Capuchino P. Juan Badía de Llacuna y otros. Y también éstos aprueban el espíritu de su dirigida.[13]

Adelantado esto, el comportamiento de Sor Filomena relativo a su propia experiencia mística, o sea, su acogida o respuesta al respecto, sigue dos direcciones: una interna y la otra externa.

La primera, es dada por su disponibilidad y receptividad a las cosas del espíritu. Cultivada en la virtud, madurada por la gracia, por las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo, su alma es apta y dócil a la acción de

[10] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 342, § 164.
[11] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 307, § 4.
[12] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 201, § 7.
[13] DALMAU, *Vida*, p. 76.

Dios, sea en cuanto que está preparada para recibir los toques del Espíritu divino, mediante los cuales llega a realizar actos, que son fruto de la sabiduría superior del mismo Espíritu,[14] sea en cuanto que está pronta a la actuación del designio de Dios sobre ella.

Después, el sentimiento de sincero reconocimiento de la Majestad del Señor y la profesión de su total dependencia de El, junto con la santa compunción, el desprendimiento de las criaturas y el amor filial a Dios, no menos que su pureza de alma y de corazón, el amor a la penitencia y a la cruz y su fuga de toda mundanidad, disponen al Señor para la donación especial de Sí mismo.

La directriz externa o la conducta exterior de Filomena Ferrer, en relación con su experiencia mística, nos es igualmente conocida por quien vivió cerca de ella y le fueron confiados los secretos de su alma.

Ninguna pretensión se encuentra en ella, ninguna referencia a la propia estima, ninguna complacencia o diferencia en el trato con las demás; solamente, reserva en sus propios dones y humildad y corrección en sus relaciones de convivencia familiar y religiosa.

> «Con gran disimulo, procuraba ocultar externamente los dones extraordinarios y los favores particularísimos», informa de ella Sor Teresa de San Pablo.[15]

No revelaba los dones extraordinarios más que a su Confesor o a la Superiora, por deber y por voluntad de Dios.

> «Si, alguna vez, los comunicó, fue por motivo de caridad o de necesidad; pero muy escasamente, y ocultando la mejor parte o distrayendo, con mucha habilidad y humildad, la atención a sí misma.» [16]

---

[14] Entran aquí algunos de sus actos de especial fervor o edificación.

[15] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 323, § 77.

[16] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 339, § 149.

Del cuidado que Sor Filomena ponía en ocultar sus dones extraordinarios, la mencionada testigo refiere además:

> «Decía que todas sus cosas eran extravagancias; que tenía miedo de ser ilusa; y además decía que jamás deseásemos visiones, porque es el camino más peligroso..., mientras, a su entender, el camino seguro era el ordinario y de oscuridad...» [17]

Análogo testimonio presenta Sor Rosa de San Narciso:

> «Era cauta en manifestar los favores extraordinarios... y si, alguna vez, por necesidad o caridad, debía manifestar alguna cosa, decía: "Hermana, le prohíbo que esto lo vuelva a decir, en vida o en muerte".» [18]

El mismo P. Narciso insiste en su gran discreción y en el gran temor que tenía de manifestarle los contenidos de la propia experiencia mística, como a su Director espiritual.

> «Teniendo que hablarme de visiones o de revelaciones —dice— balbucía y apenas podía pronunciar palabra; verdaderamente, la única cosa que buscaba en todo, era hacer la voluntad de Dios.» [19] «De visiones —precisa— apenas me hablaba; lo más, se sabe de sus escritos, considerando ella pecado de presunción, decir que las había tenido.» [20] Por lo demás, «rara vez, decía ser ésta (o aquélla) voluntad de Dios, sino que quería guardar la Regla.[21] Su tranquilidad de espíritu, después

---

[17] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 338, §§ 144-146.

[18] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 210, § 33. Esta testigo, sin embargo, en el Proceso, en virtud del juramento prestado, se ha sentido, como las otras, en el deber de declararlo.

[19] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 137, § 132.

[20] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 137, § 133. Si lo recordaba, informa el citado en otro lugar, «era sólo para reprocharse de ingrata (cf. DALMAU, *Vida*, p. 76).

[21] «Sucedía no pocas veces que —informa el P. Narciso—, ilustrada con luz de lo alto, veía claramente que haciendo o dejando

de manifestar al guía de su alma los contenidos de su experiencia interior, "era cosa admirable"».[22]

No es menos importante saber que la mayor parte de la experiencia mística de Sor Filomena fue conocida por sus Hermanas de la Comunidad de Valls, sólo después de su muerte, por sus escritos [23] y por el P. Dalmau. Precisamente por eso, Sor Felicidad del Espíritu Santo observará:

> «Tengo por cosa cierta que la Sierva de Dios debió pedir al Señor que exteriormente no se conociesen los dones y los favores extraordinarios que recibía de Dios.» [24] Y da el motivo: «También, porque, en un es-

---

de hacer tal o cual cosa, agradaría mucho a su divino Esposo; mas si su confesor o prelada pensaban de otro modo, o simulaban pensarlo para probar su humildad... se resignaba y sometía su juicio sin perder la paz interior, contentándose con pedir al Señor diese a entender a sus superiores cómo y cuándo pluguiese lo que de ella quería. Mientras tanto ella seguía con suma presteza los consejos de sus inmediatos superiores... con una constante igualdad de ánimo, con una inalterable paz interior. Gobernábase en estos casos con este criterio, que es el criterio de los santos; "Ese que me manda, decía, puede errar, pero yo no puedo errar siguiendo sus consejos, como notoriamente no se opongan a la ley de Dios, o a la santa regla." "Sin esta obediencia, añadía, la religiosa no lo es más que de nombre"» (DALMAU, *Vida*, pp. 62-63).

[22] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 137, § 133.

[23] Escritos, repetimos, por sola obediencia. Sabemos, en verdad, que Sor Filomena rehuía el manifestar sus experiencias místicas, a no ser por necesidad de dirección espiritual, o por caridad, y que, en su humildad, sufrió por el mandato recibido del P. Narciso de darle de ellas relación escrita. Al respecto, así testificó a la Superiora, Madre Luisa de la Dolorosa: «Muchas veces, se lamentaba conmigo porque le mandaban o le pedían que escribiese alguna cosa de su vida, temiendo que sus escritos pudiesen ser leídos; yo en cierta manera la obligué diciéndole que esto lo hacían, para que no tuviese que hablar tanto en el confesionario, y que, después de leídos sus escritos, serían quemados» (cf. «Positio s. V.», *Summ.*, p. 303, § 3).

[24] La intuición de la Hermana encuentra confirmación en el Director espiritual de Sor Filomena, quien informa que ella «hizo oración fervorosa y perseverante para conseguir de Dios que de estas mercedes, exteriormente sólo apareciese aquello que pudiese serle ocasión de afrenta y vituperio». Y refiriéndose a la «contradición de los buenos» que ella sufrió (y de la que ya se ha hablado en la primera parte), asegura también que «consintióle

crito que me dio, cuando yo era novicia, para aprender a ser humilde, me puso doce grados de humildad, y el séptimo decía: "Por más que se conozca haber recibido muchas gracias, con la ayuda de Dios, considerarse siempre la más incapaz en la virtud y como la menor de todas, diciéndolo con la boca y creyéndolo con el corazón..."».[25]

Que esta fuese su conducta práctica en la materia, se da también a conocer por los ya citados Procesos. Sor Rosa de San Narciso, por ejemplo, refiere que, «cuando Sor Filomena oía hablar de virtudes o de personas santas, escuchaba con grande atención, y se reputaba la religiosa más indigna; haciéndolo con tal acento de verdad, que todas nos habríamos convencido, si no la hubiéramos conocido».[26] Y Sor Teresa de San Pablo añade:

> «La sobresaliente humildad, que tuvo la Sierva de Dios, no sé cómo expresarla; digo solamente que ella era la mínima de las Mínimas, porque, para ella, no había distinción entre las religiosas, considerándonos a todas como superiores, y teniéndose ella por la más vil y despreciable criatura.» [27] Además, son siempre Hermanas religiosas que lo atestiguan, «cumplió con perfección admirable los cuatro votos y todas las obligaciones de su estado; la animaba el más grande celo

---

el Señor, permitiendo que algunas de sus hermanas, durante una larga temporada... se creían con derecho a echarle en rostro palabras harto punzantes, con risa burlona: "Ya viene el canónigo", "paso a la santa", etc., sólo tolerable para almas que desean seguir muy de cerca las huellas del *Ecce-Homo*. Tampoco fueron parte para alterar su igualdad de ánimo esos tratamientos, y lo particular del caso es, que a las hermanas que de esta manera se habían con ella, las tenía muy adentro de su corazón, sentía por ellas un afecto particular, mirábalas como las mejores amigas de su alma, atribuyendo a un sentimiento de caridad cristiana las palabras y obras con que mortificaban su amor propio» (cf. DALMAU, *Vida*, pp. 78-79).

[25] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 329, § 99.

[26] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 253, § 112.

[27] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 333, § 116.

por la gloria de Dios y por el bien del prójimo... De cada día, era más ejemplar, en la humildad, en la caridad, en la penitencia...; aun en las cosas más pequeñas, sabía negarse a sí misma».[28]

Respuesta, pues, humilde, comportamiento prudente y reservado, conducta excelente, de auténtica sierva de Dios, es lo que debe concluirse de las referidas señales reveladoras de la actitud tenida por Filomena Ferrer, frente a los contenidos de la propia experiencia interior infusa. Pero veamos cuáles son, en concreto, tales contenidos y cómo ella se comporta.

[28] «Positio s. V.», *Summ.*, pp. 78, §§ 9, 12; 84, § 40.

15

ORACION INFUSA

Los presupuestos

El primero y más amplio don sobrenatural extraordinario experimentado por Filomena Ferrer es el de la oración infusa.

Es cosa sabida que la oración, para el cristiano, es respiro y alimento de su interioridad, comunicación de su alma con Dios. Para ella es adiestrado, ordinariamente, desde su iniciación, y la expresa en varias formas: Fundamentalmente, en la forma personal y comunitaria, privada y pública, litúrgica y extralitúrgica. Formas igualmente indispensables hasta el punto de que la una sin la otra no completa el deber y la necesidad.[1] No entramos en el mérito de prioridad ni en el valor de cada una; bástenos saber que, en Filomena Ferrer, las encontramos todas. Ha sido educada en ellas por mucho tiempo, habiendo tenido los padres cuidado de dar a sus hijos una formación completa lo más posible, comenzando por la física, de ésta a la piedad cristiana, de la cual la oración y los sacramentos constituyen los pináculos.

[1] El Concilio Vaticano II lo ha remachado en su Constitución *Sacrosanctum Concilium*: «La participación en la sagrada liturgia no abarca toda la vida espiritual. En efecto, el cristiano, llamado a orar en común, debe, no obstante, entrar también en su cuarto para orar al Padre en secreto; más aún, debe orar sin tregua, según enseña el Apóstol» (*doc.* cit., n. 12).

Y de la oración privada, no sólo le enseñaron las fórmulas clásicas del Padrenuestro, el Avemaría, etc., sino que también la iniciaron en aquella forma que ocupa mente y corazón, o sea, la meditación. La madre, ya acostumbrada a este género de oración, le había enseñado el ambiente a ella adecuado, preparándola con el recogimiento, el silencio devoto y el ejercicio de la presencia de Dios, suministrándole la materia concreta, por medio de lecturas piadosas y edificantes. De ésta hemos ya mencionado las que le pasaba de jovencita: la *Imitación de Cristo* y la *Introducción a la vida devota.* Pero ya desde la edad de la discreción, informa Dalmau, constatando la piadosa madre sus buenas disposiciones para la virtud y la oración, le daba un librito de piedad y la exhortaba a meditar en él sobre algún punto en el retiro de su habitación. La niña, muy obediente, «retirábase, en efecto, y postrada a los pies de alguna imagen, procuraba recoger sus potencias, y se esforzaba en aplicar su atención al asunto que su madre le había señalado».[2]

Su pureza de corazón, junto con su amor devoto a Jesús y a María, particularmente al Niño Jesús [3] —amor que le será característico en el campo de su devoción— constituían los presupuestos o condiciones para una oración más intensa: discursiva, primero; después, también contemplativa. La oración contemplativa prevalecerá en ella sobre la discursiva, y la infusa sobre la activa. Sabemos de ella misma —lo refiere también el P. Dalmau— que, cuando se retiraba a meditar, por más que se esforzaba, «era en vano, sucediendo, con harta frecuencia, levantarla el Señor a otra oración más subida».[4] Entonces, silencio devoto y recogimiento le bastaban para concentrarla en Jesús, y con la más candorosa sencillez y fe, suplicaba:

---

[2] DALMAU, p. 13; «Positio s. V.», *Summ.*, p. 38, § 94.
[3] SUCONA, *Compendio*, p. 10.
[4] DALMAU, *Vida*, p. 13.

«Hablad, Señor, porque os escucha vuestra sierva.» [5]

Es sorprendente, pero verdad: Jesús se le manifestaba y la instruía con el don de la contemplación infusa.

> «Casi en toda mi vida —escribirá también maravillada Sor Filomena— no me he podido valer de meditaciones para la santa oración, y aún siendo de pocos años; lo que me ha causado a veces mucha pena, y al presente alguna vez me pongo de propósito a los primeros principios de la oración mental para empezar según las reglas manuales, pero no puedo lograr nada por más que haga, y así me humillo viendo mi miseria, y lo nada que puedo.» [6]

Mas he aquí cómo la mente se le abre al conocimiento de superiores verdades y el corazón a ímpetus de amor y de dolor, según el objeto de la contemplación. Y es sintomático que, sea antes o después, experimenta especiales sentimientos reveladores de la autenticidad de aquélla.

> «Las señales que le puedo dar —escribirá para dar cuenta al Director espiritual— para que juzgue si padezco engaño al recibir las gracias de Dios. Preceden a estas gracias, la humillación, el desprecio de mí misma, los deseos de ser tenida en nada, los vivísimos deseos de padecer toda especie de trabajos, deshonras, calumnias, en fin, se extiende hasta poder extender mi cuerpo en la cruz, y ser clavada en ella de pies y manos. Pero las dichas señales aún son más fuertes, después de recibidas las gracias, y cuanto más grandes, más encendidos son los deseos de padecer y ser humillada.» [7]

---

[5] *Ibidem.*

[6] Escritos, *ms. del 2 abril 1866.* Tanto en el comienzo como en los reflejos que le siguen, se hace patente el rasgo anunciador de la oración infusa. A pesar de las necesarias premisas para la oración discursiva y los esfuerzos por realizarla, el alma se encuentra en la *incapacidad* de hacerla. Le ayuda, sin embargo, para una más íntima, espontánea y sentida oración. Y es aquí, como veremos, donde se acopla el *don* de Dios.

[7] *Ibidem.*

Ya en la religión, esta experiencia se acrecienta en ella y se multiplica, especialmente desde los primeros meses de 1863, o sea, dos años después de su profesión de los votos; exactamente, desde la época que hemos individualizado como su «salto de calidad».[8] Pero el P. Narciso había reconocido estas señales, desde mucho antes.

> «Colocóla Dios —escribe él— bajo mi dirección espiritual, y a las pocas semanas creí entrever que pasaban cosas extraordinarias y misteriosas en el corazón de Filomena. Admiraba la claridad y precisión con que se expresaba, me enternecían y pasmaban las muestras de vehemente dolor que sentía por los más leves descuidos, que eran en su apreciación, faltas gravísimas.
>
> »Descubríase su rara humildad en el cuidado que ponía en ocultarla, y en no revelar las operaciones interiores de la gracia. Entonces sospeché que había en ella algo no común y extraordinario que todavía no me atrevía a definir por el poco tiempo que la dirigía, pero que no me impidió significar a la Madre Correctora que debía procederse con mucha cautela con Filomena por las especiales circunstancias que la rodeaban, y que de no variar dejaría en aquel convento una huella muy marcada de santidad. Estuvo de acuerdo conmigo la Madre Correctora diciendo que, por las observaciones que sobre ella tenía hechas, había formado la misma opinión.» [9]

Las ayudas ordinarias para la oración no le faltaban ciertamente a Sor Filomena en el monasterio. Además de las acostumbradas, existentes en la Comunidad, su Director espiritual le proporcionaba habitualmente libros de piedad y de meditación, como las obras de Arbiol,[10]

---

[8] Cf. el capítulo noveno de esta biografía.

[9] DALMAU, *Vida*, p. 45.

[10] P. ANTONIO ARBIOL Y DÍEZ, franciscano, orador sagrado y escritor místico español (Torrellas 1651 - Zaragoza 1726). Había sido Maestro de Filosofía y de Teología; versadísimo en la práctica mística. Combatió vigorosamente las ilusiones pseudomísticas. Su obra principal «*Desengaños místicos para las almas detenidas o engañadas en el camino de la perfección*» (Zaragoza 1706), en el

para que, de ellas, tomase alimento para su vida interior.[11] Pero el Señor, que la llamaba a más alta y especializada oración, la atraía infundiéndole, mientras, preferencia por la oración de súplica o la plegaria del gemido.[12] A ella se dedicaba, particularmente de noche, ya de postulante, alimentando con ella su caridad y su deseo de padecer. Pero he aquí lo más y lo mejor: La contemplación infusa; que, gracias al P. Narciso, que le hizo poner por escrito su experiencia interior, estamos en condiciones de conocer.

Se parte siempre de la incapacidad experimentada para la oración discursiva, análoga a la precedente en su primera edad de razón.

> «Me hallo como el más ignorante niño que aún no sabe la primera letra del abecedario, olvidándome hasta de los medios utilísimos a todo lo que me habría de valer para este santo ejercicio...» [13]

El modo de abstracción, es también típico de la contemplación infusa de las almas en prueba. Así, a veces, «cuando place al Señor» y «después de haber padecido algún poquito por Dios, de improviso y cuando menos pienso», su alma se siente llamada e instruida de lo alto: sea respondiendo con un vuelo superior de espíritu, sea preguntando cosas de las cuales entonces viene en conocimiento.[14]

Así también se renuevan señales y efectos buenos. He aquí cómo ella describe los síntomas positivos de auten-

---

libro IV, publicado también en edición aparte como *Prontuario místico* (Compendio de Teología mística, según San Juan de la Cruz) —Zaragoza 1723—, después de haber explicado la distinción existente entre la contemplación activa o adquirida y la pasiva o infusa, exhorta a hacer preceder a las vías místicas una rigurosa ascesis, basada en la abnegación y en la renuncia. Cosa que, ciertamente, no faltó en Filomena Ferrer.

[11] DE LANGOGNE, *La Vénérable*, p. 101.
[12] DALMAU, Vida, p. 49.
[13] ESCRITOS, *ms. del 4 agosto 1865.*
[14] *Ibidem.*

ticidad de la oración infusa y que corresponden a la doctrina de los más conocidos maestros de la vida espiritual y a la experiencia de los grandes místicos.

> «Las consecuencias o frutos que podemos colegir de todo lo dicho son sin duda buenos, pues en cuanto a las virtudes interiores son: gran abnegación, desnudez de espíritu, no sólo de los bienes de la tierra, sino también de los del cielo, resignación grande, obediencia ciega, perfectísima pobreza, en fin, todas las virtudes se sienten difundidas en lo más íntimo del alma. En cuanto al exterior del cuerpo, también se experimentan efectos muy copiosos, esto es, agilidad grande para el trabajo, deseando siempre ocuparse en el servicio de las Hermanas y obedecerlas a todas en todo sin reserva alguna. La parte corpórea experimenta flaqueza, y perdido el color natural, pero, se halla tan fuerte para la penitencia, que no sabe cómo puede ser esto, pero sí que conoce a veces que la llaman a penitencia sin pedirlo ni desearlo.» [15]

Fue exactamente en el agosto de 1865, después que el P. Narciso le había ordenado por obediencia darle relación escrita y circunstanciada de las operaciones internas de la gracia en ella, que Sor Filomena, por vez primera, recogida en su celda, «en brevísimo tiempo, dejó caer sobre el papel, conceptos de teología mística, muy elevados, con mucha precisión, claridad y exactitud, y con un estilo que era muy superior al que acostumbraba en casos ordinarios (que era bastante sencillo)»; por lo cual, afirma el mismo, «comprendí en seguida que era el Maestro divino quien la instruía y guiaba su pluma, cuando escribía sobre tales materias».[16]

En efecto, aunque con repugnancia, por el bajo concepto que tenía de sí misma y contrariamente a todo su temor y convicción de ignorancia, sólo queriendo obede-

[15] *Ibidem.*
[16] DALMAU, *Vida*, p. 85.

cer, con absoluta sinceridad,[17] expresó admirablemente su propia experiencia mística.

Los contenidos de su experiencia mística

La gama de los contenidos de la experiencia mística de Sor Filomena, por lo que concierne a la contemplación infusa, va de la simple visión intuitiva de Dios y de las cosas divinas al amaestramiento divino directo; de la experiencia de especial presencia de Dios en el alma a los atractivos de Su amor y de Su gracia; y a otros dones especiales, no menos que a exigencias de conformidad asociativa con finalidad de corredención.

Fichas al respecto se pueden redactar de los manuscritos de la misma Sor Filomena. Dando relación de todo al P. Narciso, ha catalogado así los géneros de dichos contenidos y el diverso modo de percibirlos y de informar.

Todo comienza por una llamada libre y gratuita de Dios, a la que sigue un conocimiento deductivo y casi experimental, con una luz infusa y un atractivo de amor inefable.

> «Por diferentes motivos me llaman a lo alto.
> »Unas veces me dicen: "¿Quién soy yo y quién eres

[17] El manuscrito que Sor Filomena entregó después al P. Narciso, así empieza en efecto: «J. M. J. — Después de haber implorado la luz y gracia del Espíritu Santo, póngome a cumplir el acto de obediencia que V. P. me mandó hacer, deseando fervorosamente, que si en alguna palabra me aparto de la purísima verdad, quede borrada de este papel, y puestas las rodillas en tierra y a presencia del Crucificado, le suplico cuando lea esto tenga presente mi horrorosa vida, pues me parece que estoy colocada entre los muertos de aquellos que ya no vivirán más: ¡Válgame la misericordia de Dios que así lo permite!» (*ms. del día 4 agosto 1865*). La alusión a la impresión de estar entre los muertos sin salvación, revela el momento de luz y tinieblas juntamente vivido por Filomena en la experiencia de la contemplación y de las pruebas pasivas del sentido y del espíritu; pero de esto daremos referencia seguidamente.

tú?" Y al mismo instante me levantan a lo alto y me dan a conocer las infinitas perfecciones de Dios en un grado tan elevado, que queda mi pobrecita alma llena de un gozo tan grande y en unos tan vivísimos deseos de que sea conocida y amada tan grande Majestad, que me arrojaría a los abismos con tal que fuese adorada de todo el mundo.

»Unas veces me dan a conocer lo que he de padecer, y son tan grandes mis deseos entonces de padecer, que el martirio más grande no se puede comparar, viéndose con fuerzas tan grandes y no poderlas emplear a favor del que se las dio.» [18]

Otras veces, en manera progresiva, mediante ideas y conceptos totalmente infusos, que hacen docible su alma, Filomena es instruida sobre las verdades de Dios:

«Como que subiese el alma hasta el trono de la Sabiduría increada y le dan unas lecciones tan altísimas, qué sin saber cómo, el alma está cierta que es Dios su celestial Maestro. Queda en esta ocasión tan prendada de tal dignación, y al mismo tiempo tan llena de fuerzas, vigor y agilidad, que se arrojaría voluntariamente en los más grandes padecimientos, para satisfacer de algún modo las mercedes de que se ve favorecida... En fin, Padre, queda tan unida en aquel punto el alma con su amado Dios, que parece va a morir de amor; pero una fuerza invisible la detiene y le dice: *Aún has de padecer más.*» [19]

En efecto, con la contemplación infusa alterna de ordinario la purificación pasiva de los sentidos y del espíritu; por la cual, otras veces todavía y a seguido de los aludidos conocimientos y atractivos místicos, Sor Filomena experimenta penas de infierno, por causa de la angustia y la amargura grande de la oscuridad y de la aridez que siente en su alma. Y porque, frente a las perfecciones, a

[18] Escritos, *ms.* cit. *del 4 agosto 1865.*
[19] *Ibidem.*

la munificencia y dignación de Dios, resalta como un abismo toda imperfección, falta de generosidad, infidelidad e ingratitud, por más leve que sea, del alma; de modo que lo que antes era fuente de delicia y de gozo inefable, se convierte en fuente de aguda amargura, oscuridad y grande aridez. Lo cual puede suceder en un instante.

> «En un instante me hallo llena de angustias, dolores, perplejidades, dudas penosísimas, y así como antes de esto parecía que todo el infierno me temía y no osaba llegarse a mí, ahora, como que quisiese vengarse del tiempo que no ha podido, se arroja como león furioso sobre esta pobre enferma...; pero todo me aumenta las angustias, porque estoy árida entre tinieblas las más obscuras y sequedades las más fuertes... y en medio de tanto padecer, me parece puedo decir: mi Dios es mi paciencia...» [20]

---

[20] *Ibidem.* Es el típico estado interior, aparentemente contradictorio, que otro Mínimo, el Siervo de Dios P. Nicolás Barré, llama «una especie de infierno y un verdadero purgatorio», en el que se sienten miserables en sí mismos, despreciados aún por las personas virtuosas, perseguidos por el demonio, abandonados por Dios» (cf. N. Barré, Máxima CXXXV, en «Lettres spirituelles, etc.», ed. Toulouse 1876, p. 920). Esta cuádruple condición pasiva se explicaría así: La primera condición es, de por sí, la consecuencia misma de la contemplación de Dios: cuanto más el alma se siente cercana a Dios, unida a Dios, tanto más recibe su luz insoportable, quedando como ofuscada y en aparentes tinieblas; y esto, después de haber podido ver, en aquella divina claridad, las propias manchas y deformidades. De aquí nace el conocerse miserables, indignos, mas por eso mismo confiados a la divina misericordia. Sufrimiento, por tanto; pero purificador, y tal, que impulsa a amar más y mejor a Dios.

La segunda es el complemento de la primera: despreciarse a sí mismo es cosa que duele, pero ser despreciados por los demás, completa aquel dolor; sobre todo, cuando el desprecio viene de los buenos. En este caso, el desprecio que nos viene no se limita solamente a restañar nuestro «amor propio»; penetra más adentro: nos convence de nuestra miseria, de nuestras culpas e indignidad, y nos hace sufrir por cuanto descubre una vez más nuestras ofensas a Dios.

La tercera entra ya en el misterioso mundo preternatural, y puede asumir grave intensidad.

La cuarta es, sin duda, la más transparente y encuentra su punto de afinidad con Cristo agonizante: «Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». El alma, sintiéndose como abandonada de

Las delicias del amor y de la experiencia mística, como hace notar también, confirmándolo, el Director espiritual de Sor Filomena, eran para ella, de breve duración; el sufrimiento de las penas, en cambio, agudo y prolongado. A la luz y al amor, seguían pronto tinieblas y aflicciones.[21]

Volveremos sobre esta interior experiencia de tribulaciones de Sor Filomena, ya que constituyen la prueba superlativa de su virtud heroica y de la predilección divina por ella. Mientras, notamos con ella misma, que «sólo el que se halla en este punto puede saber lo que se padece».[22]

Notemos también, siempre con ella, que esta experiencia mística alterna, de luz y tiniebla, de amor y de dolor, está a veces entremezclada de locuciones interiores.

> «A veces —escribe— en medio de todo lo dicho... de improviso me dicen: "No temas, Yo soy".
>
> »Otras: "Yo soy luz, camino y vida. Sígueme".
>
> »Y he aquí su efecto inmediato:
>
> »Queda el alma por estas y otras palabras tan herida de amor, aunque no lo conoce, que llega a decir: "Sin cruz no quiero vivir. Sabiendo lo que importa en la vida larga o corta, siempre, siempre padecer y no morir".»[23]

Pero la contemplación infusa más fascinante y atrayente es la que Filomena percibe en lo íntimo de su alma, y se extiende a los conocimientos más diversos y recónditos.

> «¡Oh, padre! ¡Qué cosas podría decir de este lugar celestial y silencioso, donde el alma disfruta de cosas

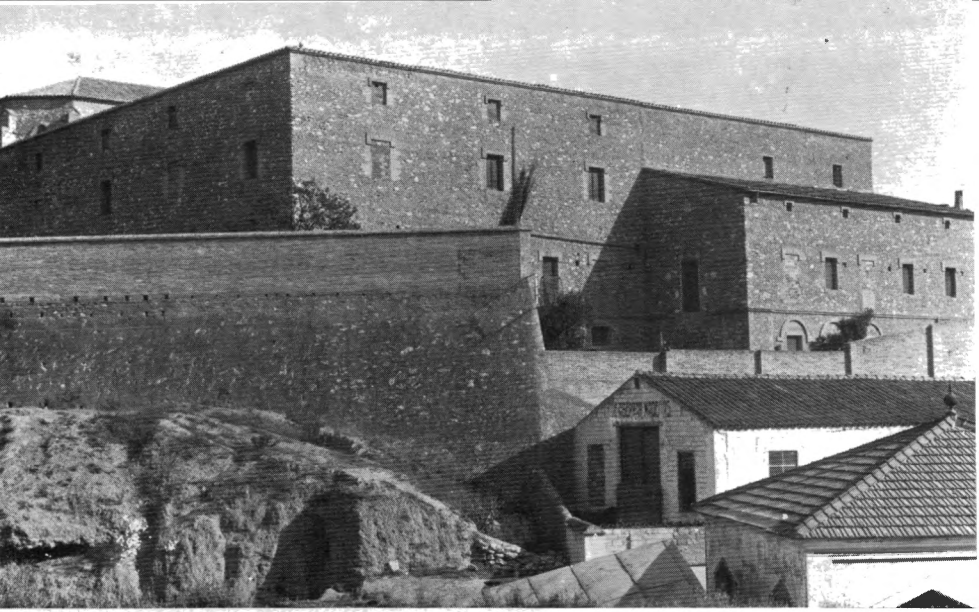
---

Dios, vive, según su propia posibilidad, el misterioso divino sufrimiento de Jesús Crucificado: aquel sufrimiento —sentirse abandonado del Padre— que el Hombre-Dios ha querido hacer propio, a fin de que ninguna medida del amor humano, ni aun el más grande, le fuese ahorrado (cf. GIORGIO PAPASOGLI, *Nicola Barré, educatore d'anime*, Roma 1975, edit. de Postulación General de los Mínimos, p. 115).

[21] DALMAU, *Vida*, p. 89.

[22] ESCRITOS, *ms.* cit. *del 4 agosto 1865.*

[23] *Ibidem.*



MORA DE EBRO: *Monasterio de las Mínimas* (fachada oeste)

MORA DE EBRO: *Ingreso al Monasterio de las Mínimas*

MORA DE EBRO: *El Templo expiatorio del Sdo. Corazón de Jesús,* iglesia del Monasterio de las Mínimas

MORA DE EBRO: *Interior del Templo expiatorio del Sdo. Corazón*

admirables y nuevamente la instruyen de los caminos ciertos y seguros de la más alta perfección! Le dan a conocer secretos altísimos, ya de la divina Esencia, ya de lo que padeció Cristo Señor Nuestro; lo que hicieron los Santos para imitarle en padecer mucho por su amor, cosas tocantes a mí misma u otras personas.

»Se halla en este punto el alma tan metida a lo más adentro, que aunque siente mucho trabajo obedeciendo lo que se le manda, parece que todo lo tocante a lo que se dice potencias y sentidos, está todo tan quieto y la misma alma con tanta aniquilación, que no osa levantar los ojos porque se ve tan cercana, o por mejor decir, toda rodeada de la Majestad de Dios.» [24]

No faltan otros efectos extraordinarios de tan profundo recogimiento y conocimiento, por la luz de Dios; y son expresiones de nuevos dones infundidos en el alma contemplante: el don de lágrimas, etc.

«A veces me sucede —continúa Sor Filomena— que estando en este lugar tan silencioso me desaten mi oprimido corazón, y volviéndose mis ojos en dos fuentes empiezan a derramar copiosísimas lágrimas, advirtiendo que con mucha dulzura y suavidad. ¡Oh qué cosas tan admirables se encierran en este celestial recogimiento! Pues parece que hasta la parte corpórea desee disfrutar de tanto bien, y así parece muchas veces que se encierra todo adentro sin acordarse ya de ninguna cosa de las urgentes o necesarias a la fragilidad humana.» [25]

En cuanto a su frecuencia, las experiencias místicas de la purificación pasiva se suceden de manera variada:

«A veces me sucede estar semanas, y aún meses con estas fuertes angustias, sin poder valerme de medio alguno.» [26] «Pero no permite este Corazón tan lleno de caridad sea esto por mucho tiempo.» [27]

[24] *Ibidem.*
[25] *Ibidem.*
[26] *Ibidem.*
[27] ESCRITOS, *ms. del 2 abril 1866.*

Pueden pasar, sin embargo, incluso años de predominante aridez. Lo dice en una posterior relación al P. Narciso sobre su espíritu:

> «Después de unos catorce años, Reverendo Padre, de angustias... cuando parecía que estaba luchando con la muerte, cesaron mis gemidos y lamentos con la amable presencia de mi dulce Jesús. Esta amable presencia es muy continua y causa en mi interior varias operaciones y una abstracción de toda criatura; de modo que parece estoy sola entre muchas.» [28]

Así es como se renueva la experiencia mística contemplativa a alto nivel y rendimiento:

> «El que habita en mí no cesa de instruirme siempre en lo más perfecto, y a veces me pide cosas superiores a las fuerzas humanas, o más bien, la práctica de las virtudes con perfección suma... Lo que me admira entre otras cosas, es que parece que este buen Pastor no tiene otra oveja que a mí por la solicitud y vigilancia tan continua que a mí tiene.» [29]

Esta experiencia de la presencia de Dios y conocimiento de Su cuidado y Providencia llega a ser tan vivo y constante, en Sor Filomena, que no valen ocupaciones propias o discursos de otros, para distraerla.

> «A veces me hallo ocupada en muchos quehaceres domésticos con grande paz y con grande aplicación de mis fuerzas al trabajo, pero sin experimentar distracciones; antes bien, hay veces que hablan muy cerca de mí, y si me acontece haber de responder alguna vez, no sé lo que se ha dicho. También me sucede, que raras veces oigo el reloj... y cuando así estoy ocupada, algunas veces me llaman de dentro con tanta furza que no puedo resistir... Me hacen guardar un silencio admirable,

---

[28] *Ibidem.*
[29] *Ibidem.*

sin poder explicar lo que pasa allá dentro. Otras veces, con el mismo silencio, se me dan unos deseos tan grandes de padecer trabajos, humillaciones, desprecios, pobreza y otros trabajos muy grandes por El que me está instruyendo allá dentro tan secretamente...

»Unas veces, parece estoy allá dentro por negocios de mí misma, y otras, para mis prójimos. Se siente en esta ocasión encenderse en mi corazón (le pido perdón de esta expresión) una llama de amor a Dios, de caridad a mis prójimos sobre las necesidades que en ellos he notado, que expondría mi salud y mi vida, con tal que pudiese remediarlas.» [30]

Impetus de amor de Dios, don de lágrimas, invitaciones interiores a la más alta perfección en las más sólidas y heroicas virtudes, agudo deseo de padecer por la salvación de las almas, locuciones y gemidos se siguen en la línea de esta experiencia; y mucho más, en sitios donde Sor Filomena está «ocupada cumpliendo con la voluntad de Dios en los oficios más humildes y repugnantes al amor propio», y «haciéndose toda a todas» y «con ánimo de emprender cosas más grandes, apoyada en Aquel que ama mi alma».[31]

Después, nuevas sequedades: Es el columpio místico de luz y de tiniebla, de fervor y de sequedad, de amor y de dolor, de consolación y de tribulación.

«Después de grandes recogimientos, elevaciones e ímpetus de espíritu... de improviso me hallo como quien no puede tener ni deseos ni propia voluntad..., pero no puedo lograr nada hasta que el mismo que me los quitó, me los devuelve...»

La explicación la ha entendido y la comunica la misma Sor Filomena: «Esa paralización de deseos procede de la unión perfecta del alma con Dios, de modo que no hay

[30] *Ibidem.*
[31] *Ibidem.*

más que un querer entre el Señor y Su indigna esclava; advirtiendo, Padre, que en los ya dichos estados, y en los siguientes, siempre hay grande paz y tranquilidad de espíritu.» [32]

Todavía una nueva experiencia mística: la del rapto o arrebatamiento de los sentidos. Sor Filomena lo experimenta, muchas veces, en especial, después de la santa Comunión y durante la santa Misa. He aquí cómo se expresa al respecto:

> «En cuanto a la pérdida de los sentidos me parece no haberme acontecido entre los ímpetus o acaecimientos de mucha violencia, sino entre quietud y grande paz; y unas veces habiendo recibido la sagrada Comunión, y luego después, estando oyendo el santo sacrificio de la Misa, sin pensar en ninguna de estas cosas, estando a poca distancia el *Orate fratres*, quedarme sin ver, ni oír nada hasta cuando está para comulgar el ministro del Altísimo, advirtiendo entonces que mi amado Jesús me hace la gracia de volver en aquel momento para que comulgue juntamente con el sacerdote. Me hallo tan confusa cuando esto me sucede y mucho más cuando son días de obligación de oír Misa, pensando no habré cumplido con el primer precepto de la Iglesia, y esto mismo me humilla... ver que mis humildes hermanas, después de haber comulgado, se deshacen dando gracias al que mora realmente en sus corazones y en el mío también; pero no puedo de ningún modo, por más que haga, emplear mis labios alabando al que ha venido en nombre del Señor...» [33]

---

[32] *Ibidem.* Esta última afirmación, sintomática de la paz de los Siervos de Dios, aún en medio de las pruebas penosas, la hará también en el ms. del 10 nov. 1867.

[33] *Ibidem.* El agradecimiento para ella es sólo posible (sin palabras) en la línea de corazón a corazón con Jesús.

16

EN EL CENTRO DEL MISTERIO DE LA SALVACION

El único libro que le es consentido

Aun experimentando la acción de las Tres Divinas Personas en su alma, con la claridad y sentimientos propios de las comunicaciones y participaciones místicas,[1] mientras avanza Sor Filomena en las vías de la perfección religiosa, su empeño ascético y la experiencia mística se van centrando siempre más en Jesús, y de Jesús recoge las

[1] Al respecto, he aquí cómo ella ha dado relación al Director espiritual. Advertimos, mientras, que, en su humildad y sentimiento de santo temor de Dios, además de en evitación de equívocos, según ella misma lo advierte también, el estilo usado por Filomena («me parece»... y semejantes) es típico de los verdaderos místicos. «Me parece —escribe—, Padre mío, que la Beatísima Trinidad, en cierto modo, andan a competencia las tres divinas Personas en hermosear mi alma con dones y gracias sobrenaturales. ¡Ay de mí, amado Padre, si no correspondo a tantas finezas de amor! En primer lugar, parece que el Eterno Padre viste mi pobrecita alma de un poder y señorío grande, superior a todo lo criado, animándome a emprender cosas grandes en su honor, asegurándome de su ayuda, y alejando de mí todo temor, haciéndome el espanto del infierno. El sapientísimo Hijo, me parece se esmera en comunicarle de su infinita Sabiduría, mostrándole los caminos rectos que le han de conducir a la vida eterna, llenándole al mismo tiempo de luces celestiales y divinas. El Espíritu Santo, fuente de amor, parece me comunica con abundancia el fuego de amor en que me se abrasa, forzándome para que comunique de él a mis amadas hermanas, a las que me manda amar con caridad perfecta y ardiente» (cf. ESCRITOS, *ms. del 2 abril 1866*).

expresiones más típicas de amor y de dolor. Está él mismo para atraerla, con atractivo inefable, y para introducirla en ellas, con explícitas manifestaciones de Su Voluntad.

En efecto, en los primeros meses de 1863, estando Filomena recogida en su celda, le aparece Jesús, el cual, apoyando el brazo izquierdo en su espalda y mostrándole con Su derecha la llaga del costado, le dice: «Estas mis llagas deben ser tu lectura y tu único libro.»

Concuerdan sobre esta manifestación Dalmau, De Langogne y Sucona.[2] Pero preferimos conocerla de ella misma:

> «En cuanto a lo que me pidió hace más de tres años (el Señor), esto es, que la lección mía había de consistir en aquel libro que siempre está abierto para los que de él quieren aprender, desde entonces he quedado privada de la lección, pues no puedo sacar provecho de ella. Si alguna vez tengo un poquito de tiempo para ello, no es posible sujetar a ella mi entendimiento, ni acordarme de lo que he leído sin poder hacer más en esto. El libro insinuado es el que por mi amor fue crucificado, pues en el Crucifijo hallo mi consuelo, y en el Santísimo Sacramento mi fortaleza.»[3]

Ocurre de hecho, y lo atestigua el P. Narciso, que en seguida después de aquella manifestación, desapareció Jesús, pero en ella se verificó exactamente lo que la misma Sor Filomena describe. Al respecto precisa Dalmau:

> «Habíale yo prestado un libro para que se ejercitase en su piadosa lectura antes de que el Señor le hubiese manifestado esta su voluntad, y sacaba de él como de un rico panal, sabroso alimento para su espíritu; mas después, sin estar en su mano remediarlo, nunca se le grabó en la mente una sola idea de lo que acababa de leer; motivo por el cual me lo devolvió diciendo, que en su celda era un mueble inútil. De modo que des-

---

[2] DALMAU, *Vida*, pp. 65-66; DE LANGOGNE, *La Vénérable*, p. 201; SUCONA, *Compendio*, p. 49.

[3] ESCRITOS, *ms. del 2 abril 1866.*

pués... hasta el final de su vida, jamás pudo atar sus potencias a otro asunto que a la consideración de los dolores y trabajos del Corazón de Jesús... Allí en aquel libro escrito con caracteres de fuego y de sangre por el amor y por el dolor, veía como en purísimo y hermosísimo espejo, las obras estupendas de esos poderosísimos agentes, el amor y el dolor, a favor del hombre caído.»[4]

Era Jesús que lo quería y podía pedirlo. A ella no le quedaba sino obedecer, y obedeció con verdadera alma.

Con esta concentración sobre la contemplación de la Pasión del Señor, han de relacionarse los varios ejercicios de piedad de Sor Filomena y los actos que a ello la impulsan: el *Via Crucis* nocturno, las disciplinas y el uso de varios instrumentos de penitencia, singulares hechos y episodios, en los cuales está expresada su pasión por la Pasión de Jesús y muchas de sus penitencias supererogatorias, debidamente autorizadas. Con esto está ligado, por ejemplo, el cuarto de sus «33 propósitos» adjuntos por ella al voto de lo más perfecto.

> «A las dos de la mañana me levantaré... prepararé mi alma para la santa oración. Antes de empezarla, tomaré una fuerte disciplina...; desde luego pondré en mi cabeza una corona de espinas, una soga al cuello y un peso grande en mis espaldas, y a imitación de mi Redentor, seguiré sus pasos por el camino del Calvario, visitando el Via Crucis. A las tres me pondré en oración y perseveraré hasta las seis, imitando a Jesús en las tres horas de oración que hizo en el huerto, no dejándola por grandes que sean mis angustias y desolaciones...» Y añade: «Viviré crucificada con Cristo, y mis operaciones haré que no las vean las criaturas, buscando en todo interna y externa mortificación.»

Asimismo, el 24.º de los mencionados propósitos, que dice:

> «Ofreceré todas las penitencias, mortificaciones y trabajos, en unión de los muchos que padeció mi Señor

[4] DALMAU, *Vida*, p. 66. Se trata del libro de Arbiol (cit.).

Jesucristo, suplicando al Eterno Padre se digne aceptarlo todo según es mi fin e intención; y esto consiste en dar gloria a su Majestad para ganar almas para el cielo, para que todos huyamos de lo malo y obremos lo bueno.»[5]

A tales obras hay que añadir algunos actos de grandísima humildad y mortificación, realizados por Sor Filomena, motivados por su aludida pasión por la Pasión de Jesús o asociados a ésta; no menos que algunos episodios que revelan su ánimo, preñado de tal amor y pasión.[6] Entre estos últimos, la ya mencionada «lectura» improvisada de la meditación sobre la Pasión, sin tener libro alguno,[7] o el discurso, también improvisado sobre el mismo tema, para obedecer a la Superiora que le pidió hiciese un sermón a las Hermanas, el 10 de febrero de 1866.[8] Estas, mientras Sor Filomena les iba hablando de los padecimientos del Salvador, pasaron de la maravilla al estupor, a la emoción y al llanto; tan encendidas eran sus palabras y tan vibrante su acento de compasión y de amor por el Crucificado.[9]

El provecho que producían en las almas sus exhortaciones, cargadas de afecto por los padecimientos de la Pasión, impulsaron a veces a invitarla a que, por carta, alentara alguna vocación que peligraba, de otro monasterio y Orden. Así, con una novicia, a la cual le rogó el Confesor extraordinario, P. Raimundo Ballester, le enviara un escrito, lo hizo con estos términos:

«...Hermana mía, le diría como le ha ido el poderse gloriar en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo en este

---

[5] ESCRITOS, *ms. de los «33 Propósitos»* (Pentecostés de 1866).
[6] Cf. SUCONA, *Compendio*, pp. 49-51.
[7] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 157, § 143.
[8] Era el día de la profesión religiosa de Sor Engracia de la Ssma. Trinidad y de Sor Concepción de San Antonio (cf. «Positio s. V.», *Summ.*, pp. 156, § 141; 163, § 173).
[9] SUCONA, *Compendio*, p. 49.

tiempo de mi largo silencio y más en particular en el de la santa Cuaresma, tiempo el más feliz para los amantes del Crucificado, pues se nos dice que si queremos disfrutar de las glorias de la Resurrección, hemos primero de gustar el cáliz de la Pasión, y si este supremo Señor tuvo que padecer tantas angustias y trabajos para entrar en su gloria, ¿qué trabajos, Hermana mía, serían bastantes para gozar lo que desmerecemos por nuestros pecados? Pero no tenemos que desmayar, Hermana mía... ¡Qué dicha la nuestra de poder gustar el dulce fruto de la santa Cruz! Porque más vale gustarlo que contemplarlo...» [10]

Soliloquios amorosos como el que sigue eran también fruto de su amor:

«Esta Cruz / donde estáis, mi Bien, clavado / Es mi luz / Aunque el Sol esté eclipsado; / Ay, Dueño amado, / ¡Si yo muriera por Ti! / ¡Ay de mí! / Yo soy la que os ofendí, / Y Vos el que padecéis por mí.» [11]

Igualmente, ímpetus de compasión por el amado Redentor Crucificado y agudezas de reparación por causa de Su dolor tan grande, la llevaban a veces a exclamaciones por el Nazareno y a invitar a una u otra Hermana a actos de reparación, de humildad y de penitencia, haciéndoles «tiernísimas reflexiones sobre los padecimientos y las humillaciones de nuestro Señor en Su Pasión», que las dejaban conmovidas y edificadas.[12]

[10] ESCRITOS, *Carta del 1 mayo 1867*, a una novicia; en SUCONA, *Compendio*, p. 315. Análogamente escribió Sor Filomena a una monja del Monasterio de Santa Clara de Tarragona, siempre por invitación del P. Ballester, para que, por amor del Señor, se sometiese a la cruz de la obediencia a los Superiores. Después de recordarle el conocido pasaje de San Lucas (24, 26), la amonesta: «No, querida Hermana, las Esposas del Crucificado no deben ser alimentadas con dulce leche, como los tiernos infantes. Es necesario pasar por alimentos amargos e insípidos al gusto del paladar...» (cf. *ibid.*: carta sin fecha; en SUCONA, *Compendio*, pp. 317-319).

[11] SUCONA, *Compendio*, p. 50.

[12] «Positio s. V.», *Summ.*, pp. 174-175, § 3; 178, § 11.

Espléndido documento de la pasión de Sor Filomena por el Esposo Crucificado es el ofrecimiento y la unión de sí misma a El, compuesto por ella misma, para renovar cada día. El P. Dalmau no exagera, cuando lo define «el epitalamio de la Esposa Crucificada».[13] A ello se unen las aspiraciones que también durante el día dirigía Sor Filomena a Jesús Redentor.[14] Ofrecimiento, unión y aspiraciones, no ciertamente escritas solamente sobre el papel o recitadas, sino cantadas con el corazón y vividas día a día, casi hora a hora. Lo testimonia la carta de Sor Filomena a Sor María de la Salud, de la Comunidad de Mínimas de Barcelona, una de las últimas que escribió, enviada durante su postrera enfermedad:

> «Según la expresión de mis Hermanas que ven lo que padezco, un año (me dicen) no que está enferma sino que está agonizando: ¡qué feliz suerte la mía, y qué alegría siento en mi corazón al verme marcada con el sello de la Santísima Cruz de Nuestro Señor Jesucristo!» [15]

Y cruz y sed de amor divino se unen en Sor Filomena, como un día en el Esposo de su alma.

La Pasión dolorosa y la muerte de cruz son la manifestación del amor de Jesús a nosotros, según Su misma palabra: «No hay amor más grande que el de aquel que da su vida por sus amigos.» [16]

Sor Filomena entiende su sentido y se asocia a él plenamente. Su amor a Jesús Crucificado no se separa sin embargo en ella, de su amor a Su Sagrado Corazón. En la práctica lo identifica en su origen y se le entrega sin reserva.

---

[13] Cf. DALMAU, *Vida*, pp. 117-118; ESCRITOS, *ms. de los «33 Propósitos»*.

[14] ESCRITOS, *ms. cit.*

[15] ESCRITOS, *Carta del 18 mayo 1868*, a las Mínimas de Barcelona; en SUCONA, *Compendio*, p. 310.

[16] *Jn. 15, 13.*

Si la actividad exterior de Sor Filomena está ocupada en otras cosas impuestas por la multiplicidad de las observancias y de los oficios desempeñados por ella en la Comunidad, su mente —informa el P. Narciso— «la tenía en el Corazón de Jesús. Lo cual lejos de serle estorbo para el trabajo, era medio para hacerlo con más primor y presteza».[17] Todo lo hacía con El y para El, en Su amor; y exhortaba a las Hermanas:

> «Seamos buenas, que el Corazón de Jesús esto desea y espera para comunicarse a todas.» [18] Tenía de ello personal experiencia.

A la perfección de sus virtudes se junta en efecto el don de la gracia «que había obrado entre el corazón de Filomena y el de Jesús una unión tan íntima, que no parece eran dos, sino un solo corazón en el sentir y en el obrar...», dándose de ello cuenta particularmente en la experiencia del amor y del dolor.[19] Pero antes de la unión está el amaestramiento divino. En la escuela de Jesús, Maestro y Modelo de virtud, Filomena aprende lecciones de alta perfección.

> «¿Con qué palabras le podré manifestar, Rvdo. Padre —escribe al Padre Narciso— el grado de abnegación que me pide, la altísima pobreza que en mí desea, la ciega obediencia que me manda, la mortificación y penitencia que de mí quiere...? También sin cesar me insta, que me dé al estudio de la oración... Mi Amado, desde el principio que me permitió cosas un poco des-

[17] DALMAU, *Vida*, p. 66. Justamente allí encontraba Sor Filomena la síntesis de la Redención. Para los fundamentos, la teología, la historia del culto al Sdo. Corazón de Jesús, cf. la Encíclica de Pio XII, «*Haurietis acquas*» (AAS, XLVIII 1956, p. 309 y ss.).
[18] SUCONA, *Compendio*, p. 97.
[19] DALMAU, *Vida*, p. 131.

conocidas de mi rudeza, me ha mandado sin cesar obedeciese en todo... Lo que he conocido es, el grande pesar y enojo que recibe nuestro Dios cuando ve los Superiores tratados, no con el debido respeto de sus súbditos... A imitación suya quiere, que nosotras tratemos a nuestros superiores con suma reverencia, respeto y veneración.» [20]

Después de este amaestramiento sobre la conducta a guardar, la hace Jesús participante del fuego de Su amor por las almas y le infunde el deseo de padecer por El y por ellas.

«¡Ay, Padre! ¡Qué llamas de caridad arden —escribe al Padre Narciso— en el amantísimo Corazón de Jesús a favor nuestro! No tengo papel ni palabras para explicarlo.» [21]

Después le informa de que, estando en oración delante del Ssmo. Sacramento, siente que se le pide por Jesús:

«¿Quién me dará corazones que me amen y detengan mi brazo?» Y en el ímpetu de su amor, Sor Filomena se ofrece prontamente: «Yo os lo daré, Dios mío: primero tomad el mío». «Y la causa de ello fue —precisa— porque me pareció, que como soy tan mala, que poseyendo el mío, seguros tenía los demás. Desde luego, le hice una ofrenda de los corazones de todas mis Madres y Hermanas juntas, etc.» [22]

Inmediatamente después pide por eso a las referidas almas su personal consagración al Corazón de Jesús.

También al mismo P. Narciso y a otros Sacerdotes pide que se consagren totalmente al Sagrado Corazón el día de su fiesta; y con el fin de propagar su devoción, aclara:

(El Sagrado Corazón de Jesús) «exige de usted un sacrificio o consagración tan entera de todo cuanto hay

[20] ESCRITOS, *ms. del 2 abril 1866.*
[21] ESCRITOS, *ms. del 9 mayo 1866.*
[22] *Ibid.*, y DALMAU, *Vida*, pp. 134-135.

en usted que no viva ya más que encerrado en su Santísimo Corazón haciéndose su verdadero discípulo y conquistador de almas, atrayéndolas a su dulcísimo Corazón que arde en vivas llamas de caridad hacia nosotros» [23]

Es el apostolado específico a que, desde este momento, además del que es propio de las Mínimas contemplativas y claustrales, se dedicará Filomena incansablemente y lo realizará como una misión.

«Escribe lo que de mi Corazón entiendas» — ha escuchado muchas veces de Jesús, en sus experiencias internas de la gracia—; o «Yo me valdré de ti para bien de otros», con la promesa de que superaría todas las dificultades que encontrase en este apostolado.[24]

En efecto, se sirvió el Señor de Sor Filomena para invitar a conversión y penitencia, a reparación y oblación expiatoria. Vaticinios y promesas entran también en esta misión; pero volveremos sobre ella. Es sin embargo obligado precisar, con el P. Dalmau, que, si este apostolado de la Mínima de Valls fue relativamente limitado por la prudencia de su Director espiritual y por las exigencias de su estricta vida claustral, no lo son sus escritos al respecto. Siempre que son leídos, son una renovación del mensaje de amor y de reparación, manifestado por medio de ella de parte de Jesús. Sor Filomena, una vez metida en esto, ya en la vida y en cuanto puede de su parte, se aplica a comunicarlo. Presa del misterio de amor y de dolor del Salvador, no vive más que por El y a El se dedica plenamente; más aún, según el testimonio de su Director espiritual, «pasaba las más de las noches sin poder cerrar los ojos, porque la grande afición que había tomado al dolorido Corazón de Jesús... apenas le consentían momento de sueño». Cuando, rendida por el sueño, se con-

[23] Escritos, *ms. del 5 junio 1866.*
[24] Dalmau, *Vida*, p. 137.

cede un poco de descanso sobre su dura yacija,[25] no es sin antes excusarse, llorando y bañando con sus lágrimas los pies del Crucifijo e invocándolo:

> «Esposo mío de mi alma, Vos en cruz nudosa y yo en lecho de flores. ¿El Esposo velando y la esposa en cama? ¡Oh, Señor y Dios mío! ¿Quién os ha puesto en ese madero? ¿Por qué recibís esos dardos que el pecador arroja contra vuestro amable Corazón? ¿Y no habrá alguna alma cristiana que se asocie a vuestro dolor, llore con Vos y por Vos?» [26]

También abundan en los escritos de Sor Filomena, especialmente en sus cartas, las referencias y los afectos al Sagrado Corazón. Allí se revela como un apóstol fervoroso. Aquí y allí lo llama «dulce Esposo» y «Esposo crucificado y agonizante en la Cruz», «dulcísimo Corazón» o también «nuestro Amor». Escribe, ama, saluda en el «Santísimo» o en el «dulcísimo Corazón de Jesús».[27]

En las pruebas de sus enfermedades y en las aflicciones del espíritu, manifiesta que está «de día y de noche crucificada con Cristo Jesús»; «descanso tranquilamente en el Corazón de mi amado Jesús, deseando hacer en todo su santísima voluntad, pues esto es lo que vivísimamente deseo».[28]

Particularmente a las almas consagradas de Sacerdotes y religiosas, está dirigido el celo de Sor Filomena a favor del Sagrado Corazón de Jesús, comenzando por aquellos que están más próximos a ella: su tío materno, Rvdo. Don José Galcerán, sus Confesores Ordinario y Extraordinario, P. Narciso Dalmau y Don José de Vallo-

---

[25] Exactamente, sobre un cepo, uno de sus instrumentos de penitencia.

[26] DALMAU, *Vida*, p. 68. En tales efusiones de amor y de dolor, de súplica y de llanto, «era muy ordinario en ella —informa el P. Dalmau— gozar de la presencia de Jesús y tenía de El preanuncios de acontecimientos futuros» (cf. *ibid.*).

[27] ESCRITOS, Cartas varias (*passim*).

[28] ESCRITOS, *Carta del 5 febrero 1868*, a su hermano Félix Ferrer y Galcerán; en SUCONA, *Compendio*, p. 293.

bar; las Hermanas religiosas y las almas que le han pedido su comunicación.

Ya en la citada relación manuscrita del 2 de abril de 1866 a su Director espiritual, antes de cerrarla, le participa las llamadas y las noticias conocidas por ella en su interioridad mística:

> «Padre —le escribe—, no puedo dejar de manifestar a usted los vivísimos clamores que del Sagrado Corazón de Jesús salen, para que nos encerremos en tan feliz morada. Yo, vil gusano de la tierra, pido a usted y a mi caritativo Padre, y fiel devoto de María, que si quieren concluir la carrera de sus vidas llenos de amor, tranquilidad y merecimientos, obedezcan a los ayes que nos da para que le hagamos compañía en la amarga soledad que padece, haciendo de nuestros corazones un entero sacrificio e inmolación. No le puedo explicar el consuelo grande que con esto recibirá nuestro divino Redentor, y mucho más, si procuran comunicar de esta copiosa fuente del Paraíso a los que les sea posible, pues les promete toda especie de bendiciones el amantísimo Corazón de mi amado Jesús.» [29]

Y he aquí el aletazo digno del corazón de la Esposa de los Cantares por su Amado:

> «Cuanto es en mí quiero vivir y morir abrasándome entre las llamas de fuego, y ardores de este santísimo Corazón.» [30]

A su citado tío materno, del Clero secular, de Mora la Nueva, en términos igualmente animados de santo celo, escribe:

> «Le pide, tío, aquel sujeto —[pero es ella propiamente]— que procure servir al Señor con nuevo fervor y amor; que trabaje en beneficio y salvación de las almas, plantando entre ellas la devoción al Sagrado Cora-

[29] Escritos, *ms. del 2 abril 1866.*
[30] *Ibid.*

zón de Jesús; pues se le promete, y así lo hace, toda especie de bendición y la más firme esperanza de la salvación eterna...» [31]

Al mencionado P. Narciso, obligada por la obediencia, dará después relación de las delicadezas del Corazón de Jesús, que tiene reservadas especiales gracias para la humanidad, siempre que corresponda a las demandas de Su amor misericordioso.[32] Las conoció en una ilustración interior o visión intelectual, junto con una visión simbólica, figurada por tres espléndidas estrellas: el Sagrado Corazón, la Inmaculada y el Arcángel San Miguel, tenida en diciembre de 1866.[33]

> «Yo pondré dos joyas las más preciosas para perpetua gloria de mi Corazón. Yo coronaré los dos movimientos de mi Corazón para perpetua memoria de las finezas de este Corazón tan amante de los hombres. Yo quiero mostrar con esta última fineza mía, el amor que tengo al hombre. ¿Qué haré por el hombre...? Feliz nación, población o monasterio que se esmerare en su devoción: escribe lo que de esto entiendes...» [34]

Pero es con las Hermanas de Valls y de Barcelona que el celo de Sor Filomena por el Sagrado Corazón se hace apremiante y confidencial: [35]

---

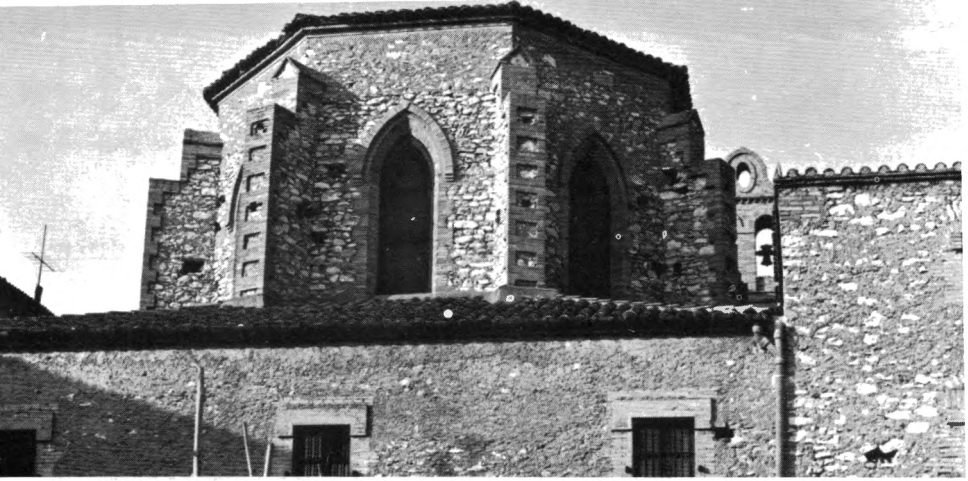
[31] ESCRITOS, *Carta del 13 nov. 1865*, a su tío el Rvdo. D. José Galcerán; en SUCONA, *Compendio*, p. 304).

[32] ESCRITOS, *ms. del 1 marzo 1867;* en SUCONA, *Compendio*, pp. 219-229.

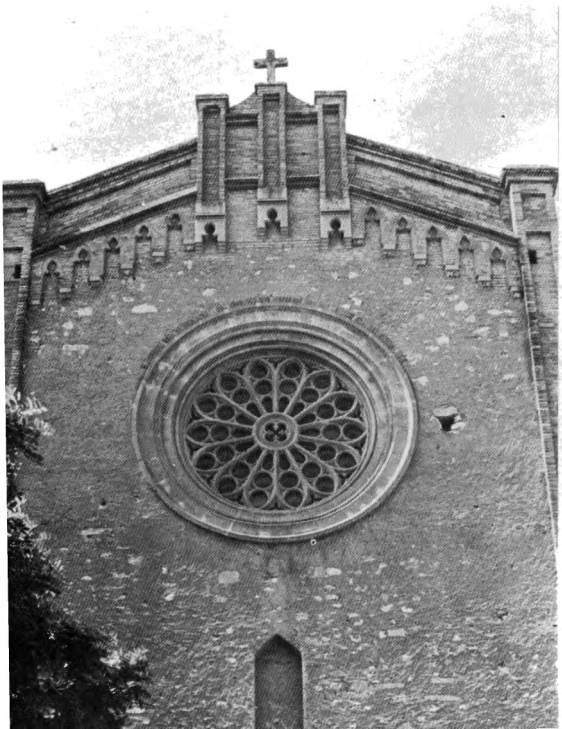
[33] ESCRITOS, *ms. del 30 enero 1867.*

[34] *Ibid.* Describe allí Sor Filomena el combate que, desde el primer momento de la Encarnación del Verbo, tuvo lugar en Su Corazón, entre el movimiento de Su amor a los hombres a quienes quiere salvar, y el dolor que sufre por la ingratitud del mismo hombre a tanto amor. «Tengo visto, que siempre triunfó el amor del dolor... triunfó y triunfará el amor del dolor» (cf. *ibid.*). Y continúa manifestando Su promesa y el cumplimiento futuro de ésta; lo que el Corazón de Jesús se reserva, como último esfuerzo de su amor a los hombres.» «Yo reservo copiosos tesoros en mi Corazón para los últimos tiempos, para reanimar la fe medio muerta de los cristianos de esos tiempos» (cf. *ibid.*).

[35] «Positio s. V.», *Summ.*, pp. 146, §§ 186-187; 161, § 165; 162-163, § 172; 173, § 217.



MORA DE EBRO: *Cúpula del Templo expiatorio*



MORA DE EBRO: *Parte superior de la fachada del Templo expiatorio con rosetón neogótico*

Nº 3

J. M. J.

Doce grados de humildad con los cuales llegara
una alma a la perfeccion de tan preciosa virtut.

1 grado es poner delante los ojos el Santo temor
de Dios y de aquí vendra a nunca olvidarle no
olvidandole le amara amandole no le ofendera
y no ofendiendole le gozara eternalmente.
2º grado es no amar su propria voluntat ni
deleitarse en cumplir sus deseos propios ejemplan
do la voz del Señor q dice no vine para hacer
mi voluntat sino la de mi Padre que me envió
3 grado es someterse a su mayor con prontitud obe
diencia y sumision para cumplir con diligencia

De los Escritos de Sor Filomena de Sta. Coloma: los 12 grados de humildad

Hermano de la Venerable, Félix Ferrer, con su esposa e hijos

«Hermanas mías —escribe al Monasterio de Barcelona— sus corazones, de los cuidados de lo de la tierra, se elevará el vuelo de sus espíritus hasta ser introducidas a lo más adentro del Corazón de Nuestro Divino Esposo: ¡Qué morada tan feliz y dichosa es ésta, feliz mil veces el que ya habita en ella!» [36]

Escribiendo después a una Clarisa del monasterio de Tarragona, tiene análogos acentos:

«Si nos hallamos oprimidos por la multitud de congojas espirituales, corramos, Hermana mía, a acogernos al compasivo Corazón de Jesús, el que nos recibirá con júbilo de alegría; pero no lo hagamos como la lanza, que una vez introducida en este santuario de amor, salió de él... Hermana mía, esto encierra un grande misterio, figura de la lanza es la esposa santa del Señor, pues que dice: "Heriste mi corazón, Esposa mía; con uno solo de tus ojos heriste mi corazón..."» [37]

La consagración y la conformación más viva con Cristo en el misterio de Su amor por la humanidad, es la participación en Su obra de expiación redentora; y Sor Filomena —lo hemos visto— viene escogida para esta particular e íntima conformación como pocas otras almas. Y no es esto solo, sino que el Corazón de Jesús la hace Su mensajera, confiándole comunicaciones de carácter privado, pero de utilidad común para la Iglesia en general, para su patria terrena, España, para la Orden de las Monjas Mínimas a la que ella pertenece, y para algunas otras almas en particular.

«El seráfico amor que profesaba (Sor Filomena) al Corazón de su celestial Esposo —se escribirá de ella—, el celo de su gloria que le abrasaba las entrañas, la pena

[36] ESCRITOS, *Carta del 18 mayo 1868*, a las Mínimas del Monasterio de Barcelona; en SUCONA, *Compendio*, p. 312.
[37] ESCRITOS, *Carta* (sin fecha), a una monja del monasterio de las Clarisas de Tarragona; en SUCONA, *Compendio*, p. 319.

que le daba el verle tan quebrantado por los pecados de sus redimidos, su afán por consolarle y lo mucho que deseaba la salvación de las almas y sentía su ruina, hacían que tomase por su cuenta y tan a pecho este negocio de dar satisfacción a la divina justicia ultrajada, que a puros azotes ponía su cuerpo hecho un *Ecce-homo.*» [38]

Era Jesús mismo quien se lo pedía, como veremos, aun debiendo dar a tales azotes el sentido más amplio, de privaciones y sufrimientos de varias clases. Pero siente que no basta su generosidad, y apela muchas veces a la de las Hermanas, exclamando en éxtasis:

«¡Ay, Madres y Hermanas, detened, detened el brazo de nuestro Señor! Virgen Santísima, aplacad a vuestro Hijo.» [39]

Puesta en frente del enojo del Señor por los pecados del pueblo cristiano, haciéndole El entender los propósitos de Su justa ira en contra de ellos, en una mística lucha en la que ve al Señor decidido a castigar y ella pronta a interceder con súplicas, gemidos y lágrimas, al fin se aplaca el rigor de la Justicia divina, «como su bondadoso Corazón desea perdonar y no castigar».[40]

Igualmente ocurrirá en enero de 1868, con la colaboración de tres Comunidades claustrales: «la Mínima que tú habitas, tan amada de Mí, la del Carmen (de Valls) y las Descalzas de Tarragona».[41]

---

[38] *Los amigos del Corazón de Jesús - El Corazón de Jesús descubierto a Sor Filomena de Santa Coloma,* etc., en «El Mensajero del Sagrado Corazón de Jesús» (Revista de los Jesuítas de España), vol. XIX, Barcelona 1875, p. 205.

[39] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 194, § 76.

[40] ESCRITOS, *ms. del 4 set. 1865;* en SUCONA, *Compendio,* p. 159. A las penitencias y oraciones ofrecidas por ella a este fin, hay que añadir las oraciones hechas, a requerimiento del Sdo. Corazón, por su medio, por las Hermanas de Valls. («Su bondadoso Corazón pide le detengamos con nuestras oraciones».)

[41] DALMAU, *Vida,* p. 147.

17

LLAMADA A LA «MAYOR PENITENCIA»

«Te quiero mortificada y crucificada en todo...»

> «Aquellas que, por amor a la vida cuaresmal y con el propósito de hacer mayor penitencia, desean ingresar en esta Orden de los Mínimos, sean recibidas por la Madre Correctora, como Coristas o Hermanas legas...» [1]

Así, San Francisco de Paula enunciaba el fin próximo o intermedio —medio especial de perfección— de las claustrales Mínimas, análogamente al de los religiosos Mínimos, ordenándolo al fin más general y último, que es la consecución de la caridad perfecta.

Así precisamente, por un camino más estrecho,[2] las candidatas a esta Orden tienden a la santidad, testimoniando en el pueblo de Dios, la necesidad y la posibilidad, la utilidad y los frutos dignos de penitencia, en el espíritu y en la ascesis que responden al precepto evangélico: «Haced penitencia.» [3]

Si la vocación es para una vida austera, el que mueve y la animación son de evangélica caridad. Además del

---

[1] *Regla* de las Monjas Mínimas, cap. II, 1. Esta Regla fue aprobada por el Papa Julio II, el 28 julio 1506. Su actualización, exigida por el Concilio Vaticano II, unifica en una sola categoría de Hermanas, a todos los miembros de la Orden.

[2] Correspondiente a la «arctior vita» - «vida más estrecha» de la primitiva ascética cristiana.

[3] *Mt. 4, 17; Mc. 6, 12; Lc. 24, 47; Act. 2, 38* (etc.).

deber de la personal conversión total a Dios y de la reparación (en asociación a los padecimientos del Redentor) de los efectos desastrosos del pecado, por ley de solidaridad, ya que constituyen todos los cristianos un solo Cuerpo en Cristo, cada uno está obligado a prestar la propia colaboración —tributo de plegaria, de caridad, de expiación— por los hermanos, al objeto de apresurar la conversión y la salvación.

Oblación e inmolación son por eso familiares a los seguidores de Cristo que, en la Regla del Santo de Paula, se ofrecen con ánimo sereno y generoso a dicho fin, haciéndose gratos a Dios y útiles a las almas.

La ejemplaridad en la materia viene de Dios y de Su Hijo humanado; de «Aquel que no perdonó al propio Hijo, sino que lo entregó por todos»[4] y del que «Se entregó a Sí mismo por nosotros, oblación y sacrificio a Dios».[5]

Después, la conformación con Cristo paciente, si para todo cristiano es deber de bautismo para «completar en la propia carne lo que falta a los padecimientos de Cristo»,[6] es, para todos, necesidad de salvación; para otros todavía, como en el caso de los Mínimos y de aquellos que son llamados con semejante vocación, es carisma y misión. Dios los ha escogido como «primicias por la salvación», llamándolos a «compartir la pasión y la gloria del Señor nuestro Jesucristo...».[7]

Pero aparte su vocación a las Mínimas, Filomena Ferrer es una de aquellas almas suscitadas por Dios con este carisma particular, al servicio y al bien de los hermanos en la prueba.

Paralelamente a los otros dones extraordinarios con que fue adornada como alma fiel y amante, fue elegida

---

[4] *Rom. 8, 32.*
[5] *Ef. 5, 2.*
[6] *Col. 1, 24.*
[7] Cf. *II Tes. 2, 12.*

para detener el brazo de la Justicia divina y aplacar la ofensa provocada por los pecados del mundo.

Ya en el siglo, Filomena había dado pruebas indudables de vida penitente y conforme al espíritu del Evangelio y a las virtudes de Jesucristo. Después, en respuesta a invitaciones interiores del Espíritu, había añadido también obras supererogatorias.[8] En la religión, prosiguió y perfeccionó este régimen ascético.[9]

> «Eran para mí —escribe el Padre Dalmau— indicios ciertos de que Dios tenía ya a gran altura el edificio de la santidad de su Sierva. Mas como esto es cosa que se realiza en lo más interior del alma, a solas entre Dios y ella, si Filomena no lo hubiese revelado, claro es que estaríamos a oscuras respecto a lo más, si bien, como he dicho, por las obras algo se transparentaba. Lo que su humildad hasta aquí me había ocultado, quise que lo descubriese la obediencia.
>
> »Un día del mes de agosto de 1865, me pidió permiso para añadir más rigor a sus penitencias. Esto me hizo sospechar que alguna fuerza interior no suficientemente conocida por mí, la compelía a más padecer. En su consecuencia le mandé dar por escrito cuenta circunstanciada de las operaciones interiores de la gracia, para en su vista resolver lo que estimase más oportuno.» [10]

Fue a seguido de esta orden precisa, que el 4 de agosto de dicho año, de la pluma de Sor Filomena salió el primero de sus escritos ascético-místicos; y —observa el mismo P. Dalmau— allí «se verá cuán adelantada tenía la obra, ya a los cuatro años que ella llevaba de religiosa».[11]

Estos y los sucesivos escritos sobre la materia contienen «conceptos de teología mística, y esto con tanta pre-

---

[8] Cf. DALMAU, *Vida*, p. 59.

[9] El uso del cilicio y de las disciplinas, ayer mucho más en práctica, entraba también en la ascética física normal de la vida religiosa, especialmente contemplativa.

[10] DALMAU, *Vida*, p. 85.

[11] *Ibidem.*

cisión, claridad y exactitud, y con un estilo tan superior al que solía usar en casos ordinarios (el cual era asaz llano), que a la legua comprendí ser Dios el Maestro que la instruía... cuando escribía de estas materias...».

Estos escritos nos ponen al corriente de su especial vocación y carisma penitencial.

Sabiendo ella que la prueba más segura y más clara del verdadero amor es el padecer por el Amado, sentía ansias tan grandes de padecer, que nada bastaba para satisfacerla. «Son tan grandes mis deseos entonces de padecer —escribe—, que el martirio más grande no se puede comparar...» [12]

> «Accediendo yo —afirma el Padre Dalmau—, no hacía sino permitir un desahogo necesario a las grandes ansias de padecer que incesantemente apretaban su corazón... Entenderá cuanta verdad sea esto quien tenga experiencia de estas cosas.» [13]

«Sí, sí, padecer, padecer abrasándome de amor...», exclama la ferviente Mínima, asintiendo a una interior llamada y mensaje.[14] «Ya llegará, no faltará qué padecer» había respondido proféticamente a quien le había hecho notar que, semejantemente a la hoja de hierba desmenuzada, tendría que verse reducida, si quería ser santa.[15]

El tiempo que le queda de vida se encargará de hacer verdadera la predicción, con aflicciones y tribulaciones; aunque el Señor —testigo siempre el P. Dalmau— en los momentos más agudos de la prueba, le estará más cerca para socorrerla, haciéndole experimentar con vivo sentido de conocimiento Su consoladora presencia.[16] Pero las claras y explícitas invitaciones a la penitencia que le

---

[12] ESCRITOS, *ms. del 4 agosto 1865.*
[13] DALMAU, *Vida*, p. 88.
[14] *Ibidem.*
[15] ESCRITOS, *ms. del 4 agosto 1865.*
[16] Esta experiencia, referida por el P. Dalmau (*Vida*, p. 93), está magistralmente descrita por Filomena en el citado manuscrito.

vienen del Señor explican toda la gama progresiva de las austeridades y mortificaciones, de las abstinencias y de los ayunos, de los cilicios y de las disciplinas, que constituyen parte no indiferente del lado extraordinario de la ascesis de Filomena Ferrer.[17]

Comenzaron por traducirse sus deseos de padecer en inconscientes situaciones de penitencia. Después: «Quiero que hagas, no las cosas fáciles, sino las difíciles» que le había dicho decididamente un día el Señor, y fue Su invitación al voto de lo más perfecto,[18] del cual ya se ha dado referencia en la primera parte de esta biografía.

---

[17] Informa Sor Engracia que Sor Filomena, en su última enfermedad, entregó a la Superiora, Madre Luisa de la Dolorosa, sus instrumentos de penitencia, porque no los habría podido usar más (cf. *Copia publ. Proc. Ap.*, fol. 556). Estos instrumentos eran, según informa el P. Dalmau: una corona de espinas, que llevaba ceñida a la cabeza, ocultándola con mucha naturalidad bajo el velo; un cilicio de hilo de hierro, una túnica de esparto, unas disciplinas con cadenitas de hierro, un tronco de granado, que cargaba a su espalda, cuando hacía el *Via Crucis* en su celda; un tronco de haya, no bien pulido, que le servía de almohada (cf. *Carta del P. Dalmau al Rvdo. D. M. Auxachs*, del 27 agosto 1868; en SUCONA, *Compendio*, p. 359). Tiempos y modos en el uso de estos instrumentos de penitencia son referidos por el mismo P. Dalmau, a petición de los PP. Jesuitas redactores de «El Mensajero del Sdo. Corazón de Jesús» (*cit.*) el 12 enero 1875 (cf. la citada revista, a. 1875, p. 252 y ss.). Pero lo más interesante al respecto es conocer el móvil de este aspecto de la penitencia de Filomena Ferrer que el P. Narciso le permitía, frenándola también, porque lo reconocía como segura voluntad de Dios, habiendo sido elegida ella como víctima de propiciación por el Señor. Pero oigámosle a él mismo:

«... Tales y tan rigurosas eran las penitencias con que esa Esposa de Jesús afligía su cuerpo, con el fin de apagar la cólera de Dios, y con todo, once días antes de su muerte, a eso de las once y media de la noche, estando yo sentado junto a su cama (porque temía que moriría aquella noche), volviéndose a mí me dijo: "Padre, mucho temo ser reprendida de Dios al aparecer en su divino tribunal por no haber hecho las penitencias que repetidas veces El me ha mandado hiciese." A esto le contesté yo con estas palabras de consuelo diciendo: "Deponga Ud. todo temor, hermana mía, porque si Ud. no ha puesto por obra todas las penitencias que dice Ud. le han sido ordenadas por Dios, ha sido por obedecer a su confesor; y no ignora Ud. que delante de Dios es más aceptable la obediencia que el sacrificio." Y quedó tranquila» (cf. *ibid.*, pp. 253-254).

[18] DALMAU, *Vida*, pp. 108-109.

Por lo demás, Sor Filomena, aparte de la observancia del régimen cuaresmal de estrictísima vigilia común a las Mínimas, guardaba también la abstinencia de pescado,[19] a imitación del Santo Fundador y con el espíritu de mayor abstinencia. Había pedido para ello la autorizacióo de su Director espiritual, el cual, en el Proceso Ordinario, referirá esta afirmación de ella: «Dios me llama a penitencia, sin yo pedirlo ni desearlo»,[20] que precisa así en la biografía:

> «Me pidió permiso para abstenerse de comer pescado fresco. A esta petición me pareció prudente no acceder por de pronto, recelando, no sin fundamento, que pudiese esta abstención perjudicar su salud... Obedeció sumisa Filomena, pero encontró medio de satisfacerlo en parte... Se habían pasado seis meses después de la susodicha negativa, que tornó a suplicarme, arrasados los ojos en lágrimas, lo mismo que con tantas ansias ya me había pedido..., y con razones tan discretas y eficaces, que, me pareció, no podía desatenderlas sin contrariar los designios del Señor sobre su alma. Pues recuerdo que entre otras, me dijo las siguientes palabras: "Padre, mi existencia será corta si me niega la licencia que le pido". En cuyas palabras me pareció entrever la voluntad de Dios, y así accedí a los deseos de su Sierva, si bien no más que en parte: sólo los viernes y sábados... Se vio después más claramente que el Señor quisiera tan plena mortificación de su Sierva, que la quería muy mortificada, tomadas aquellas precauciones y diligencias que para semejantes casos tiene la discreción y la prudencia...» [21]

---

[19] Siendo la alimentación de las Mínimas estrictamente cuaresmal por voto, con ausencia, por lo tanto, de toda clase de carnes, lacticinios, huevos, con sus derivados y compuestos, excepto para los casos de enfermedad en los cuales se hacen necesarios tales alimentos y según determinan la misma Regla y las Constituciones, el uso del pescado más o menos frecuente en algunos monasterios, fue introducido por costumbre.

[20] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 186, § 46.

[21] DALMAU, *Vida*, pp. 59-61. No se crea que el P. Narciso fuese fácil en consentir a su dirigida las varias abstinencias y peniten-

Hacia la mitad de 1866, Sor Filomena tuvo una nueva invitación interior a reducir todavía más su comida con ayunos salteados a pan y agua. Lo manifestó a los Superiores, y obtuvo en un primer tiempo el permiso para hacerlo; después, a su vez, para suspenderlos y desistir de ellos, pareciéndole singularidad con respecto al régimen de mesa común. Mas he aquí que siempre, interiormente, se sintió reprochada:

> «¿No soy yo que te muevo a eso...? Yo me valdré de medios que te impedirán que perseveres en lo que emprendas... Te quiero mortificada y crucificada en todo...» [22]

La invitación era clara y perentoria, y todo el contexto de la experiencia mística de Filomena la hizo considerar auténtica.[23] Corrió en seguida a aconsejarse de los Superiores, y obtuvo nuevamente el permiso que observó con grande exactitud.[24]

---

cias pedidas por ella. SUCONA, que estaba bien al corriente, informa de que las penitencias extraordinarias se las permitían el confesor y la Superiora sólo después de estar bien seguros de que ésta era la voluntad de Dios al respecto (cf. SUCONA, *Compendio*, p. 77).

[22] DALMAU, *Vida*, p. 122.

[23] Sor Filomena tenía miedo a la singularidad y sentía vivamente no poder ajustarse a la Comunidad en la comida. Algunas veces pidió comer como las otras, pero fue reprochada por el Señor. Otra Hermana, llamada también a penitencias extraordinarias, era Sor Asunción de Sto. Domingo, de Plá de Cabra (cf. SUCONA, *Compendio*, p. 77). Esta, voluntariamente se unía a Sor Filomena en las prácticas de piedad y mortificación. Morirá un año antes que ella, el 10 agosto 1867. Esta necesidad de mortificación, en unión con los sufrimientos físicos del Redentor, Sor Filomena, además de la nombrada, la comunicaba con delicado tacto, a las otras Hermanas más fervorosas, las más de las veces por indicación del Señor. Por ejemplo, a Sor Felicidad del Espíritu Santo, la cual, sin embargo, no la escuchó y enfermó; inútiles resultaron para ella los remedios de la medicina, de modo que iba directamente a la tumba; pero acordándose de la invitación de Sor Filomena, la imitó con las debidas autorizaciones, y fue su curación (cf. DE LANGOGNE, *La Vénérable*, p. 84).

[24] DALMAU, *Vida*, pp. 122-123.

Otra vez oyó:

> «Te quiero en la más alta perfección. Me serviré de ti para el bien de los demás»; [25] y «quiero que te ofrezcas como una víctima, y que me sacrifiques lo que comes de pan, gustando sólo alguna vez de los más desabridos del huerto... Este sacrificio quiero de ti hasta Navidad, para obligarme más y más a traer la paz y el triunfo a la Iglesia que tan abatida se halla; y para que sea más cumplido y más agradable a Mí este sacrificio, permitiré que padezcas varias tribulaciones y angustias en este mes». [26]

Pero no había terminado aquí la oblación expiatoria con la que el Señor asociaba a Sí su fiel esclava. En efecto, son palabras de ella:

> «El otro día, estando para comulgar, se me forzó a que hiciese la consagración de todo cuanto hay en mí a favor del Sumo Pontífice o del triunfo de la santa Iglesia... El mismo día que hice la dicha consagración, estando rezando Maitines en el coro en compañía de mis Hermanas, nuevamente (me dijo): hija, quiero que gustes del cáliz de mi pasión, y si fue necesario que yo lo bebiese para salvar al mundo, quiero que tú también bebas ahora de él, para que me obligues por segunda vez a salvarle. Tu Madre la Iglesia padece angustias de muerte; tú llegarás también a las puertas de la muerte, y ni la una ni la otra moriréis, y triunfaréis para gloria mía.» [27]

---

[25] DALMAU, *Vida*, p. 126; ESCRITOS, *ms. del 19 enero 1867*. En varias relaciones manuscritas de Sor Filomena, está documentalmente manifestado para el P. Narciso que esta disciplina penitencial extraordinaria tenía su origen en expresas invitaciones interiores, que le intimaban una voluntad superior al respecto, y por fines expiatorios encomendados a ella; no eran por lo tanto de iniciativa privada, autónoma, ni mucho menos de un espíritu de singularidad, temido a su vez por Filomena y a toda costa evitado (cf. por ej. ESCRITOS, *ms. del 29 nov. 1866; 19 enero 1867;* DALMAU, *Vida*, pp. 155-156; DE LANGOGNE, *La Vénérable*, p. 217).

[26] DALMAU, *Vida*, p. 129; ESCRITOS, *ms. del 19 enero 1867*.

[27] ESCRITOS, *ms. del 29 nov. 1866*.

Del diciembre de 1866 al mayo de 1867, Sor Filomena llegó efectivamente a las puertas de la muerte, pero no murió.[28]

Las palabras «te quiero mortificada y crucificada en todo» habían ciertamente reavivado en ella la sed de padecimientos, y —refiere el P. Dalmau— «tuviera a gran dicha poder sufrirlos todos hasta el suplicio de la cruz...», si hubiera sido del agrado de Dios; y rogaba tiernamente: «Dios mío y amor mío, ¿por qué me dais deseos de cruz y no me claváis de pies y manos en una cruz?» [29]

Pero si no en el sentido material, la crucifixión le vino realmente: con trabajos y penas agudísimas. Dolores físicos y penas de espíritu, vejaciones diabólicas y agonías de purificación pasiva, en parte ya referidas, completan el cuadro de la «mayor penitencia», a la cual Sor Filomena fue llamada por el Señor, al que correspondió con humildad y obediencia, haciéndolo pasar todo por la criba de los Superiores, en evitación de subjetivas ilusiones y equívocos.

De las austeridades y aflicciones físicas, algo resta por decir todavía, y lo decimos, para completar la materia. Mientras, una reflexión que ya hizo Dalmau, muy justa y segura, sobre los rigores de penitencia de su dirigida, por cuanto estaban fundamentados y eran reales (pruebas e indicios) los motivos en que se fundaba, la hacemos ahora nuestra:

> «Sor Filomena habría sucumbido irresistiblemente al extremado rigor de esta abstinencia, si Dios no hubiera proveído a su conservación, dándole por sí, especialmente por medio de la sagrada Comunión, más fuerzas de las que pudiera recibir de un nutrido y bien condimentado alimento. Así se comprende que al tiempo que andaba con esos ayunos se sintiese con tantas fuer-

[28] DALMAU, *Vida*, p. 129.
[29] DALMAU, *Vida*, p. 123.

zas, que atendía a sus obligaciones como podía hacerlo la más robusta de sus hermanas...» [30]

Alrededor de primeros de noviembre de 1866 —sabemos por el P. Narciso—, Sor Filomena le confió, para recibir de él consejo o criterio de comportamiento:

«"Padre, una cosa me sucede, que no puedo remediar; es que todas las noches me pongo en la cama, y a las tres de la madrugada me despierto y me hallo tendida en el pavimento de la celda, descansando con grande reposo. No entiendo eso".

»Esta manifestación hecha por persona cuya veracidad no podía dudar, me sorprendió ciertamente —afirma el Padre—, pero, disimulando mi sorpresa lo mejor que pude, le contesté, que eso por ventura no reconocía otra causa que su poca obediencia a los mandatos de su prelada. Que procurase evitar la reincidencia, añadiendo que le daba orden de acostarse en la cama, como era su deber, y no en el suelo. Hízolo así —informa el mismo Padre—, pero sin saber cómo se repitió el incidente del día antes; a la misma hora despertó, y se halló tendida en el pavimento. Habiéndose certificado por sí misma la Madre Correctora, que ya estaba advertida del suceso, que éste se repetía todos los días sin saberlo ni procurarlo Filomena, fue de parecer, y yo con ella, de dispensarla de dormir en cama, sustituyendo ésta con una estera para evitar estuviese su cuerpo en contacto con el frío suelo, y como el invierno se nos venía a más andar, se la proveyó de una manta de abrigo, consintiéndole, además, que trocase la almohada en un tronco. Tales y tan raras fueron las señales de que se valió el Señor para darnos a entender que quería que a su hija —precisa todavía el Padre Narciso— se la privase también de la comodidad (que cier-

[30] DALMAU, *Vida*, pp. 126-127. «Cuantos más ayunos y penitencias hacía tanto más alegre y afable la veíamos», ha podido testimoniar de ella Sor Rosa de San Narciso (cf. «Positio s. V.», *Summ.*, p. 230, § 10). Es la alegría que diferencia al verdadero penitente del falso o, cuando menos, del penitente desequilibrado y austero con una austeridad lúgubre.

tamente es poca) del tupido jergón de la Mínima descalza.» [31]

Sin embargo, esto que fue novedad para el P. Narciso, no lo era para Sor Filomena, la cual, ya de jovencita estando en familia, había pasado idéntica experiencia. También de esto dará referencia.

«Desde muy niña —escribe— practicaba actos de mortificación sin yo misma advertirlo...» Enumera unos cuantos: por ejemplo, pedir a su madre que la hiciese ayunar; encontrarse por la noche sin almohada y con la cabeza colgando fuera de la cama o sin ropa de invierno; y entre otras cosas, encontrarse de noche durmiendo en el suelo. A las órdenes y a las amenazas de su madre, que creía todo esto fruto de capricho, la jovencita se apresuraba a obedecer prontamente, pero «sin valer nada».[32]

Otro anticipo de la vocación de Sor Filomena a penitencia extraordinaria, lo tenemos en el hecho ya conocido desde los primeros capítulos, que, de pequeña, no podía retener los alimentos, por más que se esforzase por obedecer a los mandatos de los suyos y se sometiese a las prescripciones médicas.

Esto la persuadió ya entonces de que Dios la llamaba por el camino de la mortificación, aunque no lo manifestaba, por modestia y humildad.[33]

En cuanto al uso de cilicios y disciplinas, también esto con autorización, además de lo ya conocido en la primera parte, los cilicios los usaba ya en el siglo, en Maldá y en Plá de Cabra; [34] y durante el noviciado, se daba discipli-

---

[31] DALMAU, *Vida*, p. 125. Esta austera disciplina, salvo excepciones, no le fue consentida de noche en su última extrema enfermedad («Positio s. V.», *Summ.*, p. 400, §§ 80-81).

[32] ESCRITOS, *ms. del 10 nov. 1866*. Una vez que la madre de Sor Filomena fue al Monasterio a visitarla, el P. Narciso le preguntó al respecto; la pobrecita rompió a llorar, temiendo que fuese el demonio que así afligía a su hija.

[33] «Positio s. V.», *Summ.*, p. 23, § 26.

[34] «Positio s. V.», *Summ.*, pp. 17, § 21; 19, §§ 10, 13; 49, § 149.

nas los días que le era concedido, retirándose para esto a un lugar apartado. Después, en el correr de su vida religiosa, se fabricó dos disciplinas de hierro y corrió toda feliz al P. Narciso, para pedirle permiso de usarlas.

«Llenóme de estupor la vista de tan agrio instrumento, y lo que de improviso se me ocurrió por toda respuesta, fue prohibirle su uso de la manera más determinante, mientras no tuviese la licencia que en aquel punto le negaba. Exigí que me entregase esas disciplinas y despedí a la penitente diciéndole que me tomaba tiempo para reflexionar sobre el permiso que solicitaba. Pues aunque una larga experiencia me había enseñado que Filomena no era nada caprichosa ni de imaginación enferma, y que, pidiéndome mayor rigor, era movida, a mi entender, por el espíritu de Dios, esta vez no me atrevía a darle gusto en lo que me pedía, temeroso de que al primer ensayo no había de quedar hueso sano en su cuerpo. Así se lo dije a ella el día en que me preguntó qué acuerdo pensaba tomar acerca de su petición, pero no bien había yo acabado de negarle el permiso, que me salió al reparo diciéndome: "Nada tema usted, Padre, pues le aseguro que estas disciplinas ningún daño causarán en mi cuerpo, y sino permítame que haga la prueba, y verá..." No llevado de una pueril curiosidad, sino del peso de estas palabras, que me parecían proféticas, troqué mi primera resolución, y me decidí a darle la licencia que me pedía; pero con dos condiciones: la primera, que no quería llevase el rigor de la disciplina hasta el punto de hacerse salir sangre; y la segunda que esa mortificación no había de durar más tiempo del que yo le señalaba.

»Recogió esta licencia la Sierva de Dios con un extraordinario acceso de alegría, sólo concebible en almas de tan elevado temple, que en materia de padecer por Cristo, nunca dirían *basta*. Le devolví las disciplinas, y fuese con ellas a esperar el momento de la prueba.

»Al cabo de algún tiempo quise averiguar si en eso andaba con moderación, y le pregunté si le hacían salir sangre, a lo cual me respondió con un cierto aire de satisfacción: "No, Padre, no; porque mi buen Jesús quiere que en todo sea obediente a usted y como usted me

tiene prohibido que me saque sangre, en vez de sangre me sale agua; y las llagas que me hacen las disciplinas, las mismas disciplinas me las cicatrizan con sus golpes".

»Esta inesperada relación me dejó tan estupefacto, que no pude menos de exclamar en mi interior: "¡Cuán admirable sois, Señor, en vuestros caminos!"» [35]

Se ha dicho ya, pero es oportuno repetirlo, que Sor Filomena daba siempre sin embargo mucha más importancia a las mortificaciones de la voluntad y al ejercicio de las virtudes religiosas; según lo atestigua su Director espiritual:

«Sería necesario llenar muchas páginas si quisiera referir muy por menor la manera industriosa como procuraba que se evitasen aquellas tenues imperfecciones que son inherentes a la fragilidad humana, y de las cuales no siempre se hallan libres aun aquellas personas que hacen profesión de vivir enteramente dedicadas al servicio de Dios. Se conducía en esta materia con sus hermanas con tal mansedumbre y discreción, y eran tan escogidas y dictadas por la prudencia sus palabras, que siempre eran bien recibidas.» [36]

Pero antes que la mortificación externa, cultivaba Sor Filomena la mortificación interna y de la voluntad, verdadera piedra de toque para discernir si es de Dios un espíritu de penitencia.

«Desde el día que entró en el Noviciado —atestigua el Padre Dalmau— hasta el último día de su vida religiosa, en todo este tiempo, no conocí en mi hija espiritual, otra voluntad que la de querer obrar siempre y

---

[35] DALMAU, *Vida*, pp. 64-65.

[36] DALMAU, *Vida*, p. 58. Téngase presente lo que ya ha certificado Sor Rosa de San Narciso: que, aun en las austeridades de ascesis física, Sor Filomena era igualmente jovial y afable con todos. Lo cual es un signo del buen equilibrio de Filomena y de la normalidad de su comportamiento.

en todas las cosas, lo que entendiese ser voluntad del Señor.» [37]

Entre sus escritos encontramos, de hecho este propósito de perfección:

«Propongo, Jesús dulcísimo, ayudada de vuestra divina gracia, negar en todo mi propia voluntad haciendo siempre la vuestra en la de mis Superiores, negándome en todo por vuestro amor.» [38]

[37] DALMAU, *Vida*, p. 62.
[38] ESCRITOS, *Propósito de perfección* (encontrado después de su muerte); en SUCONA, *Compendio*, p. 268.

18

CUERPO Y ALMA EN LA LUCHA

Piel por piel...

En el ámbito de los padecimientos físicos de Sor Filomena, las obras supererogatorias de mortificación corporal, consideradas en sí mismas en la línea ascética, son ya considerables; en el ámbito de los hechos, tienen en su origen, dos voluntades: Una de Dios, conocida en la intimidad de su conciencia y prudentemente tamizada por el consejo y por la obediencia; la otra, su personal voluntad, que se acopla a ella con la indicada prudencia y a la que es concomitante y consiguiente. Pero otros padecimientos propiamente corporales se refieren a su estado de salud y a los frecuentes cambios del mismo. Aun éstos, bajo varios aspectos, no tienen un origen o una explicación puramente natural o accidental, sino más bien, algunos al menos, trascendental.[1] Los hechos, en sus efectos y sus síntomas, lo demuestran; después, su contexto en el más general de la vida de Sor Filomena, y comparado con la

[1] Téngase presente el principio de economía divina en la vida de aquellos que Dios quiere llamar a elevada perfección, y según el cual, a las intervenciones extraordinarias del ángel bueno o a la abundancia de carismas y de dones especiales, corresponden, por permisión divina, a fin de probar la virtud y para aumento de mérito, intervenciones especiales del demonio, con molestias de orden corporal o de orden espiritual o de entrambos (cf. San Juan de la Cruz, *Noche*, II, c. 23, 4-5).

experiencia de otras almas probadas de semejante manera, garantizan a su vez la implicación.

Se ha visto, a propósito de la última enfermedad de Sor Filomena; pero ya en su infancia y en su adolescencia, hubo muchísimos síntomas.

La relación autobiográfica del período entre los cuatro y los dieciocho años en el siglo, es el documento más impartante al respecto, para tal período de tiempo de su vida.[2] Confirmaciones se tienen en los Procesos Ordinario y Apostólico, por parte de varios testigos, dignísimos de crédito.[3]

> «Dispuso Dios, Padre —escribe Sor Filomena— probar mi paciencia ya en mi más tierna edad, o infancia, siendo puesta en peligro mi vida por varios accidentes y enfermedades...» [4]

Tumores blandos, persistentes males de estómago, cólera-morbo, llegando hasta el límite fatal del «sin vuelta», los cuales, a su vez, se resolvieron, no por efecto de curas médicas (que, por otra parte fueron abundantes), sino por el concurso, al menos, de fuerzas trascendentes que se siguieron en la experiencia de Sor Filomena, constituyendo una línea de comportamiento, que tiene sus exigencias de providencia y de permisión especial. Dios la venía preparando para la oblación total de sí misma, a través de una serie de acontecimientos manifestativos de Su divino Beneplácito.

Así, por ejemplo, las enfermedades y algunos aparatosos accidentes cuya evolución excluía una causa natural, incluso según los testimonios directos. Piénsese en algunas caídas, que quedaron inexplicables al padre y a los otros presentes. Pero oigamos la referencia que da de ella misma Sor Filomena.

---

[2] Escritos, *ms. del 10 nov. 1866.*
[3] «Positio s. V.», *Summ., passim.*
[4] Escritos, *ms. del 10 nov. 1866.*

«Se me añadieron tres o cuatro caídas entre las dichas enfermedades, y una de ellas tan peligrosa, que tuve por mucho tiempo una abertura muy cerca de la cerviz, arrojando mucha sangre y apostemas por ella, conservando ésta y otras señales para perpetua memoria de los regalos que he recibido de Dios.»[5]

La caída de la cabalgadura en el viaje de Margalef a Capsanes, por ejemplo, por el modo como ocurrió, parece misteriosa.[6] En todo caso, la paciencia de Filomena fue admirable, quedando todos extraordinariamente edificados de ella.[7]

Si la joven fue probada extraordinariamente en lo físico, no lo fue menos en el espíritu: cuerpo y alma estuvieron en un mismo crisol, ya antes de la mística purificación pasiva, sobrevenida en el período de su vida en el claustro y mucho más en éste.

Una idea sobre el estado físico y moral de sufrimiento de Sor Filomena, en su enfermedad purgativa y en su estado aflictivo de purificación pasiva, nos la dan las respectivas relaciones autógrafas entregadas a su Director espiritual.[8]

Si los designios de Dios sobre ella en la línea vocacional y carismática eran particulares, comprendían también el aspecto más agudo: el que se refiere al antiguo desafío demoníaco de «piel por piel...» del que se habla en el libro de Job.[9]

---

[5] *Ibidem.*

[6] «Positio s. V.», *Summ.*, pp. 29, § 56; 279, § 67.

[7] *Ibidem.*

[8] Para no reducirlas o dañar su espontaneidad y viveza, remitimos al texto, en apéndice.

[9] *Job. 2, 4.* Es un fenómeno concomitante de la purificación pasiva de los sentidos y del espíritu, según conocidos autores de Teología mística, el asedio diabólico, en almas que se han ofrecido como víctimas por los pecadores: una guerra abierta tiene lugar entre dos espíritus. Dios acepta, pero pretende purificar la hostia y permite la prueba extraordinaria, para que el triunfo del alma sea más meritorio y su fidelidad largamente premiada (cf. San Juan de la Cruz, *Opera omnia*, II, c. V, p. 66).

Satanás, como recientemente se ha reafirmado en un estudio de base para el conocimiento del magisterio de la Iglesia sobre el tema «Fe cristiana y demonología»,[10] no es simplemente una personificación mítica de la influencia del mal y del pecado sobre el hombre; sino una realidad personal del mundo invisible, viva y espiritual, perversa y pervertidora, que, originariamente, o sea por creación y por naturaleza era buena, pero prevaricó convirtiéndose de «ángel de luz» en «ángel apóstata», según la clásica expresión de San Ireneo; [11] y en la espiral de su prevaricación, por su odio contra Dios y su envidia contra el hombre, intenta arrastrarnos al mal, instigando la voluntad al consentimiento.[12]

Sor Filomena, entre otras pruebas, experimenta también la prueba agudísima de las vejaciones diabólicas; y fue una experiencia precoz para ella, si se consideran algunas manifestaciones de ella, durante su adolescencia. Apuntando a este género, así se expresa ella misma en su relación autobiográfica:

> «Me parece, Padre, padecí el círculo diabólico en medio de mis enfermedades, pues no me es fácil expli-

[10] Cf. *Fe cristiana y demonología* (estudio compilado por expertos, bajo encargo de la Sda. Congregación para la Doctrina de la Fe) en «L'Osservatore Romano» del 26 junio 1975, pp. 6-7.

[11] *Adv. Haer.* V, XXIV, 3, P.G., 7, 1188 A.

[12] Todo esto, está también dicho en el citado documento, es afirmado por la conciencia cristiana universal, no obstante errores y aberraciones más o menos frecuentes en los siglos y hasta hoy, y afinca su raíz en la misma Palabra de Dios, o sea en la Revelación (A. y N. T.). La conciencia cristiana es defendida por la Iglesia (Apóstoles, Padres, Doctores y Escritores eclesiásticos), con su Magisterio público y privado (historia, liturgia, documentos de los Sumos Pontífices y de los Concilios), en diversos tonos y acentos, pero siempre de manera expresiva y eficaz. Por lo tanto, según la palabra del Santo Padre Pablo VI, «se sale del marco de la enseñanza bíblica y eclesiástica quien rehúsa reconocerla como existente o quien hace de ella un principio en sí mismo, sin tener como toda criatura su origen en Dios, o la explica como una pseudo-realidad, una personificación conceptual y fantástica de las causas desconocidas de nuestras desgracias» (cf. *Alocución* de Pablo VI en la audiencia general del 15 nov. 1972; en «L'Osservatore Romano» del 16 nov. 1972).

car la variedad de trabajos así interiores como exteriores del cielo, infierno, y sensibilísimas de los mismos que me habían de ayudar.» [13]

Después de haber insinuado en general las «horribles batallas y combates» en que repentinamente fue envuelta; «la inmensidad de dolores y angustias» que debió aguantar entre las enfermedades, ásperas reprensiones, oscuridad del Cielo, desolaciones de la tierra, «y las bestias infernales que no dormían un instante»; [14] muchas veces, en sus relatos escritos de las experiencias interiores, Sor Filomena da cuenta al Director espiritual de los combates que muy a menudo ha de sostener con el demonio, dentro y fuera del período de la ya aguda purificación pasiva.[15]

Querer dar cuenta de todos los asaltos del demonio experimentados por ella, sería ciertamente arduo, pesado y prolijo; sólo algunos referiremos sucintamente de sus diversas edades.

Era todavía Filomena muy pequeña y ya el envidioso enemigo de todo bien comenzó a molestarla, persiguiéndola con apariciones pavorosas y amenazas. Así, una vez,

---

[13] Escritos, *ms. del 10 nov. 1866.* Que Satanás combate, por envidia o por despecho, a la humanidad, tiene su fundamento bíblico, sea en el principio de los libros Santos, en el pasaje llamado «protoevangelio»: «Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya; ella aplastará tu cabeza y tú pondrás asechanzas a su calcañar» (*Gén. 3, 15*), sea en el último de sus libros: «... Entonces el dragón se enfureció contra la mujer y fuese a hacer guerra contra el resto de su descendencia, contra los que guardan los mandamientos de Dios y están en posesión del testimonio de Jesús...» (*Apoc. 12, 17*). Entran, además, en la voluntad permisiva de Dios tales pruebas, y para algunos, particularmente agudas y directamente proporcionadas a la altura de santidad a que El quiere levantarlos.

[14] Escritos, *ms. del 10 nov. 1866.* El círculo diabólico correspondería, en términos más asequibles, al asedio diabólico constituido por aquellas instigaciones que hemos llamado molestias, sean de orden corporal, sean de orden espiritual.

[15] De ellos habla, además de en el citado manuscrito, también en los del 4 agosto 1865, 19 enero 1867, 4 febr. 1867 y 18 dic. 1867.

fue de tal manera espantada, que corrió a agarrarse a su padre. Otra vez, mientras estaba lavando en el río, salieron de allí unas cabezas que la afrontaron con palabras procaces.[16] Todavía otra vez, siendo jovencita, se vio afrontada, siempre con rostros humanos y procaces, por demonios, los cuales sin embargo, al reaccionar ella con áspero reproche e invocando los nombres de Jesús y de María, desaparecieron al instante.[17]

Después, ya religiosa, muchas veces fue acometida con golpes y zancadillas; otra vez, también despeñada por la escalera con un empujón que la hizo dar con la cabeza en algunos escalones. Otra, se vio agredida improvisadamente como por dos grandes gatos; o peor todavía, echarle encima imprevistamente un pesado armario de la despensa con todo su contenido, de modo que las Hermanas gritaban que ya estaba muerta. Mas de todos estos asaltos la libró el Señor, quedando ilesa.[18]

Aparte de éstas y otras molestias de orden aparente y material, los asaltos del demonio se le presentaron también en el orden moral y espiritual. La aterrorizaban y amenazaban: «Te ahogaré si no dejas las penitencias»; le proferían blasfemias en los momentos más santos; se hacía procaz con insultos, apariciones y turbaciones; pero era puesto en fuga con el uso del agua bendita y otras maneras, al grito de «Viva Jesús».[19]

> «En cierta ocasión en que su espíritu se hallaba en "noche oscura" o la dura prueba de la purificación pasiva —escribe el Padre Dalmau—, lleno de perplejidades y dudas penosísimas por habérsele ocultado el Señor, se arrojó sobre ella el demonio como un león furioso; esforzábase en persuadirla que no podía ser sino demonio transformado en ángel de luz... que si

[16] «Positio s. intr. Causae», *Summ.*, p. 19, § 31.
[17] DALMAU, *Vida*, p. 32.
[18] DALMAU, *Vida*, pp. 96-98.
[19] DALMAU, *Vida*, p. 128.

tándoseme más y más mis congojas, sin tener valor de manifestar el daño que me hacían, hasta que viéndome tan afligida, dije alguna vez: «Madre, todo lo que recibo por remedio me daña gravemente». Permitiendo Dios tomase tan a pecho estas mis impaciencias, que de allí en adelante se me añadieron penas sobre penas, y dolores corporales, y sin comparación dolores interiores con suma violencia y rigor, porque más llagaban mi alma las crudas y ásperas reprensiones que me daba mi buena madre muy solícita de mi bien espiritual y temporal. Llegábame a decir que con mis inobediencias le acababa la vida; que era causa de su continua aflicción; que todo eran imaginaciones mías, repitiendo remedios sin cesar, los que tomaba prontamente.

Otras pruebas se juntaron no menos sensibles para mí en medio de mis dolores, y fueron: que notando, que desde muy niña practicaba actos de mortificación sin yo misma advertirlo, como eran, pedir a mi señora madre me dejase ayunar; a veces me hallaban sin almohada y pendiente mi cabeza de la cama; otras sin abrigo en el invierno; otras comiendo lo que me había de causar hastío por ser destinado para los animales y no para personas; otras dando cuanto se me permitía a los pobrecitos de Jesucristo, a los que amaba tiernamente. Notando estas y otras cosas mi madre, permitió Dios pensase que todo era obra mía, y que quería darme a una vida muy áspera y penitente. Me mandaba que al punto de entrar en el aposento, me fuese al instante a descansar en la cama; así como entraba en él ponía mis manos sobre mis vestidos temerosa de faltar a la obediencia de mi madre, pero sin valer nada mis diligencias, entraba a deshora a ver cómo obedecía sus órdenes y me hallaba en tierra. Volvíame a mandar lo mismo con rigurosas amenazas, y cumpliendo yo también las dichas diligencias, pero era también en vano. Ya puede creer, Padre, ¡cuáles serían los pesares que mi madre recibía de mis desobediencias! Y pensando que eran mis caprichos a su parecer causa de mi tan débil salud. Se me añadieron tres o cuatro caídas entre las dichas enfermedades, y una de ellas tan peligrosa, que tuve por mucho tiempo una abertura muy cerca de la cerviz, arrojando mucha sangre y apostemas por ella, conservando esta y otras señales para perpetua memoria de los regalos que he recibido de Dios. Me parece, Padre, padecí el círculo diabólico en medio de mis enfermedades, pues no me es fácil explicar la variedad de trabajos así interiores como exteriores del cielo, infierno, y sensibilísimas de

los mismos que me habían de ayudar. Permitió también el Señor, que entre juvenil edad, desobediencias, poquísima salud, mal genio, llena de soberbia como mi buena madre me decía, dispuso el Señor dudasen de mi vocación, teniéndola por falsa, sintiendo muy a menudo reprender mis deseos y vocación. Me causaban grandísima amargura ciertas expresiones que muy a menudo resonaban a mis oídos, y mucho más cuando se me hacía ver, que con mis caprichos, era mi perdición y la de los demás por mi mal ejemplo. Llegaban ocasiones que entre las enfermedades, ásperas reprensiones, oscuridades del cielo, desconsuelos de la tierra, contra mí las bestias infernales que no dormían un instante afligiéndome con varias ilusiones, llegaba a padecer tanto, que no sé cómo explicarme. Andaba flaquísima como perdida sin consejo, pues nada decía de lo que padecía por el motivo ya dicho.

Eran muy distantes las veces que recibía mi dulce Salvador en el Sacramento de la Eucaristía; muy distante de la lectura, ni otras cosas que me eran sumamente necesarias. El libro más frecuente a mi imaginativa era, que dejase de ser religiosa, llegando a tales puntos las violentas olas de las continuas amarguras que rodeaban mi espíritu, que lloraba algunas veces sin saber cómo tolerar tan grandes amarguras. Otras veces estando mi buena madre reprendiendo mis caprichos, como me decía, no me era posible contener las lágrimas por lo mucho que padecía allá dentro de mi corazón. Sentía tanto mi madre el verme llorar, que más que nunca la veía disgustada contra de mí, hasta castigarme muchas veces con mucha severidad, reprendiendo mi soberbia de no tomar bien sus amonestaciones; y si me aumentaban los dolores, también decía, eran la causa sus correcciones muy mal toleradas de mi parte. Los dolores iban de cuando en cuando creciendo, de modo, que a veces quedaba como muerta, y los medios de que se valía en estas ocasiones eran, aumentar los alimentos y abrir mis venas haciendo salir mucha sangre por los muy repetidos golpes de la lanceta sin dar crédito a los colores tan sanos que conservaba siempre, quedando tan enferma de lo dicho, que parecía imposible el restablecimiento de mi al parecer perdida salud.

Lo más fuerte de lo tocante a la aplicación de los repetidos remedios, fue poca la diferencia de unos tres años, aunque la acerbidad de los demás trabajos fue su duración por más dilatado tiempo, llegando a ser imposible su tolerancia sin una especialísima asistencia y poderosa gracia de Dios,

procurando todo el infierno amedrentarme tan gravemente, haciéndome ver las desgracias que lloverían sobre mí si me hacía religiosa, cooperando para su aumento las repetidas reprensiones de mi caritativa madre que me quisiera muy buena, cumpliendo yo muy mal sus deseos, y por lo mismo todo me lo reprendía y castigaba diciéndome que mis deseos de ser religiosa no eran sino para huir de sus correcciones, y del trabajo que sin darme un instante de reposo, a veces habían de aflojármelo por hallarme tan enferma, despidiendo la joven que prestaba y ejercía los quehaceres domésticos, cumpliéndolo yo con mis enfermas fuerzas.

Todo lo dicho, y otros, y otros trabajos, angustias indecibles padecía sin hablar de ello palabra a nadie, y mis consuelos eran siempre más y más grandes desconsuelos, hasta llegar a causarme horror el estado religioso por lo mucho que se esforzaba el infierno, y los que me habían de ayudar contradecían la ejecución de lo que Dios me pedía. A no ser Dios el que me llamaba al claustro, no era posible tuviese valor de entrar sus santas puertas por lo mucho que padecía de la falta de salud, pues hasta el último día, vigilia de mi feliz entrada a este Paraíso terrenal, me dañó lo que comí para satisfacer la voluntad de mis padres, aún que se valieron de precauciones, pues que ahora últimamente no me forzaban tanto, dejándome ayunar miércoles, viernes o sábados y los que manda la santa Iglesia, temperándose un poco ya mi enferma salud, concediéndome lo que era sumamente necesario para ser admitida a esta Santa Religión el que me probasen todos los manjares cuaresmales, hasta que después de mi profesión hube de retroceder, como usted ya sabe, hasta llegar a lo que al pronto practico, padeciendo por ello lo que sólo Dios sabe y nadie más: advirtiéndole, Padre, que no he gustado la salud hasta que he cumplido lo que Dios pedía de esta su esclava, que por tanto tiempo ha resistido, ocultando lo mucho que padecía por no cumplir su santísima voluntad, teniendo al presente que sostener indecibles combates contra la expresa voluntad del Señor, de los que no podría prometerme victoria sin una protección muy especial de Jesús y María, valiéndose de todos los medios que pueda usted llegar a imaginarse, no queriéndose humillar por más que haga. Dígnese, Padre, tenerme presente en sus oraciones para que no queden frustradas mis esperanzas.

No habré sido bastante extensa en la presente declaración, pero, para darle una poquita de luz, debe ya bastar por aho-

ra este escrito. Me vienen a querer hacerme creer que esto es tiempo perdido, del que habré de dar cuenta a Dios. Si esto es así, le pido perdon y B. S. P.

Relatos autógrafos referentes a las *experiencias místicas* y a la *purificación pasiva.*

(Manuscrito entregado a su guía espiritual el día 4 de agosto de 1865.)

J. M. J.

Después de haber implorado la luz y gracia del Espíritu Santo, póngome a cumplir el acto de obediencia que usted Padre me mandó hacer, deseando fervorosamente, que si en alguna palabra me aparto de la purísima verdad, quede borrada de este papel, y puestas las rodillas en tierra y a presencia del Crucificado, le suplico cuando lea esto tenga presente mi horrorosa vida, pues me parece que estoy colocada entre los muertos de aquellos que ya no vivirán más. ¡Válgame la misericordia de Dios que así lo permite!

Primeramente: en cuanto a la oración le digo, Padre, que me hallo como el más ignorante niño que aún no sabe la primera letra del abecedario, olvidándome hasta de los medios utilísimos a todo lo que me habría de valer para este santo ejercicio. No obstante, de todo esto, le digo para confusión mía y gloria de Dios, que algunas veces me veo transformada en otra de lo que soy. A veces, Padre, cuando place al Señor, me levanta de la tierra al cielo, y de mis miserias a sus misericordias de la manera siguiente. Algunas veces, después de haber padecido algún poquito por Dios, de improviso y cuando menos pienso, me llama a lo alto para instruirme de lo que puedo con su gracia, pero esto de diversos modos. Unas veces como que me llamasen, y yo con un vuelo superior de espíritu, respondo a veces palabras muy extrañas. Otras veces, pregunto también cosas de mucha importancia de lo que entonces se me da a conocer, y esto lo hago sin miedo alguno, pues me hallo tan transformada en Dios, que muchas veces me hace exclamar: *No soy yo la que vivo, Jesús es quien vive en mí.* Por diferentes motivos me llaman a lo

alto. Unas veces me dicen: *¿Quién soy yo y quién eres tú?* Y al mismo instante me levantan a lo alto y me dan a conocer las infinitas perfecciones de Dios en un grado tan elevado, que queda mi pobrecita alma llena de un gozo tan grande y en unos tan vivísimos deseos de que sea conocida y amada tan grande Majestad, que me arrojaría a los abismos con tal que fuese adorada de todo el mundo. Unas veces me dan a conocer lo que he de padecer, y son tan grandes mis deseos entonces de padecer, que el martirio más grande no se puede comparar, viéndose con fuerzas tan grandes y no poderlas emplear a favor del que se las dio. Con lágrimas de verdadero sentimiento le pido, Padre mío, me perdone el atrevimiento de hablar así, pues que una fuerza superior me fuerza a que obedezca: más adelante ya hablaré de otro estado en que con más frecuencia me hallo mediante la gracia de Dios.

Volviendo al mismo asunto, le digo, Padre, que otras veces, como que subiesen el alma hasta el trono de la Sabiduría increada y le dan unas lecciones tan altísimas, que sin saber cómo, el alma está cierta que es Dios su celestial Maestro. Queda en esta ocasión tan prendada de tal dignación, y al mismo tiempo tan llena de fuerzas, vigor y agilidad, que se arrojaría voluntariamente en los más grandes padecimientos, para satisfacer de algún modo las mercedes de que se ve favorecida; pues son tan grandes, Padre, que tal vez sería más larga de lo que usted pide si todo lo decía. Allí se ve como una planta, en medio de un ameno jardín, rodeada de olorosísimas flores, esto es, de las virtudes más elevadas, de los frutos y dones del Espíritu Santo, de las virtudes cardinales, teologales y morales, de otras gracias y luces, las cuales a veces parecen visibles. En fin, Padre, queda tan unida en aquel punto el alma con su amado Dios, que parece va a morir de amor; pero una fuerza invisible la detiene y le dice: *Aún has de padecer más.* A veces, al instante con las manos levantadas al Cielo y con voces a veces fuertes respondo: *Sí, sí, padecer, padecer,* abrasándome de amor; pero, ¡ay carísimo Padre! ¡Qué me sucede al mismo instante! ¡Qué se ha hecho de todo lo del otro instante! ¡Ay de mí!, ¿qué parece mi interior? (perdóneme, Padre, esta expresión), esto es un infierno, y mi pobrecita alma un calabozo oscurísimo lleno de venenosos animales. En un instante me hallo llena de angustias, dolores, perplejidades, dudas penosísimas, y así como antes de esto parecía que todo el infierno me temía y no osaba llegarse a mí, ahora como que quisiese vengarse del tiempo que no ha

podido, se arroja como un león furioso sobre esta pobre enferma, la que se halla sin fuerzas y agonizando a las pruebas del Cielo y del infierno.

Se suelen juntar a esta pena, bastante fuerte, los diferentes pareceres de las Hermanas, aunque lo hacen por lo mucho que me aman, y quisieran darme remedio; pero todo me aumenta las angustias, porque estoy árida entre tinieblas las más oscuras y sequedades las más fuertes. Las palabras que me podían consolar, me aumentan la aflicción: todo me da en rostro; lo dulce se me vuelve amargo; lo ligero, pesado, sin poder experimentar nada de lo que dicen consuelo, y mucho menos desearlo. Todo esto y otras cosas se sufren, y en medio de tanto padecer, me parece puedo decir: *Mi Dios es mi paciencia;* porque si posible fuese hallar consuelo en cosa alguna, no lo quisiera de modo alguno, porque como se acuerda de lo que le habían dicho de que había de padecer, lo abraza todo con tanta resignación, que le hace a veces desear se prolongue la vida para poder padecer más, por amor del que la ha puesto entre penas tan crecidas. A veces me sucede estar semanas, y aún meses, con estas fuertes angustias, sin poder valerme de medio alguno. Me parece entonces que hay en mi interior un lugar destinado solamente para padecer, y todo cuanto se siente de penas, parece que todo se va a meter en el dicho lugar, de lo cual resulta hallarse en un aprieto tan grande el corazón, que parece va a dar el último suspiro.

A veces parece no le importaría morir a solas y sin consuelo de nadie entre los más excesivos dolores y congojas las más crecidas, pues aún desea padecer más, para asemejarse más al que se ha ocultado, y a veces son tan encendidos estos deseos en medio de tantas penas, que aún llamo a las tinieblas se aumenten, y a veces me obedecen, poniéndome en un estado el más mísero y deplorable. Sólo el que se halla en este punto puede saber lo que se padece; pero me sucede en medio de todo lo dicho una cosa muy extraña, por ejemplo: tendré una duda muy fuerte sobre alguna cosa de las precedentes, o dichas, y de improviso me dicen: *No temas, yo soy.* Otras: *Yo soy luz, camino y vida, sígueme;* pero las que con más frecuencia me animan, son las de haber de padecer grandes trabajos por el que deseo amar.

Queda el alma por estas y otras palabras tan herida de amor, aunque no lo conoce, que llega a decir: *Sin cruz no quiero vivir, / sabiendo lo que importa, / en la vida larga o corta, / siempre, siempre padecer y no morir.* Otras veces

trata de ingratos los trabajos porque me dejan estar un punto sin su amable compañía. Uno de estos días me sucedió estando en la recreación, que cogí una hoja de una hierbecita que estaba a mi lado, y sin particular reflexión púseme a hacerla pedacitos muy pequeños, y volviéndose a mí una Hermana me dijo: «Así se ha de ver, si quiere ser...». Me elevaron las dichas palabras a tan alto conocimiento de lo que había de padecer, que llena de alegría respondía: «Ya llegará, no faltará que padecer».

Otra cosa me sucede alguna vez después de algún tiempo de estar entre las dichas congojas y mortales angustias, que llamándome de improviso al lugar más interior del alma, me hallo de repente mudada en otra de lo que soy. ¡Oh Padre! ¡Qué cosas podría decir de este lugar celestial y silencioso, donde el alma disfruta de cosas admirables y nuevamente la instruyen de los caminos ciertos y seguros de la más alta perfección! Le dan a conocer secretos altísimos, ya de la divina Esencia, ya de lo que padeció Cristo Señor Nuestro, lo que hicieron los Santos para imitarle en padecer mucho por su amor, y otras cosas tocantes a mí misma o a otras personas. Se halla en este punto el alma tan metida a lo más adentro, que aunque siente mucho trabajo obedeciendo lo que se le manda, parece que todo lo tocante a lo que se dice potencias y sentidos, está todo tan quieto y la misma alma con tanta aniquilación, que no osa levantar los ojos porque se ve tan cercana, o por mejor decir, toda rodeada de la Majestad de Dios. Llega a un grado su aniquilación que no sabe a donde esconderse, porque se mira indignísima de tales mercedes. A veces me sucede, que estando en este lugar tan silencioso, me desatan mi oprimido corazón, y volviéndose mis ojos en dos fuentes, empiezan a derramar copiosamente lágrimas, advirtiendo que con mucha dulzura y suavidad. ¡Oh qué cosas tan admirables se encierran en este celestial recogimiento! Pues parece que hasta la parte corpórea desea disfrutar de tanto bien, y así parece muchas veces que se encierra todo adentro sin acordarse ya de ninguna cosa de las urgentes o necesarias a la fragilidad humana. Muchas cosas podría decirle tocante a este punto, pero tal vez me separaría de la brevedad que usted pide; sólo diré, Padre, que hay secretos y comunicaciones de grande importancia para sí y para otros; y si alguna vez me acontece que hallándome en alguna fuerte congoja de espíritu o desolación me pongo en el dicho recogimiento, ¡oh qué admirables son los frutos que en esta ocasión

se sacan de los dichos trabajos! ¡Y cómo derrama su corazón a la presencia de Dios bendiciendo y adorando sus eternas misericordias que con tanta abundancia derrama en aquella ocasión!

Bien quisiera, Padre, darle conocimiento de las luces e inteligencias celestiales que el Eterno me comunica para tener de esta manera más motivos de humillarme cuando estoy postrada a sus pies; pero como soy tan ruda en mis palabras, no soy más larga. Suplico a usted que todo lo que halle dificultoso en este borrador no haga ningún reparo de examinar con más claridad, sea el punto que sea, y si desea explicación más clara de alguna otra cosa, haga la caridad de avisarme de ello, que lo haré mediante la gracia de Dios.

Las consecuencias o frutos que podemos colegir de todo lo dicho son sin duda buenos, pues en cuanto a las virtudes interiores, son: grande abnegación, desnudez de espíritu, no sólo de los bienes de la tierra, sino también de los del cielo, resignación grande, obediencia ciega, perfectísima pobreza, en fin, todas las virtudes se sienten difundidas en lo más íntimo del alma. En cuanto al exterior del cuerpo también se experimentan efectos muy copiosos, esto es, agilidad grande para el trabajo, deseando siempre ocuparse en el servicio de las Hermanas y obedecerlas a todas en todo sin reserva alguna. La parte corpórea experimenta flaqueza, y perdido el color natural, pero se halla tan fuerte para la penitencia, que no sabe cómo puede ser esto, pero sí que conoce a veces que la llaman a la penitencia sin pedirlo ni desearlo.

Aquí tiene, Padre, lo que me ha parecido que usted pide, y perdóneme cuantos errores hallare en este acto de obediencia, pues soy culpable por haberlo cumplido tan aprisa el mismo día que usted se ausentó de esta población. — N. R. P. S. S. P.

(Manuscrito entregado el día 2 de abril de 1866, lunes siguiente a la Pascua de Resurrección.)

Sigue el relato respeto de las *experiencias místicas.*

J. C.

En nombre del ya resucitado, y de su consolada y Santísima Madre la Inmaculada Virgen María.

Grandes son, mi Rvdo. Padre, los deseos que tengo de crecer en la obediencia, y habiendo faltado por algún tiempo en darle cuenta, como usted lo desea, de mi espíritu por algún temor ya insinuado a usted, quisiera borrar mi falta con la posible explicación de lo que actualmente me acontece. Lo haré como me sea posible, deseando no faltar a la pura verdad de lo que siento, pero confieso, Padre, que me hallo impotente para darle cuenta de las gracias y mercedes que el Altísimo derrama sobre la criatura más infame y pestilente, pues me parece, Padre mío, que la Beatísima Trinidad, en cierto modo, andan a competencia las tres divinas Personas en hermosear mi alma con dones y gracias sobrenaturales. ¡Ay de mí, amado Padre, si no correspondo a tantas finezas de amor!

En primer lugar, parece que el Eterno Padre viste mi pobrecita alma de un poder y señorío grande, superior a todo lo criado, animándome a emprender cosas grandes en su honor, asegurándome de su ayuda, y alejando de mí todo temor, haciéndome el espanto del infierno. El sapientísimo Hijo, me parece se esmera en comunicarle de su infinita Sabiduría, mostrándosele los caminos rectos que le han de conducir a la vida eterna, llenándole al mismo tiempo de luces celestiales y divinas. El Espíritu Santo, fuente de amor, parece me comunica con abundancia el fuego de amor en que se abrasa, forzándome para que comunique de él a mis amadas Hermanas, a las que me manda amar con caridad perfecta y ardiente.

Con toda cautela podrá examinar, Padre, todo lo siguiente, para ver si mi espíritu padece equivocación, dándole toda la

franqueza para que, si necesario fuese, lo pueda comunicar a mi muy amado Padre, sujetando mi parecer al de VV. PP. y en todo lo que padeciere engaño me lo avisarán por las cinco llagas de mi crucificado Jesús.

Después de unos catorce años, Rvdo. Padre, de angustias, desmayos y dolores de muerte con que el Señor se ha dignado probarme, valiéndose, cuando del infierno, cuando de las criaturas, o por decirlo mejor, cuando irritado de mis enormes pecados ha descargado sobre mí su airada y pesada mano, permitiéndome acontecimientos muy raros y peligrosos, con los cuales ha humillado no más que un poquito mi grande soberbia; y cuando parecía que estaba luchando con la muerte, cesaron mis gemidos y lamentos con la amable presencia de mi dulce Jesús. Esta amable presencia es muy continua y causa en mi interior varias operaciones y una abstracción de toda criatura; de modo, que parece estoy sola entre muchas. El que habita en mí, no cesa de instruirme siempre en lo más perfecto, y a veces me pide cosas superiores a las fuerzas humanas, o más bien, la práctica de las virtudes con perfección suma; y cuando yo temo viendo mi gran miseria emprender cosas grandes, desde luego mi Soberano Dueño se queja amorosamente, porque siendo El mi camino, verdad y vida, no me arrimo a seguir sus fuertes impresiones, apoyada únicamente en el que ama mi alma. Lo que me admira entre otras cosas, es que parece que este buen Pastor no tiene otra oveja que a mí por la solicitud y vigilancia tan continua que de mí tiene, reprendiendo mis infidelidades y mostrándome la preciosidad de las virtudes, y la primera que me pide con más instancia fue así como se leían aquellas palabras del santo Evangelio: *Qui vult venire post me, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me.* El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz, y sígame.» En esta petición, hace más de cuatro años que se me hizo ver con tanta fuerza, que a pesar de mi amor propio, no pude resistir, y desde luego mi divino Maestro empezó por sí mismo lo que de mí quería, permitiéndome deseos sin duda muy buenos, abnegándome por sí mismo de lo que me pedía, y como este buen Dios se encargase de la abnegación interior, su indigna esclava empezó la exterior, de la cual me parece haber dado mucho placer a mi único Bien.

Antes de hablar de las operaciones que siento en mi interior, le digo, Padre, para que vea si hay engaño en mi oración,

que casi en toda mi vida no me he podido valer de meditaciones para la santa oración, y aún siendo de pocos años; lo que me ha causado a veces mucha pena, y al presente alguna vez me pongo de propósito a los primeros principios de la oración mental para empezar según las reglas manuales, pero no puedo lograr nada por más que haga, y así me humillo viendo mi miseria, y lo nada que puedo: si conoce engaño, Padre, en esto, espero de usted saludable corrección.

Volviendo a lo que actualmente me acontece, le digo: que a veces me hallo ocupada en muchos quehaceres domésticos con grande paz y con grande aplicación de mis fuerzas al trabajo, pero sin experimentar distracciones, antes bien, hay veces que hablan muy cerca de mí, y si me acontece haber de responder alguna vez, no sé lo que se ha dicho. También me sucede, que raras veces oigo el reloj, y lo desearía, para saludar a mi dulcísima Madre, y cuando así estoy ocupada, algunas veces me llaman de dentro con tanta fuerza, que no puedo resistir. Lo que en estas ocasiones me sucede, es: que me hacen guardar un silencio admirable, sin poder explicar lo que pasa allá dentro. Otras veces, con el mismo silencio, se me dan unos deseos tan grandes de padecer trabajos, humillaciones, desprecios, pobreza y otros trabajos muy grandes por el que me está instruyendo allá dentro tan secretamente. Unas veces, parece estoy allá dentro por negocios de mí misma, y otras, para mis prójimos. Se siente en esta ocasión encenderse en mi corazón (le pido perdón de esta expresión) una llama de amor a Dios, de caridad a mis prójimos sobre las necesidades que en ellos he notado, que expondría mi salud y mi vida, con tal que pudiese remediarlas; y es tan grande el fuego de amor que me abrasa acerca de la salvación de las almas, que a veces me hace exclamar: ¡Oh Dios mío, caridad eterna! ¿Por qué no comunicáis este mi fuego a algunos de vuestros sacerdotes, los que se aplicarían con ardiente caridad a ganar almas para el cielo? ¡Oh, con qué velocidad las sacarían de la esclavitud del enemigo! ¡Oh Dios mío, qué correspondencia es la nuestra a tantos beneficios de Vos recibidos! ¡Oh Dios! ¡Oh Dios mío, tened misericordia de todos nosotros, pues somos pecadores!

Hay ocasiones que esto me sucede, que mis ojos se hacen dos fuentes sin poder resistir a la abundancia de lágrimas que ellos destilan, pero con mucha suavidad y silencio; pero cuando más violencia padece la naturaleza, es en otras ocasiones, que de improviso me siento con unos ímpetus de amor

tan fuertes, que me hacen hablar sin querer; y si me pregunta qué cosas digo, y en qué ocasiones, le respondo, Padre, que lo que digo es lo mismo que yo (me parece) estoy haciendo. Pido a las Hermanas, que entonces a mí se acercan, que amen a Dios con todo su corazón, haciendo esto con tales demostraciones del amor que yo las tengo, que las suspende, y me preguntan: ¿Qué hemos de hacer para amar a este buen Dios? Y cuando me preguntan esto, no puedo decir lo que pasa allá en mi corazón, y las respondo con palabras tan encendidas de las infinitas perfecciones y misericordias de Dios, que parece comunico a mis angélicas Hermanas parte del fuego que arde en mi pecho. Me parece a veces, Padre, que el corazón no cabe en el lugar que Dios le ha destinado: otras parece está vulnerado, pareciendo que despide por la dicha vúlnera lo que no puede soportar adentro, extendiéndoseme en el pecho, forzándome a hacer unas respiraciones tan fuertes, que me obligan a bajar y levantar la cabeza, sin poder corregir por entonces este defecto.

Los lugares en que esto me sucede por lo regular, son con más frecuencia, cuando me hallo ocupada cumpliendo con la voluntad de Dios en los oficios más humildes y repugnantes al amor propio, pues me manda mi dulce Amor que trabaje en hacerme un todo para todas, y tanto me esfuerzo para darle gusto soliéndome venir algún temor de que me doy demasiado al trabajo, y como sintiendo que me apartase de la dulce presencia de mi Dios; y al instante que esto pienso, se me muestra con palabras tan tiernas y animosas, que me hallo de repente como si nada hubiese trabajado y con ánimo de emprender cosas más grandes apoyada en el que ama mi alma. Lo que me ha dado congoja por algún tiempo ha sido notar que después de grandes recogimientos, observaciones, e ímpetus de espíritu, en los cuales se me habían comunicado encendidísimos deseos de padecer humillaciones, desprecios, persecuciones, desolaciones y toda especie de angustias en el alma y en el cuerpo, de improviso me hallo como quien no puede tener ni deseos ni propia voluntad en nada, y así me reprendo a mí misma viendo que tan pronto he dejado los buenos deseos de padecer grandes trabajos por mi divino Redentor; pero no puedo lograr nada hasta que él mismo que me los quitó, me los devuelve, causando de nuevo la satisfacción tal en mi espíritu y parte corpórea, que parece me hallo con fuerzas superiores a todos los trabajos que me pueden sobrevenir. Y tocante a la dicha angustia que esto me

causaba, parece que he recibido noticia que no hay que temer, porque esa paralización de deseos procede de la unión perfecta del alma con Dios, de modo que no hay más que un querer y no querer entre el Señor y su indigna esclava; advirtiendo, Padre, que en los ya dichos estados, y en los siguientes, siempre hay grande paz y tranquilidad de espíritu.

En cuanto a la pérdida de los sentidos me parece no haberme acontecido entre los ímpetus o acaecimientos de mucha violencia, sino entre quietud y grande paz; y unas veces habiendo recibido la sagrada Comunión, y luego después, estando oyendo el santo sacrificio de la Misa, sin pensar en ninguna de esas cosas, estando a poca la diferencia al *Orate fratres*, quedarme sin ver, ni oír nada hasta cuando está para comulgar el ministro del Altísimo, advirtiendo entonces que mi amado Jesús me hace la gracia de volver en aquel momento para que comulgue juntamente con el sacerdote. Me hallo tan confusa cuando esto me sucede y mucho más cuando son días de obligación de oír Misa, pensando no habré cumplido con el primer precepto de la santa Iglesia, y esto mismo me humilla en grande manera y también me causa la dicha humillación ver que mis humildes Hermanas, después de haber comulgado, se deshacen dando gracias al que mora realmente en sus corazones y en el mío también; pero no puedo de ningún modo por más que haga, emplear mis labios alabando al que ha venido en nombre del Señor. Suficientes motivos son éstos, Padre, para humillarme hasta lo más profundo, pues lo dicho me sucede siempre que comulgo. En lo dicho puede ver, Rvdo. Padre, mi soberbia y mala disposición con que tal vez lo recibo. Vea, Padre, lo que le parece sobre lo dicho y corrija por caridad a la más ignorante de todas las criaturas.

Lo que parece extraño es que a veces me hallo a mi parecer entre oscuridades y tinieblas muy pesadas, y no entiendo el motivo, porque si doy una pequeña ojeada a mi interior hallo a mi dulcísimo Jesús en medio de mi inmundo corazón y a veces me parece mora en él con sumo placer, cumpliéndose lo que dice en el sagrado Evangelio: «Mis delicias son estar con los hijos de los hombres»; pero parece extraño que encerrando la luz y el verdadero Sol de justicia Cristo Jesús en mi corazón, padezca oscuridad; pero no permite este Corazón tan lleno de caridad sea esto por mucho tiempo, porque desde luego me manifiesta la vigilancia y cuidado que de esta su indigna esclava tiene, y el modo con que lo hace es mara-

villoso y digno de admiración para mí, que tales misericordias recibo. No piense, usted Padre, que cuando digo que me dice palabras o que me manda lo que tengo de hacer, tenga a mi divino Jesús tan al descubierto como tengo a mis Hermanas al mediodía en la recreación, pues persuadida estoy que entenderá el sentido de lo dicho por la misma experiencia, porque sería horrible soberbia, que una criatura tan abominable como soy yo, llegase a dar a entender esto. Grande es la misericordia que me hace de no arrojarme al infierno como lo tengo tan merecido.

En cuanto a lo que me pidió hace más de tres años, esto es, que la lección mía había de consistir en aquel libro que siempre está abierto para los que de él quieren aprender, desde entonces he quedado privada de la lección, pues no puedo sacar provecho de ella. Si alguna vez tengo algún poquito de tiempo para ello, no es posible sujetar a ella mi entendimiento, ni acordarme de lo que he leído sin poder hacer más en esto. El libro insinuado es el que por mi amor fue crucificado, pues en el Crucifijo hallo mi consuelo, y en el Santísimo Sacramento mi fortaleza. Me parece, Padre, que se me ha mostrado en alguna ocasión un monte, o el monte de la más elevada perfección a la que me llama mi Sumo Bien, mostrándome la alteza de las virtudes que de mí o en mí desea, y éstas son tan heroicas y tan sólidas, que a veces me hacen humillar, pareciéndome todo superior a mi miserable sexo; pero ahora no sé como me hallo llena de corage santo, porque veo que nada puedo, y sí lo podré todo ayudada en él que me lo ha prometido.

¿Con qué palabras le podré manifestar, Rvdo. Padre, el grado de abnegación que me pide, la altísima pobreza que en mí desea, la ciega obediencia que me manda, la mortificación y penitencia que de mí quiere? ¿Qué le diré tocante a las virtudes de la santa caridad y humildad? ¡Ay Padre mío! Aquí sí que mi entendimiento no sabe discurrir cómo poder darle conocimiento de lo que en esto se me pide. Mi amado Padre San Francisco me ayudará como hija suya a practicarlo como me lo manda mi único Amor. También sin cesar me insta, que me dé al estudio de la santa oración, como que desea aún derramar más abundantes gracias sobre esta vil criatura y la más pecadora de cuantas existen en el mundo, lo que me llena de pasmo y admiración, y aún hay veces que con tiernos afectos manifiesto mi insuficiencia para todo lo bueno a mi amado Dios; pero me pide aún con más instancias que nunca,

que no me ocupe en lo fácil, pero sí en lo dificultoso, asegurándome de su ayuda y asistencia; y el voto que insinué a usted, es uno de los medios que me han de ayudar mucho para empezar y poner los pies en el camino de la perfección; pero encierra en sí este voto tanta necesidad de ánimo y valor para hacerlo, que me espantaría por las muchas cosas que en él se encierran; pero siempre me anima diciéndome, *no lo fácil, sino lo dificultoso;* y los 33 propósitos que en el otro escrito hallo hechos o escritos, todos son camino para poder cumplir con más fidelidad la perfección, que en él se encierra.

El dicho voto lo hubiera hecho mañana, día de N. P. San Francisco, día feliz en que recibí el santo hábito, o el día siguiente que nací en este mundo, y morí a él profesando y consagrando mi virginidad al Esposo de las vírgenes, mi dulce Jesús; pero pareciéndome necesito de más preparación para prometerlo, lo suspendo hasta que usted haya visto el escrito presente, y examinado, si estoy en disposición de cumplir lo que he de prometer, dejándome en todo o poniéndome bajo sus órdenes, deseando crecer cada momento en perfectísima obediencia. Lo que me causa temor para hacer el tal voto, es ver que llegará un tiempo, que será necesaria la virtud de un gran Santo para sostener combates muy fuertes, y como me hallo tan miserable, temo he de faltar a lo que voy a prometer; y como son tan grandes mis deseos de no ofender a Dios, me da algo de congoja la dicha consideración, pues quisiera morir mil veces antes de faltar a la fidelidad que debo a mi Dios; aunque pondré siempre mi esperanza en el Dios de las virtudes, que es mi seguro refugio.

Le doy conocimiento de lo dicho, para que usted juzgue prudentemente lo que según Dios le pareciere, pues en cuanto mis deseos son grandes de obedecer al Dios de mi corazón, al que muchas veces he pedido mandase lo que de mí fuese su beneplácito, que en todo le obedecería, aunque sean cosas más dificultosas que las que encierran este voto. Mande, Rvdo. Padre, lo que mejor le parezca, pues le obedeceré ciegamente y sin temor alguno, pues veo, Padre, que doy placer sumo al dulce Jesús mío de sujetarme en todo a la obediencia de usted y demás superiores: y para que vea mejor si voy errada, le digo, que mi Amado, desde el principio que me permitió cosas un poco desconocidas de mi rudeza, me ha mandado sin cesar obedeciese en todo a V. R., aunque fuese opuesto a lo que su Majestad me mandase. Lo que he conocido es, el grande pesar y enojo que recibe nuestro Dios

cuando ve los Superiores tratados no con el debido respeto de sus súbditos. ¡Oh Padre! ¡Qué grande es el pesar que recibe el dulcísimo Corazón de Jesús! ¡Qué encendido no fue el celo que tuvo este Verbo Eterno, en dar el debido honor a su increado Padre! Y a imitación suya quiere, que nosotras tratemos a nuestros Superiores con suma reverencia, respeto y veneración.

Demasiado larga he sido, Padre, en lo que no debía, y muy remisa en darle conocimiento de las gracias que me hace mi Criador; pero no sé cómo poder cumplir tocante a esta materia, pues demasiado grandes me parecen las que en este escrito tiene apuntadas, y las señales que le puedo dar, para que juzgue si padezco engaño al recibir las gracias de Dios. Preceden a estas gracias, la humillación, el desprecio de mí misma, los deseos de ser tenida en nada, los vivísimos deseos de padecer toda especie de trabajos, deshonras, calumnias, en fin, se extiende hasta poder extender mi cuerpo en la cruz, y ser clavada en ella de pies y manos. Pero las dichas señales aún son más fuertes, después de recibidas las gracias, y cuanto más grandes, más encendidos son los deseos de padecer y ser humillada. En fin, Padre, aquí tiene lo que mi corta capacidad puede explicar de las gracias y mercedes que el sumo Bienhechor me hace; y si no he cumplido en esto conforme sus deseos, mande usted lo que le plazca sin miedo, pues me hallo dispuesta a cumplir su voluntad y no la mía.

Padre, no puedo dejar de manifestar a V. los vivísimos clamores que del Sagrado Corazón de Jesús salen, para que nos encerremos en tan feliz morada. Yo, gusano de la tierra, declaro a mi caritativo Padre, y fiel devoto de María, que si quiere concluir la carrera de su vida lleno de amor, tranquilidad y merecimientos, obedezca a los ayes que nos da este S. Corazón para que le hagamos compañía en la amarga soledad que padece, haciendo de nuestros corazones un entero sacrificio e inmolación. No le puedo explicar el consuelo grande que con esto recibirá nuestro divino Redentor, y mucho más, si procura comunicar de esta copiosa fuente del Paraíso a los que le sea posible, pues le promete toda especie de bendiciones el amantísimo Corazón de mi amado Jesús. Cuanto es en mí quiero vivir y morir abrasándome entre las llamas de fuego y ardores de este santísimo Corazón. Le pido perdón y beso Sus Reverendos Pies.

Abstinencias exigidas por el Señor a su Sierva y *experiencia purgativa* de la misma.

(Manuscrito entregado el día 1 de junio de 1866).

Severas reprehensiones que recibió de Dios para que se abstuviese todavía más en el comer.

Benditos y alabados sean los Smos. Corazones de Jesús y María para siempre.

Me sirvo de la pluma para desahogo de mi afligido corazón, que no puedo sin suspiros y lágrimas apuntar lo siguiente: Me movió a mi parecer pedir a Vd., mi Rvdo. Padre, me dejase conformar con la Comunidad en el comer en el Refectorio el deseo de no ser vista con tal singularidad por los deseos que de ello tengo; pero, ¡ay de mí, amado Padre! que después de obtenida la tal licencia de Vd., pedí a mi amado Dios me concediese cumplir mis deseos, pareciéndome recta mi intención. Lo que no esperaba, se me llenó al instante la conciencia de angustias mortales, y aún más: «No soy yo el que te mueve a esto: yo me valdré de medios que no podrás perseverar en lo que emprendes: te quiero mortificada en todo. ¿Cómo cumples la promesa de no dejar de cumplir mi voluntad por respetos humanos? ¿Dónde están aquellas palabras, quiero ser santa, y huyes del camino que yo te mostraba? ¿Dónde están aquellos vivos deseos de ser crucificada? ¿A dónde aquellas ansias de padecer, aquella caridad y amor a tus Hermanas? ¿Cómo cumples lo prometido? ¿Y así piensas ser toda mía y quieres que te conceda lo que me pides? Vete, si quieres que el vientre sea tu dios: comes demasiado y no eres pura como te quiero, pues el comer demasiado te causa todos esos daños.»

¡Ay Padre mío! ¡qué angustias son estas tan crecidas para mi pobre alma que desea unirse al Sumo Bien, viéndose tan humillada y reprehendida, y como que volviese las espaldas a aquel Padre que es la misma Caridad! Cuando humillándome profundamente le he dicho: hablad, pues, Dios mío, decid lo que queréis que haga, pues que por grande que sea el sa-

crificio, estoy pronta para ello. «Si tampoco lo haces? el poco comer te pido». ¡Ay Dios de mi corazón! mis amados Superiores quisieran señales como las de Santa María Magdalena (de Pazzis) para conocer exteriormente vuestra santísima voluntad... «A mí no se me ha de... Y teme porque no me eres fiel, no te derriba y humille a pesar tuyo». ¡Ay Padre mío! no se cómo explicarme en este punto del comer lo muchísimo que se me reprende, como quejándose que no podrá obrar en mí... por no ser tan pura como me pide, quiero decir, muy abstinente. A su consideración dejo, Padre mío, las aflicciones que esto me causa, y mucho más, verme al parecer privada de la amorosa asistencia de mi Dios por mis grandes infidelidades. Pero, Padre mío en el dulcísimo Corazón de mi amado Jesús, cuando me postraré a sus reverendos pies me acusaré de mis ingratitudes llena de confianza en la misericordia y bondad de mi Eterno y celestial Padre. Aquí tiene, amado Padre, un poquito apuntado, lo que me hace gustar el Altísimo; y para cumplirlo he pedido primero la bendición de mi M. Correctora, pues que a todos Vds. sujeto mi juicio y voluntad. Hagan de mí todo lo que quieran. A mi anciano el Padre Lector, le pido se encierre en lo más adentro del amantísimo Corazón de Jesús y trabaje en detener el brazo del Hijo de la Virgen Santísima y ruegue por mí, pecadora.

(Manuscrito del día 14 de octubre de 1866).

Dios le manda de hacer *más rigurosa penitencia.*

J. M. J.

Mi Rvdo. Padre en el dulcísimo Corazón de Jesús. Desearía saber si, siendo la voluntad de nuestro Señor y Omnipotente Dios, le haga mañana el sacrificio de todo alimento que contenga en sí condimento alguno, sin gustar cosa alguna asada; y entiendo que será toda mi vida una continua mortificación del gusto, no dejando de ser reprehendida cuando por mi culpa me propase de lo dicho. ¡Oh maravillosa humillación la de mi Dios! De qué le sirvo a este gran Señor sino de cruel tirano para aumentar con mis enormes pecados los dolores de su purísimo Corazón! y con todo eso oiga,

Padre mío: «Hazme, hija, mañana el sacrificio, día primero que te alimenté con mi carne y sangre. Prívate de todo gusto, y serás a mi gusto». Qué necesidad tiene este gran Señor de mis ayunos y penitencias, y de la oración que con tanta frecuencia me pide que haga? pues me parece que más gloria dará a Dios el menor acto de la Hermanita novicia que todas mis obras juntas. Con todo, aunque no sea más que para obedecer, le pido por caridad me mande lo que tengo mañana de hacer, asegurándole de la conservación de mis fuerzas en cuanto Vdes. pueden desear. Mañana, Padre, confío obtener o alcanzar una gracia tan grande que, con el logro de ella, no temer ya nada de este ni del otro mundo, y será por la intercesión de mi amadísima santa Teresa de Jesús. Pídale usted cualquiera gracia, Padre, pues puede mucho con el Corazón de su celestial Esposo. No haga mi voluntad, Padre, sino la suya pues no deseo otra cosa. Beso Sus Pies.

(Manuscrito del día 13 de noviembre de 1866).

Perplejidades respeto de la regla que debía guardar en el comer.

J. M. J.

Mi Rvda. M. Correctora; si parece bien a V. R., después de leído este papel, lo podrá entregar al Padre Narciso.

Rvdo. Padre Narciso en el Santísimo Corazón de Jesús: cesaron a mi parecer los golpes de aquellas tentaciones tan fuertes acerca del comer; pero ¡ay Padre! hállome al instante sin saber como, mis pies puestos en un camino tan peligroso y lleno de tales precipicios, que me parece de los noventa y nueve no puede salir uno salvo de él. Queda enteramente borrada de mi memoria la santísima voluntad de Dios, avergonzándome de lo que hasta el presente he hecho, viéndolo todo como soñado, lo presente como tentación y lo venidero como ilusión. Todo ha sido borrado de mi memoria. Si quiero discurrir acerca de la regla que he de guardar en el comer, no sé nada, nada absolutamente. Sentí que si quería conformarme con el refectorio nada me causaría daño, y no saber si la voluntad de Dios es que ayune, y otras sinnúmero de dudas que van rodeando mis potencias, me obligaron ayer a

dar cuenta de ello a mi M. Correctora, pidiéndole si quería lo probase si me haría daño alguno lo que se daba para comer a mis Hermanas, a lo que me respondió: por hoy hágalo, es a saber, ayer martes. En efecto, no me causó ni un instante de congoja alguna, pero para hoy miércoles ya no sé nada de lo que debo hacer. Mis deseos son fuertes como siempre de no hacer particularidades en el comer, pero todo lo aquí apuntado y mucho más que queda por decir, me hace temer que aún se me obligará, a pesar de mis repugnancias y malas inclinaciones, a mayor rigor que nunca. Pero, Padre, ¡cómo será posible pueda yo tolerar un rigor de vida tan fuera de lo natural, y esto con los fuertes combates que de nuevo me aguardan si lo emprendo, siendo lo más insoportable no saber si esta es la voluntad de Dios, la que siempre quisiera hacer! No debe dudar, Padre, que me hallo sumamente perpleja, y pídoles a V. y a mi M. Correctora que si les parece bien me conformaré con la Comunidad en el comer, confiando que Dios lo dará de un modo u otro a conocer, pues que quisiera estar cierta de hacer su santísima voluntad para poder pelear con más esfuerzo y vigor, pues que todo eso me será sumamente necesario. B. S. P.

(Manuscrito del día 19 de enero de 1867.)

Penas de espíritu respecto de las abstinencias en el comer. Relata las que Dios le pide y los *combates* que tiene que sostener después que la autorizan a eso.

J. M. J.

Mi Rvdo. Padre en el Santísimo Corazón de Jesús. No deja de causar algo de refrigerio a mi afligido corazón la consideración de que el que me ha de juzgar, bien sabe los deseos que deseo tener de sujetarme en todo a las disposiciones dadas por mis amados Superiores, y en una de las cosas que desearía darle gusto, sería en la presente apuntación; pero, Padre mío, para cumplir lo que usted desea, le digo, no sé cómo emprenderlo, pues mis potencias se hallan tan indispuestas para ello, que no sé cómo darle conocimiento. Mi me-

moria si se va a lo pasado o a lo futuro, me martiriza de lo presente. Mi entendimiento lejos de todo lo bueno, es afligido de mil modos, y la voluntad tan torcida y rebelde a la de Dios, que a no ser de bronce mi corazón, habría de ser hecho pedazos, pero llena de confianza en El que todo lo puede, le doy cuenta de lo siguiente:

Debe hacer un poco más de cinco años, que de improviso, y cuando ningún pensamiento tenía de darme a la abstinencia del pescado, sucedió, como que de improviso hiriesen con un dardo mi corazón y le despertasen, mandándole pidiese la abstinencia de lo dicho. Sentí desde luego la dirección que se daba a dicha abstinencia, como fue a favor de la santa Iglesia, y a algunos otros fines. Sentía entonces mi voluntad muy dócil a la de Dios, y para poderla cumplir, di cuenta a usted de lo que se me pedía. No permitió el Señor se me otorgase lo que pedía, pero confieso no haber sentido la menor perturbación en todo el tiempo que se me negó lo que pedía. Tampoco sentí la menor repugnancia ni contradicción para el cumplimiento de lo que se me mandaba hacer, por muy contrario que fuese a lo que les pedía. Permitióme el Señor y diome varias señales, cuando de un modo, cuando de otro. Unas veces me acometía un hastío o inapetencia tan grande, que padecía mucho en el tiempo de la refección. Otras veces, comiendo mucho, me hallaba flaquísima sin producir ningún buen efecto el alimento que recibía, y otras me ponía, al parecer de mis Hermanas, muy buena por verme más robusta de lo natural, pero sin fuerzas y llena de indecibles dolores, todo lo cual procuraba ocultar cuanto me era posible, esto es, relativo a la parte corpórea.

Más en cuanto a la parte superior del espíritu, Dios no dejaba también de obrar de diversos modos, dándome siempre cierta esperanza, en medio de lo que se me contradecía, la abstinencia, de poder llegar a cumplir en esto su santísima voluntad. Sucedióme un día, que como si me hallase perpleja, ocasionado de las muchas cosas que se decían de mis ayunos, diciéndome sería imposible la conservación de mi vida con lo que comía, y aún sentía se había de disminuir el alimento. Estando, pues, dudosa si tal vez se cumpliría lo que decían mis Hermanas, estando retirada a la celda, me pareció que nuestro divino Salvador, acercándoseme con un brazo extendido como que iba a abrazarme y con el otro puesto sobre su dulcísimo Corazón, y desde luego me parece me dijo: «No temas, hija, que el Padre de misericordia que tiene pre-

sente los animalitos del campo, se olvide de ti», con el semblante lleno de la dulzura y majestad más prodigiosa que no es fácil poder llegar a imaginarse. Quedé desde entonces tan cierta y segura de la conservación de las fuerzas corporales, y tal seguridad de no recibir daño alguno ocasionado de la abstinencia, que no me ha sido posible vacilar un solo momento, sucediendo todo como se me hizo entender.

Obtenida la bendición de Vds. para la abstinencia de todo alimento que sabe a pescado, hice el sacrificio a Dios y a mi amadísimo Padre San Francisco, porque entendí había de imitarle en lo tocante a este punto. Durante un poco de tiempo, en algunas diversas ocasiones, se me dijo: «Yo te quiero a muy alta perfección»; pero, Padre, si me mandase aquí darle cuenta de la escabrosidad y horroroso camino que se me mostró. no podría decirle sino que en él no se descubren más que los abismos eternos; y lo que me hace temblar es ver que antes de poner los pies en él, ya estoy caída y vencida de mis enemigos. En otra ocasión oí: «Te haré escribir. Yo me valdré de ti para bien de otros. Tu mortificación en los manjares para siempre. Si por obedecer a tus Superiores lo dejas de hacer, me valdré de medios que aunque quieran, mil veces habrás de retroceder, y si lo dejas por gusto de dar, o complacer a la naturaleza, o sensualidad, ¡ay!, ¡ay!, ¡ay! de mí, Padre mío». Callo en lo tocante a este punto por no desmayar de tantas angustias que tal consideración me causan.

Cumplí por el espacio de dos años, poca la diferencia, sin ser molestada de cosas opuestas a mis ayunos, solamente de cuando en cuando pedía a Dios me hiciese la gracia de poderme conformar con la Comunidad, pero la respuesta era, que no lograría en esto el cumplir mis deseos sin gravísimo peligro de mi salvación. En lo que tengo experiencia cierta es, que por cada vez que crecían en mí los deseos de conformarme con el refectorio, se me pedía desde luego más mortificación y sacrificio de mis deseos y voluntad. Me sucedía así: después de haber sentido grandes deseos de volver a comer de pescado, y me parecía lo lograría, porque no cesaba de pedírselo a Dios, y a mis Hermanas las suplicaba hiciesen lo mismo. Estando, pues, conservándose y aumentándoseme mis deseos, senti no comiese potaje tampoco, y esto con tanta fuerza, que a pesar de mis contrarios deseos, tuve que ceder después de obtener de ustedes la licencia. Después que hacía un poco de tiempo que practicaba lo dicho, tuve, con más vehemencia que nunca los mismos ya dichos deseos de confor-

marme con el refectorio. Por tercera vez quiero decir; primero, que dejase el pescado, después el potaje, y esta otra, pan y agua solamente. Otra vez, estando con los mismos deseos, sentí: que pan una vez sola al día por la noche; cumplí también esto por largo tiempo, hasta que usted me mandó aflojar un poco, y por un poco de tiempo mezclaba con el pan alguna fruta o ensalada que se da en el refectorio, que éste es el alimento que por regla general se me dio, exceptuando en algunas ocasiones que ha sido con pan solo. Y por último sentí, que entre mi Hermana Sor Asunción y esta su servidora, habíamos de pasar en ayunas toda la semana, lo que cumplimos actualmente haciendo a veces la una los cuatro y los tres la otra, y a veces los cuatro la una y los tres ésta.

Me ha parecido conveniente omitir las tentaciones y combates que durante un año, poca la diferencia, he tenido y tengo que sufrir, de las que me es imposible darle exacta cuenta, las que apuntaré aquí aparte, porque temía enredarme demasiado por mi grande torpeza. Primero, las tentaciones fueron, sin duda, con capa de virtud o color de mayor perfección, y éstas hace ya años que las padezco, haciéndome ver la grande perfección que hay en no manifestar nada al exterior y mostrándome la hermosura de las cosas que no se ven, y se valió de tantas razones tocante a este punto, que no sé cómo llega a tanto su malicia, pero quedando burlado de sus engañosas trazas. ¡Ay, santo Dios! Que no sé como emprenda la explicación de los torrentes impetuosos que me han embestido y ahogado mil veces. Se me ponían delante dos caminos y me decían que escogiese cuál de los dos quería seguir: el uno muy dilatado y espacioso, y éste era, según los apetitos sensuales que me prometían grandes ventajas si comía. El otro era muy estrecho y sembrado de varias expresiones, todas relativas a la abstinencia que se me pide. Sentía y siento grande inclinación de seguir el primero, porque a veces me parece no padecería tanto, y valiéndose mis enemigos de los ya dichos deseos, sería nunca acabar si empezase a manifestar los medios los más horrorosos de que se han valido para apartarme de mis ayunos. Combates indecibles, tentaciones las más molestas con vivísimas representaciones de manjares y fragancias las más exquisitas, en el coro, en la celda, por las oficinas aunque muy distantes de la cocina, haciéndome ver que estos combates y molestias que me sucedían, eran ocasionadas por no hacer la voluntad de Dios en mis abstinencias. Combatida en medio de dichas tentaciones de mil imaginaciones y cer-

teza de mi equivocado camino, amenazada de mil modos en vista de precipicios por todos lados los más espantosos, y lo más terrible es, ver que mi espíritu tampoco quiere andar por el camino segundo, por verlo tan lleno de cosas que le causan hastío, y más bien desea gozar en este mundo que en otro, pues parece que no desea vivir sino según la carne, y nada se le da de lo tocante al negocio eterno.

Entre estos y otros combates, se juntan las reprensiones que se notan en el segundo camino de las palabras que hay sembradas en él. Unas veces, con sumo rigor de querer hacer lo contrario de lo que allí se me manda hacer, se me amenaza; y a veces tan fuertemente se me dan a probar los castigos de mis desobediencias, que si no aflojasen, parece sería insoportable su duración. Otras, lleno de bondad y misericordia, me repite los deseos que tiene de que le dé gloria, y animándome a que todo lo espere de su bondadoso Corazón; y a veces no pudiendo soportar ver tanta humillación en el Dios de Majestad, le respondo: «¡Ay Dios y Señor mío! ¿Esto queréis de vuestra esclava? Cumplir, pues, quiero en esto y en todo vuestra santísima voluntad: sí, sí, Dios mío, cortad y desmenuzad este mal árbol para que dé copioso fruto a su debido tiempo». Pero, Padre mío, quiere saber usted los efectos que producen mis anteriores propósitos de darme a la abstinencia? Me veo al instante embestida de mil combates más fuertes que nunca, y con oscuridades tan sumamente fuertes que nunca, y con oscuridades tan sumamente horribles, que ni los mismos abismos parece llegan a superior punto. Siento mil hablas diferentes: unas veces, que todos mis ayunos son contrarios a la voluntad de Dios; otras, que caeré en las humillaciones más horrorosas, castigo de mi atrevimiento; otras, ya que tú presumes que estos combates contra la abstinencia es obra nuestra, y quieres ser de las que gozan placeres sensuales, no descubras todos estos combates a tu Director, porque te apretará tan fuertemente para que no dejes una vida tan penitente, que aunque llegue a verte medio muerta, no te permitirá aflojar un punto de lo que te manda hacer, y esto es un padecer insoportable y sin provecho alguno. Si de lo tocante a este punto hubiera de continuar aquí su explicación, sería nunca acabar por la frecuencia de los aquí apuntados combates ya interiores, ya exteriores, no dejando de padecer hambre insaciable en los días que comer puedo, y a veces más después de comer que los días que no gusto bocado, y sintiéndome amenazada, si no comes no llegarás a la noche,

asaltándome en un instante al parecer grande necesidad la naturaleza, hallándome enredada en un instante de mil perplejidades sin poder entender la causa de tantas variaciones, persuadiéndome que todo es engaño e ilusión lo que yo hago.

También le digo, Padre, que se vale el enemigo de mi amadísima Hermana Sor Asunción para martirizarme sin cesar, valiéndose de todas las variaciones de sus ayunos para persuadirme de la reprensión de mis penitencias, atacándome tan fuertemente en este punto, que me parece he quedado muchas veces persuadida de ello. Si soy la primera en practicar las mortificaciones, me martiriza de muchos modos, y cuando mi Hermana hace lo mismo, me atormenta también de indecibles modos; pero siempre sintiendo que lo de mi Hermana es todo obra de Dios, y lo mío de Satanás y de mi orgullo y presunción, temiendo por ello grandes castigos en este y en el otro mundo. Mucho más podría explicarme, Padre, en estas y otras cosas, pero, por el presente, tal vez bastará esta apuntación, pues sólo Dios sabe el estado en que me hallo, privándome de poder darle más exacta apuntación mi enredado y vacilante entendimiento, deseando responder a sus preguntas si lo mira conveniente, y le pido perdón de lo mal que he cumplido esta obediencia. B. S. P.

(Manuscrito del día 4 de febrero de 1867.)

Otras reprensiones por no guardar la abstinencia, y *combates* que tenía que sostener por ella contra los demonios.

J. M. J.

Notaba, M. R. P. en el Santísimo Corazón de Jesús, que mi abstinencia no era del todo conforme a la divina Voluntad, y esto por mi culpa. Dios me perdone tantas infidelidades; pero como sentía se me señalaba por modelo la abstinencia de nuestro Padre San Francisco, y sintiendo también que no comía hasta la noche, y desde el jueves hasta el sábado por la noche se conservaba en ayunas, deseaba también de este modo practicarlo, pero sentía que desde el jueves hasta el

sábado por la noche lo cumpliese de ese modo, pero me sentía reprendida de querer comer el lunes y miércoles, haciéndome conocer que nuestro Padre San Francisco a veces no comía todos los días, y como me pareciese rigor demasiado, y temiendo tanto padecer, se me dice: *Sufre, pues sufrí;* de lo que he resuelto emprender lo que el Señor me manda, es a saber: que coma el martes, jueves y sábado no más que por la noche, resultando una vez cada 48 horas, exceptuando el domingo que comeré por la noche. Me ha reprendido también de que como demasiado la vez que lo hago de este modo: «Esto es fiar tus fuerzas a la comida y no a mi gracia» y habiendo, Padre, resuelto con su bendición no comer más que cada dos días una sola vez, y de cosas más bien desabridas que de alimento, han cesado las reprensiones de Dios. Pero, ¡ay Padre mío!, se ha levantado todo el infierno que me martiriza de mil modos; pero si usted Padre me dice que ésta es la voluntad de Dios, abrazo y adoro la santísima cruz que se digna el Señor presentarme. No pida a Dios, Padre, ningún alivio ni consuelo de mis penas, sino su santísima gracia para tolerarlas con santa resignación, y que pueda triunfar de las amenazas que me hacen los malditos demonios. Perdóneme, Padre, de ser tan pesada, pero el fin es para asegurar y no errar el paso, aunque siento todo es sin provecho. Bendito sea Dios para siempre. B. S. P.

Voto de lo más perfecto - Propósitos - Ofrecimiento.

Voto de lo más perfecto, hecho en la Pascua de Pentecostés de 1866.

(Manuscrito de la fórmula.)

En nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, y de mi dulcísima Madre la Virgen María.

Altísimo Señor mío y Dios eterno, Trino en personas y Uno en esencia, postrada ante vuestro acatamiento, se pone hoy Sor Filomena N. N. de Santa Coloma, el más vil gusano de la tierra, y la menor de vuestras criaturas, deseosa de obedeceros y cumplir lo que Vos, Dios mío, me mandáis hacer.

Poniendo, pues, por testigos a todos los santos y bienaventurados espíritus cortesanos del cielo, a la Reina de todos ellos, y a Vos, Dios mío, hago voto y prometo obrar en todo lo más perfecto en cuanto llegara mi débil capacidad y miseria, no confiando en mis luces, sino en las vuestras. También os prometo, Dios mío, no dejar de cumplir vuestra santísima voluntad por respeto humano; y cuando la santa obediencia me interrumpa el exacto cumplimiento de esta promesa, no temeré por ello, pensando que dejo vuestra voluntad por la vuestra misma. Por último, Dios mío, propongo ir siempre adelante en el camino de la perfección, hasta llegar al grado de ella que vuestra misericordia me tiene destinado, no confiando en mis fuerzas, sino en las vuestras, pues estoy cierta, que todo lo puedo con vuestra santísima gracia. Encerrad, santísimo Jesús mío, este mi voto, junto con los cuatro que hice el día de mi Profesión. Encerradlos juntos en vuestro dulcísimo Corazón, y tomad, mi Santísima Madre, la llave, poniendo en su lugar el sello de la perseverancia final. Así sea.

Propósitos añadidos al voto de lo más perfecto.

(Manuscrito hallado después de su muerte.)

J. M. J.

Ejercicios espirituales y propósitos que cumpliré exactamente si parece bien al que me hace las veces de Dios en la tierra, siendo mi intención no obligarme a pecado si faltase en alguno de los siguientes puntos:

1.º Todos los años haré los santos ejercicios en el tiempo designado por mis superiores: procuraré sacar copiosos frutos de ellos, como que fuesen los últimos de mi vida.

2.º Cada mes tendré un día de retiro, en el cual examinaré mis pecados, faltas y descuidos de mis obligaciones, de lo cual daré cuenta a mi Padre espiritual con claridad y sinceridad.

3.º Cada ocho días daré cuenta de mi conciencia al dicho Padre, le obedeceré en todo, sujetaré mi juicio al suyo y me rendiré pronta a sus órdenes como dadas del mismo Dios.

4.º Todos los días haré examen de conciencia a lo menos cuatro veces particular y el general de la noche. Los ejercicios cotidianos serán, primero: a las dos de la mañana me levantaré dirigiendo al instante de despierta mi espíritu a Dios, diciéndole: *Deus, Deus meus, ad te de luce vigilo. Anima mea desideravit te in nocte.* Poniéndome de rodillas levantaré mi espíritu a aquel Ser que da el ser a todas las cosas; le ofreceré mi alma, mi cuerpo con todas sus potencias y sentidos, mis pensamientos, palabras, obras, respiraciones y movimientos de aquel día, así interiores como exteriores, suplicándole se digne aceptarlo todo a su mayor gloria, prometiéndole, con la ayuda de mi dulcísima Madre, servirle en todo, y a este fin diré: *Juravi et statui custodire judicia justiae tuae.* Después de otras oraciones, prepararé mi alma para la santa oración. Antes de empezarla, tomaré una fuerte disciplina con una cadena de hierro; desde luego pondré en mi cabeza una corona de espinas, una soga al cuello y un peso grande en mis espaldas, y a imitación de mi Redentor, seguiré sus pasos por el camino del Calvario, visitando el Via-Crucis. A las tres me pondré en oración y perseveraré hasta las seis, imitando a Jesús en las tres horas de oración que hizo en el huerto, no dejándola por grandes que sean mis angustias y desolaciones. Concluida la oración, empezaré, junta con mis Hermanas a rezar el oficio divino con toda la perfección que me sea posible, disponiendo mi corazón, entre tanto, para recibir el Pan vivo del cielo, y oído el santo sacrificio de la misa y dado gracias por tantas mercedes recibidas de mi Dios, acudiré pronta a todos los actos de comunidad y obligaciones impuestas por la santa obediencia. En todo lo más pesado y trabajoso me ofreceré para cumplirlo, deseando el descanso de mis Hermanas. Prestaré obediencia a todas y procuraré darles gusto en todo lo posible. Cumpliré con mis devociones en tiempo oportuno, no atando mi espíritu en cosa alguna de lo que no es Dios.

Las penitencias cotidianas serán cilicios continuos, cotidiana disciplina, tres ayunos a pan y agua cada semana, añadiendo una cuaresma desde San Mateo Evangelista hasta Todos los Santos, y ésta será en sufragio de las almas del Purgatorio y libertad de los cristianos cautivos. En el tiempo de las cuaresmas no comeré más que cada 48 horas una vez de lo más ordinario que saldrá al Refectorio, no comeré más que pan y agua las otras veces. Me abstendré de dulces, frutas y cosas semejantes. Las devociones serán: los dos Trisagios

a la Santísima Trinidad y a la Purísima Concepción; las dos Coronas mayor y menor de la misma Inmaculada; las Coronas mayor y menor de la Santísima Madre de los Dolores; el Oficio del Santísimo Nombre de la misma Madre; visitas de altares; Dolores y Gozos del Patriarca San José; las dieciocho angustias de Jesús y María en la dolorosa Pasión del Redentor. Setenta y dos veces me ofreceré al Señor en memoria de las setenta y dos espinas de la corona que le pusieron, y otras tantas comulgaré espiritualmente. Treinta y tres veces me postraré a la presencia de Jesús Sacramentado adorándole profundamente. Haré cinco visitas en memoria de sus sacratísimas Llagas. En memoria de los azotes ofreceré mis disciplinas: por los escarnios, blasfemias, acusaciones de Jesús, me pondré postrada con las manos bajo las rodillas por un espacio de tiempo, adorando y bendiciendo al Dios de la Majestad. Procuraré, por fin, seguir las huellas de mi divino Salvador hasta ser una misma cosa con su Majestad Suprema.

En todo lo dicho y lo que se sigue es mi intención no separarme un ápice de la santa obediencia, pues estoy pronta a dejar y obrar conforme me lo dispongan, pues estoy más que cierta que ofendería a mi amado Jesús si no fuese ciega en la obediencia. Llegada la noche haré un riguroso examen en lo que haya faltado de la guarda y mortificación de los sentidos, pasiones y malas inclinaciones, y de todo lo que sentiré haber faltado pediré perdón al Dios de misericordia diciendo: *Ego dixi, Domine, miserere mei, sana animam meam, quia peccavi tibi...* y otras expresiones, actos de amor y esperanza en su bondad infinita. Perseveraré hasta las once en santos ejercicios, y dadas las once me dejaré prender del sueño entre los sagrados Corazones de Jesús y María. Durante tres horas tomaré el descanso, que más bien será cansar mi cuerpo que darle reposo.

5.º Mi primer cuidado sin segundo será el cumplimiento de los mandamientos de Dios, los preceptos de la santa Iglesia, la observancia de la santa Regla, las sagradas Constituciones, consejos evangélicos, estilos y amonestaciones de mis superiores.

6.º En la guarda de los santos Votos seré escrupulosa: en la obediencia seré ciega: de la santa pobreza muy amante, privándome hasta del uso de lo necesario para imitar a J. M. y J. De la pureza virginal muy cuidadosa: dormiré vestida. Una vez al año y no más, por la fiesta de la Inmaculada Concepción, me despojaré de la túnica interior que me permiten

usar mis Superiores para ejercer en ella oficios de limpieza; y para humillar mi soberbia y la concupiscencia de la carne, trataré mi cuerpo con toda aspereza sin darle reposo jamás, privándole hasta de las más pequeñas satisfacciones, dándole siempre lo que menos le guste, y humillaré sus brios con la abstinencia rigurosa y demás penitencias que me permita la santa obediencia.

7.º Sepultaré mi voluntad y mis sentidos para que no vean ni sean vistos.

8.º Me tendré siempre por la última de todas las criaturas racionales, como en verdad lo soy, y digna de toda humillación y desprecio.

9.º Si soy reprendida sin culpa y acusada en falsedad, sufriré en silencio y paciencia toda reprensión y humillación.

10. Moriré a todo lo que que es carne y sangre, y viviré del espíritu y virtudes de Dios.

11. Callaré siempre que no me obligue a hablar la caridad, necesidad y obediencia.

12. Cuando estaré entre mis Hermanas escucharé como discípula y callaré como ignorante.

13. Si soy preguntada responderé las palabras necesarias en voz baja, semblante humilde y gesto reverente.

14. Andaré con mucha modestia, gravedad, humildad y circunspección por los claustros y todo el Convento.

15. En el trabajo la primera y en el descanso la postrera, trabajando pensaré en Dios y padeciendo estaré con Dios.

16. No permitiré que a mi presencia se digan palabras contra la santa caridad; y si no puedo evitar el oirlas, manifestaré con el semblante que no me gustan.

17. Trataré a todas mis Hermanas con ardiente caridad, las ayudaré en sus trabajos, sufriré sus sinrazones y disimularé sus defectos.

18. Viviré anhelando el padecer grandes trabajos, haciendo consistir en ellos mi única consolación y descanso.

19. Si el Cielo para mí se oscurece, si las criaturas me desechan, si el infierno contra mí se enfurece, y las enfermedades me afligen, llamaré al Dios de mi salud a mi ayuda, y en él pondré toda mi esperanza.

20. A mis amados superiores les hablaré con sumo respeto mirando a Dios en sus personas; les daré cuenta de mis dudas, para que me aconsejen para el fiel desempeño de mis obligaciones.

21. Apartaré y sofocaré en mí aún los primeros movi-

mientos de mi imaginativa, para que no censure las operaciones ajenas.

22. Tomaré por dulce lo amargo, y por amargo lo dulce, y con la pureza de intención sacaré miel de la hiel.

23. Buscaré en todo mi propio abatimiento, huyendo de todo lo que el amor propio apetece.

24. Viviré crucificada con Cristo, y mis operaciones haré que no las vean las criaturas, buscando en todo interna y externa mortificación.

25. Apartaré de mi entendimiento, como grave tentación, toda devoción que me impida el exacto cumplimiento de mis obligaciones y deberes religiosos.

26. Cada día haré examen particular sobre la observancia de la santa *Regla* y Constituciones, y pondré grande vigilancia en corregir mis transgresiones.

27. No escribiré a mis padres y parientes, ni bajaré al Locutorio sin expresa obediencia de mis superiores, y si a ello soy obligada, pediré primero la bendición y preservación de todo pecado al Santísimo Sacramento y a la Santísima Virgen María.

28. Me ejercitaré mucho en el estudio de la santa oración, permaneciendo de rodillas ante el Santísimo Sacramento, exceptuando el tiempo de rezar el oficio divino.

28. Me ocuparé noche y día en hacer actos de caridad empleando mis fuerzas a favor de mis prójimos, y cuando habrá enfermas que necesiten asistencia a la noche, me ofreceré a ello para que descansen las demás Hermanas.

30. Procuraré amar a mi Dios con todo mi corazón, con toda mi alma, con toda mi mente y con todas mis fuerzas, con el solo fin de darle gusto.

31. Procuraré comunicar de la abundancia del amor que Dios nos tiene a todas las criaturas, para que todas le amen y nadie le ofenda.

32. Procuraré ser muy devota de la Virgen Santísima, del Patriarca San José, de mi Angel, y N. N. y con su ayuda obraré lo más perfecto en todo.

33. Por último, ofreceré todas las penitencias, mortificaciones y trabajos, en unión de los muchos que padeció mi señor Jesucristo, suplicando al Eterno Padre se digne aceptarlo todo según es mi fin e intención; y esto consiste en dar gloria a su Majestad para ganar almas para el cielo, para que todos huyamos de lo malo y obremos lo bueno.

Ofrecimiento cotidiano a Jesús crucificado.

Vos sois, Dios mío, para mí todas las cosas.

¡Oh amado Jesús mío! Todo lo áspero y trabajoso quiero para mí y todo lo dulce y sabroso para Ti. ¡Oh cuán dulces serán para mí las cruces y espinas pisadas primero por Vos, mi sumo Bien, y regadas con vuestra sangre!

¡Oh cuán dulce será para mí la memoria de tu presencia aunque te escondas!

No dilates mucho el día feliz de mi crucifixión, pues que con ansias grandes lo espero.

¡Oh Amado mío! ¡Qué tarde se me hace no poder ya extender mis manos y mis pies en la santa cruz, en la que se encierra mi salud y vida eterna!

¿A dónde están, Señor y Dios mío, los escabrosos caminos que ví y que mostrasteis había de poner los pies en ellos? ¡Oh si hallase quién me los mostrase más de cerca!

Muera yo viviendo, y viva ya sin vida; nada quiero sin Ti, y nada de esto para mí.

¡Oh felicidad mía eterna, cuándo será que mi corazón sea una llama de amor!

¡Oh si pudiese llegar a tener las cualidades de la misteriosa Zarza, me pondría a tu real presencia para arder noche y día, y quisiera permanecer en ella hasta la consumación de los siglos!

Conviértanse, Dios mío, mis sangres y demás sustancias del cuerpo en bálsamo el más exquisito y goteando éste en la lámpara de vuestro tabernáculo, tenga la feliz suerte de llegar a ser víctima de amor.

Venid, venid castísimo Amor mío, y tomándome con vuestras sagradas manos introducidme en lo más íntimo de vuestro dulcísimo Corazón, y como celestial Maestro instruidme en la ciencia del amor. Sí, Jesús mío; aprenda yo en aquel Santuario a ser mansa y humilde como Vos; obediente y pobre como Vos; resignada y paciente como Vos; llena de caridad y mortificación como Vos; para que así viva de Vos, muera con Vos, y goce de Vos, si así lo queréis Vos.

OFRECIMIENTO Y UNIÓN DE POTENCIAS Y SENTIDOS a Jesus crucificado.

Jesús mío: Vos conocéis mi fragilidad, y si no me tenéis de vuestra mano os he de ofender con muchas culpas, pues no puedo nada sin vuestra ayuda. No permitáis, Bien mío, que os ofenda en este día. Quitadme la vida antes que os ofenda con la menor culpa. Unid mis sentidos y potencias con vuestras llagas, para que vayan dirigidas a Vos todas mis operaciones. Unid mi cabeza con vuestra corona de espinas, para que ponga en Vos solo mis pensamientos. Unid mis ojos con vuestros ojos, vendados con vuestra sangre, para que no vea las vanidades de este mundo engañador. Unid mis sentidos con los vuestros, afligidos por las muchas blasfemias que oísteis, para que los tenga cerrados a todo lo que no sois Vos, y atentos para oír vuestros llamamientos e inspiraciones. Unid mi boca con la vuestra lastimada con la hiel y vinagre que bebisteis, para que no me deje vencer de la gula ni deleite alguno. Clavad mis manos con las vuestras en la Cruz, para que no os ofenda con mis obras, y vayan dirigidas a Vos todas mis operaciones. Herid mi corazón con la lanza que atravesó el vuestro, para que quede herida de amor y dolor. Clavad mis pies con el clavo que tiene atravesados los vuestros, para que dirija mis pasos por el camino recto de vuestros santos preceptos. Unid mi cuerpo con vuestros azotes, para que vayan dirigidos a Vos todos mis afectos y conserve intacta mi pureza virginal; y pues Vos sois cabeza omnipotente y yo miembro vuestro, haced que todas mis operaciones sean gratas a vuestra Majestad y gratas a vuestros purísimos ojos. Amén.

A María Santísima.

En las incertidumbres y dudas diré a mi dulcísima Madre:

O María fons amoris et via lucis respice in me quia proposui pro luce te habere semper quoniam inestinguibile est lumen tuum. Amen.

* * *

Además de todos los ejercicios ya dichos también rezaré todos los días que me sea posible el Santísimo Rosario entero a esta celestial Princesa, la Virgen Santísima mi amantísima Madre. La primera parte en satisfacción de mis enormes pecados, por todos mis hermanos los pobres pecadores y por el eterno descanso de las Stas. Almas del Purgatorio. La segunda por nuestro Santísimo Padre, por todos los Prelados, Sacerdotes, Religiosos y Religiosas, para que todos sean llenos del amor de Dios, para que todos cumplan sus cargos y obligaciones, para merecer la victoria y el triunfo de la Santa Iglesia. La tercera en honor y gloria de la Santísima Trinidad, por las grandes prerrogativas que adornan la Purísima Inmaculada Concepción; por todos los Santos y Santas, Santos Angeles, Santas de mi nombre N. N. y de mayor devoción, entre los cuales pido la protección del Patriarca San José, Santa Teresa de Jesús, mi amadísimo Padre San Francisco, mis Santos Hermanos el Beato Gaspar y Beato Nicolás suplicándoles nos alcancen del Altísimo la prosperidad y aumento de esta Religión Mínima, la guarda del voto de la vida cuaresmal y demás Reglas, para que imitando sus virtudes seamos dignas hijas del Mínimo máximo y hermanas de sus Santos hijos. También rogaré por todos los que sean encomendados a mis pobres oraciones, por la exaltación y feliz gobierno de la España y otros fines particulares.

PREGUNTA Y RESPUESTA DE GRAN PERFECCIÓN Y CORRESPONDIENTE PROPÓSITO.

J. M. J.

Esposa: ¡Decidme dulcísimo Esposo mío! ¿Qué virtud será la que me conducirá con más presteza a la perfección y a la consecución de vuestro Santo amor?

¡Oh Esposa mía! ¿Qué petición más a mi gusto me haces? Pues deseo con vivas ansias verte ya toda mía y esto consiste en una total abnegación de tu propia voluntad y de todo cuanto hay en ti a imitación mía que no vine a hacer mi voluntad sino la de mi Padre que me envió y durante mi vida fue una continua abnegación y así te digo que si quieres ser muy perfecta, tanto tendrás de perfección cuanto adelantarás en la abnegación y si tú escuchas mi voz yo mismo te instruiré en esto que me pides, tu séasme fiel.

PROPÓSITO

Dios mío dadme vuestra Santísima gracia para que os sea fiel a lo que os prometo. Propongo Jesús dulcísimo, ayudada de vuestra gracia, negar en todo mi propia voluntad haciendo siempre la vuestra en la de mis Superiores, negándome en todo por vuestro amor, y cuando faltare a ese propósito haré por ello una penitencia. Dadme vuestra gracia que sin ella nada puedo. J. M. J.

Doce grados de humildad.

J. M. J.

Doce grados de humildad con los cuales llegará una alma a la perfección de tan preciosa virtud.

1.er grado es poner delante los ojos el santo temor de Dios y de aquí vendrá a nunca olvidarle, no olvidándole le amará, amándole no lo ofenderá y no ofendiéndole le gozará eternamente.

2.º grado es no amar su propia voluntad ni deleitarse en cumplir sus deseos propios escuchando la voz del Señor que dice: «No vine para hacer mi voluntad, sino la de mi Padre que me envió».

3.er grado es someterse a su mayor con pronta obediencia y sumisión para cumplir con diligencia todo cuanto le mandare con la ayuda de Dios.

4.º grado es si en la obediencia se le mandasen cosas duras, ásperas y contrarias, asimismo abrazarlo con mansedumbre y paciencia sin replicar ni quejarse, imitando a Jesús que fue obediente hasta la muerte y muerte de Cruz.

5.º grado es si el alma se halla pronta para dar cuenta a su superior de todos los malos pensamientos, palabras y obras con humilde confesión.

6.º grado es someterse voluntariamente a ser el más pobre en la comida y en el vestido reputándose como inhábil para todos los quehaceres, pero lleno de confianza que todo lo podrá con la ayuda del que es nuestra porción y herencia.

7.º grado es que aun que se sienta haber alcanzado muchas gracias con la ayuda de Dios tenerse siempre como el más rudo en la virtud y por el menor de todos confesándole con la boca y creyéndolo con el corazón.

8.º grado es sujetarse a todo lo que las reglas, constituciones y costumbres de la Religión mandan por pequeñas que parezcan, pues en esto se descubre y distingue la Religiosa observante.

9.º grado es que cuando los otros hablan callar aunque sean inferiores y no responder sino es preguntado y si lo es

responder con mucha mansedumbre las palabras necesarias y no más, y antes pensar dos veces lo que se ha de decir una.

10.º grado es refrenar toda risa vana y cuando se presenta ocasión que fuerza para ello sea con mucha modestia y prudencia porque escrito está que la loca en alta risa levanta su voz.

11.º grado es cuando es necesario hablar se haga sin clamor ni altivez, antes bien con mansedumbre y religiosamente.

12.º grado es mostrar en el exterior del cuerpo tener humildad a los que lo miran teniendo en todo lugar los ojos bajos reputándose como indigno de levantarlos al Cielo como el publicano del Evangelio que se hería los pechos sin osar levantar los ojos como si estuviese en presencia del que lo había de juzgar.

En fin para ser humildes bajemos la lengua al corazón y aprenderemos la lección pero si subimos el corazón a la lengua tomamos por ello la muerte eterna.

A. M. G. D.

Regla para el uso y distribución de las operaciones cotidianas o régimen de los sentidos.

Pensamiento: temeroso, alto y devoto.

Habla: poca, verdadera y honesta.

Gesto: grave, humilde y alegre.

Conversación: con sabios, pacíficos y devotos.

Vestido: humilde, limpio y conveniente.

Mantenimiento: templado, conforme y a tiempo.

Sueño: moderado, compuesto y a tiempo.

Oración: atenta, a menudo y devota.

Pasatiempos: honestos, breves y raros.

PURIFICACIÓN DE LOS SENTIDOS Y DEL ESPÍRITU.

(Manuscrito del día 8 de septiembre de 1867.)

Sufrimiento físico y moral en la enfermedad purgativa.

J. M. J.

Mi Rvdo. Padre: Con mucha facilidad podría darle cuenta de los dolores que se digna el Señor dejarme sentir, y esto fuera diciéndole, que desde las plantas de los pies a la cabeza, no hay en mí sanidad, aunque casi todos los siguientes dolores son transitorios, exceptuando el pecho que siempre me lo siento como atado y como si me lo apretasen fuertemente. Los demás dolores, que debo empezar por las plantas de los pies, le digo, Padre, que aún es más arduo el dolor de los carcañales, no pudiendo explicar sus cualidades por la extrañeza del dolor. Las piernas hasta las rodillas son atormentadas de un dolor como que me las mordiesen, dándome bastante que sentir. En los muslos, a veces como si sintiese tumores grandes como la mano toda extendida, haciéndome creer la fuerza del dolor que llegaban a ser visibles, pero hecha la prueba no ha sido verdad de que salga al exterior. A veces, Padre, tengo de andar como cojeando por los dichos dolores de los pies hasta los muslos. De los dichos muslos a la cintura son diversos los dolores que siento, a veces muy interiores como que fuesen mis entrañas y demás máquina del vientre, puesta entre máquinas de tornos, no faltando que sentir a los lados dolores como de aguijones o mordeduras de animales.

Desde la cintura a las espaldas y garganta son muchos y diferentes los dolores que padezco cuando Dios quiere. Los tumores que he dicho en otro lugar, parece que también me salen bajo los brazos, sintiendo en dicho lugar y más abajo como unas punzadas muy agudas y fuertes. El pecho del modo que ya he dicho, en los lados, o en los pechos son muy sensibles los dolores como si se hubiesen de abrir agujeros. La garganta a punto de ahogarme muchas veces con el pade-

cer que sólo Dios sabe y no posible de explicar. Las espaldas son atormentadas como si clavasen barrenos, y las hiciesen hacer el mismo oficio que hacen a un madero o tronco, sintiendo esto con tanta viveza, que me parece, que, en realidad, sucede lo que siento. Un poco más abajo de las espaldas por la parte de detrás a los lados, vuelven a dejarse sentir los tumores, sintiendo, como si en un instante se formasen y en otro desapareciesen. En medio del cuerpo de arriba a bajo, un dolor quieto, pero sensible. La cabeza entera, como que fuese puesta entre una prensa, y allí fuertemente la moliesen y atormentasen con diversos instrumentos de martirio, saliéndome a veces como llamaradas de fuego por la vista y por orejas, como si tuviese de arrojar apostemas o sangre por los movimientos y dolores que siento en ellas. Los brazos como baldados y con algún dolor. Las manos hasta la muñeca son atormentadas de un ardor tan grande, que muy bien puedo compararle al fuego, sucediéndome generalmente, otras veces, fríos y ardores grandes en todo el cuerpo, y otros síntomas relativos a lo ya apuntado. Ahí tiene, Padre mío, mis miserias, y tan contenta estoy con ellas, que no cambiaría mi suerte con la de los bienaventurados. ¡Oh dichoso padecer! ¡Oh dulcísimas cruces que de tantos bienes llenáis a mi alma! Yo, Padre mío, quiero siempre bendecir a mi Dios que tanto me ama. Amar o morir.

(Manuscrito del día 10 de noviembre de 1867.)

Desamparos y desolaciones en la grande *purificación pasiva.*

El Santísimo Corazón de Jesús encienda en los nuestros el fuego de su ardentísimo amor.

Si tuviera que darle cuenta, mi Rvdo. Padre, de mi actual estado según el lenguaje de la carne, exclamaría diciendo que ya estoy perdida; pues que he llegado a la mayor de todas las desgracias, la que consiste, en ser totalmente abandonada de Dios, siguiéndoseme de esta desgracia el ir de mal en peor, hasta verme entre los abismos más horrosos, y contada entre los muertos: pero, ¡ay Padre mío!, no quiero hacer este agra-

vio a mi amorosísimo Padre celestial que tanto me ama, y que llena a mi alma de tantos beneficios sin yo merecerlos: pero, Padre mío, para darle cuenta de mi actual situación, tengo de valerme de expresiones que no quiero sirvan de queja, sino más bien para que Dios sea por todo lo que hace glorificado.

Sepa pues, Padre mío, que todo el día soy afligida. Al despertar por la noche es para ser víctima del dolor, y el sol que por la mañana sale alegrando y recreando a todas las criaturas, parece que esta hermosa lumbrera del firmamento me sirve a mi de más tenebrosa noche, sintiendo agitado mi corazón de congojas y temores de muerte. Temo y tiemblo, y estoy como sumergida en lúgubres tinieblas que sólo me hacen ver las iras del Señor descargadas contra mí: pero, ¡ay, Padre mío!, no lo creo así, aunque me hallo desolada sin consuelo alguno, rodeada y asaltada de mis enemigos que conspiran en mi perdición, llena de dolores en mi cuerpo; pero de mayor importancia es lo que padece mi alma, que está como temblando los justos juicios del Señor.

Yo, Padre mío, clamo al Cielo, vuelvo y vuelvo a clamar, mi voz enronquece, y mis ojos sumergidos en lágrimas tienen que humillarse una y otra vez a la tierra por ver las doce puertas cerradas. Me esfuerzo con la dulce memoria de que en esas doce puertas del cielo está mi Amado; llámole, y vuelvo a llamarle por su mismo nombre (perdóneme, Padre, estas palabras que no las creo): mas este hermosísimo Amado mío no me deja oír su amable voz, y mucho menos mostrarme su cariñoso semblante, pareciendo que cuanto más le llamo, más se enoja: válgame Dios, Padre mío, pues creo que si amase como debo a Dios, moriría de no morir en este mismo instante, pues aunque mi vida se conserva, esto es vivir muriendo, y morir sin vida, porque suspirando tanto mi pobre alma la más íntima unión con su Dios, se ve de El mismo como aborrecida y despreciada, cayendo en mayores y más grandes desolaciones después que le he llamado con dulces y cariñosos nombres. ¿Qué haré, pues, en tan deplorable situación, Padre mío? ¿Desesperar? ¡Ay! Esto de ningún modo; amo, creo, y espero tranquila que se acordará de mí, Aquel que tantas veces vivificó mi valor en medio de mis combates.

Si esta mi esperanza y tranquilidad es falsa, Padre mío, corríjame de ello, pues estoy dispuesta a sujetarme a todas sus órdenes con ciega obediencia. Si le diese cuenta en este mismo papel de la tranquilidad tan grande que siento en mi

interior, parece sería contradecir todo lo aquí apuntado, pues vería que nada padezco, y en mi modo de hablar, las consolaciones del Señor abundan en medio de mis mayores aflicciones. Inalterable se halla mi interior y llena de confianza en las promesas que nos ha hecho el Señor. ¡Ay Padre mío! Mi ruda mano escribirá grandezas del Altísimo, si se digna volverme la salud que necesito para hacerlo. Esperemos, Padre mío, grandes bendiciones, que el dulcísimo Corazón de Jesús va a derramar sobre toda la cristiandad cumpliendo sus promesas. Mucho tengo que escribir o podría escribir de todo lo aquí apuntado, pero tengo de ir a acostarme y no puedo ser más larga.

Perdóneme, Padre mío, lo que aquí le doy escrito. B. S. P.

(Manuscrito del día 18 de diciembre de 1867.)

Perfecta conformidad de la Venerable *con la voluntad de Dios* en medio de las pruebas y enfermedades; *su fortaleza y fidelidad* a pesar de tentaciones del infierno.

VIVA JESÚS NUESTRO AMOR, Y MARÍA NUESTRA ESPERANZA.

Carísimo Padre mío en el dulcísimo Corazón de Jesús. Por la misericordia del Señor le confieso, que siempre en medio de mis tribulaciones, tanto interiores como exteriores, por más grandes que ellas hayan sido, me he hallado sin voluntad e intención a otra cosa que, en sufrirlo todo por amor del que por amor me lo permite, sintiéndome como llamada a la más perfecta unión con la voluntad de Dios; y me parece que, al no ser tan grande el amor que todos, sin merecerlo, me tienen, pidiendo por mi salud, no me hubiera acordado tal vez, ni de la salud, ni enfermedad, ni de la muerte, ni de la vida; pues que así me ha sucedido en todo lo que se ha dignado permitirme el Señor. Mas si la voluntad de Dios ha sido siempre la que perfectamente he deseado cumplir, también he deseado siempre sentir y desear lo que mis amados Superiores sien-

ten y desean; mas al verles inclinados más a una cosa que a otra, y dudosos de mi espíritu si acaso muriera, me ha hecho padecer algo este punto, porque como soy tan mala, deseo vivamente nadie padezca por mi causa; pero al hallar ayer a usted Padre tan sumamente conforme a mis sentimientos interiores, con tan grande resignación a las disposiciones del Señor, me sirvió esto del mayor consuelo que en este mundo se me pueda ofrecer; porque me parece que haciéndolo así, no padecerán en ningún suceso de mi vida estravagante.

Bendito sea Dios, Padre mío, que sin preceder merecimiento de mi parte, soy tan abundantemente favorecida del Omnipotente, pues parece tiene todas sus delicias en llenar mi alma de las más dolorosas desolaciones y desamparos, hallándome como a punto de naufragar, y como que mis enemigos, gloriosos de la victoria burlándose de mi confianza en Dios, me dijesen: ¿Dónde está ahora aquel Dios en que tú tanto, tanto esperabas? ¡Ay, enemigos blasfemos! Callad, y sabed que el Dios que esperaba, espero, y siempre esperaré, es aquel gran Dios de Israel, el Dios de Abrahán y el Dios de Jacob. Es aquel Dios Omnipotente y Eterno, de cuya presencia fuisteis arrojados por vuestra grande soberbia a los abismos, de los que no saldréis jamás, y solos vosotros no tenéis que esperar en su misericordia, y esto por culpa vuestra; y es tan grande mi esperanza en el Dios que os he dicho, que aunque os permita me arrojéis y me vea ya cabeza abajo, espero con certeza no se dedignará este Dios tan grande y tan humilde, de extender sus paternales brazos, no permitiendo el menor daño que vosotros pretendéis hacerme. Yo, Padre mío, aunque tan ignorante, cuando quieren mis adversarios vencerme en ciertos puntos de las maravillosas obras de amor de nuestro Dios, me parece tienen que volver atrás, pues que a ejemplo del Arcángel San Miguel, les digo: ¿Quién como Dios? Procurando, Padre mío, como hija verdadera de la voluntad de Dios, volver siempre por el honor y gloria de mi Padre que está en el Cielo. ¿Quién me concederá poder levantar hasta el Cielo mis voces y loores para convidar a todos los espíritus bienaventurados a entonar cánticos de gratitud por verme tan favorecida del Santo de los Santos?

MENSAJE EN PALABRAS E IMÁGENES.

(Manuscrito del día 30 de enero de 1867.)

TRIÁNGULO ESTRELLADO: el Sagrado Corazón, la Virgen Inmaculada, el Arcángel San Miguel (relato de una visión).

J. M. J.

Mi Rvdo. Padre: con copiosa abundancia derrame sus divinas gracias el amantísimo Corazón de Jesús, y a usted, Padre, la salud necesaria, para que pueda cooperar con su trabajo a la prosperidad y aumento de nuestra sagrada Religión; gracias que sin duda las obtendrá usted, Padre, de tan compasivo Corazón.

Deseo darle cuenta, Padre, de lo que usted, Padre, me ha mandado, y después de haber pedido con instancias y ruegos la gracia para ello necesaria a Dios, le explicaré ante todo lo que me aconteció hace un mes y medio, poca la diferencia, pidiéndole perdón de las palabras ociosas que tal vez aquí pondré, para explicarme del mejor modo que mi rudo entendimiento me permita: y Vos, Dios mío, Ser Supremo y Sabiduría Increada, derramad sobre la más vil de todas las criaturas vuestras, divinas luces para que no me separe un ápice de la pura verdad de todo lo que aquí voy a escribir para gloria de vuestro Smo. Nombre, y os pido humildemente no atendáis a mi corta explicación, sino a la pureza de mi intención, empezando en nombre de Jesús, María y Miguel.

Hace, como he dicho, Rvdo. Padre, poca la diferencia, un mes y medio, que sin haber precedido cosa particular de lo tocante a este asunto, sentí, del modo que sólo Dios sabe, que el arcángel gloriosísimo San Miguel me pedía, diciéndome: «Manifiesta lo mucho que puedo ante el Altísimo: dí que me pidan cuanto quieran, pues es grande mi poder a favor de mis devotos»; y entonces, como que expresamente me mandase, «descubre tú mis grandezas», y entendí, Padre, en esto que no me lo pedía para gloria suya, sino para la de Dios, de la que se muestra celosísimo; y yo, llena de admiración

de la dicha petición, le respondí: «Sí, Arcangel y Príncipe del Altísimo; yo daré cuenta de vuestras grandezas, y si me otorgáis la gracia que os pido, haré con la bendición de mis Superiores que se extienda la devoción hacia Vos, y haré una Novena escrita de mi mano en honor vuestro». Sentía en aquel tiempo las horrorosas calamidades con que se amenazaba a la capital de la Cristiandad, y aun a la misma Cristiandad entera, si por desgracia se veía obligada su Cabeza a ausentarse de la Cátedra Pontifical el Sumo Pontífice Pío IX, y mi petición fué: «Os ruego, Arcángel nobilísimo, ya que tanto podéis y tanto deseais volver por la gloria del Ser Eterno y exaltación de su santa Iglesia, no permitáis de modo alguno que nuestro Pastor el Sumo Pontífice haya de ausentarse de Roma. Id vos en compañía de la Inmaculada Virgen María, y defendedle del fuego infernal que le rodea, y humillad a Luzbel y a sus secuaces que quisieran ver desterrada, abatida y sepultada la santa Iglesia y sus ministros. Haced, Arcángel mío, que triunfe nuestra santa Madre, y confundid a sus rebeldes hijos y a los demonios que a esto les promueven».

Despedida que fué mi petición, me hallé muy admirada de dos cosas: la primera, ver tanta humillación y que se abajase tanto conmigo un tan dignísimo Príncipe; y la otra, ver la promesa que le había hecho de manifestar sus grandezas, cosa a mi parecer fuera de tino, porque no me podía yo apoyar en conocimiento de cosa notoria, porque hasta entonces no la había tenido, y mucho menos valerme para ello de la lectura de libro alguno, pues el Señor no me permite de modo alguno emplee el tiempo en la lección por muy buena que sea; pero en fin, Padre, así me porté en esta ocasión, y Dios perdone mi atrevimiento y me dé su gracia para pasar más adelante en lo empezado.

Desde que me aconteció lo dicho, hasta uno de estos días, empecé a oir en varias ocasiones: «Yo pondré dos joyas las más preciosas para perpetua gloria de mi Corazón. Yo coronaré los dos movimientos de mi Corazón para perpetua memoria de las finezas de este Corazón tan amante de los hombres. Yo quiero mostrar con esta última fineza mía, el amor que tengo al hombre: yo ya no se más que hacer por el hombre. ¿Qué haré por el hombre?» A lo que le respondí: «salvadle, Dios mío, pues a este fin derramasteis vuestra preciosísima sangre». Yo bien entendía que estas dos joyas tan preciosas eran, María Inmaculada y Miguel Arcángel, y también entendía la feliz suerte que les cabría a los que se em-

pleasen en darles honor y gloria. También escuché: «Esta trinidad en la tierra ha de ser bendecida y glorificada como lo es en el cielo la unidad de las tres Divinas Personas [1]; feliz la nación, población o monasterio que se esmerare en su devoción: escribe lo que de esto entiendes». De lo que me hallo muy confusa, pues soy la más hedionda y criminal de cuantas ha dado el ser Criador desde que el mundo fue criado, y esto sin exageración; pero así me humilla mi Dios, lleno de misericordia; y como yo desease dar cuenta de esto con claridad, se ha dignado mostrarme el modo de hacerlo en cuanto la explicación de lo que esto significa.

Omito, Rvdo. Padre, la menuda o extensa manifestación de los combates en que casi sin cesar se vió combatido el Santísimo Corazón de Jesús desde que salió del delicioso pecho de su Eterno Padre, quiero decir, del dolor y del amor; y en todo lo que se me dió conocimiento, tengo visto, que siempre triunfó el amor del dolor, y explicarme en estas cosas lo tengo casi por un pecado de soberbia, porque ¿qué es lo que ignora usted, Padre, de lo tocante en todo esto, después de tantos años empleados en el estudio de la santa oración y libros sagrados, que tantos tesoros encierran de las grandes obras de nuestro Dios? Pero con todo esto digo: que triunfó, triunfa y triunfará el amor del dolor, pues de aquí adelante no recibirá dolor alguno el dulcísimo Corazón de Jesús por el motivo que después diré. Pasando ahora a la explicación del modo que se me enseñó para darle cuenta del último esfuerzo que hace el dulcísimo Corazón del Verbo Eterno a favor de los hombres, fué el caso: parecióme que el Corazón de Jesús andaba muy fatigado y congojoso de un lugar a otro, como que no pudiese soportar la abundancia de gracias y dones que encerraba dentro de sí mismo. Andaba como que quisiese hallar refugio en algún lugar, y en lugar de reposo. Hallaba por todos lados como varas espinosas, que con sus agudas espinas le herían y hacían derramar sangre: advirtiéndole, Padre, que todo lo que de esto diré, no fué visto con mi vista corpórea, pues gustaba mucho de tenerla cerrada durante aquel tiempo.

Andando, pues ,tan acongojado este santísimo Corazón y como que iba a expirar de dolores, aparecieron dos estrellas de un resplandor y hermosura indecible, y acercándose a este divino Corazón en dos lugares distintos que parece serían los

[1] Es sólo en sentido analógico.

que herían el amor y el dolor, y así como toparon las estrellas con el Corazón, quedó éste tan sumamente aliviado de sus ya dichos afanes, que sus dolores se convirtieron en gozos, sus heridas en transportes del amor más tranquilo y suave. Llegadas las dos estrellas, y puestas la una al lado derecho y la otra al izquierdo, y convirtiéndose en tercera estrella este santísimo Corazón, sin dejar su natural figura de corazón, quedaron como trianguladas todas tres, formando el triángulo que se pone por señal de la unidad e igualdad de las tres Divinas Personas; pero entendiendo, que no significaba esta unidad (de las tres divinas personas) en las tres que allí se hallaban juntas, a saber, tres estrellas: el Corazón de Jesús la del medio; la del lado derecho, María Inmaculada, la del izquierdo Miguel Arcángel, y el triángulo formaba la unidad de las voluntades que todos tres tienen unidas a favor del hombre. María quiere pedir, Jesús o su Smo. Corazón quiere conceder y Miguel desea distribuir con liberalísima mano lo que María ha alcanzado. En cuanto a las palabras que noté, fueron las siguientes: María al lado derecho, Miguel al izquierdo, la estrella del Corazón de Jesús haciéndose como lenguas con sus resplandores. Por el lado derecho noté hacia María repetidas veces *fiat, fiat*: desde María a Miguel, *ve, ve, ve,* y desde Miguel al Corazón de Jesús, *¿Quién como Dios?* pero si tengo de dar conocimiento de la fineza que nos hace el dulcísimo Corazón de Jesús en juntar tres voluntades tan nobles a favor nuestro, no sabe mi balbuciente lengua hallar expresión con que poderme explicar; sólo diré, que desea el santísimo Corazón de Jesús cumplir la promesa que hizo cuando dijo: «yo reservo copiosos tesoros en mi Corazón para los últimos tiempos, para reanimar la fe medio muerta de los cristianos de esos tiempos».

Hemos llegado ya, Padre, a tan lamentable situación, y para asegurarnos más del amor en que arde a favor nuestro, ha dispuesto, que primero fuese herido por todos lados con las espinas más penetrantes de toda especie de pecados los más enormes, y éstos, como saetas penetrantes, le han abierto heridas indecibles, y no pudiendo ya sufrir por más tiempo el amor que le abrasa, deseando nuestra eterna felicidad por cuyo fin se hizo hombre, y para que con más abundancia pueda derramar los caudalosos ríos de gracias que encierra en ese su Corazón por todas las heridas ya dichas, y no sabiendo ya más que hacer, dispone su amor infinito, que dos diamantes, los más atractivos, sean los que nos atraigan abun-

dantísimamente los tesoros que se encierran en aquel piélago de amor. ¡Oh, Dios mío! con razón os exclamáis, que ya no sabéis qué hacer por el hombre. ¿Cuál es, Señor y Dios mío, esta trinidad ensalzada por Vos mismo, a la que ahora nos mandáis prestemos nuestras adoraciones y homenajes? pero bien me instruís Vos mismo de la dignidad y alteza de las tres brillantísimas estrellas que forman triángulo. La del medio, es el Corazón del Verbo Eterno, el Corazón de Aquel que desde el principio sin principio estuvo encerrado en vuestro delicioso pecho. ¿Y cuál es la estrella del lado derecho? ¡Ay, Dios mío! qué diré de lo que siento de esta segunda estrella nombrada María Inmaculada! sólo diré, que así como el Verbo Eterno estuvo encerrado en vuestro pecho desde la eternidad, así esta Inmaculada Hija vuestra estuvo en vuestra mente desde la misma eternidad, y como son tan inmediatos los lugares del pecho y mente, de estas tan nobilísimas partes sacasteis las dos margaritas más preciosas, y todo a favor del hombre, y la correspondencia de éste, es rebelarse contra su mismo Criador. Y si usted, Padre, me pregunta, ¿cuál es la dignidad del que forma la tercera estrella, porque si Jesús y María son los más amados de Dios, y dándoseles por compañero a Miguel, debe ser muy grande la semejanza que entre ambos existe? A lo que respondo, Rvdo. Padre, que es tan grande la semejanza de la hermosura de Miguel a la de Dios, que después del Verbo Eterno, no hay otro espíritu en el cielo que en esto le pueda igualar: y así como desde la mente al pecho queda en medio el rostro, este lugar es el de Miguel, por ser clarísima y dulcísima imagen del Ser Eterno, y de lo tocante a sus grandezas ya hablaré un poquito después.

Para poder declarar lo que entendí, Rvdo. Padre, de los movimientos del Corazón de Jesús, haré como que usted Padre me pregunte con alguna duda, dándole del mejor modo que pueda respuesta a las siguientes preguntas.

Pregunta: Si Jesús dispone, sean coronados los dos valerosos capitanes que tan valerosamente pelearon, logrando una infinidad de victorias a favor del hombre, quiero decir, de aquellos dos movimientos del dulcísimo Corazón de Jesús, del dolor y del amor; y siendo María y Miguel las diademas preciosas que los han de coronar, ¿cuál es el que ha cabido por suerte a Maria Inmaculada? *Respuesta*: El de la Concentración o dolor, y a Miguel el de la Dilatación, que en Jesús, este movimiento era intensísimo amor.

Pregunta: ¿Por qué no se ha dado a María el lugar de la Dilatación, siendo, como es, llamada con toda verdad, *Causa de nuestra alegría*? *Respuesta*: Porque así como un corazón que se halla oprimido de angustias, necesita de algún objeto el más digno de sus cariños, y obtenido éste, se le dilata el corazón, así lo dispone Jesús. Su Santísimo Corazón fue oprimido desde el instante que unió la Divinidad a su Humanidad Santísima de los dolores más intensísimos, nunca de nadie tolerados; y como por causa de nuestros enormes pecados le iban de aumento, que no pudiendo ya tolerar tantas heridas y dolores, ha llamado al más digno objeto de su amor, haciéndola dueña absoluta de este movimiento de su Corazón, y así, Padre mío, no padecerá ya más dolor alguno el Santísimo Corazón de Jesús, por hallarse en aquel lugar María Inmaculada.

Pregunta: ¿Cuál será, pues, el empleo de Miguel en el lugar de la Dilatación o amor? *Respuesta*: Este nobilísimo Arcángel hará de mensajero o distribuidor de las copiosísimas gracias, que María sacará del Corazón de Jesús, resultándole un gozo tan grande de poder prestar obediencia a su Reina, y consuelo a los que gemimos bajo tan dura esclavitud de este destierro, que sin exageración se le puede dar el nombre de gozo sin igual. ¡Ay Jesús mío! ¡Qué unión tan divina he notado en esos tres objetos, dignos de toda nuestra atención y amor! Bien puede decirse que entre Jesús, María y Miguel no hay más que una voluntad, un querer. Mil veces los llamo felices a sus devotos, ya séanlo del Santísimo Corazón de Jesús, ya de su Inmaculada Madre, o ya del serafín San Miguel Arcángel; pues según lo que he notado, la gloria que dará al uno, será igualmente gloria del otro. No soy, Rvdo. Padre, más larga en explicar más por menudo los bienes que por el decurso de dos años ha derramado el Corazón de Jesús en nuestra España y en otros puntos de la cristiandad, pero serán sin duda más admirables las misericordias que de aquí en adelante se derramarán entre nosotros, si nos esmeramos en la devoción al Corazón de Jesús, a María Inmaculada y Miguel Arcángel. ¡Oh qué felicidad tan grande la de nuestra sagrada Religión Mínima, tener por protector al que asiste sin temor ante el Altísimo! Bien conocía su grandeza nuestro Padre San Francisco que tan tiernamente le amaba: imitemos su devoción, y obtendremos su protección. Me parece bastará por el presente esta apuntación, R. P., pues no sé como puede

formar una sola letra mi trémula mano, pues se digna el Señor por cada día apretarme entre más lóbregas cárceles que me hacen perder a veces hasta el habla. Bendito sea el Señor Dios de Israel que así se digna visitarme. B. S. P. P.

P. D.: En lo que siento dará usted, Padre, un gozo indecible al Sagrado Corazón de Jesús, es que procure reine una grande fraternidad y unión en las oraciones y ejercicios de piedad entre las religiosas Carmelitas (de Valls), y esta santa Comunidad, procurando esmerarnos en el amor, y ser obsequiosas del dulcísimo Corazón de Jesús, de su Santísima Madre (la Inmaculada María) y del Arcángel San Miguel, asegurándolas se derramarán en abundancia las bendiciones sobre nosotras, sobre esta población y aún en todo el mundo.

UNIÓN DE VOLUNTADES - ANILLO DE LA FE - VELO DE LA PERFECTA CASTIDAD - HERIDAS DE AMOR.

(Manuscrito del día 11 de marzo de 1868.)

Relato para su guía espiritual por mandato del mismo respecto de algunas propias experiencias místicas.

J. M. J.

Carísimo Padre mío en el amantísimo Corazón de Jesús. No ignorando usted, Padre, mi perversidad y miseria, para mayor confusión mía, le digo, podría dar al mundo entero un testimonio auténtico del modo maravilloso con que nuestro Dios cumple sus divinas promesas cuando halla una alma que fiel responde a sus llamamientos. No puedo, es verdad, gloriarme de haber sido siempre fiel a mi Señor; ni tampoco pretendo decir que me hallo sin pasiones y sin cometer muchísimas faltas, pues que esto sería falso y con ello ofendería la vigilancia de mi divino Pastor, pues tiene que extender muy a menudo sus amorosos brazos para volverme a su rebaño. ¡Ay, Señor mío! Ando errante como oveja descarriada; buscadme, Dios mío, pues soy sierva vuestra, porque en mis pe-

nas y angustias no me olvide de observar vuestros mandamientos.

Sí, Padre mío, admirada me tiene de que el Dios Omnipotente haya aceptado siempre mis sacrificios y respondido a mis pobres deseos y resoluciones, pues que habiéndome consagrado toda sin reserva al amor de tan grande Señor, correspondió a mi donación con gracias muy admirables, porque no bastando el manifestárseme por mi verdadero Maestro, instruyéndome en la ciencia de la más elevada santidad, me pidió quería hacerse dueño de mi voluntad sin reserva alguna. ¿Cómo había, Padre, de resistir a una petición hecha por El? «Sí, le decía; tomad, Dios mío, tomad mi voluntad y haced que no aparezca más en mí la mía sino la vuestra, pues sólo quiero vivir de vuestro amor, en Vos, de Vos y para Vos.» Un día, estando haciendo muy fervorosos actos de esta mi donación: «Bien, Dios mío, tomad mi voluntad, le dije, pero en cambio dadme la vuestra, pues quiero ser hija de vuestra voluntad». ¡Oh humildad asombrosa la de nuestro Dios! De un modo maravilloso me parece se abajó hasta imprimir en mi alma su divina voluntad, de modo que ni primer movimiento puedo llegar a sentir contrario a su divino querer.

Este es, Padre, el punto en que desearía poderme explicar de la maravillosa unión de voluntad a voluntad, pero ¿cómo lo haré si me hallo impotente para poder explicar a usted Padre lo que allá en lo más íntimo de mi alma siento de esta unión, y la inalterable tranquilidad de mi espíritu? Mis enemigos por fuerza pretenden persuadirme que esta unión y tranquilidad es falsa, y que se burlarán de mí y de todas mis cosas en el día de la cuenta. Juzgue, Padre mío, mis yerros, que lo que puedo asegurar es: que mi voluntad no fue unida por medio de dulzuras y regalos espirituales, sino en medio, y por medio de cruces, que siéndome tan suaves sus golpes me hacían exclamar: «¡Oh amor mío! ¡Qué tarde se me hace el no poder extender aún mis manos y mis pies en la santa cruz; ya que me convidáis a vivir crucificada con Vos, no dilatéis, mucho, Dios mío, el día feliz de mi crucifixión, porque si me queréis crucificada, preparado está, Dios mío, mi corazón!».

Sabiendo el Señor que mi flaqueza peligraba tanto en los combates en que bien sabía me tenía de ver expuesta, me hacía gracias indecibles, y entre otras, un día, estando postrada con la más profunda reverencia en el retiro de la celda, disfrutando de la más suave comunicación, y mi alma de la

vista de su Amado de un modo muy feliz, viéndome tan favorecida de mi Amado, le dije: «Dadme, Jesús mío, un anillo que me sirva de testimonio de ser verdadero lo que Vos obráis con vuestra esclava», se me respondió: «Te doy el anillo de la fe», quedando tan grabado en mí este don de Dios y de un modo tan firme, que no me ha sido posible vacilar un solo instante en punto alguno de los que he sido asaltada contra la creencia de los misterios más sagrados de nuestra sacrosanta religión. Mucho estimo, Padre mío, este don de Dios, pues según su consejo, si soy fuerte en la fe, a todo el infierno venceré.

Vea, Padre, si yerro en juzgar, que esta otra gracia fue para instruirme, a quien había de elegir por custodio de mi pureza virginal en los asaltos presentes y futuros. Un día, estando sin ser dueña de mis potencias y sentidos, me pareció estar en presencia de Jesús Sacramentado, y apareciéndoseme un venerable anciano, que me pareció el patriarca San José, puso sobre mi cabeza un velo de blancura nunca imaginada. Puesto el velo sobre mi cabeza, quedó todo mi cuerpo cubierto, y como vestido que ricamente adornaba mi débil y miserable cuerpo. Perdóneme, Padre mío, el hablar de estas cosas, que tal vez no es esta su voluntad, porque bien sabe usted Padre que no consiste en estas cosas la perfección y santidad a que Dios me llama, sino en serle fiel en todas las cruces y tribulaciones, que lleno de misericordia se digna mi Padre celestial presentarme, como los medios más seguros para llegar a donde pretendo con su divina gracia. Pero, ¡ay Dios mío!, bien veis Vos a que extremo han llegado y llegan las congojas de mi corazón. Veis desfallecidas mis fuerzas, perdidas mis carnes, y hasta mis entrañas pueden servir de testimonio de mi pena y dolor; pero, Padre mío, espero constantemente el socorro del Cielo y que se dignará sostenerme el Señor, no permitiendo se gloríen mis enemigos en verme presa suya, pues se ha dignado el mismo Señor colocarme en un camino firme, tomando a su cuenta dirigir mis pasos por él.

¿A quién temeré, Padre mío? ¡Ay! A nadie, y nada de cuanto no es Dios. Bien parece soy loca en desafiarlo todo; pero atended, Dios mío, que os quiero dar el más sincero testimonio de que pongo toda mi esperanza en vuestras divinas promesas: nada, Dios mío, ha de poder separarme de vuestro amor; pero pareciéndome, Padre, que el Señor se ausenta más y más de mi alma, he llegado a decirle: «Ni Vos mismo

podréis separarme de vuestro amor, Dios mío, porque aunque os fueseis a morar en los desiertos más escabrosos, allí mi alma os seguirá sin temer los bramidos de las fieras y leones más horribles»; pero, ¡ay de mí!, que parece Dios quiere probar mi desafío, pues hace unos días que sentía en mi interior cosas añadidas a lo que actualmente me estaba y está pasando, y aunque no me parece ser ello, a veces me hacían exclamar: ¡Qué es esto, Jesús mío! Lo que sentía en tales ocasiones eran unos ardores muy rápidos, que como si elevasen mi alma a una región muy proveída de penetrantes dardos, que hiriéndome de amor entendí había de padecer más; pero como la herida fue de vivir muriendo de amor, me hizo sentir más la ausencia de mi Amado, despertando en mí vivísimos deseos de hallarle; pero, ¡ay Padre mío! ¿Dónde lo hallaré? Yo sé que mi Amado es fuente de aguas vivas, y estando mi alma muriendo de sed, de modo alguno puedo hallar esta única fuente, la que sólo puede apagar mis ardores y sanar mis enfermedades.

Los síntomas, Padre, son varios y mudables. A veces, en lugar de ardores, siento unos repentinos fríos tan interiores que parece van a acometerme fuertes desmayos de muerte, padeciendo casi continuas angustias también tan interiores, que parece estoy siempre próxima a tener que sufrir cruelísimos vómitos, hasta echar por la boca las mismas entrañas y corazón, hallándome a veces tan oprimida de estas congojas, que a veces correría y daría gritos como una verdadera loca; pero pareciendo que esto me serviría de descanso, me priva Dios de ello, oprimiendo mi débil cuerpo con fuertes dolores, echando también de la boca repentinos humores, los que oculto a mis Hermanas. Sí, Padre mío; yo ando gimiendo en medio de mis tan continuos ahogos y asaltos de mis enemigos, pues que advirtiendo ellos la ausencia de mi Amado, parece quieren redoblar sus crueles esfuerzos, como echándome en cara la infidelidad con que correspondo a mi divino Esposo. Yo, Padre mío, no por eso desisto de buscarle, pero no me responde aunque esté con angustias de muerte: ¡ay de mí!, que se ha prolongado mi destierro con la ausencia del que ama mi alma.

¿Cómo podré, Padre, explicarme en cuanto a las amarguísimas amarguras de una alma puesta en la mayor desolación, y al mismo tiempo herida del más puro amor? No, no me es posible, Padre, poderlas comparar, ni con los dolores de la más penosa muerte, y tal vez ni con los tormentos de los

mismos condenados, pues a no ser un puro milagro, se sacrificaría la vida sólo en un cuarto de hora, o en menos, por la violencia de tan crueles congojas; porque quedó el alma con aquel dardo que la hirió tan y tan abrasada del divino amor, que me parece la ciega en cierto modo sin poder en lugar alguno descubrir al que tanto desea amar. Le parece que todas las criaturas disfrutan de la amorosa presencia del que ella con tanto anhelo busca, mas ni a ellas mismas preguntando por su Amado, ni buscándole le halla, ni llamándole le responde. ¡Ay! Cuánto se aumentan en tales casos las amarguras de esta pobre alma herida del amor; pues parécele, que siendo ella la más amante; es la que aparece sola en la tierra abandonada de su celestial Esposo, y pensando ella que esta amarga ausencia del Amado es por sus descuidos y pecados, dobla y redobla sus esfuerzos y clamores; pero, ¡ay!, que parece todo es en vano, pues parece ha bajado sobre ella la ira del Señor andando con tal humillación, que le parece ser rea de mil infiernos, y por esto gime sin desmayar; por esto no cesa de buscarle con viva fe esperando se inclinará misericordioso a sus suspiros y ruegos, pues bien cierta está el alma que el Señor es fiel para el alma que le teme y ama. ¡Oh, cuánto le aumenta el amor la memoria de las promesas hechas por su Dios! Nada es capaz de perturbar la tranquilidad de esta alma, que en medio de tantas congojas, aunque vive muriendo, parece está gozando de las más puras y suaves consolaciones. Ella exclama sin temor alguno: «Vos sois el Dios de mi corazón, mi porción y eterna herencia»; ella también exclama en medio de sus aflicciones: «¿Qué es lo que tengo de temer siendo Dios mi seguro refugio?». Sí, Padre mío, esta alma tan firme en la fe, tan constante en la esperanza y tan ardiente en la caridad, no es ella la que vive, sino que Jesucristo vive en ella.

Perdóneme, Padre mío, mi modo de hablar, pero sí, Padre, que por experiencia cierta puedo hablar de estas cosas, y aun podría ser más larga en estos puntos, pero me parece basta lo aquí apuntado para lo que usted, Padre, pretende saber de mi actual estado, sujetando mi juicio al de usted, Padre, mientras que mi alma llena de agradecimiento, no cesará de bendecir al Hacedor de tan maravillosas misericordias. B. S. P.

Fundación del Monasterio de las Mínimas y del Templo Expiatorio del Sagrado Corazón de Jesús (en Mora de Ebro).

(Manuscrito del día 6 de mayo de 1867.)

Carta dirigida al señor Obispo de Tortosa para la fundación del Monasterio.

Borrador entregado a su guía espiritual.

Iltmo. señor:

Sor Filomena de Santa Coloma, Mínima descalza de la Villa de Valls, con toda veneración y respeto si bien que con grande rubor, toma la libertad de dirigirse a V. S. I. como dignísimo Prelado de esa Diócesis de Tortosa con el objeto de manifestar a V. S. I. lo que el Señor se ha dignado repetidas veces hacer conocer con claridad a esta su humilde sierva.

Poca la diferencia de unos cinco años, Iltmo. señor, que estando muy lejos de mí tales pensamientos sintió de improviso con toda claridad el haberse de efectuar una fundación de nuestra Mínima Religión en Mora de Ebro, causándome esto tal novedad que me es indecible, pero sin comparación fue mayor mi sorpresa al verme con la misma claridad llamada para haber de ser la que tenía de dar cuenta y aún más (lo que me horroriza el pronunciar esto) el ser nombrada por fundadora; aquí sí que las angustias y dolores de mi corazón llegaron a lo sumo, pareciéndome que el sentir esto y no poderlo de modo alguno alejarlo de mí me hacía creer era un horroroso pecado pareciéndome que todos los castigos del Cielo eran ocasionados de lo que sentía. Este era el motivo que a veces con angustia de muerte daba cuenta de ello a mi Padre director de lo dicho, pero el prudente Padre al oirme hablar de tal asunto me trataba de lo que en verdad soy, sin dar crédito a cosa alguna a mi ver llevándolo con bastante rigor por más de tres años. No fue sólo mi padecer de parte mi confesor, pues que las podestades infernales han intentado con mucha violencia apartarme de lo que Dios me pide. Dios

que esto quería, el infierno con mil espantajos que lo dejase de ejecutar, el confesor también que lo dejase porque decía era grande soberbia mía el sólo pensarlo, y yo era la que más lejos de mí quería aquéllo y como más quería apartar de mí esto más y más crecía la fuerza con que se me pedía; pero Iltmo. señor, si no le he de ser molesta me explicaré del mejor modo que mi rudeza me lo permita tocante a la resistencia que ha habido de mi parte en lo tocante del citado asunto y del modo con que se ha dignado el Señor responder a mis lamentos y quejas como le decía: ¿Cómo, Dios mío, a mí me escogéis para fundar? ¡Ay, soberano Señor mío! ¿Qué tal vez ignoráis quién soy? ¿Qué no me conocéis, Dios mío? A destruir, sí, pero fundar no. Alejad de mí esto y haced de mí lo que queráis, pero no esto, no. Y manifestándole mi pobreza, ignorancia y del todo inhábil para tal empresa, me consoló diciendo: En esta obra quiero que en todo resplandezca mi poder. No temas. Bien, pues, Señor no pudiéndoos resistir más y escogiéndome entre innumerables que con facilidad os podrían dar gusto permitidme, Señor, guardar esto en silencio hasta la edad de los treinta años y entonces ya daré cuenta de ello. Representándole el peligroso estado de nuestra Santa Madre la Iglesia y mucho más el lugar en que lo pido, que es Mora, yo le pedí no permitiese el tener que volver a mi patria y que ya se podría efectuar en Tarragona o en Tortosa cuando habrá triunfado de sus enemigos la Santa Iglesia. Dijo: Yo escojo el tiempo, el lugar y todas las cosas imposibles para que todo se vea es obra mía. En Mora, en Mora la quiero, como un testimonio más claro de mi poder, del triunfo de la Iglesia y confusión de los que quisieren ver mi Religión abatida.

Rendida ya, Iltmo. Señor, a la Santísima voluntad de Dios por no poder resistir más, le pidió se dignase manifestarlo a alguna otra hermana para que fuese el testimonio de la verdad de lo que me pedía el Señor; gracia que me la concedió pues que dos Religiosas muy ejemplares y que resplandecen en angelicales costumbres recibieron un singular favor de la Santísima Virgen, mostrándose esta divina Madre muy a favor de la fundación, y una de las dos me había hecho entender sería mi compañera. Quedo desde el dicho favor de la Virgen del todo cierto de fundación y más dejo las circunstancias que la habían de acompañar a saber fundación de Religiosas Mínimas descalzas, nombradas del Dulcísimo Corazón de Jesús en Mora, que es todo lo mismo que me había

manifestado, de lo que ya había dado cuenta a mi Padre Director.

También fue conforme en sentir las gracias y mercedes grandes que pretende el Santísimo Corazón de Jesús en querer morar en compañía de sus esposas en Mora y las muchas ofensas y pecados contra Dios que se repararán y lavarán.

Si en este punto, Iltmo. señor me explicase de lo que he sentido de las misericordias que quiere obrar el Santísimo Corazón de Jesús en esa feliz población, que me parece puede exclamar: «Con ella me han venido todos los bienes».

Le confieso, Iltmo. señor, quedar muy corta en lo tocante al Sagrado Corazón de Jesús y de los vivos deseos que arden en aquel piégalo de amor de poder poner remedio a esa población y librarla de muchas otras desgracias y aflicciones llegando a tal punto su humillación que no ha faltado ocasión que como un pobrecito me forzaba les manifestase en lo poquito que se contentaba o que se contentará, porque desea este Corazón ansiosamente morar en esa población por medio de la dicha congregación que parece han de salir grandes bienes de tan feliz morada o de las que allí morarán.

Las veces que el Señor me ha mimado y hablado como con ésta ya un poco apuntado han sido muchas, pero me parece basten las escritas.

Compóngalo, Padre, también y añadiendo lo que le parezca conveniente que no se hallará lo que V. R. pide, pues los enemigos no duermen procurando buscar medios para perturbarme. Si de lo que sabe V. R. considera conveniente poner algo de lo que no digo acerca de los ejercicios que me dijo (hiciera) y no lo entendí. Ponga, Padre, todo lo que quiera para que resplandezca la gloria de Dios.

(Cartas a sus familiares.)

Carta a sus padres.

J. M. J.

Valls, 21 de octubre de 1865

Al señor Félix Ferrer, escultor, Mora de Ebro:

Paz y gozo en el Espíritu Santo, carísimos padres, hermanos y hermanitas. Hace unos días que tuve noticia de todos ustedes por la prima hermana Carmen, del tío Jaime, que vino a visitarnos en ocasión que estábamos obsequiando a la señora madre de mi amada Hermana Sor Teodora, y así nos fue más fácil podernos ver. También tuve noticia de la caída de mi pobrecita padrina (Q. E. P. D.), lo que el señor tío me ocultó; me hizo novedad y me fue bastante sensible; pero como ya sabemos que no sucede cosa alguna que no sea dispuesta por el Altísimo, me resigné al instante a su permisión sapientísima; lo mismo creo habrán hecho ustedes; y el motivo de no haber manifestado más presto el pésame de esta santa Comunidad a ustedes, ha sido porque creo lo habrá cumplido mi señor tío, que así se lo pedía en la contestación a la que recibió con la nueva del fallecimiento de la dicha... y por otra parte mis muchas ocupaciones no me dan tiempo para escribir con más frecuencia; ahora lo hago, padres míos, muy aprisa, por no tardar más tiempo, pues mañana, Dios mediante, empezamos las Cuarenta Horas, y en estos dichosísimos días hemos de hacer la corte a nuestro dulcísimo Esposo Sacramentado. ¡Oh felicidad indecible habitar en la casa donde mora el Rey de los reyes, con los escuadrones de sus hermosos vasallos, esto es, los Serafines! Los cuales, admirados de tan Altísima Majestad, no cesan de entonar mil cánticos de alabanza y bendición. Así desea hacerlo esta su indigna hija y Hermana, aunque tan incapaz para ello; pero, no obstante, me animan en sumo grado las palabras del mismo Señor, cuando dice: *pedid y recibiréis*, las cuales palabras nos

han de animar hasta lograr de su dulcísimo Corazón todo cuanto nos sea necesario para tolerar con magnanimidad las cruces de este valle de lágrimas, hasta que se desaten las lóbregas paredes de este mortal cuerpo, entonces cesará el llanto y empezaremos a gozar de eterna paz, la que a todos juntos deseo.

Sin más, apreciados padres, hermanos y hermanitas, reciban cordialísimos afectos de toda esta santa Comunidad, que tiene grandes deseos de verlos a todos, y particularmente les saludan la R. M. Correctora, M. Magdalena y esta su hija Q. S. S. P. B. — *Sor Filomena de Santa Coloma, Mínima por la misericordia de Dios,* les pide su bendición.

P. D. Harán participantes de nuestro cordial amor al señor tío Mn. José, tío Miguel, tía Ildefonsa, tía Rosa, a todos los demás parientes, vecinos, conocidos, y en particular a la señora María, su hermana y demás familia.

Disimulen, padres míos, la falta de urbanidad que tengo, de meter la carta de ustedes dentro de la de mi hermano; el motivo de ello es por no estar con la limpieza conveniente por haber estado ya cerrada. Madre mía, no se olvide de esta su hija en sus oraciones, pues les prometo lo mismo.

(Cartas varias.)

Carta a su guía espiritual, del día 5 de junio de 1866.

J. M. J.

Mi Rvdo. Padre en el amantísimo Corazón de Jesús mi amor.

Fidelidad me pide el Dios de mi corazón a las promesas hechas a su Majestad, y esto mismo me obliga a manifestar a usted, aunque con toscas palabras, lo que siento del dulcísimo Corazón de Jesús, y lo que pretende de usted Padre.

Y no dudando desearía saber usted lo que le pide tan amante Corazón, le digo: exige de usted un sacrificio, o consagración tan entera de todo cuanto hay en usted, que no viva ya más que encerrado en su Santísimo Corazón, haciéndose su verdadero discípulo y conquistador de almas, atrayéndolas a su dulcísimo Corazón que arde en vivas llamas de caridad hacia nosotros.

¡Ay Padre! Si esto cumple el día de tan santa festividad, ¡qué abundantes gracias derramará ese caritativo Corazón sobre usted! Son sin número las gracias que le promete. en tan dulce habitación!

Me parece, Padre, que todo este amante Corazón está lleno de agujeros abiertos, por los cuales salen inmensas llamas de fuego de amor, y nuestras ingratitudes aún aumentan el incendio a favor nuestro.

Ya que yo soy ingrata a tan abrasado Corazón, sea usted fiel, Padre mío, y complazca cuanto le sea posible a este Corazón tan ultrajado en el Sacramento de su amor con horrorosos pecados y blasfemias.

¡Qué gozo tan grande causará su consagración a la Santísima Virgen María nuestra Madre, la que aceptó tan gustosa la consagración que usted le hizo en Monserrat! No le detenga ningún temor, Padre, pues no le faltarán todos los auxilios oportunos y necesarios para el fiel cumplimiento de sus promesas hechas al amantísimo Corazón de Jesús.

Diga, Padre, a todas las criaturas que le sea posible, que amen a ese Corazón tan digno de ser amado. Ese Corazón es todo caridad, todo amor, todo paciencia, todo humildad, en fin, Padre, es el vivo templo y trono de la Beatísima Trinidad, que de un modo maravilloso mora en tan Santísimo Corazón.

Quisiera poder manifestar a todo el mundo los tesoros que hoy encerrados en el Corazón de Jesús. Supla usted, Padre mío, mi rudeza, que no serán sin fruto sus trabajos. Perdone mi atrevimiento, Padre, pues deseo tanto el bien de mis hermanos, que me hace hablar a la fuerza.

Los ayunos que ayer usted me mandó hacer, me parece, Padre, han sido muy aceptos al Señor. Dios le pague a usted tal caridad.

BIBLIOGRAFIA

BIBLIOGRAFIA

ESCRITOS *autógrafos* de la Vble. Sierva de Dios Filomena de Sta. Coloma.

APGM (= Archivo Postulación General Mínimos), *Vble. Sor Filomena*, fasc. 1-5: documentación varia.

TARRACONEN.: *Beatificationis et canonizationis Servae Dei Sor Philumenae a S. Coloma*, monialis professae ordinis Minimorum S. Francisci de Paula:

a) «Positio super introductione causae», Romae, 1891.

b) «Positio super virtutibus», Romae, 1911.

Copia publica transumpti processus auctoritate ordinaria constructi in Curia ecclesiastica Tarraconensi super fama sanctitatis vitae, virtutum et miraculorum Servae Dei Philumenae a S. Coloma (vol. I-II, 1889).

Copia publica transumpti processus auctoritate ordinaria constructi in Curia Ecclesiastica Tarraconensi super cultu non exhibito Servae Dei Philumenae a S. Coloma (vol. unicum, 1891).

Copia publica transumpti processus auctoritate apostolica constructi in Curia Ecclesiastica Tarraconensi super virtutibus et miraculis in specie Venerabilis Servae Dei Sor Philumenae a S. Coloma (vol. I-II, 1899).

NARCISO DALMAU, O.M., *Vida y escritos de Sor Filomena de Santa Coloma*, en «Devoción a los Purísimos Corazones de Jesús y María» (Revista mensual), Tarragona, 1875, 1880. Publicóse esta biografía por entregas en dicha revista, dirigida desde dic. 1873 por el canónigo Juan Bautista Grau Vallespinosa, Obispo después de Astorga, y sucesivamente por el Can. Tomás Sucona. Respectivamente fueron el uno Juez delegado del Tribunal Eclesiástico de Tarragona, y el otro Vice Promotor de la Fe, en el Proceso Ordinario (1880) y en el Proceso Apostólico (1892) de la Sierva de Dios Sor Filomena de Sta. Coloma.

Los amigos del Corazón de Jesús: El Corazón de Jesús descubierto a Sor Filomena de Sta. Coloma, etc.; en «El Mensajero del

Sagrado Corazón de Jesús (Revista de los PP. Jesuitas), vol. XIX, Barcelona 1875, pp. 201 ss., 250 ss.

P. NARCISO DALMAU, O.M., *Vida de la Sierva de Dios Sor Filomena de Santa Coloma* (Religiosa del Convento de Mínimas descalzas de la Villa de Valls - Tarragona), Tarragona 1880, pp. 280. Se compone de 34 capítulos y de un apéndice sobre el nuevo reconocimiento del sepulcro de la Sierva de Dios, diez años y ocho meses después de la muerte (1879); además una copia de las cartas de Sor Filomena (pp. 183-278): 28 dirigidas al P. Dalmau, y 8 a sus familiares.

N.B. - Es la misma biografía publicada por entregas en 1875 y 1880, en la revista «Devoción a los Purísimos Corazones de J. y M.». Autor es el P. Dalmau, ayudado, en su forma literaria, por el Rvdo. Dr. D. Jaime Llobet, Vice-Postulador de la Causa de Sor Filomena (fallecido santamente en Barcelona el 2 nov. 1888, primer viernes de mes). Muy devoto del Sdo. Corazón, se interesó en la causa de Sor Filomena, y fue quien más animó al P. Dalmau a publicar la vida y escritos de la Sierva de Dios. Buscó quien pudiese dar forma a dicho material; al final, aunque muy ocupado y de delicada salud, se ofreció él personalmente, ordenando los datos que le facilitó el director espiritual de Ferrer. Su humildad no permitió que la biografía apareciera bajo su nombre, como hubiera deseado el mismo Dalmau (cf. SUCONA, *Compendio*, p. 6, nota 1; APGM, *Vble. Sor Filomena de Sta. Coloma*, fasc. III, n. 1; *Carta del Rvdo. D. T. Sucona*, del 14 dic. 1888, dirigida al Postulador.

El A., en la p. 173, nota 1, dice: «Yo aguardaba que Sor Filomeno llegase a los 34 años de edad, para darle orden de escribir su vida, poniendo de manifiesto, en cuanto cabe, las extraordinarias mercedes con que había sido favorecida por el Cielo ya desde su infancia. Llevaba en este proyecto la mira de que el Dios de las misericordias fuese más alabado en la Sierva. Yo propuse una cosa, El ha dispuesto otra, hágase su voluntad.»

Además, en la *introducción* de esta biografía el P. Dalmau explica que le impulsó «escribir y publicar la historia de la que fue mi hija espiritual», la convicción de que las maravillas obradas por Dios en ella le fueron dadas no para que descendieran a la tumba del silencio, como si fuesen para ella sola, sino para que sirvieran de enseñanza y de provecho o utilidad también a los demás. Por tanto se creyó obligado a publicar las gracias o misericordias del Señor, y secundar así los designios de Dios, tanto más que «desde hace más de un año, personas muy notables y dignas de toda consideración, unas oralmente, otras por escrito, me forzaban a que publicara dicha historia» (cf. *ibid.*, p. 3). Estas fueron las fuentes que utilizó: «He tomado el material de las manifestaciones que Sor Filomena, a pesar de su gran resistencia, puso por escrito, tal como yo le había ordenado para una más segura dirección espiritual; de las que me expuso a viva voz, y que yo conservé con mucha diligencia; de las declaraciones de sus superiores y hermanas; de las de sus padres, hermanos y otros de quienes podía y debía yo tener informaciones.» Y añade: «No expondré nada sin haberlo antes verificado y certificado, y que no pueda sufrir

el examen de una sana y rigurosa crítica» (cf. *ibid.*, p. 4). Como fuente hemos preferido esta edición, y no la traducción italiana siguiente:

Idem (en versión italiana): *Vita della Serva di Dio Suor Filomena di Santa Coloma* (Religiosa Minima - scritta dal suo confessore P. Narciso Dalmau), Piacenza 1881 (pp. 208). Esta edición fue publicada por la Postulación Gen. de los Mínimos, y lleva una dedicación al Cardenal Eduardo Howard (firmada por el Postulador P. Agustín Donadio). El Emmo. Prelado, como Protector de la Orden, había animado introducir la causa de beatificación de la Sierva de Dios Sor Filomena de Sta. Coloma en la Curia Arzobispal de Tarragona.

Tal edición no incluye el apéndice de los Escritos de la S. de D.; en cambio tiene 37 capítulos, correspondiendo el cap. XXXIV del original castellano al cap. XXXVII de la versión italiana; en ésta se han intercalado los cap. XXXIV, XXXV, XXXVI, originales de la Postulación, que tratan del traslado de los restos mortales de la S. de D. (cap. XXXIV), de los signos especiales acaecidos después de la muerte de la S. de D. (cap. XXXV), y de una conversión con carácter prodigioso (cap. XXXVI). Sigue un apéndice con datos biográficos del Siervo de Dios P. Bernardo M.ª Clausi, religioso Mínimo, y del cual Sor Filomena era muy devota.

N.B. - Con ocasión de esta edición de la «Vita» del P. Dalmau, «La Civiltá Cattolica» (A. XXXII, vol. III, p. 600, y vol. IV, p. 243), publicó un artículo sobre la Sierva de Dios; compara a Sor Filomena con las grandes heroínas de la santidad, como Sta. Rosa de Viterbo, Sta. Catalina de Siena, Sta. Juliana Falconieri, etc. (cf. dicho artículo y la *introducción*, p. XII ss.).

Idem (II edición italiana): *Vita della Ven. Serva di Dio Suor Filomena di S. Coloma* (religiosa minima, scritta dal suo confessore P. N. Dalmau... con aggiunte a cura del Postulatore della Causa), Roma 1902 (pp. 208-XXVIII).

Es idéntica a la primera ed., salvo el anexo de un segundo *apéndice* sobre algunos escritos autógrafos de la S. de Dios: una Novena —reflexiones, oraciones, máximas, etc.— a los Santos Mártires, cuyas reliquias se conservaban en la iglesia del Monasterio de las Mínimas de Valls, y que habían sido trasladadas desde Roma por el P. Juan Gassó, religioso mínimo, en 1850.

N.B. - Esta edición, como las precedentes, lleva la dedicación o consagración de la biografía al Sdo. Corazón de Jesús y a la Inmaculada, «porque —escribe el A.— me consta que Sor Filomena se consagró a ellos sin reserva y consumó el sacrificio de su vida en aras de su amor» (cf. p. 4).

P. Pie de Langogne, O.F.M., Cap., *La Vénérable Philomène de Sainte-Colombe, religieuse minime déchaussée - sa vie et ses écrits*, París 1893 (p. XVI-256).

El A., Calificador del S. Oficio y Secretario Gen. de su Orden, en la *introducción* confiesa la circunstancia que le impulsó a escribir la biografía: la fotografía de la estatua de mármol de la Sierva de Dios y la visita y conversación que tuvo con su hermano

de la misma, el escultor Félix Ferrer. «Es mi hermana», le dijo, con tal emoción de respetuosa ternura y de cristiana nobleza, que se percibía la vibración del alma (cf. *ibid.*, p. X). Indica después las fuentes de que se ha servido, exactamente: las informaciones personales del mencionado hermano de la S. de D.; la ya publicada biografía del P. Dalmau; el Sumario de los Procesos Ordinarios de la causa de Sor Filomena, lo que le impulsó a rehacer todo el trabajo sobre la base de los testigos que aparecen en el Sumario.

El volumen se compone de 16 capítulos; el XII comprende la traducción francesa (del original español publicado por el P. Dalmau) de los escritos de la Ferrer. Las cartas a sus familiares (seis) se incluyen en el cap. VII. Otros escritos aparecen en el curso de la biografía en diversos capítulos. Cierra el volumen el texto del Decreto de la Sda. C. de Ritos sobre los Escritos de la S. de Dios, y el Decreto de introducción de la Causa.

TOMÁS SUCONA (can.), *Compendio de la vida, con los escritos, de la Venerable Sierva de Dios Sor Filomena de Santa Coloma* (Mínima profesa del Convento de Valls, etc. - Siguen algunas cartas del P. Narciso Dalmau, confesor de la misma), Tarragona 1898 (pp. 376).

El A., manifestó por primera vez su intención de escribir una biografía de la S. de D., «breve, para que pueda divulgarse fácilmente y no canse su lectura» (cf. APGM, *Ven. Sor Filomena de Sta. Coloma*, fasc. III, 1: *Carta al Postulador*, del 10 ag. 1889, P.S.). Un mes después escribía haberla ya iniciado (cf. *ibid.*, *Carta* al mismo, del 8 set. 1889).

Sucona, canónigo de la Catedral y profesor de la Facultad de Derecho canónico del Portificio Seminario de Tarragona, en la *introducción*, dice que para tal biografía se ha servido principalmente de las declaraciones juradas de los testigos interrogados en el Proceso Ordinario de la Causa de la S. de D. (cf. *ibid.*, pp. 5-6). Afirma que se trata de un compendio, y por tanto más breve que la biografía del P. Dalmau, de hecho escrita por él, pero ayudado por Llobet; que es más conciso, a fin de que tenga una más extensa divulgación, que es como una prueba de la citada «Vida», habiéndose documentado en hechos narrados en las declaraciones juradas de testigos fidedignos. De hecho, el texto de la biografía, como tal, es un poco más breve, aunque el A. encuentra, contrariamente a una primera impresión, que los hechos de la vida de Sor Filomena son muchos e importantes (cf. APGM, fas. cit., *Carta al Postulador*, del 21 nov. 1889). Con los escritos de la S. de D. y las cartas de Dalmau, insertas en el volumen, éste resulta notablemente más amplio. La edición, precisamente por tales escritos, tiene una particular importancia. Sin este libro, hoy varias cartas, especialmente las de Dalmau a la S. de D., no las tendríamos.

El compendio biográfico propiamente dicho se compone de 14 capítulos (pp. 7-129), distribuidos en sucesión cronológica. El último (la conclusión) contiene hechos posteriores a la muerte de la Ferrer, y noticias sobre el proceso para la causa de beatificación. Siguen los Escritos de la S. de D. (32 escritos consignados por ella a su confesor y director espiritual P. N. Dalmau; además 18 cartas (de las cuales 12 dirigidas a sus familiares) (pp. 133-325).

Otras 12 cartas del P. Dalmau a algunos parientes de Sor Filomena y al párroco-prior de Mora de Ebro D. Mateo Auxachs cierran la serie de los Escritos (pp. 326-370).

Fr. Cirilo M.ª Orteu, O.M., *Un corazón en holocausto - La Venerable Sor Filomena de Santa Coloma*, etc. (breve compendio de su vida), Barcelona, 1925 (pp. 64).

El A. en la *introducción* informa que su trabajo se fundamenta en el «Compendio» publicado por Sucona, y que pretende ofrecer un opúsculo para una mayor divulgación, remitiendo a quien quisiere noticias más extensas, a la biografía del P. Dalmau (cf. *ibid.*, pp. 5-6). Se compone de 7 breves capítulos. Al final del librito se inserta una oración para pedir el patrocinio de la S. de D.

Josep Arderiu, *Vida de la Venerable Sor Filomena de Santa Coloma* (nascuda a Mora d'Ebre, religiosa minima del Convent de Valls), Barcelona 1933 (pp. 104).

Es un librito escrito en catalán, en el que el A. (sacerdote del clero secular), en 23 breves capítulos, según expone en el *prólogo* (pp. 5-8), describe la vida de Sor Filomena sirviéndose sobre todo de la obra del P. Dalmau, y también de Sucona y Orteu; sólo en parte, ha utilizado también unas *notas* biográficas que don Eufemiano Fort, devoto de la S. de D., estaba a punto de publicar.

Con tal biografía pretende ofrecer a las almas ansiosas de perfección, en una época de lucha constante entre la materia y el espíritu, esta vida de la S. de D., entretejida de sacrificios, de renuncias, de amor y entrega al propio ideal. No sólo a las personas consagradas dirige el libro, sino también a todos los cristianos, quienes podrán encontrar en la biografía muchas cosas posibles de imitar, en la línea de una unión expiadora y corredentora.

La Violeta de San Francisco de Paula - Vble. Sor Filomena de Santa Coloma de las Mínimas de Valls, Barcelona 1932-1934 (Revista mensual del Convento de Mínimos, del Guinardó - Barcelona).

Esta revista daba relación de la vida, de las virtudes, de los favores alcanzados por el patrocinio de la S. de D., y de todo lo que tuviera con ella relación.

Terminada la mencionada publicación, se continuó con las informaciones al respecto en la última página de «La festa santificada» (en catalán), Barcelona 1933-1934.

En el centenario de la muerte de la Venerable Sor Filomena de Santa Coloma, en «La vida sobrenatural», Salamanca 1969 (n. 421, en.-dic.), pp. 57-66.

Muchos otros opúsculos y artículos, concernientes a Sor Filomena, se han publicado en el curso de este siglo: además de en la mencionada revista, han aparecido escritos en muchas otras, en boletines, en hojas, en periódicos, etc., especialmente en España y en Italia. Entre otros, señalamos: «Bollettino parrocchiale di S. Andrea delle Fratte» (Roma 1911 ss.). «Boletín de los PP. Mínimos de S. Francisco de Paula», Barcelona 1916 ss.; «San Francesco da Paola» - Bollettino del Santuario (PP. Minimi), Genova 1915 ss.; «Charitas», antigua y nueva serie (Roma 1926-1937; 1966 ss.

(Bollettino mensile del Terz'Ordine dei Minimi); «La Voce del Santuario di Paola» (Bollettino del Santuario-Basilica di S. Francesco di Paola, Paola 1928 ss.).

N.B. - Estas últimas revistas a través de los años han cambiado de título, conservando siempre la misma orientación.

Desde 1955 hasta hoy se ha añadido el «Bollettino Ufficiale dell' Ordine dei Minimi» (trimestral), órgano de la Curia Generalicia, en Roma.

INDICE

Una palabra del Traductor . . . . . Pág. 7

Presentación . . . . . » 9

Introducción . . . . . » 17

Principales datos cronológicos de la vida de Filomena Ferrer . . . . . » 23

Parte I. EL CURSO CRONOLÓGICO - BIOGRÁFICO

I. LA VIDA EN SU CONTEXTO
Una barca sobre el río . . . . . » 27
Retrato de joven mujer . . . . . » 29
Dónde, cuándo, cómo y porqué . . . . . » 32
Contexto local y familiar . . . . . » 36

II. PRIMAVERA DE LA VIDA
En el centro histórico . . . . . » 41
Todo nuevo para la nueva espera . . . . . » 46
En la iglesia y en la escuela, como en casa . » 51
Hacia los sacramentos de la infancia y de la adolescencia . . . . . » 55

III. CRECIMIENTO VIGOROSO
Incentivos de desarrollo . . . . . » 59
Por la vía maestra . . . . . » 63

IV. CAMINO QUE SE ESTRECHA
En el «túnel» de la verdad . . . . . » 71
Cáliz amargo . . . . . » 76

V. CLARA CONFRONTACION
A prueba de choque . . . . . Pág. 81
Aurora de esperanza . . . . . » 87
Mañana de luz . . . . . » 92

VI. EL NUEVO «HABITAT»
Contexto histórico-geográfico. . . . . » 99
El Monasterio de las Mínimas . . . . . » 105

VII. EN LA CASA DE MARIA
La nueva «Mínima» esclava . . . . . » 113
Novicia «perfecta» . . . . . » 120
Dos fechas para un solo día . . . . . » 129

VIII. OFICIOS Y MISION
El fin y los medios . . . . . » 135
A nivel individual y comunitario . . . . . » 141
Sus fuentes de perfección . . . . . » 146

IX. «...CUESTE LO QUE CUESTE»
Salto de calidad . . . . . » 153
El voto de lo más perfecto . . . . . » 158

X. COHERENCIA DE VIDA
Fidelidad y progreso personal . . . . . » 166
La contradicción de los buenos . . . . . » 175
Edificación comunitaria: la verdadera renovación . . . . . » 180

XI. AMOR Y DOLOR
A cual precio . . . . . » 191
Cuerpo y alma en el crisol del dolor . . . . . » 194

XII. ULTIMOS TOQUES
La nota dominante . . . . . » 201
De herida en herida . . . . . » 208

XIII. ENCUENTRO CON EL ESPOSO QUE LLEGA
El adiós a los suyos . . . . . Pág. 213
Hacia la Patria . . . . . » 221

Parte II. EL ASPECTO INTEGRANTE EXTRAORDINARIO

XIV. FILON EXTRAORDINARIO
La experiencia pasiva . . . . . » 235
Su respuesta . . . . . » 239

XV. ORACION INFUSA
Los presupuestos . . . . . » 247
Los contenidos de su experiencia mística . . . » 253

XVI. EN EL CENTRO DEL MISTERIO DE LA SALVACION
El único libro que le es consentido . . . . » 261
Todo en el Divino Corazón . . . . . » 267

XVII. LLAMADA A LA «MAYOR PENITENCIA»
«Te quiero mortificada y crucificada en todo. » 275

XVIII. CUERPO Y ALMA EN LA LUCHA
Piel por piel . . . . . » 289

XIX. TRASCENDENCIA
Primer éxtasis y voto de virginidad . . . . » 297
Sabor de néctar celestial . . . . . » 300
La unión de voluntades . . . . . » 302
El anillo de la Fe . . . . . » 304
El velo de la pureza . . . . . » 305
Las heridas de amor . . . . . » 307

XX. EN BENEFICIO DE LOS DEMAS
Servicio total . . . . . » 311

XXI. HERENCIA Y DEBER: EL MONASTERIO DE MORA DE EBRO Y EL TEMPLO EXPIATORIO DEL SAGRADO CORAZON

Un querer soberano . . . . . Pág. 325
Actuación obligada . . . . . » 334

APÉNDICE DE DOCUMENTOS: ESCRITOS de Sor Filomena (Ferrer) de Santa Coloma

Introducción . . . . . » 345
Relato autobiográfico . . . . . » 349
Relatos autógrafos referentes a las experiencias místicas y a la purificación pasiva . . » 356
Abstinencias exigidas por el Señor y experiencia purgativa . . . . . » 369
Voto de lo más perfecto - Propósitos - Ofrecimiento . . . . . » 378
Doce grados de humildad . . . . . » 388
Purificación de los sentidos y del espíritu . » 390
Mensaje en palabras e imágenes (relación de una visión) . . . . . » 395
La unión de voluntades - El anillo de la Fe - El velo de la perfecta castidad - Las heridas de amor . . . . . » 401
Fundación del Monasterio de las Mínimas y del Templo expiatorio del Sagrado Corazón de Jesús en Mora de Ebro . . . . . » 406
De las cartas . . . . . » 409

Bibliografía . . . . . » 415